MARÍA DEL CARMEN MILLÁN

LITERATURA MEXICANA

DE ACUERDO CON LOS PROGRAMAS OFICIALES

Editorial Esfinge s.a.
MEXICO

LITERATURA MEXICANA

MARIA DEL CARMEN MILLAN
PROFESORA EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

LITERATURA MEXICANA

(CON NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA
Y ANTOLOGIA)

DE ACUERDO CON LOS
PROGRAMAS OFICIALES

*

PRIMERA EDICIÓN

*

EDITORIAL ESFINGE, S. A.
Colima, 220-503
MEXICO 7, D. F.
1 9 6 2

© 1962
Es propiedad de la autora.
Derechos reservados.

Impreso en México

Talleres de EDIMEX, S. DE R. L., Andrómaco 1. México, D. F.

ADVERTENCIA

El presente libro lleva la intención de ayudar a los estudiantes de bachillerato en el conocimiento de la literatura mexicana y sigue, por tanto, en su desarrollo, los puntos propuestos por el programa oficial. Se trata de un trabajo de síntesis que, como todos los de su clase, tiene forzosamente algunas omisiones. Sin embargo de ello, se ha buscado, siguiendo el orden lógico de la cronología, presentar los panoramas generales de cada época y destacar las figuras de primera importancia en cada una, dentro del género literario a que corresponden.

Por lo que se refiere a la literatura hispanoamericana, se ha considerado conveniente incluir, al final de los capítulos, breves notas que sitúan a los autores representativos, con el fin de establecer las relaciones entre las diferentes literaturas hispanoamericanas y la mexicana, sin que se pierda por ello la secuencia histórica en el desarrollo del asunto que primordialmente se expone.

Por lo que hace a la Antología, *se ha preferido, en bien de la unidad de la obra, ofrecerla inmediatamente después de las* Notas de literatura hispanoamericana, *en los capítulos correspondientes, con la advertencia de que la selección que se presenta, no es sino un ejemplo que ilustra el aspecto histórico crítico, en el caso de algunos autores, y que es deseable que los estudiantes conozcan las obras en su integridad.*

La Bibliografía *ha sido formulada con la intención de ofrecer el mínimo de obras básicas que debe manejar el interesado en esta clase de estudios, así como los libros de fácil adquisición que ampliarán de manera eficaz los resúmenes, a veces demasiado esquemáticos, que aquí se dan.*

Si este manual de Literatura mexicana *contribuye a interesar a los estudiantes en una de las más ricas manifestaciones de su cultura y les ayuda a formarse una idea totalizadora y clara del fenómeno literario, el esfuerzo de su elaboración se considerará ampliamente recompensado.*

CAPÍTULO I

LITERATURAS PREHISPÁNICAS

LITERATURA NAHUATL

Según lo muestran las investigaciones realizadas en el presente siglo, se ha transformado la valoración del México antiguo. Del Paso y Troncoso, Peñafiel, Icazbalceta, Seler, etc., en el campo filológico-lingüístico, y otros sabios en el arqueológico, han abierto el camino para los estudios científicos acerca del mundo indígena. Aquí sólo se han tenido en consideración la literatura náhuatl y la maya, por ser las mejor estudiadas hasta ahora. En la actualidad, tanto los trabajos del eminente humanista Angel María Garibay como los que está llevando al cabo el Seminario de Cultura Náhuatl de la UNAM, que dirigen el propio doctor Garibay y el doctor Miguel León-Portilla, demuestran sobradamente que el estudio de la literatura mexicana, como el de cualesquiera de las manifestaciones de nuestra cultura contemporánea, debe iniciarse teniendo en consideración los antecedentes de las ricas culturas prehispánicas.

Las exploraciones directas de documentos, su organización y versión; la revisión y confrontación, dan a Garibay la mayor autoridad en esta rama, tocada apenas de manera esporádica por historiógrafos y críticos. Todos los aspectos de la manifestación literaria en lengua náhuatl aparecen en su extenso estudio intitulado *Historia de la literatura náhuatl,* dividido en dos partes: desde los orígenes hasta el año de la Conquista, y de éste a 1750.

Lo que en primer término sugiere el estudio de las literaturas indígenas es la exposición histórica de los procedimientos de estos pueblos para guardar sus memorias. Uno es el de la pintura de códices, redactados sobre la base de representaciones pictográficas, ideográficas y en parte fonéticas, que servían como guía en la memorización de los textos; y otro, el de la tradición oral, que tenía sus propios medios de ejercicio y perfeccionamiento en los centros de educación. Viene después el proceso de incorporar el pensamiento indígena al alfabeto español. Es bien sabido que a los esfuerzos de los frailes filólogos del siglo XVI (Sahagún, Motolinia, Durán, Olmos, Molina, etc.) se debe la conservación de la tradición prehispánica. Gramáticas, vocabularios, diccionarios en diferentes lenguas indígenas, ayudaron a fijar las relaciones de los pueblos y las muestras de su adelanto cultural. A los testimonios de los misioneros hay que agregar los de los historiadores mestizos y los de los historiadores indígenas.

La cultura náhuatl floreció en la parte central del país. Las grandes ciudades, sede de numerosos grupos, fueron, en épocas sucesivas, Teotihuacán, Tula y Cholula; en el Valle de México, Culhuacán, Coatlinchan, Tenayuca, Tezcoco, Azcapotzalco, Chalco, Xochimilco y Tenochtitlán; además, Tlaxcala y Huejotzingo. La cultura náhuatl se extendió también hasta algunos puntos de Centroamérica, dejando sentir su influencia entre los grupos mayas.

Por lo que se refiere a la poesía, hubo una abundante producción —como lo atestiguan más de dos millares de poesías encontradas hasta ahora—, de la cual poco ha quedado, debido a que los historiadores españoles tuvieron mayor interés por otros asuntos. Cuatro son las fuentes principales para el estudio de la poesía náhuatl: los *Veinte poemas rituales* recogidos por Fray Bernardino de Sahagún en Tepepulco, entre 1558 y 1560; el manuscrito conocido con el nombre de *Cantares mexicanos* (publicado en 1906), que probablemente es copia de una colección de fines del siglo XVI; el *Manuscrito de los Romances de los Señores de la Nueva España* (Colección Latinoamericana, Universidad de Texas) y el *Manuscrito de Cantares* (Biblioteca Nacional de París). La mayor parte de los poemas nahuas cae dentro de los *himnos de alabanza* por su relación con el sentimiento religioso. Música, poesía y danza formaban un solo arte. El análisis que de esta poesía ha hecho el doctor Garibay demuestra que existía la disposición rítmica de las palabras; unidades métricas, cesuras, acentos, combinaciones y varios procedimientos estilísticos, entre ellos el paralelismo, el difrasismo, estribillos, palabras broches, etc.

Con las naturales limitaciones —puesto que los antiguos indígenas no distinguían géneros y expresaban todos los planos del mundo conjuntamente—, podría decirse, de acuerdo con los temas de la poesía náhuatl, que hay una sacra, compuesta en alabanza a la grandeza de los dioses; otra heroica, que recuerda las victorias de los señores, sus linajes y riquezas; y otra más, que por su carácter subjetivo, se acerca a la lírica. El tono varía en cada caso, de modo que existe la épica cercana al drama; la lírica, el poema ritual y el canto de mera recreación.

LA POESIA EPICA. Es notable la *vocación histórica* de los indígenas mexicanos, disposición que se observa en la objetividad con que reproducen en sus relatos, conservados en pinturas y cantares, los hechos memorables. Como los cantos heroicos eran representados con canto y baile, la mezcla de géneros dificulta el conocimiento total de la literatura épica náhuatl.

Los tres principales centros de habla náhuatl fueron: Tezcoco, Tenochtitlán y Tlaxcala, que incluye Cholula y Huejotzingo.

El ciclo tezcocano

El ciclo tezcocano tiene como fuente principal la obra de Ixtlixóchitl y la de Durán, y está formado por el *Poema de Quetzalcóatl,* el *Poema de*

Ixtlixóchitl, Netzahualcóyotl perseguido y *Andanzas de Ichazotlaloatzin en Chalco.*

El ciclo tenochca

El ciclo tenochca es el más extenso y rico. Está formado principalmente por el *Poema de Quetzalcóatl,* cuyas fuentes documentales son los Anales de Cuauhtitlán y Sahagún; el *Poema de Mixcóatl;* la *Peregrinación de los aztecas;* el *Poema de Huitzilopochtli;* el *Ciclo de Moctezuma Ilhuicamina* y el de *Moctezuma Xocoyotzin.*

El ciclo tlaxcalteca

Este ciclo es del que se tiene menos documentación. La fuente es Muñoz Camargo, el historiador mestizo tlaxcalteca, que consigna, entre otras cosas, las aventuras de Tlahuicole, un guerrero excepcional.

Posiblemente el ejemplo más claro de lo que es la poesía épica náhuatl esté representado por el *Poema de Quetzalcóatl.* Por la importancia del per-

Quetzalcóatl

sonaje, persistente en varias culturas indígenas, creador del hombre, restaurador de la humanidad, símbolo de las aspiraciones y debilidades de la raza humana; por el movimiento dramático de la historia; por la variedad de episodios que no destruyen la unidad del relato; por la objetividad e interés colectivo que guarda, puede compararse, sin demérito, a las grandes epopeyas primitivas.

POESIA RELIGIOSA. El sentimiento religioso del pueblo azteca intervenía en todos los actos del individuo "desde que nacía hasta que los sacerdotes quemaban su cadá-

ver y enterraban sus cenizas", como lo demuestran a cada paso, la historia, la arqueología y la poesía. A la celebración de los dioses como Huitzilopochtli, dios celestial, o la Coatlicue —cuya representación está considerada como una de las mayores obras de arte de la escultura americana—, autora de la vida y de la muerte, están dedicados estos cantos. Otros, a hechos que tienen relación con la vida del hombre, como el que celebra el nacimiento del maíz, don divino, Dios Mazorca, fuente de vida. Este pequeño poema tiene analogía con el mito de Proserpina. El culto de Tláloc, dios de las

Xipe

lluvias, tiene interés porque a la solemnidad sangrienta de otros dioses, opone su espíritu risueño y sencillo. El Xipe-tótec, relacionado con la lluvia y la agricultura, era celebrado con el rito de desollar víctimas.

POESIA LIRICA. Aunque la mayor parte de los cantares aztecas es expresión colectiva, se encuentran también representaciones personales en las que el poeta canta sus propios afectos e ideas. Los temas y procedimientos estilísticos se repiten constantemente. Los primeros coinciden con los que han movido a los poetas de todos los tiempos y latitudes a expresar sus sentimientos más íntimos: la fugacidad de la vida, el enigma de la muerte, la efímera alegría de vivir, la belleza de la primavera, la miseria, el abandono. Es frecuente el tema de la misión del hombre sobre la tierra, su situación de inferioridad y miseria ante poderes sobrenaturales. Originales por su asunto son los cantares que celebran a los caudillos desaparecidos, los Cantos del Aguila, de la Guerra, de los Príncipes, que se acercan al género épico. Por lo que se refiere a los procedimientos de estilo, es común encontrar el paralelismo y el estribillo. Las imá-

genes y metáforas responden al espíritu indígena de naturaleza plástica. El valor simbólico del color y la manera de disponer sus figuras con un afán totalizador, hablan, tanto de su sentido realista como de una profunda interioridad. Si es verdad que su mundo de símbolos poéticos es reducido: flores, aves de ricos plumajes, piedras preciosas, también es cierto que aún no se ha llegado a la total comprensión de sus alusiones míticas.

POESIA DRAMATICA. Como en otros casos, fue el sentimiento religioso el que creó el espectáculo teatral mezclado con música y canto. Se trata generalmente de una manifestación colectiva por y para el pueblo. La fiesta del Tlacaxipehualiztli o "desollamiento de hombres", era un grandioso espectáculo con un ceremonial que incluía bailes, simulacro de lucha, sacrificio, canto y música. Se iniciaba la víspera y se desarrollaba durante todo el día siguiente, rematando con baile popular. Otra de las rudimentarias piezas teatrales era la celebración de Xochiquetzalli, la diosa de las rosas. La fuente para esta documentación es también el manuscrito *Cantares mexicanos,* en el que se pueden encontrar alrededor de treinta poemas de incipiente carácter melodramático, que se distinguen de los otros en que llevan indicaciones del ritmo musical, de cambio de personas y situaciones. Un buen ejemplo de tipo religioso es el que recuerda la ida de Quetzalcóatl.

LA PROSA. El cultivo de la prosa entre los nahuas es, como en la mayor parte de las literaturas, posterior al de la poesía. Los restos de diferentes formas de prosa se hallan en los *Huehuetlatolli* y en los *Anales.* Las *Pláticas de los ancianos* o *Huehuetlatolli,* discursos de carácter didáctico, compilados por Fray Andrés de Olmos, contienen preceptos o reglas para la formación de los jóvenes. Entre éstos están las "Pláticas que hace el padre al hijo avisándole o amonestándole que sea bueno", la "Respuesta que hace el hijo al padre", la "Plática que hace la madre a la hija, avisándola", la "Respuesta que hace la hija a la madre, dándole las gracias", etc. Existen también los discursos religiosos dirigidos a los dioses en diferentes ocasiones; discursos de los electores al nuevo rey y de éste a ellos y al pueblo, y discursos de materia doméstica y ceremonial del monarca. En todos estos documentos hay un fondo común tradicional, para la instrucción moral y social y para la parte ritual.

LA PROSA HISTORICA. Por razones muy evidentes, la importancia de la literatura histórica supera a la de otras producciones indígenas. A pesar de las vicisitudes por las que atravesó la documentación que contenía el pasado mexicano (a causa de excesivo celo religioso o excesiva ignorancia), se salvaron muchos

cantares históricos de viva voz y otros testimonios escritos, en que es patente el cuidado que mayas y nahuas pusieron en "conservar la memoria de sus antiguallas". Sin duda, lo más atractivo dentro de este terreno son las memorias que los indígenas dejaron de lo que significó para ellos la Conquista. Ese hecho "espantoso y tremendo" que padecieron angustiados, ha dejado la impresionante y patética *visión de los vencidos.* Entre estas Relaciones, que incluyen también poemas, las más importantes son:

a) Los cantos tristes que hablan del sitio y caída de Tenochtitlán.

b) Unos *Anales históricos de la nación mexicana* (1528), escritos en náhuatl por autores anónimos de Tlaltelolco que conocían bien el alfabeto, con anterioridad a la fundación del Colegio de Santa Cruz.

c) La historia que redactaron los estudiantes indígenas de Tlaltelolco bajo la dirección de Sahagún (1585).

d) Los testimonios pictográficos más importantes: el *Códice Florentino,* que corresponde al texto náhuatl de los informantes de Sahagún; el *Lienzo de Tlaxcala,* de mediados del siglo XVI; el *Códice Aubin* o *Manuscrito de 1576;* el *Códice Ramírez* (1580).

e) Los textos tomados de la *Historia de Tlaxcala,* redactada en castellano por el historiador mestizo Diego Muñoz Camargo, en la segunda mitad del siglo XVI.

f) La relación que hace don Fernando de Alva Ixtlixóchitl, con un criterio que difiere del de los historiadores de México y Tlaltelolco.

Por la fuerza dramática de la evocación, por la riqueza de información que ofrecen, por el sorprendente arte descriptivo que manifiestan estas relaciones, nos es dable contemplar con otros ojos el fenómeno de la Conquista, tener otra dimensión de los conquistadores, conocer con mayor proximidad el esplendor de un mundo mágico que se derrumba para dar paso a otro que se adelanta entre los presagios funestos y se asienta definitivamente sobre las ruinas humeantes de la ciudad de Tenochtitlán.

LITERATURA MAYA

POPOL-VUH. El *Popol-Vuh* o *Libro del Consejo* es un documento conservado por tradición oral hasta que, poco después de la Conquista, un indio quiché, cuya identidad se desconoce, lo escribió en su lengua con caracteres latinos. Fray Francisco Ximénez (1666), dominico, originario de Ecija (Andalucía), cura de Santo Tomás Chichicastenango, en Guatemala, descubrió el manuscrito (1701-1703) y lo tradujo al castellano con notable propiedad. El padre Ximénez se había destacado como filólogo e historiador; compuso una gramática en lengua quiché, un arte y vocabulario, así como varios tratados, con el fin de que los religiosos conocieran los dialectos de las diferentes regiones y poder llegar a los naturales

a través de su propia lengua. Con estos medios era factible cumplir la orden del gobierno español relativa a instruir a los indios en el conocimiento del castellano. Ximénez escribió también una *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala,* en la que incluyó la traducción del manuscrito de Chichicastenango.

Posteriormente se han hecho varias versiones de la traducción del padre Ximénez: la de Ordóñez y Aguiar; la del doctor Carl Scherzer, publicada en Viena en 1857, y la del abate Brasseur de Bourbourg, quien publicó en París (1861) el texto quiché, la traducción al francés y un amplio comentario. Este hecho despertó en el mundo europeo un gran interés por el conocimiento y estudio de la cultura prehispánica. En 1925, Georges Raynaud, profesor de la Sorbona, publicó en París una nueva traducción del *Popol-Vuh,* que es una de las mejores versiones modernas del documento quiché. De ésta, hicieron una traducción al castellano J. M. González de Mendoza y Miguel Angel Asturias, aparecida en 1927. En este mismo año se publicó en Guatemala una traducción directa, la del licenciado J. Antonio Villacorta y Flavio Rodas N. La última traducción al español y el estudio filológico e histórico corresponden al eminente americanista guatemalteco Adrián Recinos (1947).

Xochipilli

El *Popol-Vuh* contiene datos históricos, tradiciones mitológicas, fábulas, migraciones y desarrollo de las tribus de la civilización maya. La primera parte trata del origen del mundo y de la creación del hombre. La segunda narra las hazañas épicas de los hermanos Hunahpú e Ixbalanque. Como en las grandes epopeyas hindúes, la intervención de los animales y de seres sobrenaturales es frecuente y determinante para la vida de los hombres. El mal tiene su castigo y el bien su premio. El tono solemne con que se habla

de las teogonías, cede su lugar a la animación con que se comentan las contiendas deportivas o los hábiles engaños con que se burlan de los enemigos; cambia la forma si se refieren guerras, inundaciones y pestes. El contenido religioso y la tendencia simbólica confieren a la obra una profundidad y una sabiduría paralelas a las que caracterizan las grandes epopeyas primitivas de los pueblos de avanzada evolución cultural.

LIBROS DE CHILAM BALAM. Los *Libros de Chilam Balam* forman una de las secciones más importantes de la literatura indígena americana. Redactados después de la conquista española, en ellos se recogen y trasmiten textos de carácter religioso, histórico, médico, cronológico y astrológico, ritual, literario y otros. Su nombre les viene de la atribución que se hace de varios de los libros sagrados al sacerdote Chilam Balam, quien predijo el advenimiento de una nueva religión y vivió en Maní poco antes de la conquista española. Estos libros se distinguen entre sí por el nombre del lugar de procedencia: Chumayel, Maní, Tizimín, Káua Ixil, etc.

El más conocido de éstos es el de Chumayel, traducido al español por Antonio Mediz Bolio, en 1930, y al inglés por Roys, en 1933. Parece que este libro fue compilado por Juan José Hoil, vecino de Chumayel, en 1782. A mediados del siglo XIX fue puesto al cuidado del Obispo Crescencio Carrillo y Ancona y se le hicieron las primeras fotografías. Al morir Carrillo y Ancona, el manuscrito pasó por diferentes manos hasta llegar a la biblioteca Cepeda, de Mérida, de donde alguien lo sustrajo y lo envió a los Estados Unidos. Afortunadamente, antes había sido fotografiado y publicado en facsímil por la Universidad de Filadelfia.

Aunque sólo una tercera parte de los textos del Chumayel es de carácter profético, se han llamado *profecías* porque este título llevaba en los manuscritos. En ellos se previene "el imperio de la codicia", la dispersión y la ruina de los pueblos. En el grave tono de la profecía se advierte que, antes de la llegada de los Dzules, en los naturales había sabiduría, devoción, salud. Ellos, que enseñaron el miedo y marchitaron las flores, recibirán en los hijos de sus hijos, la amargura. El primer traductor —Mediz Bolio— consideraba que estos libros interesan más a los "hombres versados en cuestiones de mística y de esoterismo que a los arqueólogos y a los historiadores".

ANALES DE LOS XAHIL. Este documento, escrito en lengua cakchiquel, fue encontrado por el investigador Gavarrete en 1844, en el archivo del convento de San Francisco, en Guatemala. Por los años de 1855, en su primer viaje a esta ciudad, hizo una primera traducción al francés el abate Brasseur de Bourbourg y en su poder quedó el original. Del borrador de la traducción se sirvió Gavarrete para verterlo al español y lo dio a conocer desde 1873, en el Bole-

tín de la Sociedad Económica de Guatemala. Brasseur intituló al conjunto de documentos *Manuscrito cakchiquel,* o sea, *Memorial de Tecpan-Atitlán (Sololá).* A la muerte de Brasseur, el manuscrito pasó por diferentes manos hasta llegar a la Biblioteca del Museo de Filadelfia. Eminentes americanistas hicieron versiones del documento, y, finalmente, el profesor Georges Raynaud elaboró una nueva, en la cual J. M. González de Mendoza y Miguel Angel Asturias —como en el caso del *Popol-Vuh*— tuvieron a su cargo la traducción al español, bajo la supervisión del maestro Raynaud. Esta apareció en 1928, impresa en París.

Los *Anales de los Xahil* representan un documento judicial probatorio de propiedad, para un proceso. Parece que, para recuperar sus posesiones, los Xahil manifiestan datos históricos, cronológicos, genealógicos, que ponen en evidencia los derechos sobre sus tierras, repartidas a las tribus que ayudaron a los conquistadores, probablemente cuando el adelantado Pedro de Alvarado pasó a Guatemala en 1524. El *Manuscrito* está formado por cuatro documentos: el primero contiene testimonios de indígenas conversos; el segundo es un relato legendario de las antiguas tribus; el tercero contiene datos históricos; el cuarto menciona acontecimientos relacionados con la vida en común de los Xahil. Como en el *Popol-Vuh,* se habla de los primeros hombres y de las dificultades, peregrinaciones y luchas por encontrar un lugar apropiado para establecerse sin el acoso de los elementos naturales, la amenaza de otras tribus o la escasez de maíz. Se señala la importancia de algunos animales que ayudan al hombre a sobrevivir. La lucha contra las enfermedades y los poderes mágicos de la naturaleza parece haber sido constante. Las revueltas y los desastres anticipan la llegada de los españoles. Alvarado somete a los cakchiqueles por medio del terror; la introducción del tributo fue el principio de una cadena de males; el pueblo se vio "a la extrema orilla de la muerte"; ardieron las ciudades; los jefes y personas principales fueron ahorcados o hechos prisioneros. Al final se consigna la llegada de los padres dominicos y la instrucción que de ellos reciben. Aprecian la bondad de los frailes y observan los cambios que hacia 1589 había operado la Conquista en sus tierras.

TEATRO INDIGENA RABINAL-ACHI. De la gran cultura maya quiché, que abarcó una parte del sur de México y los países vecinos de Centroamérica, ha quedado, entre otras muestras de su admirable adelanto, una única obra dramática: el *Rabinal-Achí.* Hay muchos testimonios que confirman la preferencia de los pueblos indígenas por las representaciones teatrales. Se sabe que había lugares especiales donde se llevaban al cabo. Las Relaciones de los historiadores consignan el gusto y la habilidad mímica con que aún después de la Conquista se seguían practicando espectáculos, especialmente de carácter cómico, acompañados de música. Es conocido también el hecho de que la tarea de evangelización aprovechó con mucho acierto esta disposición natural de los indígenas, para

iniciarlos en el conocimiento de la religión. Es comprensible, por otra parte, que las representaciones de carácter cristiano fueran sustituyendo a las profanas, que iban cayendo en olvido por falta de estímulo. Sin embargo, el *Rabinal-Achí* sobrevivió durante la dominación española, por tradición oral, y el texto fue transcrito por el indio Bartolo Zis en 1850. El abate Brasseur, por entonces cura párroco del pueblo de San Pablo de Rabinal, descubrió el texto quiché y lo tradujo al francés en 1862. Más tarde, el profesor Georges Raynaud realizó otra versión con algunas consideraciones importantes para comprender la pieza. Explica la función de la danza y el canto en obras de carácter simbólico; de los instrumentos usados por los aborígenes; de las razones por las que es tan frecuente el recurso del "paralelismo" en las obras prehispánicas, consistente en la repetición de ideas idénticas o muy cercanas, con los mismos términos o muy semejantes. Observa que está del todo ausente el carácter religioso en el *Rabinal-Achí,* lo que podría tomarse como indicio de que el texto actual está mutilado. Hace notar, asimismo, que esta obra es un documento inapreciable para conocer tanto los hábitos y las costumbres de los mayas como sus actitudes frente a la realidad en que vivían, y sus modos de expresión.

La obra tiene dos personajes principales: el Varón de los Quiché y el Varón de Rabinal. El vencido y el vencedor, que dialogan y bailan en la escena, con acompañamiento de música. El final lógico es la muerte del Varón de los Quiché, después de su captura.

NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA

LITERATURA INCA

EL OLLANTAY. De la misma manera que la azteca y la maya, la literatura quechua tuvo un amplio desarrollo, según puede apreciarse por los restos de poesía lírica que se conservan y, sobre todo, por el poema dramático comúnmente conocido por Ollántay, *que por transmisión oral sobrevivió hasta la época de la colonia. Fue recogido por el cura Antonio Valdez, en Chuquisaca, hacia 1770. Se le tradujo al español en 1868, y desde que el poema fue conocido, el tema de su origen ha sido objeto de numerosas discusiones. Algunos críticos lo consideran como un buen ejemplo de la fusión de elementos europeos y nativos, y otros, en cambio, sostienen que el* Ollántay *es un producto bien determinado de la literatura quechua pre-colonial. Explican el hecho de que esté dividido en actos y escenas —a la manera de las obras españolas del mismo género— como un artificio del copista, y hacen notar cómo la estructura de los versos responde a la naturaleza de la lengua quechua.*

Lo que es indiscutible respecto de la obra es su extraordinaria belleza y su alto valor simbólico, por lo que se la considera como uno de los monumentos de la literatura americana.

El tema se refiere a los amores de Ollanta, el general predilecto del monarca, conquistador de vastas provincias, que tiene la audacia de solicitar en matrimonio a la princesa Cusi Coyllur, a pesar de las leyes que castigan a los plebeyos que pretenden mezclar su sangre con la de los Incas. Los amantes desafían la cólera del rey, Pacha-Cutec. Ollanta se rebela y se llevan a cabo impresionantes acciones guerreras. Finalmente obtienen el perdón, y el nuevo Inca, Tupac-Yupanqui, legaliza la unión, haciendo gala de magnanimidad. De esta manera, Ima Súmaj, hija de Ollanta y Cusi-Coyllur, descubre el misterio apenas entrevisto de su supuesta orfandad y es reintegrada a sus padres.

Tupac- Amaru

ANTOLOGIA

POESIA RELIGIOSA

POEMA DE COATLICUE

Id a la región de los magueyes salvajes
para que erijáis una casa de cactus y de magueyes,
y para que coloquéis esteras de cactus y magueyes.

Iréis hacia el rumbo de donde la luz procede: [1]
y allí lanzaréis los dardos:
amarilla águila, amarillo tigre, amarilla serpiente,
amarillo conejo y amarillo ciervo.

Iréis hacia el rumbo de donde la muerte viene,[2]
también en tierra de estepa habréis de lanzar los dardos:
azul águila, azul tigre, azul serpiente,
azul conejo y azul ciervo.

Y luego iréis hacia la región de sementeras regadas: [3]
también en tierra de flores habréis de lanzar los dardos:
blanca águila, blanco tigre, blanca serpiente,
blanco conejo y blanco ciervo.

Y luego iréis hacia la región de espinas,[4]
también en tierra de espinas habréis de lanzar dardos:
roja águila, rojo tigre, roja serpiente,
rojo conejo y rojo ciervo.

[1] Oriente. [2] Norte. [3] Poniente. [4] Sur.

Y así que arrojéis los dardos y alcancéis a los dioses,
al amarillo, al azul; al blanco, al rojo:
águila, tigre, serpiente, conejo, ciervo,
luego en la mano poned del dios del tiempo,
del dios antiguo, a tres que habrán de cuidarlo:
Mixcoatl, Tozpan, Ihuitl.

(De la *Historia de la Literatura náhuatl* de Angel María Garibay K.)

POESIA LIRICA

MISION DEL POETA

Brotan las flores, están frescas, se van perfeccionando,
abren las corolas:
¡de tu interior salen las flores del canto:
sobre los hombres las derramas, las esparces:
tú eres cantor!

Gozad, amigos míos,
sea el baile, entre las flores está mi canto:
yo soy cantor.

ELOGIOS DE POETAS

He llegado hasta aquí: soy Yohyoztzin.
Sólo anhelo con ansia las flores;
en esta tierra donde se destrozan las flores,
yo destrozo flores de cacao, yo despedazo flores de amistad:
¡Tú eres, Señor mío, tú eres el rey Netzahualcóyotl!

Yo el príncipe Yohyontzin sólo he venido
en busca de tus cantos: hermosos son, y yo los busco.
. . . . . .

Como esmeraldas, como un collar, como un plumaje de
[ricas plumas
estimo yo tus cantos: con ellos me deleito, con ellos bailo
junto a los tambores, bajo la casa primaveral,
yo soy Yohyontzin, mi corazón los saborea.
Tañe tu enflorado atabal, oh cantor:
¡Derrámanse flores de olor de maíz,
espárzanse flores de olor de cacao:
junto a los tambores ya nos deleitamos!
. . . . . .

Allí, do se yergue el Arbol florido,
en él vive el rico pájaro rojo:
¡en esta ave se ha mudado Netzahualcóyotl:
y andan cantando cantos floridos
con que las flores se alegran!

FUGACIDAD DE LA VIDA

Lloro, me aflijo cuando recuerdo:
dejaremos las bellas flores, los bellos cantos.
Cantemos, gocemos,
todos nos vamos y desaparecemos en su casa.

¿No lo piensan así nuestros amigos?
Sufre su corazón y se atormenta:
¡No dos veces se nace,
no dos veces se es niño!
¡Sea un breve momento al lado de ellos!
¡Nunca más será otra vez,
nunca más gozaré de ellos, nunca más los veré!

¿Dónde es, corazón mío, el sitio de mi vida?
¿Dónde es mi verdadera casa?
¿Do mi mansión precisa está?
¡Yo sufro aquí en la tierra!

Sufres, corazón mío,
¡No te atormentes más en esta tierra!
Y es este mi destino: lo saben todos.
Logré el don de nacer acaso así en la tierra:
es un lugar de purificación:
con esto ya puede ir a la hermosura
a donde está la vida:
¿Cómo lo dice el mismo corazón?

¿Cómo lo dice?

—No es verdad que vivimos,
no es verdad que vinimos a durar
sobre la tierra.
¡He de dejar las bellas flores,
he de bajar al Reino de las Sombras:
luego, por breve tiempo
se nos prestan los cantos de hermosura!

OBSESION DE LA MUERTE

Llega hasta acá la amargura y el dolor
de los que viven en el interior del que da vida:
¡haya llanto entre Aguilas y Tigres:
todos pereceremos, no quedará ninguno!
Meditadlo, oh príncipes de Huexotzinco:
¡aunque fuera de jade, aunque fuera de oro,
también habrá de ir adonde están los descarnados,
también habrá de ir a la región del misterio:
todos pereceremos, no quedará ninguno!

LA MISTICA DE LA GUERRA

Los cascabeles rumoran, el polvo cual humo sube:
es deleitado el dios por el que vive todo.
Las flores del escudo abriendo están su corola,
se extiende la gloria, se enlaza en la tierra:
¡Oh, hay muerte aquí entre flores en medio de la llanura!
Junto a la guerra, al comenzar la guerra,
en medio de la llanura se alza cual humo el polvo:
se enreda y hace giros, con cuerdas floridas de muerte,
oh príncipes chichimecas.
¡Corazón mío, no temas:
en medio a la llanura quiere mi corazón
la muerte de obsidiana:
sólo quiere mi corazón
la muerte en guerra!
¡Allí junto a la guerra
quiere mi corazón
la muerte en guerra!
La nube se levanta y todo reverdece:
fresco y verde está allí el Aguila, el Tigre:
¡Allí abren la corola los príncipes: la guerra!
¡Gocémonos, amigos, y gocemos los príncipes:
en medio a la llanura vendrán a tener vida,
y sólo las tenemos en préstamo,
las flores del escudo, la hoguera!

(De la *Historia de la Literatura náhuatl* de Angel María Garibay K.)

PROSA

DEL PADRE A LA DONCELLA

Oh, hija mía, este mundo es de lloros, aflicciones y descontentos... Esto es gran verdad y por experiencia lo sabemos. Nota bien lo que te digo, hija mía, que este mundo es malo y penoso, donde no hay placeres sino descontento. Hay un refrán que dice: "que no hay un placer solo, sin que no esté junto con mucha tristeza; que no hay descanso, que no esté junto con mucha aflicción acá en la tierra". Esto es dicho de los antiguos que nos dejaron, para que nadie se aflija con excesivos lloros y con demasiada tristeza.

Nuestro Señor nos dio la risa, el sueño, el comer y el beber con que nos criamos y vivimos; dionos también el oficio de la generación con que nos multiplicamos en el mundo: todas estas cosas dan algún contento a nuestra vida por poco espacio, para que después nos aflijamos con continuos lloros y tristezas.

RESPUESTA A UNA INVITACION A LA FE

Además: Señores nuestros,
hay también quienes nos guían, nos sostienen, nos llevan a cuestas,
en razón de cómo han de ser venerados nuestros dioses, a nosotros
que somos sus inferiores, como la cola y el ala,
los que hacen ofrendas, los que inciensan, y los que llaman
representantes, los sabedores de discursos,
los que tienen por oficio cuidar día y noche la oblación de incienso,
el sahumar a los dioses, las espinas, las ramas de abeto,
la sangradura ritual,
los que cuidan y atienden empeñosos el curso y el conocimiento del
cielo, y cuando se divide la noche,
los que están viendo, los que tienen capacidad de entender,
los que están volviendo ruidosamente las hojas de los libros,
los que sostienen lo negro y lo rojo, lo pintado.

Ellos nos sostienen, nos guían, nos encaminan,
ellos ordenan cómo cae el año, cómo sigue su marcha el libro de destinos
y todo modo de cuenta de cada veintena cuidan,
ellos tienen el cargo, el oficio de las palabras divinas.

En cuanto a nosotros, sólo es oficio nuestro el agua sagrada
en ella tenemos el cargo...

SOBRE LA FORMA EN QUE SE HA DE PORTAR EL QUE VA EN UN CAMINO

Cuando sigas tu camino,
no vayas viendo a un lado y otro, sino que
pondrás atención al camino.
No irás dando palmadas, no irás haciendo zigzag en el camino.

No irás agarrando del cuello a otro,
no irás agarrando a otro por la mano,
No irás agitando el cuello a un lado y a otro.
No irás diciendo bufonadas;
no mirarás con detención la cara a las personas;
no pasarás entre las personas,
no te irás a colocar delante de ellas,
a no ser que seas mandado.

EL PADRE AMONESTA AL HIJO SOBRE LA MESURA EN EL HABLAR

En esto esmérate, cuídate bien
de palabras lascivas, de palabras burleras;
no son buenas, no rectas,
provocan lascivamente a la gente,
pueden, sin darse cuenta uno, dañar, ensuciar, provocar a lascivia.
Echarán, arrojarán a los hombres
al río, al peñascal; a la trampa, al cordel.
Procuran a los hombres piedra, palo.
Nada bueno granjean a la gente,
le procuran el andrajo,
le quitan seso y cordura.
Lo no bueno, lo no recto es con lo que
el maligno espíritu hace errar a los corazones
y aun a algunos los hechiza.
Ya te lo dije:
No obres así:
en ello está el andrajo, el pañete bragal viejo.
Esto pues, hijo mío:
tal como te he dado a conocer así se haga;
en paz y sosiego párate en lo mundanal.

SOBRE EL COMPORTAMIENTO AL ESTAR SIENDO AMONESTADO

Y cuando alguno te estuviere amonestando,
no te estarás divirtiendo con alguna otra cosa,
no tendrás algo en la mano con que te estés dando gusto,
no estarás dando golpecitos con los pies, como quien se distrae,
no estarás mordisqueando la manta con que te cubres,
no escupirás,
no volverás el rostro para uno y otro lado,
no te pararás de repente.
Todas estas cosas te tengo recomendadas, que no hagas:
hazlas así y te darás a conocer como un gran bellaco,
que no hay para ti ni sentido ni cordura,
que de veras tú *eres un hombre* dejado al vicio,

que de veras tendrás por merecimiento tuyo y será tu herencia,
la yerba estupefaciente, la yerba embrutecedora,
el pulque, el hongo intoxicante:
los comerás, los beberás, con ellos te embriagarás,
con ellos rodarás, te perderás tú mismo,
de modo que ya no tengas sentido de ti mismo,
y te arrojará al fogón encendido, al comal del fuego,
al río, al peñascal;
caerás en la trampa, en la red de cuerdas;
ya no te darás cuenta de cómo vienes a encontrar piedra y palo,
la suciedad y la basura;
con esto te insolentarás, echándote a la cabeza y mollera ajenas,
te harás estúpido y salaz, te embrutecerás salvajemente,
te harás compañero del conejo, del venado,
te meterás por bosques y llanuras.

Si no oyes, si no recibes la doctrina de tu madre, la doctrina de tu padre; si no quieres acoger lo que se hace tu vida y tu muerte.
¡Basta! ¡Ya sucedió, infeliz de ti! No harás más que caer:
estarás en el poder y garras del coyote, del tigre.
Nada te valdrá repudiar lo pasado, lo que ya se fue atrás.
Contigo se ha cumplido, se ha hecho lo debido:
pero tú no tomaste, no cogiste el llanto, las lágrimas;
de nada te sirvió el alacrán o el gancho, la ortiga con que se te castigó:
nada te aprovechó, nada te sirvió:
no por esto te enmendaste, te corregiste, viste por algo recto,
pues sobre ti no hay más que piedra y palo.

ARENGA DIRIGIDA AL REY MUERTO

Oh, señor, oh rey: cumpliste con tu cargo, has trabajado como un esclavo. Cumplido fue y realizado el mando de tu ciudad: con él estaba puesta en tu regazo y en el hueco de tus brazos. Ya no volverás a tener en tus brazos a tu pueblo. Puedo nacer el mal y brotar el tormento que te agobió y te agotó, y has dejado tu ciudad abandonada para ir a ocupar tu asiento en el solio que te ha estado preparando el Dador de la vida. Ya cesó tu voz, ya vas a desaparecer de tu ciudad. Has ido a presentar ante el Señor, ya no tus manos y tus pies, sino toda tu persona.

Hoy tu ciudad está en silencioso abandono y en sombra envuelta, y el pueblo anda con el rostro caído, lleno de llanto y de tristeza. A los príncipes los has dejado huérfanos de ti. Todo es un lugar de silencio y amargura que el Señor ha hecho aquí... Se apagó, ya se extinguió la tea de pino, la antorcha. Ya está desolada y en tinieblas esta ciudad del que es dueño del cerca y del junto. Llore y muestre tristeza la plebe y la nobleza, lo mismo que los príncipes; escurra su llanto gota a gota, dense alaridos de dolor ante el que es Dador de la vida, *del que está cerca, del que está junto*. Dígase el "¡Ay, infelices de nosotros que hemos quedado huérfanos!" Haya llanto en abundancia, desbórdese la tristeza, escurra gota a gota las lágrimas y suban los suspiros.

(De la *Historia de la Literatura náhuatl* de Angel María Garibay K.)

POPOL-VUH

CAPÍTULO PRIMERO

Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo.

Esta es la primera relación, el primer discurso. No había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces, cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierbas ni bosques: sólo el cielo existía.

No se manifestaba la faz de la tierra. Sólo estaban el mar en calma y el cielo en toda su extensión.

No había nada junto, que hiciera ruido, ni cosa alguna que se moviera, ni se agitara, ni hiciera ruido en el cielo.

No había nada que estuviera en pie; sólo el agua en reposo, el mar apacible, solo y tranquilo. No había nada dotado de existencia.

Solamente había inmovilidad y silencio en la obscuridad, en la noche. Sólo el Creador, el Formador, Tepeu, Gucumatz, los Progenitores, estaban en el agua rodeados de claridad. Estaban ocultos bajo plumas verdes y azules, por eso se les llama Gucumatz. De grandes sabios, de grandes pensadores es su naturaleza. De esta manera existía el cielo y también el Corazón del Cielo, que éste es el nombre de Dios y así es como se llama.

Llegó aquí entonces la palabra, vinieron juntos Tepeu y Gucumatz, en la obscuridad, en la noche, y hablaron entre sí Tepeu y Gucumatz. Hablaron, pues, consultando entre sí y meditando; se pusieron de acuerdo, juntaron sus palabras y su pensamiento.

Entonces se manifestó con claridad, mientras meditaban, que cuando amaneciera debía aparecer el hombre. Entonces dispusieron la creación y crecimiento de los árboles y los bejucos y el nacimiento de la vida y la creación del hombre. En las tinieblas y en la noche [se dispuso así] por el Corazón del Cielo, que se llama *Huracán.*

El primero se llama *Caculhá Huracán.* El segundo es *Chipi-Caculhá.* El tercero es *Raxa-Caculhá.* Y estos tres son el Corazón del Cielo.

Entonces vinieron juntos Tepeu y Gucumatz; entonces conferenciaron sobre la vida y la claridad, cómo se hará para que aclare y amanezca, quién será el que produzca el alimento y el sustento.

—¡Hágase así! ¡Que se llene el vacío! ¡Que esta agua se retire y desocupe [el espacio], que surja la tierra y que se afirme! Así dijeron. ¡Que aclare, que amanezca en el cielo y en la tierra! No habrá gloria ni grandeza en nuestra creación y formación hasta que exista la criatura humana, el hombre formado.

Así dijeron cuando la tierra fue creada por ellos. Así fue en verdad como se hizo la creación de la tierra: —¡Tierra!, dijeron, y al instante fue hecha.

Como la neblina, como la nube y como una polvareda fue la creación, cuando surgieron del agua las montañas; y al instante crecieron las montañas.

Solamente por un prodigio, sólo por arte mágica se realizó la formación de las montañas y los valles; y al instante brotaron juntos los cipresales y pinares en la superficie.

Y así se llenó de alegría Gucumatz, diciendo: —¡Buena ha sido tu venida, Corazón del Cielo; tú, Huracán, y tú, Chipi-Caculhá, Raxa-Caculhá!

—Nuestra obra, nuestra creación será terminada, contestaron.

Primero se formaron la tierra, las montañas y los valles; se dividieron las corrientes de agua, los arroyos se fueron corriendo libremente entre los cerros, y las aguas quedaron separadas cuando aparecieron las altas montañas.

Así fue la creación de la tierra, cuando fue formada por el Corazón del Cielo, el Corazón de la Tierra, que así son llamados los que primero la fecundaron, cuando el cielo estaba en suspenso y la tierra se hallaba sumergida dentro del agua.

Así fue como se perfeccionó la obra, cuando la ejecutaron después de pensar y meditar sobre su feliz terminación.

(Traducción de *Adrián Recinos*)

OLLANTAY

Tercer Arawi

En un paraje deshabitado perdí de pronto
a la paloma que me crié.
Búscala siempre por estos valles; tal vez te sea
dado encontrarla.

Es una cumbre de seducciones su hermoso rostro.
Se llama Estrella.
Una como ella no hay en el mundo, pues son sus ojos
fuentes de luz.

Luna y Sol, juntos en lo más noble
de su esplendor,
surgen rivales sobre su frente, y es infinito
su regocijo.

No obstante su hondo recelo el día teje su manto
de dos colores.
El negro prístino y el blanco puro en la hermosura de sus orejas
arden con ígnea intensidad.

En su adorable rostro, sus cejas son un arco iris
tendido al filo de la mañana.
En sus pupilas viven dos soles de oro, y son ellos
los que iluminan.

Y sus pestañas, agudas flechas, a los que intentan siquiera verlas
muerte les dan.
Amor florido de resplandores en ellos vive
y arranca fácil el corazón.

En sus mejillas se abre la gracia de la *achancara*
como la nieve en la montaña;
en la pureza de su blancura surge de pronto
tierna escarlata.

Y de su boca sin par se sueltan
claros joyeles,
mientras su aliento dulce perfuma
todo el espacio.

Su esbelto cuello tiene tersura
de hondo cristal.
Parecen flores de algodonero recién abiertas
sus tiernos pechos.

Sus suaves manos de choclo en cierne
siempre acarician,
pero sus dedos al deslizarse
vuélvense escarcha.

CAPÍTULO II

EL SIGLO XVI — Final

LOS CRONISTAS

CIRCUNSTANCIA HISTORICA. El hecho de la Conquista de México está limitado por dos fechas: 1519 y 1521. Entre ellas ocurren acontecimientos fundamentales, históricamente, que serán la base para la creación de un mundo nuevo, una Nueva España, y el arranque de una literatura también nueva, en lengua española, testimonio humano de lo que fue en sí misma la aventura de la Conquista. Los hombres que la realizaron vivían bajo el signo del Renacimiento, en lo que se refiere al inaplazable impulso de acción que los encamina por terrenos desconocidos en la geografía, en el arte o en la concepción astronómica y filosófica del mundo. El espíritu renacentista devuelve al hombre su confianza en sus propias aptitudes, fortalece su individualidad y lo lanza a extraordinarias hazañas que prolonguen su vida terrena en obras inmortales que lo mantenga vivo al paso del tiempo.

Después de los intentos de Francisco Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalva, que tocaron las costas del Golfo de México con sus expediciones, enviadas por instrucciones de Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, Hernán Cortés (1485-1547) zarpa de Santiago el 12 de febrero de 1519 en plan de rebelde contra la autoridad del Gobernador. Al llegar a tierras de Yucatán, determinó, no rescatar oro como Diego Velázquez quería, sino "conquistar la tierra, y ganarla y sujetarla a la corona real". Para decidir a los remisos, ordenó desmantelar sus naves, y así su gente, contagiada por la audacia del Capitán, lo siguió en el empeño de "conquistar o morir en la demanda". Fundó la Rica Villa de la Veracruz en nombre del Rey de España y formó un Ayuntamiento que, a su vez, otorgó a Cortés el cargo de "justicia mayor y capitán y cabeza", a quien todos debían obediencia, considerando que para dicho encargo era el más indicado por su celo en el servicio a la autoridad real. El hábil sentido político de Cortés le proporcionó los medios necesarios para establecer, por medio de cartas, una relación directa con el Rey Carlos V sin la interferencia peligrosa de Diego Velázquez, de informar directamente de sus hazañas, de pedir la ratificación del nombramiento hecho por el cabildo, de tomar posesiones en nombre de la Corona española acrecentando su poderío y de afianzar el interés del monarca, enviando, a más del quinto real, valiosos presentes que mostraran de manera patente y eficaz el alcance y la importancia de las conquistas.

CARTAS DE RELACION DE HERNAN CORTES. Las *Cartas de Relación* de HERNÁN CORTÉS son cinco y se hallan, en un códice, en la Biblioteca Imperial de Viena. La primera está fechada en 1519 y la última en 1526. Estas relaciones o informes tienen interés múltiple: histórico, político, literario y humano. A más de que se trata de un documento en el que por primera vez cobran vida las cosas de México para el mundo europeo, se fija el establecimiento de un nuevo y rico dominio español, se perfila la figura de un capitán de capacidad extraordinaria, acicateado por la fama (como buen renacentista) que, en su afán de comprender el misterio de las tierras de Moctezuma, se arroja a la más apasionante aventura.

Son notables en este documento los encontrados sentimientos que provocan en el ánimo del conquistador las maravillas naturales desde su llegada a Cozumel; lo extraño de las costumbres de los habitantes; los golpes de audacia con que logró sus mayores victorias; su desazón por las derrotas; su preocupación legalista por justificar su conducta; sus reacciones de violencia; sus concesiones al enemigo, y, posteriormente, la organización y establecimiento de la nueva colonia llamada a ser la "más noble y populosa" y su infortunada expedición a las Hibueras.

Además del valor testimonial de estos documentos con caracteres renacentistas, que no son por cierto lo único que escribió Cortés, es evidente el interés literario que trasparenta sus años de latinidad en Salamanca y denuncia a un excelente narrador, minucioso y llano, familiar a veces, que escribe con grandeza y sobriedad la epoyeya que lo inmortalizó.

Las *Cartas de Relación* inauguran un género que será muy frecuentado en el siglo XVI porque coincide con las necesidades del tiempo: la crónica. La parcialidad es probablemente la nota más característica en este género y también su mayor interés, porque permite conocer los más variados puntos de vista en la búsqueda de una opinión totalizadora de lo que fue la Conquista en sus variados aspectos.

CRONISTAS DE INDIAS. Los cronistas de Indias pueden dividirse en cuatro grupos: peninsulares, testimoniales, historiadores religiosos e historiadores indios.

CRONISTAS PENINSULARES. Aunque, como dice Alfonso Reyes, los historiadores peninsulares son, en concepto, anteriores y, en sustancia, ajenos a la literatura mexicana, se mencionan para completar el cuadro de cronistas que de alguna manera están conectados con nuestra historia literaria. Son ellos: PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA (1457-1526), que escribió una *Historia del Nuevo Mundo,* publicada en 1530 y considerada como la primera en su

género; FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA (1511-1566), capellán de Cortés, el cual, apoyado principalmente en las Relaciones de éste, escribió su *Historia general de las Indias* (1552); Don ANTONIO DE HERRERA (1549-1625), que en su *Historia general de Indias* (1601) utilizó como base la *Crónica de la Nueva España* de Cervantes de Salazar, y Don ANTONIO DE SOLÍS (1610-1686), que escribe su *Historia de la conquista de México* (1684) con el deseo de aclarar algunas ideas que "andaban oscurecidas y maltratadas en diferentes autores".

Humanistas, cronistas oficiales algunos de ellos, escritores valiosos por más de un concepto, carecen de la emoción que rebosa la historia de los testigos presenciales. En la mayoría de los casos tienden a ensalzar la figura de Cortés; esta circunstancia seguramente estimuló la aparición de muchas de las obras de los cronistas testimoniales que escribieron posteriormente al conquistador.

CRONISTAS TESTIMONIALES. Entre estos llamados cronistas testimoniales hay que mencionar a JUAN SUÁREZ DE PERALTA (1535 a 1540- ?), hijo de uno de los conquistadores y autor del *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista* (1589); a BALTASAR DE OBREGÓN, autor de la *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España* (1584); a ANDRÉS DE TAPIA, capitán del ejército de Cortés, con su objetiva *Relación,* recogida por García Icazbalceta en el tomo II de la *Colección de Documentos para la Historia de México;* a GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO (1478-1557), que redactó su *Historia general y natural de las Indias,* no publicada completa hasta 1851-55, y cuyo interés radica en el conocimiento de la naturaleza y de las hazañas de los conquistadores, y EL CONQUISTADOR ANÓNIMO, llamado así por Clavijero, a falta de mayores datos, autor de una *Relación* amena y sucinta de las antigüedades mexicanas.

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO (1492-1580?), capitán de Cortés, fue miembro de las expediciones de Fernández de Córdoba y de Juan de Grijalva. Participó en triunfos y derrotas de la Conquista y, finalmente, se radica en Guatemala, como regidor de la Villa del Espíritu Santo, a descansar de las fatigas de años de lucha y dificultades. Preocupado por obtener el favor real para sus hijos y nietos, escriba la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España,* editada por primera vez en 1632. El valor de esta obra ha aumentado con el tiempo. No sólo busca el reconocimiento al esfuerzo que para lograr la conquista desarrollaron todos los soldados de Cortés; tampoco es solamente obra de rectificación a Historias como la de López de Gómara o de Pablo Jovio; es, en primer lugar, "una fuente autorizada e imprescindible para el estudio de la historia de México", por el acopio de datos que ofrece; pero, sobre todo, es el trasunto más real, más emocionado, más revelador de lo que fue la gesta de la Conquista. La relación de Bernal fue hecha a larga distancia, con la perspectiva de conjunto e imparcialidad que da la

lejanía de los sucesos, con la espontaneidad que proporciona el desconocimiento de la retórica y la ausencia de vanidad literaria, pero impregnada, en cambio, transida, por las inquietudes culturales de un medio ambiente renacentista, capaz de darle, aun al lenguaje áspero de un soldado, un valor expresivo permanente. Con perspicacia lo observó Ramírez Cabañas y lo ratificó Yáñez: estas crónicas de la Conquista, y en especial la *Verdadera Historia,* contienen todos los elementos para ser consideradas como nuestra auténtica epopeya: unidad, variedad, interés colectivo, personajes extraordinarios, intervención de lo maravilloso, tema grandioso, conjugados en un relato que anima un mundo insospechado en el que chocan dos culturas, dos voluntades y dos destinos.

HISTORIADORES RELIGIOSOS. El siglo XVI es el siglo de la conquista, la evangelización y las fundaciones. Al terminar la primera fase de la Conquista con la caída de Tenochtitlan, el 13 de agosto de 1521, Cortés enfrentó graves problemas en todos los órdenes, desde aquellos elementales de salubridad pública después del prolongado sitio; la ubicación de la capital de la Nueva España; la organización y distribución de sus hombres en los núcleos fuertes de población indígena y lugares estratégicos a lo largo del territorio conquistado, hasta los más delicados relacionados con la evangelización y educación de los grupos indios, en la religión y cultura del pueblo conquistador.

Se ha dicho con verdad que fueron la fe y la ambición los principales móviles de la conquista. Cortés tuvo como finalidad primaria y justificación de sus expediciones, "la extirpación de la idolatría y la conversión de los indígenas a la fe cristiana." Es conocida la impaciencia del conquistador por imponer la religión católica y su celo por hacer venir a los misioneros que habían de encargarse de la evangelización metódica de los indígenas. Después del P. Olmedo, acompañante de Cortés, llegaron a la Nueva España tres religiosos franciscanos: Fray Juan de Ayora, Fray Juan de Tecto y Fray Pedro de Gante. Más tarde, en 1524, desembarcaron en San Juan de Ulúa los doce frailes franciscanos que inician la tarea sistemática de la evangelización, al mando de Fray Martín de Valencia. Entre 1526 y 1528 llegaron los dominicos y en 1533, los agustinos. Hacia 1559, suman alrededor de 800 los frailes de estas tres órdenes monásticas, consagrados a llevar al cabo la conquista espiritual de México.

En medio de las duras tareas de su ejercicio apostólico, algunos de los misioneros aprovecharon, para conformar la historia antigua y contemporánea, el precioso material que obtuvieron de los indígenas, en su convivencia con los naturales, mediante testimonios orales y jeroglíficos y con la ayuda directa que les proporcionaron estos mismos, ya en posesión de la lengua española, para redactar documentos referentes al pasado de sus pueblos.

Este grupo de historiadores se preocupa, sobre todo, por acercarse y des-

entrañar el pasado indígena, con preferencia a su atención por los problemas contemporáneos. FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS (1474-1566) es, probablemente, la excepción. Decidido defensor de los indios, se consagró incansa-

Fray Bartolomé de las Casas

blamente a su protección y defensa. Tanto en su obra escrita: la *Historia de las Indias* y la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* como en su vida, su tarea fue un alegato constante en favor de los derechos humanos del indio.

Acabado ejemplo del misionero español del siglo XVI fue FRAY TORIBIO DE BENAVENTE, mejor conocido por MOTOLINIA, llegado a México con Fray Martín de Valencia en 1524. Ardiente e infatigable en su misión; protector de los indios contra las arbitrariedades de la autoridad española; fundador de ciudades y conventos; conocedor de lenguas aborígenes; caminante incansable en el cumplimiento de sus tareas apostólicas, murió en 1568. Entre su bibliografía, que es muy amplia, pero no totalmente conocida, se distingue *La Historia de los indios de la Nueva España,* considerada como la más antigua, puesto que se empezó a escribir en 1536, y muy valiosa desde el punto de vista de la información documental.

Con objeto de escudriñar el concepto divino y humano de los indígenas, llegando hasta la raíz de sus costumbres idolátricas, para imponer un remedio efectivo a estas prácticas tan contrarias a la religión cristiana, FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN escribió su *Historia general de las cosas de la Nueva España.* Sahagún (1499-1590) llegó a México en 1529 con otros diecinueve frailes franciscanos encabezados por Fray Antonio de Ciudad Rodrigo. Su primera preocupación fue el conocimiento de la lengua náhuatl, y después, el más minucioso estudio de la historia, las costumbres y las tradiciones indígenas. La mayor parte de su vida la pasa en el convento de Santa Cruz de Tlaltelolco. Ahí emprende, después de sus trabajos iniciales llevados a cabo en Tepepulco, la revisión del material acumulado durante años. La redacción definitiva de la *Historia* fue hecha en México en 1566. En esta obra monu-

mental contribuyeron hábiles y experimentados informadores indígenas en toda clase de asuntos y algunos jóvenes alumnos de gramática de Sahagún del Colegio de Santa Cruz, para redactar en lengua náhuatl los doce libros que la componen. Esta obra pretende ser una enciclopedia de la civilización mexicana. Los primeros cinco libros están dedicados a la religión y supersticiones; los dos siguientes, a la vida intelectual; el octavo, a la vida social; el noveno, a la economía, y el décimo y undécimo, a vicios y virtudes de los indios, plantas, animales y minerales del país. El duodécimo resume la historia de la Conquista. El valor de la Historia de Sahagún puede encontrarse tanto

Fray Bernardino de Sahagún

en el material que ofrece como en el método con que fue realizada. Fecunda labor de años de rigor, sometida a la vigilancia directa de especialistas, trabajada con un plan y sujeta a revisiones sucesivas, es la primera obra de tipo sistemático que presenta interés histórico, literario y etnológico acerca del pasado prehispánico. Aunque la bibliografía de Sahagún comprende cincuenta años de labor intensa, es desconocida en su mayor parte, y parece milagroso que, al menos, la *Historia general de las cosas de la Nueva España* haya al fin llegado a la posteridad, después de las vicisitudes por las que pasó el manuscrito: olvido de siglos, incomprensión de las autoridades coloniales, copias defectuosas del original e intentos frustrados de algunos historiadores por sacarla a la luz.

Caben dentro de este grupo otros historiadores religiosos. FRAY JERÓNIMO DE MENDIETA (1525-1604), franciscano simpatizador de los indios, es autor de la *Historia eclesiástica indiana,* no publicada hasta 1870, en la que pone de manifiesto su celo por la evangelización, las dificultades que los españoles opusieron por su codicia a esta obra y la buena disposición de los indios para la instrucción y conversión a la fe cristiana. El P. JOSÉ DE ACOSTA, jesuita, después de haber vivido en el Perú, pasó a México hacia 1586 y en España ocupó cargos importantes. Su *Historia natural y moral de las Indias* fue traducida a varias lenguas. Esta *Historia* parece haber aprovechado, sin hacer la advertencia, a Durán y al Códice Ramírez. Sin embargo, en el

P. Acosta es tan evidente el conocimiento de la lengua y la elegancia nada común, que entre estos historiadores se hace accesible, agradable y popular. FRAY JUAN DE TORQUEMADA, muerto en 1624, autor de la *Monarquía indiana,* conocida en 1615, se sirvió de la obra de Motolinia, de Olmos y de Mendieta para conformar la suya sin mucho éxito. Por su *Crónica de Nueva España,* hay que mencionar aquí a FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR, ilustre humanista directamente conectado al movimiento cultural de los primeros años coloniales. Su *Crónica* difiere de las agrupadas en esta sección en que, si en aquéllos es evidente el celo religioso y en la mayoría no abundan los primores de la prosa, Cervantes de Salazar manifiesta al profesional de las letras hasta en la concepción de su obra y en la apreciación de los sucesos. La *Crónica,* aunque incompleta, atestigua el conocimiento y crítica de las relaciones más valiosas escritas por aquel entonces: Cortés, Andrés de Tapia, Motolinia, López de Gómara, etc.

HISTORIADORES INDIOS. Documentos de inapreciable valor humano para conocer el completo significado de lo que fue la Conquista, son los textos en lengua mexicana, como el llamado *Códice de Aubin* o el *Manuscrito de Tlaltelolco,* que, a más de ser un punto de partida para comparar los hechos que ahí se mencionan con los de otras relaciones, fijan, con la vehemencia del vencido, los horrores de una hora aciaga y hacen una intensa y angustiada exposición de la causa que perdieron. Sirvieron estos escritos también, como base para que historiadores de ascendencia indígena consagraran su esfuerzo a dar a conocer en lengua española la historia de sus antepasados. Entre los principales historiadores indígenas están: Fernando de Alvarado Tezozomoc y Fernando de Alva Ixtlixóchitl. FERNANDO DE ALVARADO TEZOZOMOC era sobrino de Moctezuma Xocoyotzin y cuñado de Antonio Valeriano, el primero y más sabio de los ayudantes de Sahagún. De Alvarado Tezozomoc se conocen dos obras: *Crónica mexicana,* escrita en español, terminada hacia 1598, y la *Crónica Mexicáyotl,* de 1609, redactada en náhuatl. La primera, por sus dimensiones (110 capítulos), da la más amplia información del mecanismo de una mentalidad indígena que ordena y explica en lengua española la historia de su pueblo, sirviéndose de documentos como de la llamada *Crónica X,* fuente común a Durán y a Tovar. Este valioso relato, a pesar de sus incorrecciones y asperezas, pone de manifiesto la concepción de la vida del antiguo mexicano y es, sobre todo, la expresión de una cultura. Por lo que se refiere a la *Crónica Mexicáyotl,* escrita en náhuatl, recoge materiales muy variados. Su valor literario está en los fragmentos de sagas y poemas épicos hoy perdidos en su primera redacción.

Don FERNANDO DE ALVA IXTLIXÓCHITL, nacido en Teotihuacán, fue colegial en Tlaltelolco. En 1612 era gobernador de Texcoco y en 1617, de Tlalmanalco. Fue descendiente de Netzahualcóyotl, de sangre mestiza y autor

de la famosa *Historia chichimeca* terminada hacia 1648. Esta *Historia* revela sus estudios humanísticos de Tlaltelolco, pero la base de su obra está en los anales, pinturas y antiguos cantos. Acude, como Sahagún, a informantes que puedan ayudarlo a reunir material y encontrar el verdadero sentido de los símbolos y alegorías. Por el espíritu de amor y comprensión hacia el pasado indígena que la anima, expresado directamente en castellano, esta obra representa uno de los esfuerzos de mayor consideración para la conformación de una historia de los tiempos prehispánicos. Contiene, a más del valor histórico, otro nada despreciable de carácter literario: el tono mismo, ingenuo en sus exageraciones de grandeza, su habilidad descriptiva para pintar cuadros de costumbres con inestimable fidelidad; atractivo tratamiento fabuloso o legendario de pasajes que así lo requieren, etc. Alva Ixtlixóchitl presenta una relación vívida que ha sabido guardar las esencias dinámicas y profundas del alma indígena.

Al tratar de los historiadores o cronistas de la época prehispánica, cabe señalar algunas distinciones que conviene tener en cuenta para evitar la inflexibilidad de las clasificaciones. En la parte correspondiente a la mención de los cronistas religiosos se omitió el nombre de FRAY DIEGO DURÁN, que si por su condición debía haberse incluido en aquel apartado, su actitud frente a las antigüedades prehispánicas le dan categoría de cronista mestizo, considerando no su origen racial sino su efectiva incorporación a la antigua cultura mexicana que siente suya, porque en estas tierras creció, aprendió a amarlas y a entender a la raza vencida. Este fraile dominico, muerto en 1587, escribió la *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme,* que no realiza totalmente el proyecto que se proponía debido a las enfermedades y muerte prematura de Durán. Esta crónica es el ejemplo más elocuente de compenetración de culturas y el primer intento (anterior a Sahagún) de interpretación de textos indígenas, no sólo buscando fidelidad sino la trasmisión pura de una emoción plenamente indiana a través del lenguaje castellano justo, rico y correcto.

INTEGRACION CULTURAL

LA LENGUA. En el siglo XVI, paralelamente a la conquista política de México, se planea y realiza la fase más ardua de la humanizadora conquista espiritual llevada a cabo por los misioneros. Los dos aspectos se integran para hacer posible el fenómeno de la hispanización de los pueblos americanos. El signo de mayor validez histórica y cultural que produce la unidad de todos estos pueblos es la lengua española. Por ella han llegado a la posesión de la civilización occidental y es esta circunstancia la que los mantiene próximos y afines entre sí. La primera herencia, pues, de la conquista espiritual será una lengua unificadora. Para imponerla, los misioneros se dan a la tarea de aprender las aborígenes y usan todos los métodos válidos para avanzar en su empeño: la mímica, el dibujo,

las cartillas, los vocabularios, las doctrinas bilingües, etc., buscando, a más de la enseñanza de la lengua, la de la religión. Se distinguen en esta labor filológica: FRAY ANDRÉS DE OLMOS, llegado a México en 1524; FRAY ALONSO DE MOLINA, autor de un *Vocabulario castellano-mexicano* (1555) y de un *Arte mexicano* (1571), intérprete de los franciscanos desde niño, y FRAY JUAN BAUTISTA DE LAGUNAS, nativo de Nueva España.

Pero el problema fundamental no va a consistir en el trasplante cultural de lo hispánico a América, en la imposición del pensamiento europeo sobre las formas autóctonas, sino en encontrar que el mejor camino para la incorporación del indígena a la cultura occidental era el conocimiento de sus lenguas para mejor llegar a la propia concepción de su mundo; intervenir en el mejoramiento de sus oficios e industrias; probar que los nuevos regímenes de convivencia social son mejores que los que ellos usaban; luchar por sus derechos humanos; oponerse a la explotación de los encomenderos; es decir, "fortificar, junto al poder de la guerra, un poder espiritual pacífico".[1] La rica tradición de los pueblos prehispánicos no podía ahogarse totalmente, así que, sobre todos los valores afirmativos de la hispanización, "lo autóctono pugnará por incorporarse o metamorfosearse en el estilo español",[2] realizándose de este modo una verdadera transculturación o, si se quiere, hispanización de lo americano, tanto desde el punto de vista étnico como cultural.

LA ENSEÑANZA. Las órdenes monásticas —franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas —tuvieron a su cargo, desde 1523, tanto la tarea evangelizadora como la responsabilidad de la educación en la Nueva España. Para sistematizar la enseñanza se fundaron colegios. El primero de ellos, San Francisco de México, se debió a Fray Pedro de Gante, quien a más de fundarlo lo dirigió por medio siglo. De los talleres de esta institución salen artesanos preparados: canteros, carpinteros, imagineros, pintores, que colaborarán en la construcción de la capital del virreinato. La enseñanza de artes y oficios, unida a los conocimientos elementales, creó una clase social y un amplísimo campo de acción e imaginación para los naturales, cuya habilidad y pericia sería rápidamente aprovechada. De Gante ofrece técnicas nuevas a las artes mexicanas tradicionales, que darán obras extraordinarias en adelante y llevarán impreso el sello de la nueva cultura.

En 1536, el primer obispo de México, Fray Juan de Zumárraga, fundó el Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, de enseñanza superior, para preparar grupos selectos de los que saldrían los maestros de los conquistadores que les diesen a conocer la lengua mexicana y su historia. De ahí también salieron los traductores, intérpretes, historiadores, que colaboraron tan eficazmente en rescatar las fuentes de la historia prehispánica y en la iniciación de la obra filológica. Colegiales de Santa Cruz fueron el sabio indígena D. Antonio

[1] Mariano Picón Salas, *De la Conquista a la Independencia*, México, 1944, p. 61.
[2] *Obra citada*, p. 55.

Valeriano y el historiador Fernando de Alva Ixtlixóchitl. Alma de la institución, por muchos años, Fray Bernardino de Sahagún, que realizó ahí la mayor parte de su *Historia de las cosas de la Nueva España.* Otros ilustres franciscanos impartieron enseñanzas en este colegio: Fray Andrés de Olmos, Fray Arnaldo de Basacio y Fray Juan Focher.

El colegio de San Juan de Letrán se creó originalmente para niños mestizos, por el Virrey D. Antonio de Mendoza. Además de su carácter de asilo, se encargó de la preparación de maestros que pudiesen establecer, en otros sitios, instituciones semejantes.

Se establecieron escuelas para niñas indias y mestizas, a quienes se preparaba para ser casadas y se enseñaba a coser y labrar. La educación para los niños criollos fue de carácter particular.

Los agustinos fundaron escuelas como la de Tiripitío (Michoacán), para peninsulares y criollos, en 1540; en 1575, el colegio de San Pablo fue creado por el ilustre Fray Alonso de la Veracruz y dotado de una bibioteca selecta. En 1573 se funda el Colegio de Santa María de Todos los Santos, con diez becas para estudiantes distinguidos y sin recursos.

Los jesuitas llegados a México en 1572 fueron los educadores de las clases elevadas. Fundaron en 1573 el Colegio de San Pedro y San Pablo y en 1575 y 1576 los seminarios de San Miguel, San Bernardo y San Gregorio. En 1583 San Miguel y San Gregorio se unieron en el de San Ildefonso y el de San Gregorio quedó dedicado a los naturales. En su Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, los criollos obtuvieron una enseñanza clásica muy vasta, que competía con la impartida en la Universidad.

En Tepozotlán se estableció un seminario para el estudio de las lenguas indígenas, especialmente el náhuatl y el otomí. La actividad misionera de los jesuitas se extendía, desde California, a lo largo de todo el Continente. Fueron famosas sus casas de Michoacán, Guadalajara, Puebla y Veracruz.

La planificación de la enseñanza en la Nueva España tiene en consideración dos aspectos: la división de clases sociales y las limitaciones de la edad. Indígenas, mestizos, criollos y españoles. Nobles y plebeyos. Adultos y niños. Y era proverbial la selección de los más aptos, que recibían mayores cuidados.

La educación afirma la idea de la conquista guerrera: la tierra será para "arraigar y quedarse" y el indígena será un colaborador en la formación de un nuevo pueblo y de una nueva cultura. Al igual que los hombres que llegan a América se asientan en posesiones que han ganado con su esfuerzo y forman su casa, semillas y árboles frutales europeos traídos por indicaciones de Zumárraga enriquecen los productos americanos, y nuevos cultivos y beneficios modifican los sistemas de la economía indígena.

LA UNIVERSIDAD. A petición del Virrey D. Antonio de Mendoza y del Obispo Zumárraga, el rey Felipe II expidió una cédula real fechada en Toro el 21 de septiembre de

1551, en la que se ordena la fundación de una "universidad de todas ciencias, donde los naturales y los hijos de los españoles fuesen industriados en las cosas de nuestra santa fe católica y en las demás facultades y les concediésemos los privilegios y franquezas y libertades que así tiene el estudio y Universidad de la ciudad de Salamanca." En 1553 se inauguraron los cursos con la asistencia del Virrey Don Luis de Velasco y de las principales autoridades y con una oración latina de Cervantes de Salazar. En 1597 la Universidad recibió la aprobación papal para la validez de sus estudios y quedó convertida en Real y Pontificia Universidad. En 1631 contaba ya con edificio propio en los terrenos de El Volador. Para su mantenimiento fue dotada desde su fundación con mil pesos de oro de minas, anuales, más lo que producían las estancias que donó para ella el primer virrey, cantidades que fueron aumentadas por Cédula real de 1570. Su primer rector fue el Doctor Antonio Rodríguez de Quesada. Las cátedras se cubrieron con profesores de las escuelas ya establecidas y con personajes de reconocido prestigio intelectual. Entre ellos están Fray Alonso de la Veracruz y don Juan de Negrete, para la cátedra de Teología; el Doctor Frías de Albornoz, de Instituta, y el Doctor Francisco Cervantes de Salazar, de Retórica. Los primeros cursos que se abrieron fueron: Teología, Sagrada Escritura, Cánones, Decreto, Leyes e Instituta, Artes, Retórica y Gramática. En 1582 se aumentó la de Medicina; en 1622, la de Cirugía, y posteriormente, las de Náhuatl y Otomí.

La Universidad otorgaba los grados de Bachiller; licenciado para las Facultades de Leyes, Cánones y Medicina; Maestro para las de Artes y Teología, y Doctor para todas, menos para las de Artes, ya que era previa para las otras.

La Universidad fue el centro de la vida intelectual de la Colonia durante casi tres siglos. De sus aulas salieron muchos graduados que ocuparían lugares prominentes en la vida pública del virreinato: arzobispos, oidores, miembros del Consejo de Indias, canonistas, teólogos, latinistas, helenistas, retóricos y dialécticos. Formaban una minoría de selección que coexistía al lado de una gran mayoría fraguada en las misiones religiosas, empeñada en desarrollar una labor de resultados inmediatos en la formación de la fisonomía cultural de la Colonia.

LA IMPRENTA. Desde 1533, el primer obispo de México se dirige al Rey pidiéndole una imprenta. Se dice que Esteban Martín fue el primer impresor y que la primera obra salida de prensas mexicanas fue la *Escala espiritual* de San Juan Clímaco, traducida del latín por Fray Juan de la Magdalena en 1537. Pero no es sino hasta 1539 cuando se instala de manera definitiva. Juan Pablos, el Lombardo, firma contrato con Juan Cromberger de Sevilla para establecer una imprenta en la capital de Nueva España. En ese mismo año se imprimió una *Breve y más compendiosa doctrina cristiana en lengua mexicana y castellana,* de FRAY JUAN DE ZUMÁRRAGA. El segundo libro salido de las prensas de Juan Pablos fue el *Manual de adultos.* Pronto se multiplicaron en el siglo XVI los talleres,

y algunas instituciones, como el Colegio de Santa Cruz, tenían imprenta propia. Entre los impresores más distinguidos se cuentan: Antonio de Espinosa, Pedro Ocharte, Pedro Balli, Antonio Ricardo, Melchor Ocharte, Enrico Martínez. Al finalizar el siglo XVI, según la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* de Icazbalceta, habían aparecido ciento setenta y tantas obras impresas en México. A la primera tarea pedagógica y eclesiástica, que consistió en cartillas, vocabularios y catecismos, siguió la publicación de obras de lingüística indígena, debidas a FRAY ALONSO DE MOLINA, FRAY JUAN DE CÓRDOBA y FRAY MATURINO GILBERTI; de medicina, como la *Opera Medicinalia* de BRAVO y el *Tratado* de GARCÍA FARFÁN; de filosofía, como la *Dialéctica* de FRAY ALONSO DE LA VERACRUZ; de náutica, como la de GARCÍA DEL PALACIO; de literatura, como los *Diálogos* y el *Túmulo Imperial* de CERVANTES DE SALAZAR. Los jesuitas, por su parte, además de las publicaciones de carácter general para los estudios humanísticos, contaron con un amplio programa de literatura clásica latina.

A pesar de las prohibiciones que pesaban sobre la importación de libros de "historias y cosas profanas" en la Nueva España desde 1531, pasan casi todos los de la época, españoles y extranjeros, antiguos y modernos. Sólo que eran muy escasos y pocos lectores podían disfrutarlos. Esto significa que, por lo menos, cierta clase privilegiada estaba al tanto de las corrientes del pensamiento contemporáneo, aunque el lector general no tuviera muy a su alcance la literatura amena, ni los libros fundamentales.

En la Nueva España, la impresión de libros que trataran asuntos americanos, no podía llevarse a efecto sin revisión previa y aprobación del Consejo de Indias, lo cual explica que la mayor parte de las obras históricas realizadas se publicaran tardíamente o se perdieran por siglos, a causa de los peligros, dilación de los viajes, el tiempo que se llevara la revisión de los trabajos y la diferición a que los sujetaban otros asuntos de mayor urgencia que debía resolver el Real Consejo de Indias.

ANTOLOGIA

HERNAN CORTES

CARTAS DE RELACION

(FRAGMENTO DE LA SEGUNDA CARTA)

Tenía una casa poco menos buena que ésta, donde tenía un muy hermoso jardín con ciertos miradores que salían sobre él, y los mármoles y losas de ellos eran de jaspe muy bien obradas. Había en esta casa aposentamientos para se aposentar dos muy grandes príncipes con todo su servicio. En esta casa tenía diez estanques de agua, donde tenía todos los linajes de aves de agua que en estas partes se hallan, que son muchos y diversos, todas domésticas; y para las aves que se crían en la mar, eran los estanques de agua salada, y para las de ríos, lagunas de agua dulce, la cual agua

vaciaban de cierto a cierto tiempo, por la limpieza, y la tornaban a henchir por sus caños, y a cada género de aves se daba aquel mantenimiento que era propio a su natural y con que ellas en el campo se mantenían. De forma que a las que comían pescado, se lo daban; y las que gusanos, gusanos; y las que maíz, maíz; y las que otras semillas más menudas, por el consiguiente se las daban. Y certifico a vuestra alteza que a las aves que solamente comían pescado, se les daba cada día diez arrobas de él, que se toma en el agua salada. Había para tener cargo de estas aves trescientos hombres, que en ninguna otra cosa entendían. Había otros hombres que solamente entendían en curar las aves que adolecían. Sobre cada alberca y estanques de estas aves había sus corredores y miradores muy gentilmente labrados, donde el dicho Mutezuma se venía a recrear y a las ver. Tenía en esta casa un cuarto en que tenía hombres y mujeres y niños blancos de su nacimiento en el rostro y cuerpo y cabellos y cejas y pestañas. Tenía otra casa muy hermosa donde tenía un gran patio losado de muy gentiles losas, todo él hecho a manera de un juego de ajedrez, y las casas eran hondas cuanto estado y medio, y tan grandes como seis pasos en cuadra; y la mitad de cada una de estas casas era cubierta el soterrado de losas, y la mitad que quedaba por cubrir tenía encima una red de palo muy bien hecha; y en cada una de estas casas había un ave de rapiña; comenzando de cernícalo hasta águila, todas cuantas se hallan en España, y muchas más raleas que allá no se han visto. Y de cada una de estas raleas, había mucha cantidad, y en lo cubierto de cada una de estas casas había un palo como alcándra, y otro fuera debajo de la red, que en el uno estaban de noche y cuando llovía, y en el otro se podían salir al sol y al aire a curarse. Y a todas estas aves daban todos los días de comer gallinas, y no otro mantenimiento. Había en esta casa ciertas salas grandes bajas, todas llenas de jaulas grandes de muy gruesos maderos muy bien labrados y encajados, y en todas o en las más había leones, tigres, lobos, zorras y gatos de diversas maneras, y de todos en cantidad, a los cuales daban de comer gallinas cuantas les bastaban. Y para estos animales y aves había otros trescientos hombres que tenían cargo de ellos.

Tenía otra casa donde tenía muchos hombres y mujeres monstruos, en que había enanos, corcovados y contrahechos, y otros con otras disformidades, y cada una manera de monstruos en su cuarto por sí; y también había para éstos, personas dedicadas para tener cargo de ellos, y las otras cosas de placer que tenía en su ciudad dejo de decir, por ser muchas y de muchas calidades.

La manera de su servicio era que todos los días, luego en amaneciendo, eran en su casa más de seiscientos señores y personas principales, los cuales se sentaban, y otros andaban por unas salas y corredores que había en la dicha casa, y allí estaban hablando y pasando tiempo sin entrar donde su persona estaba. Y los servidores de éstos y personas de quien se acompañaban henchían dos o tres grandes patios y la calle, que era muy grande. Y todos estaban sin salir de allí todo el día hasta la noche. Y al tiempo que traían de comer al dicho Mutezuma, asimismo lo traían a todos aquellos señores tan cumplidamente cuanto a su persona, y también a los servidores y gentes de éstos les daban sus raciones. Había cotidianamente la despensa y botillería abierta para todos aquellos que quisiesen comer y beber. La manera de como le daban de comer, es que venían trescientos o cuatrocientos mancebos con el manjar, que era sin cuento, porque todas las veces que comía y cenaba le traían de todas las maneras de manjares, así de carnes como de pescados y frutas y yerbas que en toda la tierra se podían haber. Y porque la tierra es fría traían debajo de cada plato y escudilla de manjar un braserico con brasa para que no se enfriase. Poníanle todos los manjares juntos en una gran sala en que él comía, que casi toda se henchía,

la cual estaba toda muy bien esterada y muy limpia, y él estaba sentado en una almohada de cuero, pequeña, muy bien hecha. Al tiempo que comía, estaban allí desviados de él cinco o seis señores ancianos, a los cuales él daba de lo que comía, y estaba en pie uno de aquellos servidores, que le ponía y alzaba los manjares, y pedía a los otros que estaban más afuera lo que era necesario para el servicio. Y al principio y fin de la comida y cena, siempre le daban agua a manos, y con la toalla que una vez se limpiaba nunca se limpiaba más, ni tampoco los platos y escudillas en que le traían una vez el manjar se los tornaban a traer, sino siempre nuevos, y así hacían de los brasericos.

Vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca más se las vestía otra vez. Todos los señores que entraban en su casa no entraban calzados, y cuando iban delante de él algunos que él enviaba a llamar, llevaban la cabeza y ojos inclinados y el cuerpo muy humillado, y hablando con él no le miraban a la cara, lo cual hacían por mucho acatamiento y reverencia. Y sé que lo hacían por este respeto, porque ciertos señores reprehendían a los españoles diciendo que cuando hablaban conmigo estaban exentos, mirándome la cara, que parecía desacatamiento y poca vergüenza. Cuando salía fuera el dicho Mutezuma, que era pocas veces, todos los que iban con él y los que topaban por las calles le volvían rostro, y en ninguna manera le miraban y todos los demás se postraban hasta que él pasaba. Llevaba siempre delante de sí un señor de aquellos con tres varas delgadas altas, que creo se hacía por que se supiese que iba allí su persona. Y cuando lo descendían de las andas, tomaban la una en la mano y llevábanla hasta donde iba. Eran tantas y tan diversas las maneras y ceremonias que este señor tenía en su servicio, que era necesario más espacio del que yo al presente tengo para las relatar, y aun mejor memoria para las retener, porque ninguno de los soldanes ni otro ningún señor infiel de los que hasta ahora se tiene noticia, no creo que tantas ni tales ceremonias en su servicio tengan.

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA

CAPÍTULO XCII

Cómo nuestro capitán salió a ver la ciudad de México y el Tatelulco, que es la plaza mayor, y el gran "Cu" de su Uichilobos, y lo que más pasó

. . . . . .

Dejemos a Montezuma, que ya había ido adelante, como dicho tengo, y volvamos a Cortés y a nuestros capitanes y soldados, que, como siempre teníamos por costumbre de noche y de día estar armados, y así nos veía estar Montezuma cuando le íbamos a ver, no lo tenía por cosa nueva. Digo esto porque a caballo nuestro capitán con todos los demás que tenían caballo, y la más parte de nuestros soldados muy apercibidos, fuimos al Tatelulco. Iban muchos caciques que Montezuma envió para que nos acompañasen; y desde que llegamos a la gran plaza, que se dice el Tatelulco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían. Y los principales que iban con nosotros nos lo iban mostrando; cada

género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas y plumas y mantas y cosas labradas, y otras mercaderías de indios esclavos y esclavas; digo que traían tantos de ellos a vender [a] aquella gran plaza como traen los portugueses los negros de Guinea, y traíanlos atados en unas varas largas con colleras a los pescuezos, porque no se les huyesen, y otros dejaban sueltos. Luego estaban otros mercaderes que vendían ropa más basta y algodón y cosas de hilo torcido, y cacahuateros que vendían cacao, y de esta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva España, puesto por su concierto de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías, por sí; así estaban en esta gran plaza, y los que vendían mantas de *henequén* y sogas y *cotaras,* que son los zapatos que calzan y hacen del mismo árbol, y raíces muy dulces cocidas, y otras *rebusterías,* que sacan del mismo árbol, todo estaba en una parte de la plaza en su lugar señalado; y cueros de tigres, de leones y de nutrias, y de adives y de venados y de otras alimañas, tejones y gatos monteses, de ellos adobados, y otros sin adobar, estaban en otra parte, y otros géneros de cosas y mercaderías.

Pasemos adelante y digamos de los que vendían frijoles y chía y otras legumbres y yerbas a otra parte. Vamos a los que vendían gallinas, gallos de papada, conejos, liebres, venados y anadones, perrillos y otras cosas de este arte, a su parte de la plaza. Digamos de las fruteras, de las que vendían cosas cocidas, *mazamorreras* y malcocinado, también a su parte. Pues todo género de loza, hecha de mil maneras, desde tinajas grandes y jarrillos chicos, que estaban por si aparte; y también los que vendían miel y melcochas y otras golosinas que hacían como nuégados. Pues los que vendían madera, tablas, cunas y vigas y tajos y bancos, todo por sí. Vamos a los que vendían leña, ocote, y otras cosas de esta manera. Qué quieren más que diga que, hablando con acato, también vendían muchas canoas llenas de yenda de hombres, que tenían en los esteros cerca de la plaza, y esto era para hacer sal o para curtir cueros, que sin ella dicen que no se hacía buena. Bien tengo entendido que algunos señores se reirán de esto; pues digo que es así; y más digo que tenían por costumbres que en todos los caminos tenían hechos de cañas o pajas o yerbas, porque no los viesen los que pasasen por ellos; allí se metían si tenían ganas de purgar los vientres, porque no se les perdiese aquella suciedad. Para qué gasto yo tantas palabras de lo que vendían en aquella gran plaza, porque es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas, sino que papel, que en esta tierra llaman *amal,* y unos cañutos de olores con liquidámbar, llenos de tabaco, y otros ungüentos amarillos y cosas de este arte vendían por sí; y vendían mucha grana debajo los portales que estaban en aquella gran plaza. Había muchos herbolarios y mercaderías de otra manera; y tenían allí sus casas, adonde juzgaban, tres jueces y otros como alguaciles ejecutores que miraban las mercaderías. Olvidado se me había la sal y los que hacían navajas de pedernal, y de cómo las sacaban de la misma piedra. Pues pescaderas y otros que vendían unos panecillos que hacen de una como lama que cogen de aquella gran laguna, que se cuaja y hacen panes de ello que tienen un sabor a manera de queso; y vendían hachas de latón y cobre y estaño, y jícaras, y unos jarros muy pintados, de madera hechos.

Ya querría haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendían, porque eran tantas de diversas calidades, que para que lo acabáramos de ver e inquirir, que como la gran plaza estaba llena de tanta gente y toda cercada de portales, en dos días no se viera todo. Y fuimos al gran *cu,* y ya que íbamos cerca de sus grandes patios,

y antes de salir de la misma plaza estaban otros muchos mercaderes, que, según dijeron, eran de los que traían a vender oro en granos como lo sacan de las minas, metido el oro en unos canutillos delgados de los de ansarones de la tierra, y así blancos porque se pareciese el oro por de fuera; y por el largor y gordor de los canutillos tenían entre ellos su cuenta qué tantas mantas o qué *xiquipiles* de cacao valía, o qué esclavos u otra cualesquiera cosas a que lo trocaban.

. . . . . .

FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN

SUMA INDIANA

El infierno, el paraíso y el cielo

Lo que dijeron y supieron los naturales antiguos y señores de esta tierra de los difuntos que se morían, es: que las ánimas de los difuntos iban a una de tres partes: la una es el infierno, donde estaba y vivía un diablo que se decía Mictlantecutli, y por otro nombre Tzontémoc, y una diosa que se decía Mictecacíhuatl que era mujer de Mictlantecutli; y las ánimas de los difuntos que iban al infierno, son los que morían de enfermedad, ahora fuesen señores o principales, o gente baja, y el día que alguno se moría, varón o mujer o muchacho, decían al difunto echado en la cama, antes que lo enterrasen: "¡Oh hijo!, ya habéis pasado y padecido los trabajos de esta vida; ya ha sido servido nuestro señor de os llevar, porque no tenemos vida permanente en este mundo y brevemente, como quien se calienta al sol, es nuestra vida; hízonos merced nuestro señor, que nos conociésemos y conversásemos los unos a los otros en esta vida y ahora, al presente ya os llevó el dios que se llama Mictlantecutli, y por otro nombre Aculnahuácatl o Tzontémoc, y la diosa que se dice Mictecacíhuatl, ya os puso por su asiento, porque todos nosotros iremos allá, y aquel lugar es para todos y es muy ancho, y no habrá más memoria de vos; y ya os fuisteis al lugar obscurísimo que no tiene luz, ni ventanas, ni habéis más de volver ni salir de allí, ni tampoco más habéis de tener cuidado y solicitud de vuestra vuelta. Después de os haber ausentado para siempre jamás, habéis ya dejado [a] vuestros hijos, posar los trabajos de esta vida presente; y nosotros allá iremos a donde vos estuviéredes antes [de] mucho tiempo."

. . . . . .

La otra parte donde decían que se iban las ánimas de los difuntos es el paraíso terrenal, que se nombra Tlalocan, en el cual hay muchos regocijos y refrigerios, sin pena ninguna; nunca jamás faltan las mazorcas de maíz verdes, y calabazas y ramitas de bledos, y ají verde y jitomates, y frijoles verdes en vaina, y flores; y allí viven unos dioses que se llaman Tlaloque, los cuales se parecen a los ministros de los ídolos que traen cabellos largos. Y los que van allá son los que matan los rayos y se ahogan en el agua, y los leprosos, bubosos y sarnosos, gotosos e hidrópicos; y el día que se morían de las enfermedades contagiosas e incurables, no los quemaban sino enterraban los cuerpos de los dichos enfermos, y les ponían semillas de bledos en las quijadas, sobre el rostro; y más, poníanles color de azul en la frente, con papeles cortados, y más, en el colodrillo poníanles otros papeles, y los vestían con papeles, y en la mano una vara. Y así decían que en el paraíso terrenal que se llamaba Tlalocan había siempre jamás verdura y verano.

La otra parte a donde se iban las ánimas de los difuntos es el cielo, donde vive el sol. Los que se van al cielo son los que mataban en las guerras y los cautivos que habían muerto en poder de sus enemigos: unos morían acuchillados, otros quemados vivos, otros acañaverados, otros aporreados con palos de pino, otros peleando con ellos, otros atábanles teas por todo el cuerpo y poníanles fuego, y así se quemaban. Todos estos diz que están en un llano y que a la hora que sale el sol, alzaban voces y daban grito golpeando las rodelas, y el que tiene rodela horadada de saetas por los agujeros de la rodela mira al sol, y el que no tiene rodela horadada de saetas no puede mirar al sol. Y en el cielo hay arboleda y bosque de diversos árboles; y las ofrendas que les daban en este mundo los vivos, iban a su presencia y allí las recibían; y después de cuatro años pasados las ánimas de estos difuntos, se tornaban en diversos géneros de aves de pluma rica, y color, y andaban chupando todas las flores así en el cielo como en este mundo, como los zinzones lo hacen.

CAPÍTULO III

EL SIGLO XVI

LA POESIA Y LA PROSA

Ya se ha adelantado, al hablar de los cronistas de Indias, que es la crónica, más que la poesía del siglo XVI, la que contiene un verdadero valor épico. Sin embargo, el tema de las grandes conquistas americanas —Perú, México— es de tal modo grandioso que no pocos poetas se aventuraron a enaltecer y glorificar a los héroes que las llevaron al cabo. Poca fortuna tuvieron la mayor parte de estos cantos, que no pasan de ser crónicas rimadas cuya factura se apoya en cualesquiera de las dos metas que tratan de alcanzar: la imitación de la epopeya italianizante, famosa en el siglo XVI, a la manera de Ariosto, Boyardo y Tasso, o el favor real por los servicios prestados en las conquistas.

La Araucana, de don ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA, considerado como el primer poema épico de América, ejerció decisiva influencia en el gusto de su tiempo por los relatos de historias relacionadas con el Nuevo Mundo. De esta familia son: *El Cortés valeroso,* de GABRIEL LASSO DE LA VEGA; *El Arauco domado,* de PEDRO DE OÑA; el *Nuevo Mundo y conquista,* de FRANCISCO DE TERRAZAS; el *Peregrino indiano,* de SAAVEDRA GUZMÁN; la *Historia de la Nueva México,* de GASPAR PÉREZ DE VILLAGRÁ, etc.

Los tres últimos pertenecen a México. *Nuevo Mundo y conquista,* de FRANCISCO DE TERRAZAS, es un poema en cuyos fragmentos "su lirismo blando y dialéctico hace pensar que no era de seguro la epopeya el campo en que podía lucir mejor su talento".[1] El *Peregrino indiano,* de ANTONIO DE SAAVEDRA GUZMÁN, fue compuesto a fines del siglo XVI, mientras hacía el viaje de México a España, aprovechando el material que había reunido años atrás. El poema fue editado en Madrid en 1599, y aunque parece que no es peor que otros de su clase, no ha recibido gran atención de parte de los críticos. La *Historia de la Nueva México,* de GASPAR PÉREZ DE VILLAGRÁ, impresa en Madrid en 1610, está compuesta de treinta y cuatro cantos en verso suelto, y tiene las características de crónica rimada, frecuentes en estas obras, en las que hay más interés histórico que literario. Villagrá fue uno de los ocho descubridores del Río Bravo en 1598.

[1] Antonio Castro Leal, *Poesías de Francisco de Terrazas,* México, 1941, p. XVIII.

BERNARDO DE BALBUENA. BERNARDO DE BALBUENA (1561 o 62-1627) "es el primer poeta genuinamente americano" [1] y el representante más grande de la poesía épica cultivada en México a fines del siglo XVI y principios del XVII. Nació en Valdepeñas, provincia de Ciudad Real, hacia 1562, pero su padre lo llevó dos años después a tierras de Nueva Galicia, donde había logrado una buena posición. Estudió en Guadalajara y en México, Teología y Artes. En 1590 había sido premiado ya tres veces en concursos literarios. Recibe las órdenes sacerdotales y desempeña funciones de capellán en la Audiencia de Guadalajara y de cura en San Pedro Lagunillas, retiro en el cual escribió buena parte de su obra. En 1602 está en Culiacán, donde ofrece a doña Isabel de Tovar describirle, en un poema, la capital del virreinato. En 1604 aparece la *Grandeza mexicana,* con la que, a más de cumplir un compromiso, aspira a fama y dignidades. Intenta por diferentes medios conseguir un lugar menos pobre y alejado que San Pedro para desenvolver sus capacidades intelectuales, sin éxito. Se dispone a hacer un viaje a España. Allá obtiene el doctorado en Teología por la Universidad de Sigüenza y la publicación de *El Siglo de Oro,* en 1608. Sus gestiones en relación con la defensa de sus derechos se resuelven en un nombramiento, en ese mismo año, como abad de Jamaica. Mientras prepara su traslado, pule su poema *El Bernardo,* que había traído consigo desde la Nueva Galicia. Cuando sale de España para hacerse cargo de su abadía, en 1610, el poema sigue inédito. Graves problemas tiene que enfrentar en su nuevo puesto, y en los intervalos, continúa perfeccionando *El Bernardo,* cuyo prólogo escribe hacia 1615. Reanuda sus gestiones en Sevilla con vistas a una colocación que le permita mayor desahogo económico. En 1619 se le nombra Obispo de Puerto Rico. Recibe la consagración de obispo, en Santo Domingo, en 1622. En 1624 salió, finalmente, en Madrid, la primera edición de *El Bernardo o Victoria de Roncesvalles,* trabajo iniciado en su juventud y por el que el poeta tuvo especial cariño. En 1625 los corsarios holandeses saquearon San Juan de Puerto Rico y el obispo perdió todos sus bienes, entre ellos su rica biblioteca. Lope de Vega se lamenta de esta pérdida en el *Laurel de Apolo* y elogia al "generoso prelado" Bernardo de Balbuena. A consecuencias de tan lamentable accidente, la precaria salud de Balbuena se debilita totalmente. Muere el 11 de octubre de 1627 y es sepultado en la capilla de San Bernardo de la Catedral de Puerto Rico.

Toda la obra conocida de Balbuena cae dentro de la poesía épica: "verdadera epopeya barroca", *El Bernardo;* poema narrativo, *El siglo de Oro;* poema descriptivo, la *Grandeza mexicana.* En cuanto al *Bernardo,* Pfandl advierte tres elementos distintos en la médula del poema: uno, caballeresco, inspirado en Ariosto y Boyardo; otro, clásico, que reconoce como maestros a Homero, Virgilio y Ovidio, y el tercero, nacional, porque es un canto a la grandeza de España.

[1] Menéndez y Pelayo, citado por Fco. Monterde en Bernardo de Balbuena, *Grandeza Mexicana,* México, 1941, p. XVIII.

El Bernardo pertenece a las producciones épicas del arte renacentista italiano que tanto influyeron en los autores de este tiempo. Balbuena, sin embargo, se aparta de la epopeya histórica, en la que caen casi todos sus contemporáneos, para preferir la fantástica, en la que se desenvuelve como poeta culto con pretensiones éticas, estéticas y políticas. El tema del *Bernardo* está tomado de las epopeyas del ciclo carolingio, de la relación de las aventuras de Bernardo del Carpio. Predomina la alabanza al valor y a la audacia, el gusto por las aventuras fantásticas, la preocupación por la fama y el renombre. La abundancia y variedad de elementos que Balbuena maneja con ambiciosas preocupaciones y la extensión del poema (40,000 versos en octavas reales) manifiestan con claridad la fastuosidad barroca que caracteriza a Balbuena.

El Siglo de Oro en las selvas de Erífile, según el propio Balbuena lo expresa, es "una agradable y rigurosa imitación del estilo pastoril de Teócrito, Virgilio y Sannazaro". Como la mayoría de las novelas pastoriles de ese tiempo, sigue de cerca la *Arcadia* de Sannazaro. En ella se intercalan prosa y verso. Por medio del artificio bucólico, el poeta evidencia sus habilidades de fino y objetivo poeta de la naturaleza.

La *Grandeza mexicana* es un poema descriptivo realizado en forma de epístola dirigida a doña Isabel de Tovar y Guzmán. Se inicia con una octava real que resume el contenido de la obra. Cada uno de los versos da el enunciado y contenido de un capítulo. Estos están resueltos en tercetos endecasílabos. La descripción obedece un plan lógico: va desde la topografía, las instituciones, la flora, la sociedad y las costumbres, hasta las manifestaciones culturales y forma de gobierno. Para hacer más vívido su elogio de la ciudad, acude a la contraposición de sus excelencias con la oscuridad y estrechez provincianas, en donde es intolerable la monotonía y la pobreza intelectual. La ciudad es la meta de Balbuena; ahí ha probado las dulzuras de la fama y ahí considera que está su sitio, en el centro de cultura de la Nueva España. Su sensibilidad le hace preferir la naturaleza cultivada a la grandiosidad hostil, y se interesa más por las industrias de la inteligencia, por las conquistas de la civilización, que por las agrestes bellezas naturales. Procede, como se ha repetido, al contrario de Fray Antonio de Guevara, y hace una "alabanza de corte y menosprecio de aldea". El tono ponderativo, el estilo brillante, la abundante información, el recurso ornamental, la riqueza de elementos, hacen de este poema la mejor realización de la poesía descriptiva en su tiempo. Para calificar la obra de Balbuena, siguen vigentes las palabras de su primer ilustre biógrafo, John Van-Horne: "Balbuena dio un impulso enorme a las letras renacentistas... Pero, sobre todo, enriqueció el arte americano con una abundancia de inusitadas imágenes poéticas, audacias de estilo, sabrosas reflexiones y sueños renacentistas, sacados de sus lecturas, de sus imaginaciones y de sus sentimientos individuales y patrióticos."

LA LIRICA. Las primeras manifestaciones de la poesía lírica en la Nueva España aparecen en los años de la Conquista y en boca de los soldados de Cortés, buenos conocedores de romances, o en los villancicos intercalados en el *Auto de la caída de Adán y Eva,* una de las primeras representaciones del siglo XVI. Pronto llegaron a la Colonia poetas españoles pertenecientes a la escuela "italoclásica" sevillana, cuyo maestro fue Fernando de Herrera, el Divino, y florecen alrededor de la Universidad y los colegios. Algunos, como GUTIERRE DE CETINA (muerto en Puebla hacia 1554), eran ya famosos antes de llegar a América. Se dice que Cetina, el autor del célebre madrigal *Ojos claros, serenos...,* escribió en México un libro de comedias morales, en prosa, y otro de comedias profanas, en verso. Las poesías conocidas de Cetina se encuentran en el Cancionero titulado *Flores de Varia Poesía,* compilado en México por autor anónimo en 1577. Este manuscrito, existente en la Biblioteca Nacional de Madrid, consigna 31 poetas y contiene 359 composiciones, de las cuales 117 son anónimas. Cetina está representado con mayor número de composiciones que los otros poetas: 71 sonetos, 2 madrigales, 3 octavas, 2 estancias, 1 elegía, 2 canciones y 3 epístolas. Este documento, junto con las noticias de gran número de poetas que participaban en los certámenes que con diferentes motivos se celebraban en la Nueva España, es muestra elocuente del auge de la poesía desde los albores coloniales.

JUAN DE LA CUEVA, también sevillano (1543-1610), hermano del Arcediano de Guadalajara, vivió en México de 1574 a 1577. A su vuelta a España, sobresalió como dramaturgo anterior a Lope de Vega, de 1579 a 1581. Parte de sus versos aparecen en el Cancionero *Flores de Varia Poesía:* 25 sonetos, 1 elegía, 1 sextina, 3 madrigales y 2 odas. Para nuestra historia literaria son importantes la *Epístola V,* al licenciado Sánchez de Obregón, primer Corregidor de México, en la que "descríbese el asiento de la ciudad, el trato y las costumbres de la tierra y condiciones de los naturales della". Se interesa por la variedad de los frutos, por el carácter de la gente, por el extraño acento de su lengua. En la *Epístola VI,* al maestro Girón, presenta la vida de México como un gran deleite que se comparte "entre gente quieta y convenible".

EUGENIO SALAZAR DE ALARCÓN, madrileño (1530?-1605), permaneció en la Nueva España más tiempo que los otros dos. Había sido Gobernador de las Canarias, Oidor en Santo Domingo y fiscal en Guatemala. Se doctoró en la Universidad de México, ocupó aquí el cargo de Oidor y fue llamado al Consejo de Indias. En su *Epístola* en tercetos dirigida a Fernando de Herrera, se refiere al estado cultural de la ciudad de México y se apunta "el fin de cada una de las artes liberales y ciencias y la propiedad de todas las especies de poesía". La descripción en octavas reales de la Laguna de Tenuxtitlán, no rehuye el uso de los nombres indígenas; se sitúa en un medio ambiente cargado de "color local americano" y muestra la influencia de una realidad nueva que matiza la temática de estos primeros poetas novohispanos y hace aflorar su emoción en alusiones históricas o descriptivas.

PEDRO DE TREJO, nacido en Plasencia (1534-?), residió en Morelia, Za-

catecas y Lagos. Fue sentenciado por la Inquisición a cuatro años de galeras y a no escribir coplas. Su *Cancionero* muestra la diversidad de géneros que cultivó.

Muchos nombres se han exhumado del olvido en los últimos años. Al lado del de Trejo aparecen otros, como el de DIEGO MEXÍA, JOSÉ ARRÁZOLA, PEDRO DE HORTIGOZA, CÓRDOBA Y BOCANEGRA, poeta religioso, etc., que por su número justifican la frase despectiva de González de Eslava: "Hay más poetas que estiércol". Entre ellos se destacan los de aquellos escritores cuya personalidad poética no tiene discusión por la madurez y calidad, o porque su obra explica las corrientes literarias de su tiempo y prepara la aparición de las grandes figuras de la literatura colonial.

FRANCISCO DE TERRAZAS (1525?-1600?) es el primer poeta nacido en México. Su padre participó en la Conquista; fue mayordomo de Cortés y dueño de extensas tierras. Terrazas fue un poeta bien conocido en su tiempo, dentro y fuera de México. Moya de Contreras lo señala como "gran poeta", y Cervantes lo elogia en *La Galatea;* Dorantes de Carranza lo declara "excelentísimo poeta toscano, latino y castellano". Sus primeras obras conocidas fueron los cinco sonetos que figuran en las *Flores de Varia Poesía.* A éstos se agregaron una epístola y cuatro sonetos procedentes de un Cancionero encontrado en España, diez décimas halladas en un expediente de la Inquisición y fragmentos de un poema épico. Sus nueve sonetos a la manera de Herrera y Cetina, a quien bien pudo haber conocido, siguen los modelos petrarquistas que cantan al amor lejano, loan la belleza femenina y se quejan contra la crueldad de la amada. Su obra más cumplida es el soneto *Dejad las hebras de oro ensortijado...,* versión de un poema de Camoens. La habilidad y frescura con que está tratado el asunto, evidencian al poeta dueño de sus recursos. Quizá bajo la influencia de Ercilla, Terrazas tuvo la idea de escribir un largo poema con el asunto de la Conquista, en el que trabajó sin mucho entusiasmo toda la vida y que finalmente quedó inconcluso. Se inaugura con este poema: *Nuevo mundo y conquista,* el ciclo cortesiano. Como la mayoría de las epopeyas de la Conquista, buscaba el fin práctico de pedir el favor real para los hijos de los conquistadores que se consideraban con derechos en las tierras ganadas por sus ascendientes para la corona. Coloca en primer término la relación histórica; hace hincapié en la participación del destino y pide para él la inmortalidad. Aunque no carece de interés, no puede decirse que tenga el vigor y la fuerza peculiares de la poesía épica. El pasaje de mayor atractivo es el de Quetzal y Huitzel, válido por su interés dramático al describir los amores del hijo del rey de Campeche y la princesa de Tabasco, prisioneros de los castellanos. Aquí Terrazas aprovecha la oportunidad para condenar "la mucha crueldad y la poca justicia" de los conquistadores.

El humanista FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR, distinguido cronista de Indias y erudito cultivador de la prosa literaria, se inclinó también por la poesía. Describió en el *Túmulo Imperial... del invictísimo César Carlos V* (1560) sus honras, en México, como manifestación de fidelidad y amor a su

rey. Forman el *Túmulo* composiciones de diversos autores además de Cervantes.

Entre los variados testimonios históricos o literarios sobre la vida americana del siglo XVI, abundan los de carácter solemne, erudito o hiperbólico que alaban la belleza de la ciudad, la bondad del clima, la abundancia de productos naturales, la actividad reinante, las instituciones de enseñanza, etc. pero no es frecuente encontrar la otra cara de la medalla, alusiones a la menguada y mezquina población indígena, sujeta a las arduas faenas de la construcción, el cultivo del campo o la explotación de las minas. Más difícil resulta la crítica abierta a la propensión dominante de la descendencia conquistadora por abonar su abolengo y blasones; al minucioso recuento de peligros con que se enfrentaron en las batallas, consignados por los cronistas oficiales para justificar las desmedidas peticiones a la corona; al relajamiento de las costumbres...

Esta vena satírica se encuentra en MATEO ROSAS DE OQUENDO, nacido en Sevilla, probablemente a mediados del siglo XVI. Con experiencia de aventurero, pasó diez años en el Perú y vivió en México algún tiempo, después de 1598. Sus versos pintan la vida criolla del siglo XVI. La imagen de esta sociedad es una caricatura elocuente tanto de México como del Perú, a la que no escapan los peninsulares, los criollos, los mestizos ni los indios. La jactancia de unos, la defectuosa expresión de otros, la codicia, la rebeldía, la presunción del recién llegado, el resentimiento criollo, aparecen con intencionada ironía en las pinturas de Oquendo. La influencia de la naturaleza mexicana le hace olvidar un tanto su estilo burlón por el melancólico, al cantar al "indiano volcán famoso" o a la tierra de Yucatán.

Entre los líricos de acendrado misticismo, dos poetas se distinguen especialmente: don FERNANDO DE CÓRDOBA Y BOCANEGRA, y FRAY MIGUEL DE GUEVARA. El primero nació en México (1565) y murió en Puebla (1589); fue destacado alumno de los jesuitas y se ejercitó en las versiones de los clásicos; conoció de música y pintura y fue excelente poeta en castellano y latín. Ingresó a la orden de San Francisco y dedicó su vida a ayudar a los demás. Se conservan sus estancias *Al amor divino* y *Al nombre de Jesús.*

FRAY MIGUEL DE GUEVARA (1586-1646?). Criollo agustino, docto en lenguas indígenas, cuya tarea evangelizadora dio sus frutos en la provincia de Michoacán. Se le ha considerado autor de un hermoso soneto universalmente celebrado: *No me mueve, mi Dios, para quererte.* Apareció este poema en el manuscrito de Guevara *Arte doctrinal... matlatzinga,* fechado en 1638, junto con otros suyos: *Levántame, Señor, que estoy caído...*, *Poner al hijo en Cruz...* y *El tiempo y la cuenta...*, que tienen inspiración semejante. El famoso soneto atribuido también a místicos españoles como San Francisco Javier, Santa Teresa, San Ignacio o Fray Pedro de los Reyes, es, según otros estudios, no aceptados del todo, uno de tantos poemas anónimos de entonces. Hay unanimidad, sin embargo, al considerarlo como una "manifestación excelsa de la lírica religiosa" y *El tiempo y la cuenta...* como un preludio de la poesía conceptista.

Dentro del orden cronológico, el historiador FERNANDO DE ALVA IXTLILXÓCHITL tiene su lugar dentro de la poesía lírica de la Nueva España. En el mismo afán de acercar a la cultura occidental las mejores muestras de la de sus antepasados, traduce y parafrasea infinidad de composiciones prehispánicas. Son notables las versiones que dejó de los poemas atribuidos a Netzahualcóyotl por la afinidad de preocupaciones en el orden humano con poetas latinos y españoles, aunque es también fácil advertir innnegables características de inspiración indígena tanto en el espíritu nostálgico, como en el tono y en las imágenes.

LA PROSA. Mientras la poesía lírica tuvo considerable desarrollo en el siglo XVI, el cultivo de la prosa literaria no corrió con igual fortuna. El mejor ejemplo de este género corresponde a los *Diálogos latinos* de FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR. Este célebre latinista, autor de la *Crónica de Nueva España,* nació en Toledo hacia 1518. Estudió en Salamanca y llegó pronto a adquirir gran sabiduría. Fue secretario de latín del cardenal Loaisa, arzobispo de Sevilla, gran inquisidor y Presidente del Consejo de Indias. Cervantes de Salazar conoció en la corte de Carlos V a Hernán Cortés y le dedicó su versión española del *Diálogo de la dignidad del hombre,* de Pérez de Oliva. Fue catedrático en la Universidad de Osuna por 1550. Para entonces había publicado en Alcalá de Henares *Diálogo de la dignidad del hombre,* empezado por el maestro Hernán Pérez de Oliva; *Apólogo de la ociosidad y el trabajo,* compuesto por el protonotario Luis Mexía; e *Introducción y camino para la sabiduría,* por Luis Vives. Se publicaron juntas con el nombre de *Obras que Francisco Cervantes de Salazar ha hecho, glosado y traducido.* Cervantes pasó a México por 1550 o 51. Por sus *Diálogos* se deduce que al principio enseñaba gramática latina en un estudio particular. Al inaugurarse la Universidad, en 1553, recibió el encargo de iniciar los cursos y el nombramiento de profesor de retórica. Se graduó de licenciado y maestro en la facultad de Artes y, más tarde, de doctor en Teología. Antes de obtener los grados académicos, recibió las órdenes sacerdotales en 1554. Reconocidas sus capacidades, se le eligió rector de la Universidad en 1567. Pese al empeño que pusieron sus amigos en favorecerlo, Cervantes nunca consiguió las prebendas que solicitó y no pasó de canónigo, debido probablemente a los malos informes llegados a la Corte, que lo declaraban como "nada eclesiástico ni hombre para encomendarle negocios". Se señala como fecha de su fallecimiento el 14 de noviembre de 1575.

DIALOGOS LATINOS. Con fines didácticos, Cervantes de Salazar escribió siete *Diálogos latinos,* tratando de interesar a sus discípulos, a través de temas de actualidad tomados del medio, en el estudio del latín. Tres de estos diálogos fueron tradu-

cidos al español por García Icazbalceta en 1875 con el nombre de *México en 1554 (La Universidad, Interior de la ciudad de México* y *Alrededores de México).* Estas piezas tienen el interés de informar de una manera novedosa y vívida de noticias del tiempo. Se dan los antecedentes de la Universidad, su funcionamiento y las razones que hacían manifiesta la necesidad, a pocos años de consumada la conquista, de una institución de estudios superiores. Se consignan los nombres de los profesores y se comentan sus personalidades; se explican los sistemas de enseñanza y se da noticia de los sueldos que se pagaban. En el segundo diálogo, se emplea el recurso de recorrer con un forastero las principales calles de la ciudad; se explica su distribución, la construcción de las casas, los principales edificios, la plaza mayor, las calzadas, los mercados; las diferencias de esta ciudad con las españolas, etc. Y en el tercero, la misma comitiva se dirige a Chapultepec, y se hace la relación del lugar y su historia. Así queda descrita, "erudita y copiosamente", la ciudad de México a mediados del siglo XVI.

Los esbozos descriptivos que sobre la ciudad de México escribieron en verso Juan de la Cueva y Salazar de Alarcón, y en prosa Cervantes de Salazar, son los antecedentes que Bernardo de Balbuena lleva a la culminación en su hiperbólico canto: la *Grandeza mexicana.*

NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA

Tan importante como la conquista de México fue la del Perú en el siglo XVI. *Francisco Pizarro descubrió la civilización del Imperio Inca y las conquistas del Sur produjeron mayores riquezas y glorias a la Corona española. Aparecieron, como en el caso de México, cronistas españoles, criollos y mestizos, celosos de guardar constancia de las hazañas heroicas de los capitanes, de las observaciones de la vida y costumbres de los pueblos conquistados o de las tradiciones de sus antepasados.*

La obra más importante en este sentido es la del escritor mestizo el INCA GARCILASO DE LA VEGA.

1.—EL INCA GARCILASO DE LA VEGA. Nació El Inca en el Cuzco, en 1539. Su ascendencia es ilustre. Su madre, Isabel Chimpu Ocllo, descendía de la nobleza inca; fue nieta de emperador y prima de Atahualpa. Su padre fue Garcilaso de la Vega, emparentado con el poeta toledano del mismo nombre, renovador de la poesía lírica. En su genealogía se encuentran el Marqués de Santillana y Jorge Manrique. Su padre, el capitán Garcilaso, participó en muchas aventuras guerreras al lado de Pedro de Alvarado y de Pizarro. Las guerras civiles entre los conquistadores, escenas dramáticas y cambios de fortuna, forman el ambiente confuso de sus pri-

meros años. No por ello se descuidó la educación del joven mestizo. Se preparaba intelectualmente y al mismo tiempo recibía las contradictorias influencias de los dos mundos que convergían en él. Por razones políticas, el capitán Garcilaso, siguiendo las instrucciones de la Corona, contrajo matrimonio con una señora española y el hogar del hijo mestizo se desbarata. Pese a las razones de orden personal que afectaron vivamente al mozo, conservó gran afecto a su padre, en cuya casa vivió y llenó a su madre de afectuosa ternura. Su interés por el conocimiento del pasado glorioso del Imperio Inca se acentuó, estimulado por la confrontación de la realidad hiriente que los encontraba como vasallos, habiendo sido reyes. Por encargo de su padre, que murió en 1559, el Inca fue a estudiar a España. Como todos los indianos, pretendió sin éxito, en la corte, recompensa por los servicios prestados por su padre en América. Intervino, por 1570, en la campaña contra los moriscos en las Alpujarras de Granada, por lo que mereció grado de capitán. Intentó volver al Perú, pero después de la muerte de su madre en 1571, decidió radicar definitivamente en España. Pasó el resto de su vida en Sevilla, Madrid y Córdoba, donde murió en 1616.

Se inicia en las letras con la traducción de los Diálogos de amor, *escritos en italiano por León Hebreo. Es la primera obra de un peruano publicada en España y un homenaje al espíritu armónico del Renacimiento. La segunda obra es* La Florida del Inca *o* Historia del adelantado Hernando de Soto, *Lisboa, 1605. Esta crónica, que cuenta la expedición de Soto a la Florida, es de aliento épico. Tiene semejanzas con las novelas bizantina, italiana, de caballería y con los poemas épicos renacentistas. Muestra, por una parte, la veracidad y el vigor de la historia tal como la concebían los clásicos, y de la literatura tiene la preocupación por el estilo, los adornos novelescos, la fresca fantasía, la vitalidad de los personajes, etc.* La Florida del Inca *es el antecedente, la preparación, el adiestramiento para emprender su obra fundamental sobre el Perú, los* Comentarios reales. *La primera parte de esta obra apareció en Lisboa en 1609. El título explica el contenido: "...que tratan del origen de los incas, reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes y gobierno, en paz y en guerra; de sus vidas y conquistas y de todo lo que fue aquel imperio y su República antes que los españoles pasaran a él". Obra de reconstrucción histórica, homenaje a la tierra de su madre; aderezada con influencias clásicas y bellezas literarias que puntualizan, sin alterar, la verdad del contenido, pues por experiencia sabe que las historias escritas sobre las cosas de América son demasiado escuetas y por ello difíciles de entender.*

La segunda parte de los Comentarios reales *se terminó en 1612 y fue impresa, póstuma, en 1617. Con ella se rinde tributo a la grandeza española. Está dividida en ocho libros cuyo asunto, de gran fuerza dramática, se desenvuelve alrededor de un personaje: Atahualpa, Diego de Almagro, Francisco Pizarro y Gonzalo Pizarro. Menciona sus fuentes: Gómara, Acosta, Ercilla, Fernández de Oviedo y muchas más, antiguas y contemporáneas, que comenta y glosa, pero lo valioso es el tono personal en el que se advierte la nobleza de su espíritu y la fina emoción nostálgica.*

En el Inca se concilian un entrañable amor por la tierra peruana, en la que nació y vivió veintiún años, con su decisión de permanecer en España por los cincuenta y seis restantes, donde recibió una completa cultura renacentista europea, dominio de la lengua española e incorporación a la religión cristiana hasta llegar a clérigo. La perspectiva del Inca es privilegiada por su posición social, por haber vivido en los dos mundos que describe, por haber recibido una educación tan completa en los dos terrenos en que realiza sus experiencias como escritor y como hombre. Insiste en su condición de mestizo y se honra con ella. Su estilo, predominantemente emotivo, va de la sencillez a la grandeza y no pierde de vista la armonía en la composición ni la mesura, cualidades platónicas. Al dominar las dos vertientes históricas, escribe para americanos y para europeos la "obra de mayor valor en la literatura colonial".

Por lo que se refiere a la poesía épica, La Araucana, *de* ALONSO DE ERCILLA, *no solamente es la primera obra de calidad literaria que trató sobre América, sino la epopeya americana que sirvió de ejemplo a los poemas de esta clase que se escribieron después.*

2.—ALONSO DE ERCILLA. ALONSO DE ERCILLA *(1533-1594), de ilustre familia, nació y murió en Madrid. Pidió venir a América a los veintiún años, ya formado en la literatura renacentista. Llegó a Lima y fue huésped del Virrey don Andrés Hurtado de Mendoza, a cuyo hijo, don García, acompañó Ercilla en sus expediciones para llegar al valle del Arauco y someter a los indios. Sus experiencias de siete años en tierras americanas le dieron la idea de escribirlas aun en medio de las penalidades de la guerra. Comenzó su carrera de soldado tomando parte en las luchas sangrientas del Arauco, y se dice que realizó "más proezas con la espada de las que logró con la pluma." En 1569 aparece la primera parte de* La Araucana, *que muy pronto le dio fama de gran poeta. El poema, realizado en octavas reales, apareció, completo y corregido en sus tres partes, en Madrid, en 1589-1590. Empezó siendo una relación histórica de las luchas entre españoles y araucanos, pero preocupado Ercilla por la poca variedad de los hechos, y ante el temor de la monotonía, inserta fragmentos ajenos totalmente al asunto, intercala retratos de caracteres, relatos fantásticos, expediciones, etc., que le restan unidad a la obra. Con todo, en este singular poema, notable por su tema viril, dedicado al espíritu indomable de los vencidos, se da el caso de que un acontecimiento extraordinario sea narrado por uno de los protagonistas de la hazaña y que su noble sentimiento caballeresco simpatice con la valentía y fortaleza de los araucanos, haciendo que las figuras de indios como Caupolicán o Lautaro tomen proporciones heroicas. La pintura de cuadros fieles y vigorosos, descritos con brío y brillantez, hablan claro del anhelo de gloria, ideal renacentista, al que no fue ajeno Ercilla.*

ANTOLOGIA

GUTIERRE DE CETINA

MADRIGAL

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuando más piadosos,
Más bellos parecéis a aquel que os mira,
No me miréis con ira,
Porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.

JUAN DE LA CUEVA

EPISTOLA AL LIC. SANCHEZ DE OBREGON, PRIMER CORREGIDOR DE MEXICO

...A toda esta Ciudad sois muy propicio
y la Ciudad a mí, porque yo en ella
a mi placer me huelgo y me revicio,
y así, la tengo por feliz estrella
la que nos condució, de una fortuna
tan grande cual nos dio y nos trujo a vella.
. . . . . .

Seis cosas excelentes en belleza
hallo, escritas con *C*, que son notables
y dignas de alabaros su grandeza:
casas, calles, caballos admirables,
carnes, cabellos y criaturas bellas,
que en todo extremo todas son loables;
bien claro veis que no es encarecellas
esto, y que pueden bien por milagorsas
venir de España a México por vellas.
Sin éstas, hallaréis otras mil cosas
de que carece España, que son tales,
al gusto y a la vista deleitosas.
Mirad a aquellas frutas naturales,
el *plátano, mamey, guayaba, anona,*
si en gusto las de España son iguales.

Pues un *chico zapote,* a la persona
del Rey le puede ser empresentado
por el fruto mejor que cría Pomona.
El *aguacate* a Venus consagrado
por el efecto y trenas de colores,
el *capulí* y *zapote colorado;*
la variedad de hierbas y de flores,
de que hacen figuras estampadas
en lienzo, con matices y labores,
sin otras cien mil cosas regaladas
de que los indios y españoles usan,
que de los indios fueron inventadas.
Las comidas, que no entendiendo acusan
los *cachopines* y aun los *vaquïanos,*
y de comerlas huyen y se excusan,
son para mí, los que lo hacen, vanos;
que un *pipïán* es célebre comida,
que al sabor dél os comeréis las manos.
La gente natural, sí, es desabrida
(digo los indios) y de no buen trato,
y la lengua de mí poco entendida.
Con todo eso, sin tener recato,
voy a ver sus *mitotes* y sus danzas,
sus juntas de más costa que aparato.
En ellas no veréis petos ni lanzas,
sino vasos de vino de Castilla
con que entonan del baile las mudanzas.
Dos mil indios (¡oh extraña maravilla!)
bailan por un compás a un tamborino,
sin mudar voz, aunque es cansancio oílla;
en sus cantos endechan el destino
de Moctezuma, la prisión y muerte,
maldiciendo a *Malinche* y su camino:
al gran Marqués del Valle llaman fuerte,
que los venció; llorando desto, cuentan
toda la guerra y su contraria suerte.
. . . . . .

EUGENIO DE SALAZAR

DESCRIPCION DE LA LAGUNA DE MEXICO

En el distrito rico de Occidente
donde los francos montes su riqueza
y su oculto caudal hacen patente
con gran dulzura y natural largueza,
y dan en abundancia a nuestra gente
de sus profundas venas la fineza,
allí está aquella población famosa,
Tenuxtitlán, la rica y populosa.

Aquella donde el grande Motezuma
tuvo su Corte y su real asiento,
adonde en plata y oro y rica pluma
juntaba de tributos largo cuento;
do se sacrificaba grande suma
de gente humana con rigor sangriento:
aquella Ciudad grande que él tenía
por la cabeza de su Monarquía.
. . . . . .

...Y porque la Laguna deleitosa
por ser de agua salada y tan profunda
no fuese, a alguna dama, temerosa,
temiendo su canoa se le hunda,
abrió una vena rica y muy copiosa
de otra agua dulce, que un gran campo inunda,
y unió lo dulce allí con lo salado
dejando a entrambas aguas en su estado.

La parte dulce, toda se derrama
sobre la fresca juncia y verde tule;
salen las puntas de la verde trama
que la fresca Laguna adorna y pule:
aquí no teme la galana dama
ni hay para qué el contento disimule,
porque está el agua dulce muy somera,
segura y agradable y placentera...

...Y por hacer más linda y agradable
la gran Laguna y la Ciudad cercana,
hizo por eras un comunicable
repartimiento entre la gente Indiana,
para que allí, por orden admirable,
con tierra a mano y con labor galana,
en el agua hiciesen *milpas* bellas
que sale gusto y gran provecho dellas.

Allí el bermejo *chile* colorea
y el naranjado *ají* no muy maduro;
allí el frío *tomate* verdeguea,
y flores de color claro y obscuro,
y el agua dulce entre ellas que blanquea
haciendo un enrejado claro y puro
de blanca plata y varïado esmalte,
porque ninguna cosa bella falte...
. . . . . .

...*Chapultepec* se llama el Cerro airoso,
y en forma de un montón grande está puesto
tosco a la vista; empero, muy hermoso,
de tosca piedra al parecer compuesto:

mas entre aquellas piedras muy vistoso
de árboles silvestres entrepuesto,
que visto da a los ojos gran contento
desde su clave hasta su cimiento.

Tiene por capitel un edificio
de un blanco Templo el Cerro peregrino,
donde al Dios Pan se hace sacrificio,
—digo, al Eterno Pan que es uno y trino—;
y haciendo en él las Dríades su oficio
a la arboleda dan frescor divino,
y los agrestes Faunos de las manos
andan saltando allí con los Silvanos.

Abre, en la raíz fija, un ojo claro
de una agua dulce, clara, fresca y pura,
—contra la sed de México al reparo,
el refrigerio y general hartura—.
Es tan profundo el nacimiento raro,
que apenas sonda alcanza a su hondura;
sale con manso y natural sonido,
a la vista agradando y al oído.
. . . . . .

FRANCISCO DE TERRAZAS

DEJAD LAS HEBRAS DE ORO...

Dejad las hebras de oro ensortijado
que el ánima me tienen enlazada,
y volved a la nieve no pisada
lo blanco de esas rosas matizado.

Dejad las perlas y el coral preciado
de que esa boca está tan adornada,
y al cielo —de quien sois tan envidiada—
volved los soles que le habéis robado.

La gracia y discreción, que muestra ha sido
del gran saber del celestial maestro,
volvédselo a la angélica natura;

Y todo aquesto así restituido,
veréis que lo que os queda es propio vuestro:
ser áspera, crüel, ingrata y dura.

MATEO ROSAS DE OQUENDO

INDIANO VOLCAN FAMOSO...

Indiano Volcán famoso,
cuyas encumbradas sienes
sobre tablas de alabastro
coronan copos de nieve:
así las cumbres más altas
con derechas puntas entren
a competir con los cielos
tus copados pinos verdes;
así tu menuda escarcha
cuajada en perlas se quede,
que des paso a mis suspiros
para que a su dueño alleguen.
Así el sol que te arrebola
tu fogoso azufre trueque
en vetas de plata y oro
por quien te adoren las gentes,
dirás que un ausente firme
—que es mucho haber firme ausente—
quejoso de la vida
pide remedio a la muerte;
que aunque el morir es tan triste
yo diré que muero alegre
con que reciba en su cielo
el alma que allá me tiene.
Y vosotros, entretanto,
altos pinos, rocas fuertes,
sentid el mal que me acaba,
si acaso acabarme puede.

FRAY MIGUEL DE GUEVARA

LEVANTAME, SEÑOR...

Levántame, Señor, que estoy caído,
sin amor, sin temor, sin fe, sin miedo;
quiérome levantar, y estoyme quedo;
yo propio lo deseo y yo lo impido.

Estoy, siendo uno solo, dividido;
a un tiempo muero y vivo, triste y ledo;
lo que puedo hacer, eso no puedo;
huyo del mal y estoy en él metido.

Tan obstinado estoy en mi porfía,
que el temor de perderme y de perderte
jamás de mi mal uso me desvía.

Tu poder y bondad truequen mi suerte:
que en otros veo enmienda cada día,
y en mí nuevos deseos de ofenderte.

NO ME MUEVE, MI DIOS...

No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, en tal manera
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No tienes que me dar porque te quiera;
porque aunque cuanto espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

EL INCA GARCILASO DE LA VEGA

COMENTARIOS REALES

CAPÍTULO XVI

Cómo enterraban los reyes: duraban las obsequias un año

Las obsequias que hacían a los reyes Incas eran muy solemnes, aunque prolijas. El cuerpo difunto embalsamaban, que no se sabe cómo quedaban tan enteros que parecían estar vivos, como atrás dijimos de cinco cuerpos de los Incas que se hallaron año de mil y quinientos y cincuenta y nueve. Todo lo interior dellos enterraban en el templo que tenían en el pueblo que llamaron Tampu, que está el río abajo de Yucay, menos de cinco leguas de la ciudad del Cozco, donde hubo edificios muy grandes y soberbios de cantería, de los cuales Pedro de Cieza, capítulo noventa y cuatro, dice que le dijeron por muy cierto que se halló en cierta parte del palacio real o del templo del sol, oro derretido en lugar de mezcla, con que juntamente con el

betún que ellos ponen quedaban las piedras asentadas unas con otras: palabras son suyas sacadas a la letra.

Cuando moría el Inca o algún curaca de los principales, se mataban y se dejaban enterrar vivos los criados más favorecidos y las mujeres más queridas, diciendo que querían ir a servir a sus reyes y señores a la otra vida; porque, como ya lo hemos dicho, tuvieron en su gentilidad que después desta vida había otra semejante a ella corporal, y no espiritual. Ofrecíanse ellos mismos a la muerte, o se la tomaban con sus manos por el amor que a sus señores tenían. Y lo que dicen algunos historiadores que los mataban para enterrarlos con sus amos o maridos, es falso; porque fuera gran inhumanidad, tiranía y escándalo que dijeran que, en achaque de enviarlos con sus señores, mataban a los que tenían por odiosos. Lo cierto es que ellos mismos se ofrecían a la muerte, y muchas veces eran tantos, que los atajaban los superiores, diciéndoles que de presente bastaban los que iban, que adelante poco a poco, como fuesen muriendo, irían a servir a sus señores.

Los cuerpos de los reyes, después de embalsamados, ponían delante de la figura del sol en el templo del Cozco, donde les ofrecían muchos sacrificios, como a hombres divinos que decían ser hijos de ese sol. El primer mes de la muerte del rey le lloraban cada día con gran sentimiento y muchos alaridos todos los de la ciudad; salía a los campos cada barrio de por sí, llevaban las insignias del Inca, sus banderas, sus armas y ropa de su vestir, la que dejaban de enterrar para hacer las obsequias. En sus llantos, a grandes voces recitaban sus hazañas hechas en la guerra, y las mercedes y beneficios que había hecho a las provincias de donde eran naturales los que vivían en aquel tal barrio. Pasado el primer mes, hacían lo mismo, de quince a quince días, a cada llena y conjunción de la luna; y esto duraba todo el año; al fin dél hacían su cabo de año con toda la mayor solemnidad que podían, y con los mismos llantos, para los cuales había hombres y mujeres señaladas y aventajadas en habilidad, como endechaderas, que cantando en tonos tristes y funerales decían las grandezas y virtudes del rey muerto. Lo que hemos dicho hacía la gente común de aquella ciudad, lo mismo hacían los Incas de la parentela real, pero con mucha más solemnidad y ventajas, como de príncipes a plebeyos.

Lo mismo se hacía en cada provincia de las del imperio, procurando cada señor della que por la muerte de su Inca se hiciese el mayor sentimiento que fuese posible. Con estos llantos iban a visitar los lugares donde aquel rey había parado en aquella tal provincia, en el campo caminando, o en el pueblo para hacerles alguna merced; los cuales puestos, como se ha dicho, tenían en gran veneración: allí eran mayores los llantos y alaridos, y en particular recitaban la gracia, merced o beneficio que en aquel tal lugar les había hecho. Y esto baste de las obsequias reales, a cuya semejanza hacían parte dellas en las provincias por sus caciques; que yo me acuerdo haber visto en mis niñeces algo dello. En una provincia de las que llaman Quechua, vi que salía una gran cuadrilla al campo a llorar su curaca; llevaban sus vestidos hechos pendones. Y los gritos que daban me despertaron a que preguntase qué era aquello, y me dijeron que eran las obsequias del cacique Huamampallpa, que así se llamaba el difunto.

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR

MEXICO EN 1554

ALREDEDORES DE MÉXICO

. . . . . .

Zamora.—Tiende ahora la vista, y abarcarás por entero la ciudad de México.

Alfaro.—¡Dios mío! qué espectáculo descubro desde aquí; tan grato a los ojos y al ánimo, y tan hermosamente variado, que con toda razón me atrevo a afirmar que ambos mundos se hallan aquí reducidos y comprendidos, y que puede decirse de México lo que los griegos dicen del hombre, llamándole Microcosmos, o mundo pequeño. Está la ciudad toda asentada en un lugar plano y amplísimo, sin que nada la oculte a la vista por ningún lado. Los soberbios y elevados edificios de los españoles, que ocupan una gran parte del terreno, y se ennoblecen con altísimas torres y excelsos templos, están por todas partes ceñidos y rodeados de las casas de los indios, humildes y colocadas sin orden alguno, que hacen veces de suburbios, entre las que también sobresalen iglesias de tan magnífica construcción como las otras. Y es tanto el terreno que ocupan las habitaciones de indios y españoles, que no es asequible cerrarle con muros.

Más lejos rodean la ciudad lomas, collados y montes de desigual altura, unos naturalmente selvosos y abundantes de madera, otros cultivados y fertilísimos. En todos se ven muchas haciendas que embellecen admirablemente la ciudad y los campos circunvecinos.

Zamora.—Desde las lomas hasta la ciudad (cosa que realza su mérito) hay por cualquier lado diez leguas, y aún más, de campos de regadío, bañados por las aguas de acequias, ríos y manantiales. En ellos tienen asiento grandes ciudades de indios, como Tetzcoco, Tlacopan, Tepeaquilla, Azcapotzalco, Cuyoacán, Iztapalapan y otras muchas. De ellas son esas iglesias blanqueadas, desde las cuales se disfruta la vista de México.

Zuazo.—De los campos más cercanos a la ciudad, unos son ejidos de abundantes pastos para el ganado lanar, caballar y vacuno; otros son de árboles frutales, y tan propios para cualquier cultivo, que a excepción de la viña, cuanto allí se siembra produce cosechas increíbles. En ellos hay haciendas y casas de campo, tan bellas todas y feraces, que al mismo tiempo que esparcen el ánimo, mantienen decentemente a muchas familias.

Alfaro.—Y para que no falte cosa para que este cuadro exceda a todos en belleza, entiendo que es muy abundante de pesca la laguna que desde el pie de los montes se extiende y dilata mucho de oriente hacia el poniente y sur, cubierta de embarcaciones de indios con sus redes de pescar. Dentro de ella nacen, entre oriente y sur, dos cerros bien gruesos y elevados.

Zamora.—En el de oriente, que es el más próximo, hay un manantial siempre caliente, encerrado dentro de un primoroso edifico abovedado, y es un saludable baño para los enfermos. En el otro, que queda al sur, hay maravillosa cantidad de liebres, conejos, ciervos y patos cimarrones; y le adorna un magnífico palacio del Marqués.

Zuazo.—Observa, fuera de eso, una cosa que ciertamente sirve de defensa a la ciudad, y por lo mismo le da mérito, y es que no puede fácilmente ser tomada por

fuerza, a causa de la laguna que rodea y baña sus campos. Porque no es posible llegar a la ciudad sino por las calzadas, que son varias, muy anchas, y elevadas sobre el resto del terreno, estando todos los campos inmediatos a ellas cortados por muchas zanjas, de manera que en tiempo de aguas se inundan de tal modo, que aquello no parece laguna, sino mar. Junto a algunas de las calzadas que conducen a la ciudad, vienen de muy lejos hasta el interior de ella ecequias o arroyos sacados de los ríos mayores, y al volver a salir entran en la laguna, de lo cual resulta que nunca bajan sus aguas, ni aun en el mayor rigor de la canícula.

Alfaro.—¿Hay habitantes en las lomas y montañas?

Zamora.—Muchísimos indios, y entre ellos gran número de granjas de españoles, llamadas estancias por los mexicanos; varias de ellas tan productivas, que mantienen ganados, y dan con abundancia trigo y otras semillas. Las tierras bajas gozan de riego que las fertiliza. Te he dicho ya casi todo: bajemos ahora para regresar a México por otro camino.

. . . . . .

ALONSO DE ERCILLA

LA ARAUCANA

CANTO XXXIV

"Yo soy Caupolican, que el hado mío
Por tierra derrocó mi fundamento,
Y quien del araucano señorío
Tiene el mando absoluto y regimiento;
La paz está en mi mano y albedrío
Y el hacer y afirmar cualquier asiento,
Pues tengo por mi cargo y providencia
Toda la tierra en freno y obediencia.

"Soy quien mató a Valdivia en Tucapelo,
Y quien dejó a Purén desmantelado;
Soy el que puso a Penco por el suelo,
Y el que tantas batallas ha ganado;
Pero el revuelto ya contrario cielo,
De vitorias y triunfos rodeado,
Me ponen a tus pies a que te pida
Por un muy breve término la vida.

"Cuando mi causa no sea justa, mira
Que el que perdona más es más clemente,
Y si a venganza la pasión te tira,
Pedirte yo la vida es suficiente;
Aplaca el pecho airado, que la ira
Es en el poderoso impertinente;

Y si en darme la muerte estás ya puesto
Especie de piedad es darla presto."
. . . . . .

Hecha la confesión, como lo escribo,
Con más rigor y priesa que advertencia,
Luego a empalar y asaetearle vivo
Fue condenado en pública sentencia.
No la muerte y el término excesivo
Causó en su gran semblante diferencia,
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.
. . . . . .

Luego aquel triste, aunque felice día
Que con solemnidad le baptizaron,
Y en lo que el tiempo escaso permitía
En la fe verdadera le informaron,
Cercado de una gruesa compañía
De bien armada gente, le sacaron
A padecer la muerte consentida,
Con esperanza ya de mejor vida.

Descalzo, destocado, a pie, desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso ñudo,
De la cual el verdugo iba tirando,
Cercado en torno de armas, y el menudo
Pueblo detrás, mirando y remirando
Si era posible aquello que pasaba,
Que, visto por los ojos aún dudaba.
. . . . . .

Llegóse él mismo al palo donde había
De ser la atroz sentencia ejecutada
Con un semblante tal, que parecía
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: "Pues el hado y suerte mía
Me tienen esta muerte aparejada,
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningún mal hay grande, si es postrero."
. . . . . .

Esto dicho, y alzando el pie derecho
(Aunque de las cadenas impedido)
Dio tal coz al verdugo, que gran trecho
Le echó rodando abajo mal herido;
Reprehendido el impaciente hecho,
Y él del súbito enojo reducido,
Le sentaron después con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante
Por más que las entrañas le rompiese
Barrenándole el cuerpo, fue bastante
A que el dolor intenso se rindiese:
Que con sereno término y semblante,
Sin que labio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó de la manera
Que si asentado en tálamo estuviera.

En esto, seis flecheros señalados,
Que prevenidos para aquello estaban
Treinta pasos de trecho desviados
Por orden y despacio le tiraban;
Y aunque en toda maldad ejercitados,
Al despedir la flecha vacilaban,
Temiendo poner mano en un tal hombre
De tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas Fortuna crüel, que ya tenía
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salía,
Forzando el curso le traía derecho,
Y en breve, sin dejar parte vacía,
De cien flechas quedó pasado el pecho,
Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Que por menos heridas no cupiera.
. . . . . .

ANTONIO DE SAAVEDRA GUZMAN

EL PEREGRINO INDIANO

III. Tirano Amor...

Tirano Amor, crüel, dí ¿qué pretendes
mostrando tu furor en un rendido,
pues con tanto rigor mi vida ofendes
con tu liga y veneno encrudecido?
Cuán poco a poco atormentarme entiendes,
seguro que en tu red me ves metido!
Mas, ay! que ya la acerba y viva llama
el cuerpo, el corazón, el alma inflama.

Oh Amor, quién tus engaños alcanzase
y quién tus varios fines entendiese,
para que de tus daños se escapase
y tus fueros injustos previniese!

Quién tu rigor y fuerza contrastase
y tu furiosa flecha resistiese,
defendiendo el furor de aquesas manos
y tus redes y lazos inhumanos!

Oh hiel envuelta en miel emponzoñada,
oh tósigo mortal, oh dulce muerte,
oh mal de muerte, oh muerte regalada
y dicha que en desdicha se convierte!
Oh vida de la vida desastrada,
oh inquietud de la felice suerte,
oh brasa envuelta en hielo, oh vario efecto,
confusión del estado más perfecto!

Traidor, pérfido, espera! No me aquejes,
pues me ves justamente entretenido:
razón será que un solo punto dejes
libres mi entendimiento y mi sentido;
suspenso quedaré, hasta que alejes
tu mano, que tan fiera me ha herido:
no es justo, injusto Amor, que me persigas
en tal tiempo con ansias y fatigas!

BERNARDO DE BALBUENA

GRANDEZA MEXICANA

CAPÍTULO VI

Argumento

PRIMAVERA INMORTAL Y SUS INDICIOS

Los claros rayos de Faetonte altivo
sobre el oro de Colcos resplandecen,
que al mundo helado y muerto vuelven vivo.

Brota el jazmín, las plantas reverdecen,
y con la bella Flora y su guirnalda
los montes se coronan y enriquecen.

Siembra Amaltea las rosas de su falda,
el aire fresco amores y alegría,
los collados jacintos y esmeralda.

Todo huele a verano, todo envía
suave respiración, y está compuesto
del ámbar nuevo que en sus flores cría.

Y aunque lo general del mundo es esto,
en este paraíso mexicano
su asiento y corte la frescura ha puesto.

Aquí, señora, el cielo de su mano
parece que escogió huertos pensiles,
y quiso él mismo ser el hortelano.

Todo el año es aquí mayos y abriles,
temple agradable, frío comedido,
cielo sereno y claro, aires sutiles.
. . . . . .

Al fin, aqueste humano paraíso,
tan celebrado en la elocuencia griega,
con menos causa que primor y aviso,

es el valle de Tempe, en cuya vega
se cree que sin morir nació el verano,
y que otro ni le iguala ni le llega.

Bellísimo sin duda es este llano,
y aunque lo es mucho, es cifra, es suma, es tilde,
del florido contorno mexicano.
. . . . . .

Aquí entre sierpes de cristal segura
la primavera sus tesoros goza,
sin que el tiempo le borre la hermosura.

Entre sus faldas el placer retoza,
y en las corrientes de los hielos claros,
que de espejos le sirven se remoza.

EL SIGLO DE ORO EN LAS SELVAS DE ERIFILE

EGLOGA SEXTA

Mientras que por la limpia y tersa frente
ese cabello de oro ensortijado
al fresco viento vuela marañado
sobre las tiernas rosas del oriente;

mientras la primavera está presente
de ese clavel, sobre marfil sentado,
coged las flores y alegrías del prado,
que el tiempo corre, huye y no se siente.

¿De qué fruto os será la hermosura,
cuando el invierno vista de su nieve
la lumbre de oro y encarnadas rosas?

Si la edad pasa, el tiempo la apresura;
las horas vuelan, y en su curso breve
hallan y tienen fin todas las cosas.

CAPÍTULO IV

EL TEATRO

EL TEATRO DE EVANGELIZACION. El gusto de los indígenas por las representaciones y *mitotes* en ocasión de festividades de su culto religioso inspiró a los primeros misioneros la idea de convertir el espectáculo en un vehículo apropiado para iniciar a los naturales en los temas y misterios de la fe católica. La objetividad de la presentación fue un eficaz estímulo para la mentalidad del público preparado para recibirlo y pronto constituyó el medio más seguro para sembrar la doctrina cristiana entre los indios.

Los misioneros aprovecharon los escenarios de las representaciones prehispánicas: Teotihuacán, Cholula, Tlaxcala. Empiezan por hacerlas en el interior de los templos, en los atrios de iglesias y conventos, en tablados al aire libre, en las capillas abiertas o en el interior de los colegios. Los actores eran gente del pueblo y de la iglesia, y los papeles femeninos se encargaban a muchachos. Los ribetes de profanidad en que fatalmente se cayó en procesiones y representaciones, fueron reprimidos por el Obispo Zumárraga, y se llegó a un acuerdo definido en este sentido en el Tercer Concilio Mexicano de 1585.

La primera pieza de este género en la Nueva España fue una *Representación del fin del mundo,* en Santiago Tlaltelolco, en 1533. Esta pieza no es sino un *Auto del juicio final,* original de FRAY ANDRÉS DE OLMOS, que probablemente fue la misma que se llevó al cabo después en la Capilla de San José de los Naturales, en lengua mexicana. En 1538 se representaron en Tlaxcala: *La anunciación de la natividad de San Juan Bautista, La anunciación de Nuestra Señora, La visitación de la Santísima Virgen a Santa Isabel* y *La natividad de San Juan Bautista.* En ese mismo año, también en Tlaxcala, se representó en mexicano *La caída de nuestros primeros padres.* Con motivo del Corpus, tuvo lugar *La conquista de Jerusalem,* en 1539, obra que parece haber sido escrita por MOTOLINIA.

En la capilla de San José de los Naturales, al finalizar el siglo XVI se representaban pasos o entremeses con temas de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que perduraron largos años. Por este mismo tiempo Fray Juan de Torquemada organizaba representaciones mudas, mímicas llamadas *nexcuitilli,* que acompañaban sus sermones. Hacia 1587 se representó en Tlaxocomulco una pieza sobre *La adoración de los Reyes Magos;* según refiere Fray Alonso de Ponce, con este auto se celebraba tradicionalmente la Epi-

fanía desde mediados del siglo XVI. Esta clase de obras fue persistente a través de todo este siglo aun en regiones lejanas como Sinaloa o la Mixteca. Su finalidad no fue artística, sino de catequización. Se hacían concesiones al gusto indígena, que privaba, como es natural, en el aparato externo. Este teatro, tan cercano a las formas medievales por el asunto religioso y la finalidad, es generalmente anónimo. Poquísimas muestras han llegado hasta nuestros días y es dudosa la identificación de los autores. Hay referencias de FRAY LUIS DE FUENSALIDA, autor de los *Diálogos de la Virgen y San Gabriel*; FRAY ANDRÉS DE OLMOS, que compuso el *Auto del juicio final*, y FRAY TORIBIO DE MOTOLINIA, a quien se debe *La conquista de Jerusalem.*

Para completar el cuadro del teatro religioso del siglo XVI, hay que agregar al de evangelización, escrito generalmente en lenguas indígenas, el teatro culto.

EL TEATRO CULTO. El teatro culto se escribía en español y en latín y se practicaba en los colegios de jesuitas en las conmemoraciones y solemnidades. La más importante de estas representaciones fue *El triunfo de los santos*, celebrada en noviembre de 1578, que alcanzó un éxito extraordinario. Fue parte de los festejos de agradecimiento por el envío de las reliquias que el Papa Gregorio XIII donó a la Compañía. Se trata de una tragedia en cinco actos, en castellano, con un prólogo en octavas, publicada en 1579 en la Carta del Padre Morales, enviada al general de la Compañía. Los estudiantes representaron varios coloquios en latín y español y comedias latinas, siempre con gran pompa y solemnidad. Por sus propias limitaciones, pronto decayó este teatro humanístico, concretándose a una función puramente escolar.

Llega en su momento el teatro criollo, aquel que sigue las formas de la comedia española, escrito por autores mexicanos o que así se consideran, con un interés profesional y un lugar apropiado (las casas de comedias), que va separándose gradualmente de aquel otro en el que participaba el pueblo entero, verdadero teatro de masas, de gran contenido social, como el que se realizó por los tlaxcaltecas en los años 1538 y 1539.

A mediados del siglo XVI ya se encuentran aquí, importados de la Metrópoli, entremeses de Lope de Rueda, y se advierte la preferencia del público por las comedias españolas. Festividades de carácter civil o religioso dan motivo para los actos teatrales: llegadas de virreyes o arzobispos, nombramientos de autoridades, nacimiento de príncipe heredero, conmemoración de la consumación de la Conquista, fiesta de San Hipólito o de Corpus. Las autoridades eclesiásticas y virreinales estimulaban con premios la producción teatral y se conservan los nombres de algunos afortunados comediógrafos que recibieron algún galardón por la creación, adaptación o dirección de comedias: DIEGO JUÁREZ, ALONSO DE BUENROSTRO, ARIAS DE VILLALOBOS, GONZALO DE RIANCHO, etc.

Entre los autores que, venidos a México, aquí escribieron comedias, algu-

nas de ellas sólo conocidas por su nombre, están: SANCHO SÁNCHEZ DE MUÑÓN, autor de la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia;* LUIS DE BELMONTE BERMÚDEZ, que escribió *El Diablo predicador;* GUTIERRE DE CETINA, que compuso comedias morales y profanas, y JUAN DE LA CUEVA, célebre comediógrafo pre-lopista. Los dramaturgos criollos más destacados del siglo XVI fueron: FERNÁN GONZÁLEZ DE ESLAVA y el PBRO. JUAN PÉREZ RAMÍREZ.

GONZALEZ DE ESLAVA. FERNÁN GONZÁLEZ DE ESLAVA nació hacia 1535, probablemente en Sevilla (España), y vino a México en 1567. Aquí produjo su obra: *Coloquios espirituales y sacramentales* y *Poesías sagradas.* Los primeros son dieciséis "a lo divino" y el entremés de dos rufianes, que es teatro profano. Se asimiló pronto al ambiente novohispano, lo que se advierte en su lenguaje y en la importancia que da a las costumbres y al medio colonial. Su Coloquio III está dedicado al Inquisidor Moya de Contreras y en él se alternan el verso y la prosa. Como poeta religioso, está dentro de la corriente tradicionalista con la sencillez de sus villancicos; en otras composiciones muestra la influencia italianizante; en el manuscrito *Flores de varia poesía* aparece con dos sonetos y una glosa.

JUAN PEREZ RAMIREZ. El PBRO. JUAN PÉREZ RAMÍREZ, hijo de conquistador, nació en México en 1545. Se ordenó sacerdote muy joven; versado en náhuatl y en latín, es el primer dramaturgo nacido en América. De él se conoce sólo una obra: el *Desposorio espiritual entre el Pastor Pedro y la Iglesia mexicana,* compuesta con motivo de la imposición del palio arzobispal al Inquisidor Moya de Contreras, en 1574. Es una comedia pastoril y alegórica en la que hablan la Iglesia, el Pastor Pedro, las virtudes y el Amor Divino, y muestra la habilidad de su autor para la versificación pulcra.

JUAN RUIZ DE ALARCON. No tuvo buena fortuna el teatro criollo, primero, porque no podía competir con el del Siglo de Oro español, y, después, porque estuvo en sus principios relegado a la función educativa y cultivado en su mayor parte por clérigos, con propensiones hacia el academismo retórico. Los poetas de certámenes escriben también comedias con iguales fines. MATÍAS DE BOCANEGRA, FRANCISCO BRAMÓN, SALAZAR Y TORRES, RAMÍREZ DE VARGAS, FRANCISCO DE AZEVEDO se cuentan entre los principales, aunque hay otros muchos de quienes no se conocen las obras y se consignan únicamente los títulos de ellas y los nombres de los autores.

Dentro del género dramático, el autor más representativo del genio novohispano fue JUAN RUIZ DE ALARCÓN Y MENDOZA. Nació en la ciudad de

México en 1581. Sus padres vivieron en Taxco y ahí nacieron dos de sus hermanos. Estudió en la Facultad de Artes de la Universidad Real y Pontificia de México, en 1592. Obtuvo título de bachiller en cánones en la Universidad de Salamanca, y en Derecho civil, entre 1600 y 1602. En 1606 se trasladó a Sevilla con la ayuda de un pariente, y la revalidación de sus estudios le permitió dedicarse a la abogacía. De ese tiempo fueron sus primeras incursiones en el campo literario. En 1608 regresa a la Nueva España en la misma flota en que viajan Fray García Guerra, Arzobispo y futuro Virrey, y el novelista Mateo Alemán. La Universidad de México le otorgó en 1609 el título de licenciado en Leyes y la dispensa de pompa para el de doctor, que no llegó a alcanzar. Con la idea de encontrar acomodo, se inscribe, con malos resultados, a oposiciones para las cátedras de Instituta, Decreto y Código. Mientras tanto, desempeña el cargo de asesor jurídico de la Real Audiencia.

Juan Ruiz de Alarcón

En vista de su poca fortuna, decide volver a España en 1613 y se instala definitivamente en Madrid como pretendiente, en la Corte, del reconocimiento de los méritos de su prosapia. En este momento empieza la época de madurez del dramaturgo que, ya dentro del mundo literario español, encuentra un camino propio, a pesar del ambiente hostil que lo presionaba amenazándolo con ahogar sus capacidades. Tanto su condición de indiano como su figura —corcovado de pecho y espalda, bajo de estatura, barba bermeja— le atraen las puyas hirientes de los ingenios de la Corte. Pero ni la soledad ni el retraimiento le hicieron perder su fe en las cualidades humanas, antes bien fortalecieron su deseo de perfección y su conciencia artística. En 1626, después de años de espera, es nombrado relator del Consejo de Indias. Abandona la carrera literaria, que ya no le es necesaria para vivir. En 1639 hace testamento señalando como heredera de sus bienes a doña Lorenza de Alarcón, hija suya, y muere el 4 de agosto de 1639.

En la grandiosa escena del teatro español del Siglo de Oro, Alarcón es el único dramaturgo de Indias. Con Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón de la Barca, Alarcón aporta su original contribución para hacerse

acreedor al título de "modernidad" entre sus coetáneos y al de creador del teatro de caracteres. Sin duda le corresponde la primacía entre los mexicanos que han alcanzado renombre universal.

Aunque escribió versos de circunstancias, su obra está en el teatro. Cuenta con veintiséis comedias, y parece que comenzó a escribir para el teatro, en Salamanca, por 1601. De este primer período son: *La culpa busca la pena, La cueva de Salamanca* y *El desdichado en fingir,* que siguen la moda del tiempo, o sea, la comedia de enredo. En su segundo viaje a España (1613-18) su temperamento reflexivo ha tenido ocasión de ejercitarse; busca dar coherencia a sus personajes y establecer la relación entre la conducta humana y los estímulos que la motivan; es el principio del teatro de caracteres, y de esta época son: *Todo es ventura, Las paredes oyen, Mudarse por mejorarse, La prueba de las promesas* y *La verdad sospechosa.* Al tercer período (1619-22) corresponde su interés por la comedia heroica, y a él pertenecen: *Los pechos privilegiados, El dueño de las estrellas* y *El tejedor de Segovia.* La última época (1623-25) presenta la culminación de sus recursos técnicos y de su maestría en el dibujo de caracteres. En ésta caben: *El examen de maridos* y *No hay mal que por bien no venga.*

Fue Alarcón dramaturgo celebrado y famoso, aunque en sus relaciones con los escritores madrileños aparezca como poco amigable, pues así lo hacen suponer los constantes ataques de que fue objeto por parte de Suárez de Figueroa, Lope de Vega, Quevedo, Góngora, Mira de Amescua, Vélez de Guevara y otros, que enderezaron continuas sátiras y epigramas contra las corcovas del indiano y contra su carácter excesivamente cortés y jactancioso, "mosca y zalamero". Fue amigo, en cambio, de Tirso de Molina, con quien colaboró algunas veces, y respondió las burlas de sus enemigos a través de los personajes de sus comedias. Aunque Alarcón sigue las líneas generales impuestas por Lope, en la comedia española, tiene características fundamentales que lo distinguen y que habrá que buscar en su origen mexicano, en la soledad amarga que lo rodeó en España, en su cuerpo contrahecho en un ambiente en el que privaban las apariencias. Mientras sus contemporáneos escriben cientos de obras, él trabaja en labor de pulimento prefiriendo la calidad a la cantidad; en lugar de dejarse arrebatar por la invención y la fuerza lírica, busca el equilibrio, la justeza y el valor intelectual. Se interesa por justificar el desarrollo de la acción, en delinear el perfil de sus caracteres; en lograr limpieza y sobriedad en los versos de elegancia epigramática. Los problemas que plantean sus mejores obras tienen relación directa con la vida diaria y en ellas triunfan las virtudes del alma sobre las apariencias exteriores. Se ha dicho que la comedia alarconiana tiene muy cercana relación con la latina de Plauto y Terencio, tanto en su estructura como en el sentido que adquieren sus graciosos y sus criados.

Es *La verdad sospechosa* la obra más conocida de Alarcón. Si se le dio en un tiempo el calificativo de "moralizante", se ha llegado a la conclusión de que si la mentira no está aquí presentada como un vicio monstruoso y el mentiroso no ha procedido por maldad, sino por exceso de vitalidad y de

imaginación, Alarcón ha creado, no la comedia moral, sino la comedia de caracteres. Es ahí donde radica su valor teatral; el personaje, Don García, actúa de acuerdo con su propia manera de ser; su comportamiento tiene un origen y un sentido. La contrapartida de este carácter será el de su padre, don Beltrán, acabado ejemplo de hombre recto y probo. Con esta obra Alarcón influye en el teatro de Corneille, que la parafrasea en *Le menteur*, y pasa de aquí al teatro de Molière.

En *Las paredes oyen* la pintura de caracteres es más amplia. Doña Ana acaba por escoger, entre dos amores, el verdadero, aunque las apariencias lo condenen. Don Juan de Mendoza, a pesar de su pobreza y mal talle, vence, por su discreción y valor, la apostura y riqueza de don Mendo. Tanto los protagonistas como los criados están dibujados con cuidadosa veracidad. Es importante advertir que el criado no es el gracioso tradicional, sino una especie de consejero que trata de convencer por medio de razonamientos, y su perspicacia le hace distinguir con oportunidad lo falso de lo verdadero para ajustar su comportamiento.

Es asunto terminado la discusión acerca del mexicanismo de Alarcón. Ya Henríquez Ureña lo restituyó definitivamente a nuestras letras. Y si bien es cierto que produjo su obra en España, al gusto español, y que las alusiones a la Nueva España escasean, en cambio las peculiaridades de su carácter, su tono mesurado y discreto, reflejan una manera de ser peculiar de México, por donde se ve que hay ya, para esas fechas, una distinción entre los españoles peninsulares y los indianos, criollos y mestizos.

ANTOLOGIA

FERNAN GONZALEZ DE ESLAVA

COLOQUIO XVI

EL BOSQUE DIVINO

. . . . . .

Príncipe.—¿Luego vos sois el Diablo Cojuelo tan nombrado en el mundo?

Cojín.—El mismo, que cada año salgo en esta fiesta por el más señalado de todas las legiones infernales.

Halagüeña.—¿Qué es eso que trae, señor Cojín? Que mal año para una nao que tanta jarcia traiga.

Cojín.—Lazos y redes para poner en las veredas que van al cielo.

Halagüeña.—Buenas deben de ser. Mas las redes y lazos que acá se ponen en las damas, más caza nos dan que pueden dar las vuestras, porque enlazan sus almas y las ajenas sin sentir.

Príncipe.—A falta de pan buenas son tortas. Si no sirviere de corredor, por ser cojo, servirá de perro de muestra.

Cojín.—Miren que soy persona de honra. Y que tengo cuatro pelos del diablo, que uno tengo más por ser cojo, que no hay ave que en ligereza me iguale, ni ánimo, ni maña como la de Don Cojín, que está presente.

Halagüeña.—¡Triste de mí! ¿Qué "Don" tiene, señor Cojín?

Cojín.—Don y aun redón, y si fuere menester, torondón haré a quien me enojare, que llenos tenemos los rincones del infierno de Dones, que no se hace allá caso de ellos.

Remoquete.—Dice verdad el señor Don Cojín, que tres aposentos vide llenos de Dones hasta las vigas, y a mí me daban uno, porque me llamase Don Remoquete, y me dijeron que si había acá quien los comprase, que los darían baratos. Algunos Dones había mohosos.

Príncipe.—Cunden los Dones como mancha de aceite; bien les parece a las damas. Ornato es pomposo, como cuero lleno de viento.

Cojín.—No es viento para nosotros, que con ellos se hinchan las velas de la vanidad, y van a dar al través a las islas de los Ladrones, que somos nosotros, y hacen escala antes de dar al través en la isla de Zebú o de Belcebú.

Príncipe.—Aduana es ésta donde pagarán los derechos doblados. Mas diga, señor Cojín, ¿de qué palo es esta ballesta que trae? Para que sepamos si es furiosa, y si está bien apuntada, y si tira bien.

Cojín.—La ballesta se hizo del árbol en que se ahorcó Judas, y aun él mismo la hizo por su mano en el infierno.

Príncipe.—¿Deprendió a ballestero?

Cojín.—La nuez es de la nuez que tenía en la garganta el mal ladrón. La cuerda, de la soga que a Judas tuvo colgado. Los virotes me presentó la Malicia con los casquillos del yerro que cada uno comete. Miren si vengo mal prevenido.

Halagüeña.—¿Qué tiros habéis de hacer con ella? ¿Contra quién habéis de encarar?

Cojín.—La puntería es para codiciosos, que para ellos la traigo asestada, que no saldrá tiro avieso con la puntería de la codicia de Judas, y a toda caza se puede aplicar, que de golpe o de recudida lastiman los buenos ballesteros.

Príncipe.—Fundado vais en filosofía, señor Don Cojín. Cojín de brocado os pueden llamar; contento y satisfecho quedo de vuestra suficiencia, no son menester más pruebas. Arte admirable es el vuestro.

Halagüeña.—Antes de ver al señor Don Cojín, dije que me quería sentar en él; mas ahora digo que es poco ponerlo sobre mi cabeza.

. . . . . .

JUAN PEREZ RAMIREZ

DESPOSORIO ESPIRITUAL ENTRE EL PASTOR PEDRO Y LA IGLESIA MEXICANA

Gracia

Alégrese la tierra, el mar y el cielo,
De donde tanto bien nos ha venido,
Y al alma tanta gloria y tal consuelo.
Bendita sea la tierra do ha nacido,

Y bendita la mar que lo ha pasado
A la tierra que tanto ha merecido.
Alégrense los campos y el ganado
A quien ha dado Dios pastor tan bueno
Que lo apaciente en dulce y verde prado.
Alégrese y esté de gozo lleno
El monte, selva y valle mexicano,
Que florido estará de hoy más ameno.
. . . . . .

La fe

Alégrese en este día,
Señora, tu corazón,
Pues hoy llegadas te son
Nuevas de tanta alegría,
De gozo y consolación.
. . . . . .

Iglesia

Fe, mi amada compañera,
Luz del mundo verdadera,
Yo he recibido este día
Mayor gozo y alegría
Que aquí recibir pudiera
Más que humano es mi consuelo,
No tiene comparación,
Pues me da el Pastor del Cielo
Un Pastor en este suelo
Conforme a mi corazón.
Deseaba yo un pastor
Que fuese Pedro en amor,
Pedro en el nombre y vestido;
Y diómelo Dios cumplido
En toda suerte y valor.
. . . . . .

Iglesia

Mi dulce esposo y señor,
De mí tanto deseado;
Abrazad, mi buen pastor,
Pues con firme fe y amor
Mi alma os tiene abrazado.
Dadme, dadme vuestras manos,
Pues con dones soberanos
Dios por ellas comunica
Aquella prenda tan rica
Que ofreció por los humanos.

Pedro

Pastora, que entre las bellas
Pastoras fuiste escogida
Cual sol entre las estrellas,
Y entre pequeñas centellas
Gran lumbrera esclarecida.
No estó yo menos gozoso
En haber de ser tu esposo,
Que tú lo puedas estar
Con haberte de casar
Con pastor tan venturoso.
. . . . . .

Robusto

Pues no haya más dilación,
Haga la amonestación
Luego, y más no se detenga;
Y a nuestro Pedro y a Menga
Les dé Dios su bendición

Amor divino
(canta)

Pedro se casa con Menga,
Digan si hay contradicción.

Cantores

Que Dios en uno los tenga,
Pues que para en uno son.

Amor divino

Menga casa y se desposa
Con Pedro que está presente
Y él la toma por su esposa,

Y ambos quieren juntamente;
Digan si hay inconveniente,
So pena de excomunión.

Cantores

Que Dios en uno los tenga,
Pues que para en uno son.

Amor divino

Si en aqueste casamiento
Que se quiere celebrar
Hay algún impedimento,
Vénganlo aquí a declarar:
Si no se pueden casar
Díganlo sin dilación.

Cantores

Que Dios en uno los tenga,
Pues que para en uno son.

. . . . . .

Justillo

Pues ya desposado hemos
Al pastor que deseamos,
Todos con placer le demos
Del apero que tenemos,
Pues él nos ama y le amamos.

. . . . . .

JUAN RUIZ DE ALARCON

EL EXAMEN DE MARIDOS

ESCENA XIV

Doña Inés.—¿Tenéis, Beltrán, prevenidos
los memoriales?
Beltrán.— Dispuestos
están como has ordenado.
Doña Inés.—Pues llegad, llegad asientos:
sentaos, Beltrán. El examen
en nombre de Dios empiezo.
(Siéntanse al bufete con un libro y memoriales.)
Beltrán.—Este billete, señora,
es de don Juan de Vivero.
Doña Inés.—Breve escribe. Dice así:
(Lee.) "Si os mueven penas, yo muero."
Esto de *muero* es vulgar;
mas por lo breve es discreto.
Beltrán.—Hecha tengo su consulta.
Doña Inés.—Decid.
Beltrán.— "Don Juan de Vivero,
mozo, galán, gentilhombre,
y en sus acciones compuesto;
seis mil ducados de renta;
galiciano caballero.
Es modesto de costumbres,
aunque dicen que fue un tiempo

a jugar tan inclinado,
que perdió hasta los arreos
de su casa y su persona;
pero ya vive muy quieto."
Doña Inés.—El que jugó jugará;
que la inclinación al juego
se aplaca, mas no se apaga.
Borralde.
Beltrán.— Ya te obedezco.
. . . . . .
Beltrán.—Ya está puesto. El que se sigue
es don Gómez de Toledo,
que la cruz de Calatrava
ostenta en el noble pecho:
hombre que anda a lo ministro,
capa larga y corto cuello,
levantado por detrás
el cuello del ferreruelo,
el paso compuesto y corto,
siempre el sombrero derecho,
y un papel en la pretina;
maduro en años y en seso.
Doña Inés.—Apruebo el seso maduro;
maduros años no apruebo
para en marido, Beltrán.
Beltrán.—Es maduro, mas no es viejo.
Doña Inés.—Va la consulta.
Beltrán.— Es Hurtado
de Mendoza.
Doña Inés.— ¿De los buenos?
Beltrán.—De los buenos.
Doña Inés.— Será vano.
Beltrán.—Es pobre.
Doña Inés.— Serálo menos.
Beltrán.—Tiene esperanza de ser
de una gran casa heredero.
Doña Inés.—No contéis por caudal proprio
el que está en poder ajeno;
y más donde el morir antes
o después es tan incierto.
Beltrán.—Pretende oficios.
Doña Inés.— ¿Pretende?
¡Triste dél! ¿Tenéis por bueno
para mi marido a quien
ha de andar siempre pidiendo?
Beltrán.—Un virreinato pretende.
Doña Inés.—¿Virreinato cuando menos?
¡Mirad si digo que es vano!
Beltrán.—Tiene, para merecello,
innumerables servicios.

Doña Inés.—A maravedís los trueco;
que meritos no premiados
son litigiosos derechos.
Beltrán.—Sólo entre sus buenas partes
se le conoce un defeto.
Doña Inés.—¿Cuál?
Beltrán.— Es colérico adusto.
Doña Inés.—¡Peligroso compañero!
Beltrán.—Mas dicen que aquella furia
se le pasa en un momento,
y queda apacible y manso.
Doña Inés.—Si con el ardor primero
me arroja por un balcón,
decidme, ¿de qué provecho,
después de haber hecho el daño,
será el arrepentimiento?
Beltrán.—¿Borrarélo?
Doña Inés.— Sí, Beltrán;
que elegir esposo quiero
a quien tenga siempre amor,
no a quien siempre tenga miedo.

. . . . . .

Beltrán.— Don Guillén
de Aragón se sigue luego,
de buen talle y gentil brío;
sobre un condado trae pleito.
Doña Inés.—¿Pleito tiene el desdichado?
Beltrán.—Y dicen que con derecho;
que sus letrados lo afirman.
Doña Inés.—Ellos, ¿cuándo dicen menos?
Beltrán.—Gran poeta.
Doña Inés.— Buena parte,
cuando no se toma el serlo
por oficio.
Beltrán.— Canta bien.
Doña Inés.—Buena gracia en un soltero,
si canta sin ser rogado,
pero sin rogar con ello.
Beltrán.—En latín y griego es docto.
Doña Inés.—Apruebo el latín y el griego;
aunque el griego, más que sabios,
engendrar suele soberbios.
Beltrán.—¿Qué mandas?
Doña Inés.— Que se consulte,
si saliere con el pleito.
Beltrán.—El que se sigue es don Marcos
de Herrera.
Doña Inés.— Borraldo luego;
que don Marcos y don Pablo,
don Pascual y don Tadeo,

don Simón, don Gil, don Lucas,
que sólo oírlos da miedo,
¿cómo serán si los nombres
se parecen a sus dueños?

EL TEJEDOR DE SEGOVIA

ESCENA XVIII

. . . . . .

Don Fernando.—Conde, ¿conocéisme? *(Descúbrese)*
Conde.— Sí
y en vuestro valor osado,
antes de haberos quitado
la máscara, os conocí.
Don Fernando.—¿Quién soy?
Conde.— Sois el tejedor
Pedro Alonso, no me olvido.
Don Fernando.—Aún no me habéis conocido.
Miradme, Conde, mejor.
Conde.—Por lo que decís, pensara,
si pudiera ser, mirando
el retrato de Fernando
Ramírez en vuestra cara,
que érades él.
Don Fernando.— Sí soy, Conde.
Conde.—¡Válgame Dios! Si ofendido
de mí el cielo, ha permitido
que del sepulcro que esconde
vuestro cadáver helado,
que yo mismo vi enterrar,
os levantéis a vengar
vuestra hermana, ya he pagado
la deuda, y cobró su honor
con la mano que le di.
¿Qué más pretendéis de mí?
Don Fernando.—No quiero que mi valor
deslustréis, atribuyendo
a milagro soberano
las hazañas de mi mano;
y aunque justamente entiendo
que es el cielo quien ordena
que yo os castigue, no estoy
muerto, Conde; vivo soy,
y ha de ser de vuestra pena
mi valor el instrumento.

Conde.—¿Cómo es posible? Yo mismo
os vi entregar al abismo
de un obscuro monumento.
Don Fernando.—Engaño fue, no verdad;
y porque no le quitéis
la gloria que le debéis
a mi valor, escuchad.
. . . . . .
A una bóveda llego, en que escondía
despojos de la muerte el templo santo;
la fuerza aplico, y una losa fría,
puerta del hondo túmulo, levanto:
entro, y tentando por la cueva umbría,
poco diversa al reino del espanto,
saco de su ataúd un cuerpo helado,
la misma noche en él depositado.
La mortaja quité al cadáver yerto,
y púsele mi propria vestidura;
y para que no fuese descubierto
mi engaño, le deshice la figura
del rostro con heridas; y así el muerto
traslado de su quieta sepultura
a la calle, y mi planta el campo pisa
con sola su mortaja por camisa.
Hallando, pues, el sol el cuerpo frío
con mis vestidos, llaves y papeles
que en publicar que era el cadáver mío
fueron tenidos por testigos fieles,
voló la fama, y el desastre impío
enterneció los pechos más crüeles,
y dándole en la tierra el común puerto,
se asentó la opinión de que soy muerto.
. . . . . .
Esta es mi historia, Conde; y satisfecho
con esto de que vivo y es humana
la fuerza de mi brazo y de mi pecho,
prodigio no de sombra soberana,
sustentad los agravios que habéis hecho,
y empuñando el acero, la tirana
mano se muestre aquí tan atrevida,
como contra el honor, contra la vida.
(Saca la espada.)
Conde.—Siendo Fernando de doña Ana hermano,
¿mostráis contra su esposo airado brío?
Don Fernando.—Ella cobró el honor con vuestra mano,
y yo con vuestra muerte cobro el mío.
Conde.—De vuestra afrenta el sentimiento es vano,
pues no agravió mi injusto desvarío
a Fernando Ramírez, sino a un hombre,
tejedor en oficio y Pedro en nombre.

Don Fernando.—Éste es el rostro mismo en que la afrenta
de vuestra injusta mano se retrata:
si al tejedor la hicistes, haced cuenta
que el tejedor, y no Fernando, os mata.
Éste es el pecho que ofender intenta
vuestro amor con mi esposa.
Conde.— Si ella ingrata
resiste a mi afición, ¿en qué os ofendo?
Don Fernando.—Al marido se ofende pretendiendo.
(Acuchíllanse, y cae el Conde.)
Conde.—¡Muerto soy! ¡Cielo! Justo es el castigo
de mis culpas. Escucha, ya que muero.
Yo contra ti y tu padre fui testigo;
falso, Fernando, fui, no verdadero.
Orden fue de mi padre; que conmigo
y con él de la envidia el rigor fiero
tan grande fue; perdóname, pues eres
cristiano, y muero. *(Muere)*
Don Fernando.— Perdonado mueres.
(Vase.)

CAPÍTULO V

SIGLO XVII

EL BARROQUISMO

Al mediar el siglo XVII, la sensibilidad artística se ha transformado. No se trata de un cambio brusco, sino de una evolución que culmina en los últimos años del siglo. Con el retraso explicable, las escuelas literarias pasan de España a América. En el caso del barroco, que se adelanta en España al espíritu renacentista, sobre todo por razones religiosas, se observan ciertas características que ayudarán a comprender su esencia. En el lenguaje, la sobriedad clásica se reemplaza por el lujo en las formas expresivas, que se vuelven ricas y complejas. La serenidad ha cedido su sitio al dinamismo, a la pasión y a los bruscos contrastes. El arte busca, sobre todo, la expresión de emociones humanas subrayadas en rasgos y actitudes. Los elementos de la naturaleza empiezan a cobrar autonomía e invaden el campo artístico con motivos ornamentales muy variados. El ideal colectivo del barroco fue el "hombre de ingenio", resultado de la exageración del sentimiento individualista.

El barroco, originalmente, es una forma arquitectónica que se deriva después a todas las artes. En la poesía corresponde al culteranismo de Góngora y al conceptismo de Quevedo.

La vida colonial de este tiempo es propicia para el desarrollo de la poesía barroca. Privan las alabanzas a la rica ciudad, centro de abundancia y primor, según Balbuena. Mientras la capital se viste de gala a la entrada de personajes ilustres y las conmemoraciones se vuelven fastuosas, los poetas se adiestran para lucir su ingenio en los certámenes y colaborar con elocuente dignidad en la erección de arcos triunfales.

Abunda, pues, la poesía de circunstancias, descriptiva o laudatoria, encargada de dar mayor relieve a las diversas manifestaciones de carácter religioso o civil, siguiendo las costumbres de la metrópoli. Así, el *Triunfo parténico* es para honrar a la Inmaculada Concepción o el *Neptuno alegórico* para celebrar la llegada de un virrey. En los colegios se da preferencia a estas formas retóricas, hasta convertir la poesía casi en un ejercicio de ingenio, brillante por su agudeza, deudora de la elegancia, erudición y cultura humanística, acordes con la solemnidad del caso.

La repetición de los temas y la semejanza en el desarrollo de la poesía del siglo XVII proviene, en buena parte, de las limitaciones a que los certámenes sujetaban la habilidad de los poetas. Entre las justas poéticas a las

que acudieron centenares de escritores en busca de galardón y renombre, haciendo patente la actividad literaria tanto en la capital como en algunas provincias, fueron notables: el *Festivo aparato con que la Compañía de Jesús celebró a San Francisco de Borja,* en 1672; las *Funerales pompas de D. Felipe IV y plausible aclamación de D. Carlos II;* el *Neptuno alegórico* (1680), en honor del Conde de la Laguna; el *Marte católico,* dedicado al Duque de Alburquerque (1653), y el *Triunfo Parténico,* recogido por Sigüenza y Góngora (1682-83).

En medio de esta abundancia de nombres de poetas y de extremos formales —acróstico, centón, anagrama, rueda, laberinto, caligrama, versos retrógrados— es muy evidente la influencia de Góngora o, más bien, la invasión de Góngora, como ocurrió en España misma, al lado de la gravedad conceptista. Cada vez se ilustra mejor el paralelo del barroco literario con el plástico, para afirmar que es seguro que en "nuestro terruño físico hubiera una especial fertilidad barroca".[1] Algunos nombres de esta apretada floresta conviene entresacar: Arias de Villalobos, Matías de Bocanegra, Sandoval Zapata, Palafox y Mendoza, Francisco de Castro, Sigüenza y Góngora, Sor Juana.

ARIAS DE VILLALOBOS. ARIAS DE VILLALOBOS (n. 1568) pasó a México siendo niño. Llegó a ser el poeta más celebrado de la Nueva España. Escribió comedias, canciones, epitafios y elogios. Su obra principal es *La obediencia que México... dio a D. Felipe IV...* con un discurso en verso (1623). Su *Mercurio histórico y descriptivo de esta gran ciudad de México,* dedicado al Virrey Marqués de Montes Claros, en 233 octavas, tiene relación con Balbuena. Parece haber sido el iniciador del gongorismo en la Nueva España y uno de los grandes cantores de las hazañas de Cortés.

DON JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA. Don JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA (1600-1659) nació en Navarra, alcanzó el doctorado en Cánones por Salamanca, se ordenó sacerdote en 1629 y después de haber sido Consejero de Indias se consagró, en 1639, obispo de Puebla. Su actuación en la Nueva España —de la que fue virrey en 1642— lo justifica como protector de los indios, limpio y recto hasta alcanzar fama de santidad. Puebla le debe la terminación de la Catedral, la construcción de templos, seminarios, colegios y monasterios y la donación de 6,000 volúmenes para la que se llamó Biblioteca palafoxiana. Sus *Obras* comprenden catorce volúmenes que desarrollan temas místicos, de dogma y moral, de Derecho, Historia y Sociología. Ensayó el relato con *El pastor de Nochebuena* y escri-

[1] Alfonso Méndez Plancarte, *Poetas novohispanos,* Segundo siglo (1621-1721), México, 1944, p. XXVI.

bió abundantes poemas que se agrupan en dos libros: *Poesías espirituales* y *Cánticos,* notables en su limpidez. Siguen en muchos aspectos la línea poética tradicional fuera de los excesos barrocos entonces predominantes.

MATIAS DE BOCANEGRA. La *Canción a la vista de un desengaño,* excesivamente elogiada e imitada, dio alto renombre a su autor, el P. MATÍAS DE BOCANEGRA (1612-1668). Nació en Puebla y se distinguió por su erudición y vivo ingenio. Perteneció a la Compañía de Jesús, escribió sermones, una comedia, y varias obras poéticas. Con su famosa canción llega al poema puramente subjetivo con el tema de la libertad y sus peligros, que ejemplifica a través de un jilguero. El tono y la moraleja hacen pensar en un temprano fabulista que recurre a los procedimientos del barroquismo.

SANDOVAL ZAPATA. Don Francisco de Quevedo tuvo en don LUIS SANDOVAL ZAPATA, de mediados del siglo XVII, un muy ilustre discípulo. Sus afinidades se aprecian en su obra en prosa, *Panegírico de la paciencia,* tanto en su forma conceptuosa como en la permanente presencia de la muerte, y en la honda solemnidad de lo trágico. Fue poeta laureado en justas literarias y en sus obras abundan variaciones sobre el tema de la vida efímera de las flores, cercanas a la perfección de Sor Juana. Se advierten su sensibilidad para los colores y su expresividad amorosa, y se trasparenta el tono filosófico. En su *Romance de la degollación de los Avilas* recrea con facilidad narrativa la tragedia de Alonso y Gil de Avila por su intervención en la conspiración en favor de Martín Cortés, Marqués del Valle de Oaxaca.

FRANCISCO DE CASTRO. El P. FRANCISCO DE CASTRO, jesuita nacido en Madrid, calificado como "fuertemente culterano", escribió *La octava maravilla,* poema de 254 octavas, dedicado a la Virgen de Guadalupe, una muestra más de epopeya de gran aliento en el siglo XVII.

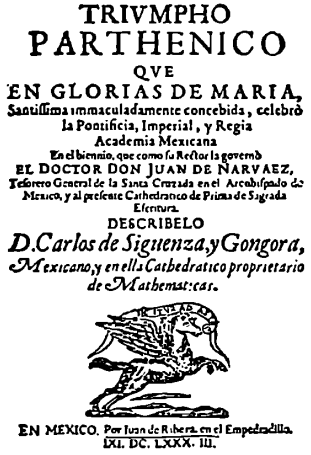
AGUSTIN SALAZAR Y TORRES. Poeta laureado en el certamen de 1654, en muy temprana edad, fue don AGUSTÍN SALAZAR Y TORRES (1642-1675), nacido en España, pero cuya formación fue totalmente novohispana, ya que pasó a América a los tres años. Cursó letras y artes en San Ildefonso y se graduó en Leyes. En 1660 volvió a España para contraer matrimonio. Allí trató con escritores tan celebrados como Calderón y, aunque

murió muy joven, dejó muestras de su habilidad para la poesía lírica y dramática. A pesar de haber sido, como tantos otros poetas novohispanos, ignorado o tratado con cierto despego, el interés de la crítica actual lo ha rehabilitado colocándolo en el lugar que le corresponde como discípulo de Góngora y de Calderón, a quienes comentaba y seguía desde niño. Se han calificado de excelentes sus obras lírico-dramáticas como: *Los juegos olímpicos, Céfalo y Procris, Tetis y Peleo. El encanto es la hermosura,* que se atribuyó a Tirso, una fábula de *Venus y Adonis* y numerosos poemas de buena factura y agradable musicalidad.

CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA. Don CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA (1645-1700) es una de las personalidades más características del barroquismo novohispano, aunque, paradójicamente, su espíritu científico preludie la cercanía del siglo XVIII. Fue su tío don Luis de Góngora, y seguramente del ilustre cordobés le vino su permanente afición por la poesía, que componía antes de los 17 años, como lo indica su *Primavera indiana.* En 1667 dejó la Compañía de Jesús, en la que se había iniciado años antes, y entró a la Universidad, donde ocuparía, algún tiempo después, la cátedra de Astrología y Matemáticas. Recibió las órdenes sacerdotales en 1[illegible]2. Al morir, en 1700, nuevamente ya admitido en la Compañía, legó sus libros y manuscritos al Colegio de San Pedro y San Pablo. Sigüenza, como todos los personajes importantes en la cultura de su tiempo, contribuía a los certámenes y arcos triunfales. En 1680 concurrió al certamen con que se celebraba la erección de un templo en honor de la Virgen de Guadalupe, en la ciudad de Querétaro, y con su *Teatro de virtudes políticas,* a solemnizar con un Arco que levantó la ciudad, la entrada del Virrey Conde de Paredes. En 1680, con motivo de la aparición de un cometa, lanzó un "manifiesto filosófico contra los cometas" para combatir las supersticiones; después, su *Belerofonte matemático contra la Quimera astrológica,* y en 1690, su *Libra astronómica,* refutando al P. Kino, astrónomo tirolés. Recibió el legado de los documentos históricos de Alva Ixtlixóchitl; salvó del incendio del Ayuntamiento, en 1692, valiosos libros y códices, a riesgo de su vida. Tuvo nombramiento de cosmógrafo regio, inspeccionó la bahía de Panzacola e hizo un estudio para el control oficial de las lejanas regiones de Nuevo México, que publicó en su *Mercurio Volante.* Fue perito en fortificaciones, desagües y conocedor profundo del pasado indígena. Considerado como precursor del periodismo mexicano por el *Mercurio Volante,* también lo es de la novela con la *Relación de los infortunios de Alonso Ramírez.*

En el *Triunfo parténico,* de 1683, reseña los certámenes literarios promovidos por la Real y Pontificia Universidad con motivo de la Inmaculada Concepción de la Virgen. Este documento es extraordinariamente valioso para el conocimiento de las letras mexicanas de fines del siglo XVII. Son cerca de cincuenta los artistas premiados que presenta, entre los que hay algunos

pintores; figuran aquí Sor Juana y el propio Sigüenza. Ilustra, además, acerca del tono culto, la profunda tradición clasicista del Renacimiento y el derroche de erudición humanista característico de estos festejos de brillantes tonalidades barrocas. A Sigüenza, secretario de los dos certámenes que recoge el *Triunfo*, le corresponde, a más de reunir las composiciones, hacer la descripción de los actos. Su prosa es un ejemplo curioso del recargamiento minucioso a que había llegado el gusto barroco. El estudio de los poetas del *Triunfo parténico* daría la tónica exacta de la poesía de la última parte del si-


TRIVMPHO
PARTHENICO
QVE
EN GLORIAS DE MARIA,
Santissima immaculadamente concebida, celebrò
la Pontificia, Imperial, y Regia
Academia Mexicana
En el bienio, que como su Rector la governò
EL DOCTOR DON JUAN DE NARVAEZ,
Tesorero General de la Santa Cruzada en el Arcobispado de
Mexico, y al presente Cathedratico de Prima de Sagrada
Escritura.
DESCRIBELO
D. Carlos de Siguenza, y Gongora,
Mexicano, y en ella Cathedratico proprietario
de Mathemat:cas.
EN MEXICO, Por Iuan de Ribera, en el Empedradillo.
IXL. DC. LXXX. III.

Facsímil de la portada de la obra "Triumpho Parthenico"

glo XVII. Están entre ellos: Francisco Arias Maldonado, Francisco de Ayerra Santa María, Francisco de Azevedo, Juan López de Avilés, Alonso Ramírez de Vargas, Sor Juana Inés, Francisco de Sandoval Zapata, Sigüenza, etc. Sigüenza y Góngora, ilustre hombre de ciencia y respetado escritor, está considerado como poeta barroco, continuador de un gongorismo aún rico en procedimientos técnicos, sugestivo en sus alusiones, y novedoso por el color de vocablos regionales.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ. La arquitectura colonial, enriquecida con los varios estilos del arte barroco, tiene su paralelo en la poesía, deudora no sólo de la escuela gongorina, sino también de Quevedo, Calderón, Lope, Jáuregui y Jacinto Polo. Este elocuente marco que forma la poesía de la segunda mitad del siglo XVII explica la aparición de una figura de valor universal: SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ. Juana de Asbaje y Ramírez de

Santillana nació el 12 de noviembre de 1651 en la Hacienda de San Miguel Nepantla, Estado de México, de padre vascongado y madre criolla. Se crió al lado de su abuelo materno en la Hacienda de Panoayan. Pronto dio muestras de inteligencia poco común, aprendió a leer a los tres años, mientras acompañaba a su hermana mayor a la Amiga; compuso una loa eucarística a los ocho y se empeñaba en que la enviaran a estudiar a la Universidad, aunque para ello fuese necesario vestir ropas masculinas; leyó con insaciable curiosidad los libros de la biblioteca familiar y tomó lecciones de latín con el Br. Martín de Olivas. En 1665 estaba en Palacio, hasta donde había llegado la fama de su talento y belleza, como dama de honor de la Virreina Marquesa de Mancera. El Virrey quiso probar la habilidad de la joven y la enfrentó a cuarenta letrados de todas las facultades, quienes la sometieron a un examen del cual salió victoriosa. En los dos años de permanencia en la Corte debe de haber probado el amor y la decepción; sin duda, la vanidad del halago y quizá el dolor de no poder ostentar un linaje sin mancha, ya que era hija natural. Decidió, según su propia confesión, entrar a un convento por la "total negación que tenía al matrimonio", ya que no podía elegir, por los convencionalismos del tiempo, vivir sola y dedicar su vida, como lo hubiera preferido, a la libertad de su estudio. En 1667 entró al convento de San José, de las Carmelitas descalzas, cuya extrema rigidez en las reglas quebrantó su salud. En 1669 profesa, finalmente, en San Jerónimo, donde permaneció hasta su muerte. Exacta en el cumplimiento de sus deberes religiosos, desempeñó con celo y obediencia las tareas que se le encomendaron como contadora y archivista, aunque declinó el cargo de priora en dos ocasiones. Fue el convento, como la monja lo advirtió, el refugio que, pese a los deberes de la Orden y los inconvenientes de la vida en comunidad, le brindó la paz necesaria para calmar su sed de saber y realizar una obra vasta y variada que le ha valido la inmortalidad.

Los intereses intelectuales de Sor Juana no llevaban sólo un camino. Se interesaba lo mismo por la teología que por la filosofía, la astronomía, la pintura, las humanidades o la música, y esa sabiduría nada común se advierte en sus obras más maduras. Llegó a poseer una biblioteca de cuatro mil volúmenes y algunos instrumentos científicos y musicales. Sus relaciones con la vida secular eran cordiales y frecuentes. A ella se le encomendó el Arco triunfal a la entrada del Conde de Paredes (1680) descrito en el *Neptuno alegórico*. Ganó dos premios en el certamen del *Triunfo parténico;* contribuía con versos a festejos civiles y eclesiásticos. Contó entre sus amigos a virreyes, altos dignatarios de la Iglesia, sabios de su tiempo como Sigüenza y Góngora y sostuvo correspondencia con ilustres personajes nacionales y extranjeros.

Su fama rebasó las fronteras de la Nueva España y se hizo en 1689, en Madrid, la primera edición de sus poesías, con el nombre de *Inundación castálida,* en tanto que la autora era consagrada como "la única poetisa, Musa Décima". El Obispo de Puebla, Fernández de Santa Cruz, editó la *Crisis de un sermón* (1690), intitulándola *Carta Athenagórica.* En este documento

Sor Juana impugna la tesis teológica del célebre jesuita portugués Antonio Vieyra, con razonamientos fundamentados que le acarrearon la admiración de sus contemporáneos, pero también la exhortación del prelado en el sentido de que se empeñase con mayor celo a los asuntos sagrados. Quizá la frecuencia de desastres en la Colonia: tormentas, inundaciones, hambres, epidemias, tumultos, por los años de 1690 y 1691, hicieron reflexionar a Sor Juana sobre la inminencia de la muerte y la caducidad de las glorias terrenas, encaminándola por la senda de la santidad, como afirmaba su confesor el P. Núñez. Decidió entonces sacrificar su biblioteca y todas sus pertenencias en beneficio de los pobres; vivió una vida de mortificación y ascetismo, y murió contagiada por la peste que asoló el convento, tratando de ayudar a sus hermanas enfermas, el 17 de abril de 1695.

Sor Juana Inés de la Cruz

Para entender la personalidad de Sor Juana, ningún camino más directo que el de su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, carta que dirige al Obispo Fernández de Santa Cruz. Este documento, escrito en "la mejor prosa mexicana de la época", es una exposición de las manifestaciones de su vocación desde sus primeros años: su forma de aprender, los castigos que se imponía como medios disciplinarios, su facilidad de asimilación y su inclinación natural a la rima; sus descubrimientos acerca de los puntos de contacto que tienen las ciencias entre sí, "abriendo camino las unas para las otras"; sus conclusiones en cuanto a que no son únicamente los libros fuente de enseñanza, sino la naturaleza entera, ya que en el juego, en la cocina o en la simple contemplación puede estudiarse algo. Llegó a advertir la armonía universal y el conocimiento de Dios como coronamiento de las disciplinas del espíritu. Habla también Sor Juana de su decisión de tomar el hábito en busca de un refugio para dedicarse al estudio y de las luchas que tuvo que librar para evitar que la asediaran la impertinencia de sus hermanas o la admiración de sus amigos en demanda de su colaboración para todo festejo. Considerando que la mujer en el siglo XVII no tenía oportunidades de cultivarse, es admira-

ble la actitud de Sor Juana, que no solamente hace la defensa del derecho de la mujer a su propia libertad, sino muestra, al mismo tiempo, que en ella puede existir una verdadera vocación intelectual y dar frutos cumplidos aun dentro de las duras limitaciones del autodidacta.

Sor Juana escribió para el teatro tres autos sacramentales: *El cetro de José, El mártir del sacramento* (San Hermenegildo) y *El divino Narciso*, y dos comedias al gusto calderoniano: *Los empeños de una casa*, de amor y enredo, y *Amor es más laberinto*, de tema mitológico-galante, en colaboración con el Br. Juan de Guevara. Escribió también dos sainetes, entremeses, loas y villancicos.

La abundancia y variedad de su poesía lírica dice a las claras cuáles fueron sus predilecciones. Sonetos, liras, silvas, redondillas, romances, villancicos, loas, forman el amplio caudal de su producción y muestran el hábil manejo de formas y recursos poéticos a que había llegado el barroquismo. Si fue una buena discípula de Góngora y ella misma declara sus preferencias por el poeta cordobés, se advierten fácilmente su inclinación conceptista y, en general, todas las influencias de la poesía del Siglo de Oro, desde las más diáfanas hasta las más complejas. Buena parte de su poesía es de circunstancias, pero aun en ella hay finura, ingenio, humorismo, como en sus redondillas contra los "hombres necios...". Evidencia de acendrada calidad lírica son sus poemas amorosos (sonetos, liras y endechas), "los más suaves y delicados que ha salido de pluma de mujer". La autenticidad del sentimiento, con sus matices de celos, despecho, quejas, ausencia o muerte del amado, es tan justa y feliz, la expresión tan límpida, que no en vano permanecen como insuperables los sonetos *Detente, sombra...* y *Esta tarde, mi bien...* o la lira *Amado dueño mío...*

Su poema más ambicioso es el titulado: *Primero sueño*, que escribe por propio gusto en cerca de mil versos y a la manera gongorina, en el que intenta describir la aventura del conocimiento en un viaje sin fronteras, en un ejercicio de puro y libre goce intelectual. Para dar la sensación de lo que es el sueño se entretejen "la descripción artística, la mitología, la erudición, la historia, la ciencia y la filosofía", integrando ese deseo de conocimiento característico de Sor Juana, y expresado también en su famosa *Respuesta.*

La extraordinaria personalidad de Sor Juana, objeto de innumerables estudios dentro y fuera de México, no puede reducirse a una clasificación. Es tan auténtica en sus fáciles villancicos de amor divino y en los versos en que imita el habla de los indios y de los negros, como en aquellos de arrebatado lirismo amoroso o en los de grave profundidad filosófica. Poetisa única, Musa décima, la realización más completa del barroquismo novohispano, preludia también el afán enciclopédico que había de caracterizar al siglo XVIII.

NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA

PEDRO DE PERALTA BARNUEVO. Espíritu enciclopédico a la manera de Sigüenza y Góngora, fue el criollo PEDRO DE PERALTA BARNUEVO *(Perú, 1663-1743), matemático, ingeniero, cosmógrafo. Es superior a los peruanos y a la mayor parte de los españoles de su tiempo, como lo muestra la variedad de sus escritos. Versifica con la misma facilidad en varias lenguas, y sus conocimientos de historia antigua y moderna, de filosofía, química, botánica, anatomía y medicina, hablan claramente de sus variados intereses culturales. Sus obras suman cuarenta y ocho. Ensayó la poesía épica en* Lima fundada o Conquista del Perú, *con mayor interés histórico que literario. Fue Peralta más afortunado como poeta dramático. Escribió* Triunfos de amor y poder, *comedia mitológica;* Afectos vencen finezas, *de gusto calderoniano, y* Rodoguna, *con influencia de Corneille.*

ANTOLOGIA

DON DIEGO DE SIGÜENZA Y FIGUEROA

SONETO DE ECOS, AL MARQUES DE LA LAGUNA

(Del *Triunfo Parténico*)

Si al alto Apolo la *sagrada agrada*
piedad Troyana, a que *debida vida*
tanta asegure, que *eximida mida*
del veloz tiempo en la *jornada nada:*

Por tan sublime, tan *sagrada grada,*
en que la Luz como en *manida anida,*
suba tu amor; no se *despida; pida*
posteridad, más que *aclamada, amada.*

No en ti tu ser, si se *repara, para,*
grande Marqués, porque *elocuente cuente*
lo que en el eco, que *resuena, suena,*

y a que el afecto no *disiente; y siente*
que ha de deber a tan *preclara Ara*
triunfar tu estirpe en la *Agarena arena!*

JOSE DE MORA Y CUELLAR

OCTAVAS

Cuyos versos partidos forman ocho redondillas de siete sílabas, que se refieren al mismo tema.

(Del *Triunfo Parténico*)

Por venerar a Delos *reverente*
Anio (en quien la tiara *siempre luce,*
y corona preclara *de su frente)*
unidos da desvelos, *que introduce*
para su mayor gloria *con fe ardiente*
a su primer instante, *en que reluce*
sacra llama flamante, *que propicia*
Regia ofrece memoria, *y Pontificia.*

En religiosa unión *de celo siente*
la concordia jurada *si fe pura*
de Anquises da, postrada *y reverente,*
a Delos su atención *firme y segura;*
porque juntando diestras *felizmente*
a sus cultos las manos, *su hermosura*
de afectos soberanos *dimanadas*
logre dichosas muestras *consagradas.*

Así sabia Minerva *mexicana*
con Anquises mejor *y más piadoso*
une su fino amor, *que dichas gana,*
cuando piedad observa *religioso*
en Anio figurada, *donde ufana*
a un serafín unida, *amor glorioso;*
si a Delos más lucida, *que es María,*
se mira consagrada *en este día.*

¡Oh! Celebre tu gloria *docta Atenas*
con digna aclamación, *con voces claras,*
la fama por blasón *de aplausos llenas,*
y el tiempo por memoria *dé a tus aras,*
¡oh seráfico coro! *pues resuenas*
hoy con Minerva amante *dichas raras,*
celebra el puro instante *a Delos pura,*
que hace tu edad de oro *más segura.*

MATIAS DE BOCANEGRA

CANCION A LA VISTA DE UN DESENGAÑO

Una tarde en que el Mayo
de competencias quiso hacer ensayo,
retratando en el suelo
las bizarrías de que se viste el cielo,
sin recelar cobarde
que en semejante alarde
pudiera ser vencido,
rico, soberbio, ufano y presumido;
cuando el Sol al poniente
con luz incandescente
rodaba al horizonte
—despeñado Faetonte
de su ardiente carroza—
a sepultarse en túmulos de rosa,
sale a vistas un Prado
de flores estrellado
con tanta lozanía
que reta y desafía
a competir con ellas
a cuantas brillan en el globo Estrellas.

Por centinela agrega
aquesta hermosa vega
un Monte, de esmeralda
desde la cima a la espaciosa falda:
cual Argos se introduce
con blancas azucenas con que luce:
arriscado gigante,
del Cielo inculto Atlante,
Polifemo eminente
que las nubes abolla con la frente,
en cuya cresta altiva
nace una Fuente viva.
Y no hallando descanso
en la estrecha prisión de su remanso,
la Fuente cristalina
sus arenas trasmina
y astuta se desata
en hilos de cristal, venas de plata,
hasta que despechada
—la cárcel quebrantada—
desde la altiva peña
cual Icaro de nieve se despeña,
corriendo a poco trecho

—sierpe de vidrio— al Monte por el pecho.
Llega a la falda hermosa,
y juguetón retoza
con mirtos y alhelíes,
recamando de perlas sus rubíes;
y el Prado, que se bebe
en líquidos cristales tanta nieve,
con más flores se enriza,
más vario se matiza,
tributándole en flores
cuantos al Río le bebió licores.

Esta riqueza viste
el Prado, cuando triste
—de miedos abrumado,
el corazón en ansias anegado—
a un mirador salía
un Religioso que ya no podía
a sí mismo sufrirse,
según siente de penas combatirse:
los ojos arrasados,
los pulsos ahogados,
pausados los alientos
y en tumulto civil los pensamientos.
Al monte y la campiña
la vista extiende, a ver cómo se aliña,
por ver si así sosiega
de sus discursos la interior refriega.
Suspensos los sentidos,
del todo embebecidos,
de lo que mira el Religioso vive;
porque allí no percibe
otra cosa que el monte y la campaña
que dulcemente su dolor engaña,
—cesando los tropeles
y aflojando a la pena los cordeles,
cuando el viento se calma
que levantó la tempestad del alma—,
hasta que le despierta
de aquella vida muerta
un músico Jilguero,
de su quietud agüero.
. . . . . .

LUIS DE SANDOVAL Y ZAPATA

VENCEN LAS ROSAS AL FENIX

El Astro de los Pájaros expira,
aquella alada eternidad del viento,
y entre la exhalación del monumento
víctima arde olorosa de la pira.

En grande hoy metamórfosis se admira
mortaja, a cada flor más lucimiento:
vive en el Lienzo racional aliento
el ámbar vegetable que respira.

Retratan a María sus colores;
corre, cuando la luz del sol las hiere,
de aquestas sombras envidioso el día.

Más dichosas que el Fénix morís, Flores:
que él, para nacer pluma, polvo muere;
pero vosotras, para ser María.

DON CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA

TRIUNFO PARTENICO

CAPÍTULO IV

. . . . . .

En conformidad de lo que se estila con los Doctores y Ministros de que se forma su Claustro, pasó la Real Universidad al admirable convento de San Francisco a noticiar de lo resuelto a sus Prelados doctísimos, y habiéndose (según el mandamiento del Virrey Duque de Alburquerque) encomendado no sólo a los Colegios sino también a los estudiantes (para que se hiciese menos gravosa) la colgadura del Atrio, se nombraron comisarios para que en ello entendiesen, y se comenzó a disponer así el Auto Virginal como el certamen poético, para que aquel se representase con aparatos magníficos y éste se discurriese con versos suaves y con cadencias armónicas. Cosas todas que con la prevención de su necesaria grandeza ocuparon la tarea de algunos días, que a pesar de los comunes deseos, fue preciso se dilatasen hasta el sábado 24 de enero de 1682.

Serían las tres horas de la tarde de este día, cuando con general repique de todas las campanas de las iglesias de México, de cuyos dueños se recabó este político cortejo con anticipada cortesía, comenzó a salir del templo de San Francisco para la capilla de la Imperial Academia la procesión. No dije bien: el Triunfo, digo, de la Purísima Reina, aún mucho más aplaudido que acompañado de los que en él asistían, siendo así que no fueron menos que los más graves sujetos de todas las Religiones, interpolados con los doctores, que renunciando la antigua determinación acerca del lugar

donde habían de concurrir para recibir y acompañar la procesión, y vistosísimos con las matizadas insignias con que mutuamente se distinguen las facultades, formaban una racional primavera de flores áticas. Porque en algunos se nevaba de nuevo la blancura de la azucena en la candidez de la Teología; en otros, reverdecía la estudiosa oliva de la Pontificia Jurisprudencia; en éstos, se retenía el clavel purpúreo de las Constituciones Augustas; en aquéllos, se recreaba la vista enferma al ver simbolizada la Medicina en la amarilla retama, terminándose tan vistosos matices en la azul violeta con que hermosea la Filosofía sus naturales dogmas.

Entre estas flores sobresalía la rosa, no aquélla de quien dijo la discreta Safo el que era aliño cultísimo de la tierra, belleza de las plantas, luz de las flores, púrpura del prado y hermosura resplandeciente: *Terrae ornamentum, plantarum decus, oculus florum, prati rubor, pulchritudo coruscans* (Sapho in hymn. de Rosa.) sino la que a pesar de las no materiales espinas con que por la primera culpa se horrorizó la tierra del microcosmos, anticipó la fragancia purísima de inamisible gracia; sobresalía, pues, con descollada eminencia, por que sobre los hombros de los mexicanos Doctores y debajo de un riquísimo palio de brocado, se conducía su imagen. Y aun por ser su original admirable depósito de todas las perfecciones creadas, era aquella digno empleo de cuantas preciosas piedras le permuta la Asia a la América por su copelada plata. Hermoseábanse allí entre prisiones del oro los diamantes, aunque emulados en el precio de los ardientes rubíes; brillaban los zafiros, alegraban las esmeraldas mientras los topacios, los crisolitos y amatistas, naufragaban en el undoso mar de orientales perlas. *Quid portas virentibus sertis coronatas? quid aulaeis undante plateas, acenssisque funalibus auctum diem referam?*, pudiera decir aquí como el panegirista latino (Latin. Pacat. in Panegyrico.) pero vaya en compendio lo que necesitaba para su digna relación de dilatado volumen.

. . . . . .

SOR JUANA INES DE LA CRUZ

LIRAS

QUE DAN ENCARECIDA SATISFACCIÓN A UNOS CELOS

PUES estoy condenada,
Fabio, a la muerte, por decreto tuyo,
y la sentencia airada
ni la apelo, resisto ni la huyo,
óyeme, que no hay reo tan culpado
a quien el confesor le sea negado.

Porque te han informado,
dices, de que mi pecho te ha ofendido,
me has, fiero, condenado.
¿Y pueden, en tu pecho endurecido,
más la noticia incierta, que no es ciencia,
que de tantas verdades la experiencia?

Si a otros crédito has dado,
Fabio, ¿por qué a tus ojos se lo niegas,
y el sentido trocado
de la ley, al cordel mi cuello entregas,
pues liberal me amplías los rigores
y avaro me restringes los favores?

Si a otros ojos he visto,
mátenme, Fabio, tus airados ojos;
si a otro cariño asisto,
asístanme implacables tus enojos;
y si otro amor del tuyo me divierte,
tú, que has sido mi vida, me des muerte.

Si a otro, alegre, he mirado,
nunca alegre me mires ni te vea;
si le hablé con agrado,
eterno desagrado en ti posea;
y si otro amor inquieta mi sentido,
sáquesme el alma tú, que mi alma has sido.

Mas, supuesto que muero,
sin resistir a mi infelice suerte,
que me des sólo quiero
licencia de que escoja yo mi muerte;
deja la muerte a mi elección medida,
pues en la tuya pongo yo la vida.

No muera de rigores,
Fabio, cuando morir de amores puedo;
pues con morir de amores,
tú acreditado y yo bien puesta quedo:
que morir por amor, no de culpada,
no es menos muerte, pero es más honrada.

Perdón, en fin, te pido
de las muchas ofensas que te he hecho
en haberte querido:
que ofensas son, pues son a tu despecho;
y con razón te ofendes de mi trato,
pues que yo, con quererte, te hago ingrato.

LIRAS

QUE EXPRESAN SENTIMIENTO DE AUSENTE

AMADO dueño mío,
escucha un rato mis cansadas quejas,
pues del viento las fío,
que breve las conduzca a tus orejas,

si no se desvanece el triste acento
como mis esperanzas en el viento.

Óyeme con los ojos,
ya que están tan distantes los oídos,
y de ausentes enojos
en ecos, de mi pluma mis gemidos;
y ya que a ti no llega mi voz ruda,
óyeme sordo, pues me quejo muda.

Si del campo te agradas,
goza de sus frescuras venturosas,
sin que aquestas cansadas
lágrimas te detengan, enfadosas;
que en él verás, si atento te entretienes,
ejemplos de mis males y mis bienes.

. . . . . .

Si ves que triste llora
su esperanza marchita, en ramo verde,
tórtola gemidora,
en él y en ella mi dolor te acuerde,
que imitan, con verdor y con lamento,
él mi esperanza y ella mi tormento.

Si la flor delicada,
si la peña, que altiva no consiente
del tiempo ser hollada,
ambas me imitan, aunque variamente,
ya con fragilidad, ya con dureza,
mi dicha aquélla y ésta mi firmeza.

. . . . . .

Así que, Fabio amado,
saber puedes mis males sin costarte
la noticia cuidado,
pues puedes de los campos informarte;
y pues yo a todo mi dolor ajusto,
saber mi pena sin dejar tu gusto.

Mas ¿cuándo, ¡ay gloria mía!,
mereceré gozar tu luz serena?
¿Cuándo llegará el día
que pongas dulce fin a tanta pena?
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,
y de los míos quitarás el llanto?

¿Cuándo tu voz sonora
herirá mis oídos, delicada,
y el alma que te adora,
de inundación de gozos anegada,
a recibirte con amante prisa
saldrá a los ojos desatada en risa?

DETENTE, SOMBRA DE MI BIEN ESQUIVO

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias, atractivo,
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes, satisfecho,
de que triunfa de mí tu tiranía:
que aunque dejas burlado el lazo estrecho

que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

ESTA TARDE, MI BIEN, CUANDO TE HABLABA

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba;

y Amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía:
pues entre el llanto, que el dolor vertía,
el corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien, baste;
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste

con sombras necias, con indicios vanos,
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.

PRIMERO SUEÑO

. . . . . .

Llegó, en efecto, el Sol cerrando el giro
que esculpió de oro sobre azul zafiro:
de mil multiplicados
mil veces puntos, flujos mil dorados
—líneas, digo, de luz clara— salían
de su circunferencia luminosa,

pautando al Cielo la cerúlea plana;
y a la que antes funesta fue tirana
de su imperio, atropadas embestían;
que sin concierto huyendo presurosa
—en sus mismos horrores tropezando—
su sombra iba pisando,
y llegar al Ocaso pretendía
con el (sin orden ya) desbaratado
ejército de sombras, acosado
de la luz que el alcance le seguía.

Consiguió, al fin, la vista del Ocaso
el fugitivo paso,
y —en su mismo despeño recobrada
esforzando el aliento en la rüina—
en la mitad del globo que ha dejado
el Sol desamparada,
segunda vez rebelde determina
mirarse coronada,
mientras nuestro Hemisferio la dorada
ilustraba del Sol madeja hermosa,
que con luz judiciosa
de orden distributivo, repartiendo
a las cosas visibles sus colores
iba, y restituyendo
entera a los sentidos exteriores
su operación, quedando a luz más cierta
el Mundo iluminado, y yo despierta.

PROSIFICACIÓN DE LOS VERSOS ANTERIORES DEL "PRIMERO SUEÑO"

Llegó el Sol, en efecto, cerrando el giro de oro que esculpió sobre el azul zafiro del Cielo, formado por mil veces mil puntos y por mil flujos o raudales dorados. Líneas, digo, de clara luz, salían de su circunferencia luminosa pautándole al firmamento su plana azul (o sea, llenándolo todo, como las "pautas" en toda la extensión de una hoja de papel rayado); y embestían, atropadas, a la que poco antes fue Tirana funesta de su Imperio, la cual huyendo desordenadamente, en su precipitación, iba pisando su propia sombra, tropezando en sus mismos horrores, y pretendía llegar al Occidente con su desbaratado —y ya caótico— ejército de tinieblas, acosado por la Luz, que le iba al alcance.

La fugitiva carrera de la Noche, consiguió, al fin, la vista del Ocaso —esto es, llegar al borde de nuestro horizonte Occidental—; y recobrada (o vuelta a sus bríos) en su mismo despeñarse hacia el otro lado, y esforzando su aliento por la rabia misma de su derrota, determina, rebelde por segunda vez, coronarse Reina en esa otra mitad del globo terrestre que el Sol acaba de dejar desamparada. Mas ya, en esto, ilustraba a nuestro Hemisferio la hermosa y áurea melena del mismo Sol: el cual —con justa luz, fiel al orden distributivo, que da a cada quien lo suyo—, íbales repartiendo sus respectivos colores a las cosas visibles y restituyéndoles entera su actividad a los sentidos externos, quedando así —con una luz más cierta que la de la Aurora y del Sueño— iluminado el Cosmos a nuestros ojos, y yo despierta.

RESPUESTA

DE LA POETISA A LA MUY ILUSTRE SOR FILOTEA DE LA CRUZ

. . . . . .

Y, a la verdad, yo nunca he escrito sino violentada y forzada y sólo por dar gusto a otros; no sólo sin complacencia, sino con positiva repugnancia, porque nunca he juzgado de mí que tenga el caudal de letras e ingenio que pide la obligación de quien escribe; y así, es la ordinaria respuesta a los que me instan, y más si es asunto sagrado: ¿Qué entendimiento tengo yo, qué estudio, qué materiales, ni qué noticias para eso, sino cuatro bachillerías superficiales? Dejen eso para quien lo entienda, que yo no quiero ruido con el Santo Oficio, que soy ignorante y tiemblo de decir alguna proposición malsonante o torcer la genuina inteligencia de algún lugar. Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar (que fuera en mí desmedida soberbia), sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos. Así lo respondo y así lo siento.

El escribir nunca ha sido dictamen propio, sino fuerza ajena; que les pudiera decir con verdad: *Vos me coegistis.* Lo que sí es verdad que no negaré (lo uno porque es notorio a todos, y lo otro porque, aunque sea contra mí, me ha hecho Dios la merced de darme grandísimo amor a la verdad) que desde que me rayó la primera luz de la razón, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones —que he tenido muchas—, ni propias reflejas —que he hecho no pocas—, han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí: Su Majestad sabe por qué y para qué; y sabe que le he pedido que apague la luz de mi entendimiento dejando sólo lo que baste para guardar su Ley, pues lo demás sobra, según algunos, en una mujer; y aun hay quien diga que daña.

. . . . . .

Volví (mal dije, pues nunca cesé); proseguí, digo, a la estudiosa tarea (que para mí era descanso en todos los ratos que sobraban a mi obligación) de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más maestro que los mismos libros. Ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del maestro; pues todo este trabajo sufría yo muy gustosa por amor de las letras. ¡Oh, si hubiese sido por amor de Dios, que era lo acertado, cuánto hubiera merecido! Bien que yo procuraba elevarlo cuanto podía y dirigirlo a su servicio, porque el fin a que aspiraba era a estudiar Teología, pareciéndome menguada inhabilidad, siendo católica, no saber todo lo que en esta vida se puede alcanzar, por medios naturales, de los divinos misterios; y que siendo monja y no seglar, debía, por el estado eclesiástico, profesar letras; y más siendo hija de un San Jerónimo y de una Santa Paula, que era degenerar de tan doctos padres ser idiota la hija. Esto me proponía yo de mí misma y me parecía razón; si no es que era (y eso es lo más cierto) lisonjear y aplaudir a mi propia inclinación, proponiéndola como obligatorio su propio gusto.

. . . . . .

CAPÍTULO VI

SIGLO XVIII

LOS JESUITAS

El siglo XVIII se caracteriza por su espíritu crítico y su inclinación científica. Tanto Sigüenza y Góngora como Sor Juana inician este afán intelectual predominante en la Nueva España durante el siglo XVIII, en el que el interés social es superior al poético y al dramático. La gran fuerza económica, política y cultural que había adquirido la Compañía de Jesús, alrededor de 1700, entre las congregaciones religiosas establecidas en las Indias, ayuda en gran medida al auge de la actividad crítica. Introducen renovaciones importantes en el ambiente tradicional de la filosofía escolástica; se estudia a Descartes, Leibnitz y Gassendi; al mismo tiempo, el contacto directo con sacerdotes extranjeros venidos de todas partes del mundo trae una fuerte corriente cultural que contribuye a adelantar considerablemente los estudios de la geografía y de la naturaleza americana.

En los colegios de jesuitas tiene lugar el movimiento humanista del siglo XVIII. Al seminario de Tepozotlán llegan estudiantes de toda América, atraídos por el espíritu de renovación tanto en filosofía y en letras como en historia y en algunas disciplinas científicas. El restablecimiento del estudio de las lenguas griega y latina, para el directo conocimiento de los clásicos, era la base para los estudios superiores. El ideal humanista se cifraba en alcanzar, mediante este conocimiento, la herencia de la cultura universal, y ella servía para fecundar el presente y alumbrar el porvenir, considerando que la madurez y el sentido verdadero de los valores culturales sólo pueden aprehenderse en función de lo clásico, fuente inagotable de inspiración y enseñanza.

A partir del advenimiento de los Borbones en España, cuyo régimen excesivamente centralizado no podía aceptar el amplio poder que había alcanzado la Compañía, se ahondan los conflictos entre los jesuitas y el Estado español, que culminan, en 1767, con la orden de expulsión de todos los dominios indianos dictada por Carlos III para los primeros. En un bando que aparece fijado en lugares visibles, en la capital de la Nueva España, el 26 de junio de 1767, el Virrey Marqués de Croix informa a sus súbditos de las reales disposiciones; amenaza con la ejecución a los vasallos inobedientes que no respeten las "siempre justas resoluciones de su soberano", y les recuerda que los súbditos de Su Majestad nacieron "para callar y obedecer y no

para discurrir y opinar en los altos asuntos del gobierno". Acatando la orden del rey, los jesuitas fueron desalojados de los colegios, misiones, iglesias y noviciados de la Colonia y se embarcaron hacia Italia, dejando a la "sociedad americana sin tutores espirituales".

Un gran descontento se hizo patente en folletos, corridos y romances, por reacción contra la censura, y, al paso del tiempo, dio sus mejores frutos en el siglo XIX. Las medidas autoritarias y violentas, tomadas por el gobierno español contra los jesuitas aumentaron el sentimiento de rencor que alentaban desde el siglo XVI criollos y mestizos contra los privilegios de que disfrutaban los españoles peninsulares.

Aunque "el apogeo de la latinidad es sin duda la característica más singular de la época", los jesuitas refugiados en Italia dieron a sus obras ciertas modalidades que, reunidas, representan la síntesis del nuevo humanismo.

Al interés por los estudios clásicos se añade la exaltación de la patria mexicana. Son ellos los primeros que advierten cierta extrañeza que los separa de los españoles; es decir, se sienten diferentes y no se consideran, ni indios, ni españoles, sino simplemente mexicanos. Se aplican con fervor al estudio de las culturas indígenas y tratan de explicar aun las costumbres más reprobables de los indios desde el punto de vista religioso, como son los sacrificios humanos, alegando que "casi no ha habido nación alguna en el mundo que en algún tiempo no haya usado de semejantes sacrificios".[1] Se quejan contra el excesivo celo de misioneros y conquistadores, que destruyó valiosas manifestaciones de las culturas prehispánicas. Condenan la esclavitud tanto indígena como negra, porque es contraria al derecho divino y humano. Se inclinan por la nueva filosofía aceptando las teorías de Descartes, Galileo y Bacon. Consideran al filósofo como "ciudadano del mundo". Vinculan en el pueblo el origen de la autoridad, que se funda en la naturaleza social del hombre.

A las circunstancias que determinaron la expulsión obedece el interés por describir, exaltar y explicar la patria lejana contemplada con nostalgia. Ella será el tema predominante de sus escritos y habrá que demostrar cómo sus abundantes productos naturales no han rendido los frutos justos, debido a la mala organización colonial. La tarea de revisión crítica de los sabios del siglo XVIII fue por ello el esfuerzo de "mayor esplendor intelectual autóctono que ha tenido México".[2] Todo esto se relaciona directamente con la búsqueda del espíritu nacional, pues no puede interpretarse de otro modo la inquietud que alienta la obra de Landívar, Sigüenza, Eguiara o Alzate por abarcar el conocimiento de lo más entrañable de la patria mexicana a través de sus riquezas espirituales y materiales.

[1] Pedro José Márquez. *Los sacrificios humanos*, en Gabriel Méndez Plancarte, *Humanistas del Siglo XVIII*. México, 1941, p. 138.

[2] F. J. Clavijero. *El carácter de los mexicanos*, en Gabriel Méndez Plancarte, *Humanistas del siglo XVIII*. México, 1945, p. 5.

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO. Entre los historiadores tiene lugar preeminente FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO (1731-1787), nacido en Veracruz. Se interesó desde niño por el aprendizaje de las lenguas indígenas y llegó a dominar las clásicas y las modernas. Ingresó en la Compañía en 1748. Se dedicó al estudio de la historia de los pueblos prehispánicos. Después de la expulsión se instaló en Ferrara y más tarde en Bolonia, donde falleció. Su biografía fue escrita por el P. Juan Luis Maneiro. Compone su obra capital, la *Historia antigua de México*, en el destierro. Fue publicada en italiano y traducida a las principales lenguas europeas. Su *Historia de la California* se editó después de su muerte. Con su *Historia antigua* pretendía

Francisco Javier Clavijero

dar a conocer su labor de años de estudio en la que se propuso, con rigor científico, la reconstrucción del pasado indígena. Clavijero escribe su obra como una réplica a la defectuosa administración novohispana, y se apoya en su conocimiento de la historia, las costumbres y el carácter y aptitudes de los indígenas. Busca desvanecer los errores de interpretación que los europeos habían hecho de las culturas prehispánicas. Los indígenas, afirma, "están dotados de las mismas facultades" que otros hombres; su ingenio es capaz de todas las ciencias y sus almas son "en todo semejantes a las de otros hijos de Adán." Habla en contra de la esclavitud y en favor del mestizaje. Su método histórico lo mantiene dentro de la más estricta objetividad; "no se atreve a decir lo falso, ni tiene miedo a decir lo verdadero", y defiende la causa de la especie humana antes que la propia. A cada paso manifiesta su espíritu crítico y es evidente su modernidad, por lo que la *Historia* conserva gran parte de su valor original.

FRANCISCO XAVIER ALEGRE. FRANCISCO XAVIER ALEGRE (1729-1788) nació en Veracruz y murió cerca de Bolonia. Su biografía fue escrita en latín por el P. Manuel Fabri. En la poesía se distinguió como traductor. Hizo

la versión latina de *La Ilíada* y escribió en su juventud un poema épico latino, *Alexandriados* —conquista de Tiro por Alejandro—, y una imitación de la segunda égloga de Virgilio. Tradujo al español las *Sátiras* de Horacio e hizo una afortunada versión de los tres primeros cantos del *Arte poética* de Boileau. En prosa escribió sus *Instituciones teológicas* y su *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España.* Alegre, en sus *Instituciones teológicas,* habla de la esclavitud como explotación "injusta e inicua" y funda el principio de autoridad en la naturaleza social del hombre, aunque su origen próximo es el consentimiento de la comunidad.

DIEGO JOSE ABAD. DIEGO JOSÉ ABAD (1727-1779) nació en Jiquilpan, Michoacán, y murió en Ferrara. En México enseñó, en San Ildefonso, filosofía, derecho y teología. Se dedica al estudio de la medicina y las matemáticas. Abad escribió un poema latino en hexámetros *De Deo Deoque Homine,* que es un compendio de la doctrina teológica, seguido de una vida de Cristo. Se elogian en él la elevación, la sobriedad y la concisión sentenciosa y grave. Llegó a alcanzar un estilo de gran tersura.

AGUSTIN CASTRO. AGUSTÍN CASTRO fue un hombre de curiosidad universal. Escribió un *Tratado de prosodia.* Tradujo a poetas de diferentes lenguas. Describió en latín las ruinas de Mitla; escribió sobre anatomía, y un fragmento de poema épico, *La Cortesiada.* De su obra sólo quedan referencias.

Merecen mencionarse también: ANDRÉS CAVO, GUEVARA Y BAZOAZÁBAL, PEDRO JOSÉ MÁRQUEZ, MANUEL FABRI, JUAN LUIS MANEIRO, etc.

RAFAEL LANDIVAR. Entre los poetas de la latinidad moderna se distingue muy especialmente el P. RAFAEL LANDÍVAR, nacido en la ciudad de los Caballeros de Guatemala, en 1731. Estudió en la Universidad de San Carlos y pasó al seminario de Tepozotlán, en México, donde ingresó a la Compañía de Jesús. Enseñó en Guatemala, Retórica y Filosofía. Fue rector del Seminario de San Borja. En 1767, a causa de la expulsión, pasó a Italia y murió en Bolonia, en 1793. Escribió en hexámetros latinos un gran poema descriptivo: *Rusticatio mexicana,* que contiene 5,413 versos que corresponden a quince cantos y un apéndice, y "abarca todo cuanto en materia de Historia natural patria pudiera pedirse." [1] Los lagos, los volcanes, las cataratas, las fuentes, los ganados mayores y menores, el azúcar, los castores, forman un primer grupo de temas en el que se nota la inspiración virgiliana. La descripción de las in-

[1] Federico Escobedo, *Geórgicas mexicanas,* versión de la *Rusticatio mexicana,* México, 1924, p. XVII.

dustrias pertenece a la poesía didáctica, y el tercer grupo lo forman los capítulos dedicados a las aves, las fieras y los juegos. Dentro del género descriptivo, se coloca cerca del Balbuena de la *Grandeza mexicana,* y de Bello, el cantor de *La agricultura en la zona tórrida.* El paisaje que describe la *Rusticatio* es, en efecto, escenario de la vida humana, y su principal influencia, la "verdad de América". En sus cantos, el papel más importante lo tiene su nacionalismo, la clara fisonomía de lo mexicano que le presta vigor inconfundible a sus cuadros, imbuídos del espíritu vital y eterno de nuestra raza. ¡Hazaña filológica ésta, de expresar, con sabia naturalidad, circunstancias y giros que pudieran parecer tan lejanos a la pureza de la lengua clásica!

LA ACTIVIDAD CIENTIFICA

Hay dos ideas fundamentales que explican el auge de la actividad científica del siglo XVIII: la de la integración de una cultura universal que aspira, sobre las diferencias entre los pueblos, a una síntesis mundial; y la otra, en apariencia contradictoria, acorde con el espíritu racionalista de la época, de intentar un inventario de la riqueza que posee, en busca de la conciencia de sus valores y de nuevos caminos para el desarrollo de su actividad creadora. Así se explica la orientación cosmopolita de los nuevos filósofos, que tienen por compatriotas a todos los hombres de la tierra, y de su creencia en que la cultura nivelará las diferencias entre las razas y naciones. La nueva filosofía tiene preferencias por Descartes, y así lo muestra el filipense BENITO DÍAZ DE GAMARRA, discípulo de los jesuitas, que explica en las aulas el cartesianismo y es autor de un libro de texto: *Elementa recientioris Philosophiae.* Publica el libro del padre Abad, escribe sobre las ruinas de Xochicalco y es uno de los iniciadores, en México, de la renovación filosófica.

Al estudio de las lenguas indígenas se aplica don JOSÉ AGUSTÍN ALDAMA, y a la ciencia histórica, don MARIANO VEYTIA. Don JOSÉ MARIANO MOCIÑO se incorpora a la comisión presidida por don MARTÍN DE SESSÉ, creada por Carlos III para explorar la América septentrional española.

Sessé y Mociño redactaron dos importantes obras: *Flora mexicana* y *Plantae Novae Hispaniae.* El matemático don JOAQUÍN VELÁZQUEZ Y CÁRDENAS DE LEÓN está considerado como astrónomo y geodesta notable, que propició con sus informes sobre la minería en México la creación del Real Colegio de Minas en el año de 1792. Son también científicos distinguidos don ANTONIO LEÓN GAMA y don JOSÉ IGNACIO BARTOLACHE.

Henríquez Ureña, en la *Antología del Centenario,* hace un resumen de la actividad científica de este tiempo: "Observaciones astronómicas (especialmente de eclipses y pasos de planetas por o cerca del disco solar), determinación de situaciones geográficas, trazo de mapas, proyectos de desagües y carreteras, examen de los terrenos y minas del país, clasificación de la flora, análisis de las propiedades curativas de las plantas y animales, reglas para

industrias, redacción de leyes, descripción de monumentos de la civilización indígena —todo lo abarcaron el esfuerzo y la curiosidad científica de estos infatigables experimentadores que agregaban a su trabajo de gabinete la publicación constante de libros propios o traducidos por ellos, de folletos y periódicos... La escasez de medios para el cultivo de las ciencias en México, los obligó muchas veces a fabricarse aparatos para sus experiencias... Ellos dieron comienzo a la empresa de estudiar científicamente, en conjunto, el país; de lo que hicieron dan testimonio todavía sus obras y la opinión de Alexander von Humboldt y de otros menores hombres de ciencia."

ANTONIO ALZATE. Prototipo de los hombres de esta generación fue don ANTONIO ALZATE (1729-1790), que siguió la carrera eclesiástica. Su curiosidad enciclopédica lo llevó por los caminos de la Historia (anotó la *Historia antigua* del P. Clavijero), de la meteorología, de la astronomía y la botánica. Se interesa por la industria de la grana y la cochinilla y la explotación de las minas. Fue un divulgador de la ciencia de su tiempo a través de la *Gaceta de México.*

EGUIARA Y EGUREN. En lo que se refiere a la bibliografía, el mejor ejemplo es el que ofrece don JUAN JOSÉ EGUIARA Y EGUREN (1696-1763). Destinado a la carrera eclesiástica, fue colegial en San Ildefonso y cursó filosofía en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo; y en la Universidad, los estudios de artes, filosofía y teología. Recibió los grados de licenciado y doctor. Explicó durante varios años la cátedra de teología. En 1751 se le nombró Obispo de Yucatán, distinción que declinó. Desempeñó muchos y honrosos cargos. En su tiempo fue celebrado como teólogo docto y orador sagrado, pero la posteridad le recuerda principalmente como bibliógrafo. Su famosa *Bibliotheca mexicana* fue el resultado de la tarea que se impuso de anotar los libros editados que habían llegado a su conocimiento desde el principio de la colonización, con el fin de refutar las apreciaciones injuriosas acerca de la pobreza cultural de México ("sitio de mayor barbarie del mundo entero") que externó el Deán de Alicante, Manuel Martí, en sus *Epístolas.* Aunque de la *Bibliotheca* de Eguiara, escrita en latín, sólo se publicó un tomo, tiene un alto valor histórico y documental por las fuentes que señala tanto indígenas como españolas y extranjeras. Ha sido la base para las obras posteriores sobre el mismo asunto, desde Beristáin en adelante.

EL NEOCLASICISMO

Como una necesaria búsqueda de equilibrio en contraposición a los excesos del barroquismo, aparece el neoclasicismo que se advierte en todas las

manifestaciones artísticas y culturales, siguiendo una moda que proviene de Francia, se establece en España y pasa posteriormente a la Nueva España.

El espíritu nuevo que se ha llamado *Enciclopedismo* o *Ilustración* contiene muchas ideas que transforman la actitud del hombre frente al mundo. Se abre con el cartesianismo, cuyo método consiste en no aceptar nada como verdadero si la razón no lo ha examinado y ratificado *(cogito, ergo sum)*, así se trate de religión o de política. Esta supremacía de la razón lleva a la discusión del valor de los escritores modernos sobre los antiguos y a la conclusión de que si lo que depende de la razón tiende a perfeccionarse con el tiempo, progresa, la literatura que es un ejercicio racional, será más perfecta y más bella en cuanto mejor aplique las reglas del género. Boileau considera que la perfección de una literatura depende, en gran parte, del conocimiento de las reglas. El cosmopolitismo europeo es otra nota más de esta inquietud, de esta insatisfacción de la vida tradicional, que busca un ideal más amplio de cultura humana. Las ideas contra el absolutismo monárquico tocan el problema del origen de la autoridad, y una vida que trata de asentarse sobre la libertad política y sobre las realidades de la economía y el trabajo se inclina hacia el laicismo.

Sin embargo, el siglo XVIII no es sólo de filósofos. La razón crítica y la ciencia dominan en Francia únicamente en la primera mitad del siglo. A partir de 1760, se opone, a la crítica de la razón, la crítica del sentimiento; se aspira, en las costumbres, a una vida más simple, y se considera que los refinamientos de la civilización han multiplicado las ocasiones de sufrimiento. Es claro que se ha llegado al mundo de las ideas de Rousseau.

Con el advenimiento de la dinastía borbónica, se acentúa en España el gusto francés hasta bien avanzada la segunda mitad del siglo XVIII. Los fermentos de ideología y crítica proceden de Voltaire y Rousseau. En la obra del P. Feijóo, que tiene valor enciclopédico, se advierte su reacción en contra de la filosofía escolástica dentro de la que se había formado, "se propone servir a la causa de la verdad valiéndose de la razón" y se siente ubicado dentro de la corriente renovadora de su siglo para lograr una España abierta a las ideas nuevas, a la ciencia experimental y a la libertad.

Ignacio Luzán publica en 1737 la primera edición de su *Poética*, inspirada en la de Boileau y en Muratori, que contribuye al desarrollo del neoclasicismo con su pretensión de someter a un orden racional la creación literaria. Luzán discute y señala los defectos de los grandes dramaturgos del Siglo de Oro, Lope y Calderón, y ataca al culteranismo y al conceptismo. Su definición de la poesía como "imitación de la naturaleza en lo universal o en lo particular, hecha con versos para utilidad o para deleite de los hombres", propició el auge de la poesía didáctica.

Las fórmulas que imponen el rigor gramatical y lógico a la poesía que proviene de las principales corrientes del Siglo de Oro, van quedando poco a poco vacías de contenido hasta llegar al prosaísmo. En el teatro, Fernández de Moratín pone en práctica la regla de las tres unidades a la manera francesa de Molière, en sus obras de hondo sentido satírico *La derrota de los pe-*

dantes y *La comedia nueva.* Y en la fábula, género académico donde puede libremente desarrollarse el espíritu crítico volteriano, se distingue Tomás de Iriarte con sus *Fábulas literarias* (1782).

Algunas instituciones fomentan el auge del neoclasicismo en España. La Academia de la Lengua (1713) propone reglas de buen gusto y con ese fin publica el *Diccionario de Autoridades.* La Academia de la Historia y la Biblioteca Nacional de Madrid contribuyen también a orientar las exigencias eruditas y críticas del tiempo. La Arcadia romana, fundada a fines del siglo XVII en Roma, con sucursal en España y después en Portugal y en América, pone de moda la poesía pastoril, la vuelta al género clásico de la égloga, en busca de la sencillez bucólica contrapuesta a la abundancia barroca. Pronto esta poesía llegó a convertirse en un juego artificioso de poco valor artístico.

En los dominios coloniales se reflejan todas estas tendencias. El nuevo ideal de precisión lógica se aprecia en las grandes construcciones civiles de la segunda mitad del siglo XVIII. Manuel Tolsá y Manuel Eduardo de Tresguerras realizan la transformación de las ciudades mexicanas con sus construcciones y esculturas, que ya no son exclusivamente de carácter religioso. Son ejemplos, el Colegio de Minería, la Academia de Bellas Artes, la iglesia de Loreto, la cúpula de la catedral y las Virtudes teologales que adornan el reloj, la estatua de Carlos IV, la iglesia del Carmen, en Celaya, etc.

El cosmopolitismo y la discusión del principio de autoridad, las ideas sobre la cultura universal, la crítica de la filosofía escolástica, aparecen claramente en el ideario de los jesuitas. La cultura profana, por otra parte, tiene importancia insospechada y palabras como libertad, sociedad, economía, adquieren un interés nuevo, mientras la lectura de libros franceses, ingleses, italianos, de todas las disciplinas, es corriente. Las fuerzas renovadoras se unen en un afán progresista que representa, en última instancia, el signo típico del siglo XVIII.

Los poetas neoclásicos y los árcades intentan la restauración del gusto a través de la resurrección de la poesía grecolatina, pero sus fórmulas carecen de vitalidad suficiente para conmover y para alcanzar calidad artística, y sus fuentes, generalmente de segunda mano, denotan pobreza. Se inspiran con frecuencia en poetas españoles como Meléndez Valdés, Quintana, Cienfuegos y Gallego.

MARTINEZ DE NAVARRETE. El más importante de los poetas neoclásicos mexicanos fue FRAY JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ DE NAVARRETE (1768-1809). Nació en Zamora, Michoacán. Pasó muy joven a la capital y estudió álgebra y geometría, y tomó clases de dibujo en la Academia de San Carlos. Se hizo religioso franciscano a los diecinueve años. Su salud quebrantada no le impidió el estudio tanto de la poesía española como del latín y la filosofía.

Fue profesor de latinidad en Querétaro. Murió en el Real de Minas de

Tlalpujahua. El reconocimiento de su labor poética se le concedió después de muerto, en forma de un premio que la Universidad le otorgó como ganador en un certamen convocado con motivo de la exaltación de Fernando VII al trono, y en 1823, con la publicación de sus *Entretenimientos poéticos*.

A pesar de su vida conventual, tuvo relaciones con la vida del siglo. Participa en festejos y certámenes, escribe obras de encargo, se defiende de sus enemigos y goza y se duele de amores verdaderos. Entre 1806 y 1810 aparecen sus composiciones en el *Diario de México*, en lugar preferente. A su muerte, ahí se publicó la noticia junto con los elogios de los árcades mexicanos al que había sido su presidente o mayoral. Navarrete representa la transición entre el neoclasicismo del siglo XVIII y el romanticismo del siglo XIX. En su edad juvenil sigue muy de cerca a Meléndez Valdés, aunque en los procedimientos más superficiales. De la anacreóntica sólo toma la relación con la poesía bucólica; llega a la concepción realista y sentimental de la naturaleza a la manera de Rousseau. A pesar de la gran desigualdad de la obra poética de Navarrete, en ocasiones logra la verdadera imitación de Garcilaso y de Fray Luis. Menéndez Pelayo estima algunas de las poesías sagradas de Navarrete y, en relación a sus poesías amorosas, acepta que, aunque no es un versificador intachable, tiene sentido de la armonía y logra verdadera fluidez en su verso.

De la poesía amatoria de tono nostálgico en que canta el dolor de la ausencia o de la muerte, pasa a la reflexión filosófica en que caben temas como el valor de la amistad, la libertad, la inmortalidad, etc. En las poesías de la última época, especialmente *Noche y Ratos tristes,* se observa el gusto por lo sentimental, la melancolía, la inclinación a lo macabro y el paisaje lunar, en lo que se advierte la cercanía del romanticismo. Entre sus poesías descriptivas, el paisaje responde a estados de ánimo, pero es evidente que en los endecasílabos sueltos de *La mañana,* Navarrete ha logrado una pureza objetiva que lo sitúa como "el primer bucólico mexicano", en su manifiesta simpatía por la vida del hombre en contacto directo con la naturaleza.

EL *DIARIO DE MEXICO.* El *Diario de México* (25 vols., 1805-1817) es la primera publicación diaria del país y sirve como lazo de unión entre el periodismo colonial y el independiente. Fue fundado por Jacobo de Villaurrutia, de origen antillano, y por el periodista e historiador oaxaqueño, Carlos María Bustamante. Su contenido comprende: informaciones de carácter religioso, administrativo y civil; decretos y disposiciones gubernativos; sección de ciencias y artes; avisos comerciales y de interés general, y literatura. Acogió y dio a conocer a los poetas neoclásicos hasta 1817, y, por tanto, figuran en sus páginas composiciones religiosas, amorosas, satíricas y bucólicas de los miembros de la Arcadia Mexicana, como FRAY MANUEL MARTÍNEZ DE NAVARRETE, ANASTASIO DE OCHOA, JOSÉ MANUEL SARTORIO, JUAN M.

LACUNZA, FRANCISCO SÁNCHEZ DE TAGLE, MARIANO BARAZÁBAL, SÁNCHEZ DE LA BARQUERA y otros.

ANASTASIO MA. DE OCHOA (1783-1833). Nacido en Huichapan, estudió latín; filosofía en San Ildefonso y cánones en la Universidad. Se consagró por entero a las letras. Como humanista maneja con facilidad el latín y el griego; traduce las *Heroídas* de Ovidio y fragmentos del poema de Abad. Domina las lenguas modernas: inglés, francés e italiano. Traduce a Racine, Boileau, Fenelon, Beaumarchais y Alfieri. Conoce con amplitud la literatura del Siglo de Oro español. Escribió para el teatro comedias y una tragedia, *Don Alfonso.* Su poesía, de carácter festivo y popular, recogida en un volumen: *Poesías de un mexicano* (Nueva York, 1928), lo hace aparecer como precursor de Lizardi, al introducir la pintura de la vida social mexicana al finalizar el régimen colonial.

JOSE MANUEL SARTORIO (1746-1829). Colaborador del *Diario de México,* había sido alumno de los jesuitas y ocupó puestos de responsabilidad en academias e instituciones religiosas. Fue un escritor caudaloso y de valor muy mediano. Su justificación poética está en su exaltado fervor mariano y en sus ardientes discursos a favor de la libertad.

JOSE AGUSTIN DE CASTRO (1730-1814). Originario de Michoacán, desempeñó cargos eclesiásticos en su Estado natal, en Puebla y en la capital. Sus obras están publicadas en tres volúmenes que llevan por título *Miscelánea de poesías sagradas y humanas.* Entre sus poesías breves, vidas de santos, versiones de poetas latinos, etc., destacan dos pequeñas piezas teatrales: *Los remendones* y *El charro.* Castro se interesa también por los temas nacionalistas, que empiezan a cobrar gran importancia en los años inmediatamente anteriores a la Independencia. Como lo hace Ochoa en la poesía, Castro intenta llevar al teatro tipos y costumbres populares.

NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA

POESIA NEOCLASICA

Dentro de la corriente neoclásica, cuya fuente de inspiración son los poetas griegos y latinos, y próximo a escritores españoles como Meléndez Valdés, Quintana y Gallego, debe situarse al más grande cantor de las hazañas de Bolívar, JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO.

1.—*JOSE JOAQUIN DE OLMEDO.* *Los dos poemas capitales de Olmedo (Ecuador, 1780-1847) son:* La victoria de Junín. Canto a Bolívar *(1825) y* Al general Flores, vencedor en Miñarica *(1835). Impresionado por estos episodios históricos, los celebró con inflamada vehemencia. Lo mejor de su arte y de su elocuencia se unieron para cantar las últimas guerras de la Independencia y las guerras civiles. A más de expresar las propias emociones de Olmedo frente al paisaje americano,* La victoria de Junín *lleva una tendencia política en cuanto a que continúa la tradición liberal, lucha contra el absolutismo y habla de los pueblos de América como "de un pueblo solo y una familia". Las excelencias literarias de estas odas se aprecian en que mantienen la concisión y solemnidad, la espontaneidad y el lirismo, por encima de la retórica vacía y la vana grandilocuencia.*

2.—*ANDRES BELLO.* *También dentro de la escuela neoclásica aparece* ANDRÉS BELLO *(Venezuela, 1781-1865). Nació en Caracas, donde recibe, en su primera juventud, educación humanística, que será la base de la amplia cultura científica, histórica, política y filosófica que acumuló más tarde. A Londres llegó como ayudante de Bolívar en 1810, y allí vivió hasta 1829, pobre y desamparado, dedicado*

Andrés Bello

a estudiar, en los gabinetes del Museo Británico, lenguas, literatura, filosofía, historia, ciencias y derecho. Allí aprendió la disciplina de la investigación y el amor a la libertad en el orden. De 1829 a 1865, realiza en Santiago de Chile una larga y fecunda obra civilizadora, desarrollando, en un ambiente de cordura y de paz, sus dotes de pedagogo, de filósofo y de jurista. Como poeta, es Andrés Bello uno de los mayores que ha producido América, más que por su espontaneidad, por su perfección. Aunque es desigual y poco fecundo, hay dos muestras extraordinarias de su genio poético, las silvas americanas Alocución a la poesía *y* La agricultura de la zona tórrida. *Bello es poeta virgiliano, cuyos*

antecedentes se encuentran en Bernardo de Balbuena y en Landívar. El tema de La agricultura de la zona tórrida, *que pertenece a la escuela descriptivo-didáctica, es la glorificación del campo en oposición a la ciudad; se pide que los hombres dejen las armas y tomen el arado para reconstruir sus pueblos. Su expresión, por ser tan genuina, alcanza la originalidad, y tal parece que la musa virgiliana renace para "cantar nuevos frutos, y nuevas labores, y consagrar con su voz, las vírgenes florestas del Nuevo Mundo".*

ANTOLOGIA

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

CARACTER DE LOS MEXICANOS

Las naciones que ocuparon la tierra de Anáhuac antes de los españoles, aunque diferentes en idioma y en algunas costumbres, no lo eran en el carácter. Los mexicanos tenían las mismas cualidades físicas y morales, la misma índole y las mismas inclinaciones que los acolhuas, los tepanecas, los tlaxcaltecas y los otros pueblos, sin otra diferencia que la que procede de la educación; de modo que lo que vamos a decir de los unos, debe igualmente entenderse de los otros. Algunos autores antiguos y modernos han procurado hacer su retrato moral; pero entre todos ellos no he encontrado uno solo que lo haya desempeñado con exactitud y fidelidad. Las pasiones y las preocupaciones de unos y la ignorancia y la falta de reflexión de otros, les han hecho emplear colores muy diferentes de los naturales. Lo que voy a decir se funda en un estudio serio y prolijo de la historia de aquellas naciones, en un trato íntimo de muchos años con ellas y en las más atentas observaciones acerca de su actual condición, hechas por mí y por otras personas imparciales. No hay motivo alguno que pueda inclinarme en favor o en contra de aquellas gentes. *Ni las relaciones de compatriota me inducirían a lisonjearlos, ni el amor a la nación a que pertenezco, ni el celo por el honor de sus individuos, son capaces de empeñarme en denigrarlos:* así que, diré clara y sinceramente lo bueno y lo malo que en ellos he conocido.

Los mexicanos tienen una estatura regular, de la que se apartan más bien por exceso que por defecto, y sus miembros son de una justa proporción; buena encarnadura; frente estrecha, ojos negros; dientes iguales, firmes, blancos y limpios; cabellos tupidos, negros, gruesos y lisos; barba escasa, y por lo común, poco vello en las piernas, en los muslos y en los brazos. Su piel es de color aceitunada. No se hallará quizás una nación en la tierra en que sean más raros que en la mexicana los individuos deformes. Es más difícil hallar un jorobado, un estropeado, un tuerto entre mil mexicanos, que entre cien individuos de otra nación. Lo desagradable de su color, la estrechez de su frente, la escasez de su barba, y lo grueso de sus cabellos, están equilibrados de tal modo con la regularidad y la proporción de sus miembros, que están en justo medio entre la fealdad y la hermosura. Su aspecto no agrada ni ofende; pero entre las jóvenes mexicanas se hallan algunas blancas y bastante lindas, dando mayor

realce a su belleza la suavidad de su habla y de sus modales, y la natural modestia de sus semblantes.

Sus sentidos son muy vivos, particularmente el de la vista, que conservan inalterable hasta la extrema vejez. Su complexión es sana, y robusta su salud. Están exentos de muchas enfermedades que son frecuentes entre los españoles; pero son principales víctimas en las enfermedades epidémicas a que de cuando en cuando está sujeto aquel país. En ellos empiezan y en ellos terminan. Jamás se exhala de la boca de un mexicano aquella fetidez que suele ocasionar la corrupción de los humores, o la indigestión de los alimentos. Son de temperamento flemático, pero poco expuestos a las evacuaciones pituitosas de la cabeza, y así es que raras veces escupen. Encanecen y se ponen calvos más tarde que los españoles, y no son raros entre ellos los que llegan a la edad de cien años. Los otros mueren casi siempre de enfermedades agudas.

Actualmente y siempre han sido sobrios en el comer; pero es vehementísima su afición a los licores fuertes. En otros tiempos la severidad de las leyes les impedía abandonarse a esta propensión; hoy la abundancia de licores y la impunidad de la embriaguez trastornan el sentido a la mitad de la nación. Esta es una de las causas principales de los estragos que hacen en ellos las enfermedades epidémicas, además de *la miseria, en que viven* más expuestos a las impresiones maléficas y con menos recursos para corregirlas.

Sus almas son radicalmente y en todo semejantes a las de los otros hijos de Adán y dotados de las mismas facultades; y nunca los europeos emplearon más desacertadamente su razón, que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos. El estado de cultura en que los españoles hallaron a los mexicanos excede, en gran manera, al de los mismos españoles cuando fueron conocidos por los griegos, los romanos, los galos, los germanos y los bretones. Esta comparación bastaría a destruir semejante idea, si no se hubiese empeñado en sostenerla *la inhumana codicia de algunos malvados. Su ingenio es capaz de todas las ciencias,* como la experiencia lo ha demostrado. Entre los pocos mexicanos que se han dedicado al estudio de las letras, por estar el resto de la nación empleado en los trabajos públicos y privados, se han visto buenos geómetras, excelentes arquitectos y doctos teólogos.

. . . . . .

RAFAEL LANDIVAR

RUSTICATIO MEXICANA
(POR LOS CAMPOS DE MEXICO)

Libro XIII

LAS AVES

. . . . . .

Mas el mundo no conoció nada tan bello como el diminuto colibrí, privado del don de la voz musical, pero primoroso por el tornasolado esplendor de su plumaje.

Pequeño, tal vez no mayor de un pulgar, está dotado por la madre naturaleza de un agudo pico, casi igual a todo su cuerpo. Sus verdes plumas se pintan de luces de oro y quiebran el sol en irisados colores. De más rápido vuelo que el céfiro, con

las alas estridentes produce un sordo susurro. Si para vigorizarse liba de la húmeda flor balsámica —pues no gusta de otro alimento—, se suspende en el aire con alas vibrantes, hasta chupar la miel con el aguzado pico. Y tan velozmente las sacude, que su celeridad engaña a los ojos alertas, de modo que lo juzgarías colgado de una hebra en el vacío. Al acercarse a los bosques el invierno, antes de que el aire versátil se enfríe más con las lluvias, con leve ala huye abandonando nuestros ateridos campos y vergeles, y refugiado largo tiempo en la espesura del monte, como la ingeniosa Progne, se entrega al sueño apacible, hasta que Aries iguale los días con las noches y la renacida primavera restituya a los prados su prístino decoro.

Libro XIV

Las fieras

. . . . . .

El lobo no se enfurece tan ciegamente enloquecido, pero muchas veces amenaza al ganado con estrago desolador. Sin recatarse se lleva los animales del campo abierto, ya sea que guste corderos arrancados cruelmente a sus madres o que, aguijoneado por el hambre, ansíe potrillos. Ausente el pastor o los perros vencidos de sueño, invade astutamente el repleto aprisco. Cuando arremete contra los potros, se arma, pérfido, de todos los fraudes hostiles. Al principio se acerca a los rebaños con paso cauteloso y llena el espacio de largos aullidos. Aquéllos al instante congresan las crías, y las encierran amedrentadas dentro de un fuerte círculo, que la multitud de machos y hembras, vueltas las patas contra el salteador, forman con orden maravilloso. Pero éste, atacado de rabia por sacar animales del vasto círculo, acomete ora a unos, ora a otras; mas el hato acosa a tercas patadas al rabioso. El cual, temblando de cólera, circuye la sinuosa rueda, hasta que abriendo una brecha, rota la resistencia, se derrama el rebaño en la ancha llanura. Rápido entonces, acelerando la carrera, fatiga a la cría, desgarrándola mientras a mordidas el vientre, hasta que abierto suelte las entrañas. Después de logrado lo cual, el salteador detiene el paso asiendo las vísceras con las fauces y las saca del rasgado vientre humeantes todavía.

. . . . . .

Libro XV

Los juegos

. . . . . .

Cuando la multitud clamorosa llena los bancos, inmediatamente ponen a ambos gladiadores en la arena armados con la mortífera cuchilla. Los gallos entonces, encendido el corazón repentinamente de rabia, enrojeciéndose de la cara, llameantes los ojos y erizadas las plumas, rápidos se lanzan a la pelea con la cabeza agachada. Pero que el ave de Marte no se atreva a entregarse precipitadamente a la arriesgada lid, cruzando armas y atacando al adversario, sin antes espiar los movimientos hostiles y explorar las posibles maneras de asalto. Luego, lanzándose al aire con súbito brinco, se alza contra el adversario chocando su pecho con el otro pecho, y lo estrecha feroz valiéndose de sus férreos espolones, trabando patas con patas y una cuchilla en la otra, sin deponer nunca la cólera del enfurecido corazón, hasta que a cuchilladas tiende en

la arena al vencido. Las plumas vuelan, fluyen las entrañas del rasgado vientre, y bañando la plaza de tibia sangre, el belicoso gladiador cae víctima de suerte desventurada.

. . . . . .

FRAY MANUEL DE NAVARRETE

LA INMORTALIDAD

En este triste solitario llano
do violentas me asaltan las congojas,
no ha mucho que extendió sus verdes hojas
y salpicó de flores el verano.
Este tronco esqueleto, con que ufano
estuvo el patrio suelo,
abrigaba los tiernos pajarillos
entre frondosas ramas.

El líquido arroyuelo
por márgenes sembradas de tomillos,
de cantuesos, de pálidas retamas,
de rubias amapolas,
de albos jazmines y purpúreas violas
mansamente corría
bañando el fértil prado de alegría.
Benigno el aire en la espaciosa estancia
de los lejanos frutos y las flores
desparramaba el bálsamo y fragancia.
¡Oh tiempo, y lo que vencen tus rigores!

Llega del año la estación más cruda
y mostrando el invierno sus enojos,
todo el campo desnuda
a vista de mis ojos,
que ya lloran ausentes
los pájaros, las flores y las fuentes.
En lo que miro ¡ay triste! retratados
los gustos de mi vida,
por la mano del tiempo arrebatados
cuando helada quedó mi edad florida.

¡Dulces momentos, aunque ya pasados!
A mi vida volved como a esta selva
han de volver las cantadoras aves,
las vivas fuentes y las flores suaves,
cuando el verano delicioso vuelva.

LA MAÑANA

Ya se asoma la cándida mañana
con su rostro apacible: el horizonte
se baña de una luz resplandeciente
que hace brillar la cara de los cielos.

Huyen como azoradas las tinieblas
a la parte contraria. Nuestro globo,
que estaba al parecer como suspenso
por la pesada mano de la noche,
sobre sus firmes ejes me parece
que le siento rodar. En un instante
se derrama el placer por todo el mundo.

¡Agradable espectáculo! ¿Qué pecho
no se siente agitado si contempla
la milagrosa luz del almo día?

Ya comienza a volar el aire fresco
y a sus vitales soplos se restauran
todos los seres que hermosean la tierra.
El ámbar de las flores ya se exhala
y suaviza la atmósfera; las plantas
reviven todas en el verde valle
con el jugo sutil que les discurre
por sus secretas delicadas venas.
Alegre la feraz naturaleza
se levanta risueña y agradable:
parece, cuando empieza su ejercicio,
que una mano invisible la despierta.
Retumban los collados con las voces
de las cantoras inocentes aves,
susurran las frondosas arboledas,
y el arroyuelo brinca y mueve un ronco
pero alegre murmullo entre las piedras.
. . . . . .

Voime al sembrado que la providencia
con su invisible diestra me señala:
sufriré el sol ardiente; pero alegre
con los frutos sazones y abundantes
que los surcos me dan que beneficio,
apagado el bochorno de la tarde,
me volveré a mi choza apetecible,
morada de la paz y de los gustos
donde mi esposa dulce ya me espera
con sus brazos abiertos. Mis hijitos,
después de recibirme con mil fiestas,

penderán de mi cuello: ciertamente
que vendré a ser entonces como el árbol
de que cuelgan racimos los más dulces.
. . . . . .
¡Oh risa de los cielos y alegría
de estos campos felices! Precursora
de los rayos del sol, yo te saludo.
Las frescas sombras, las campiñas verdes,
las fuentes claras, los favonios blandos,
las aves dulces y las flores tiernas
te saludan también allá a su modo.

ANASTASIO DE OCHOA

A SILVIA

Crece mi amor y crece mi contento
cuando me obligan, Silvia, tus favores,
y si me ofenden, Silvia, tus rigores
crece mi amor y crece mi tormento.

De gratitud el dulce sentimiento
aumenta, en tus cariños, mis ardores,
y el afán de obligarte con amores
da en tus desdenes a mi amor aumento.

Tú, pues, que tantas veces cada día
sabes, en ondas tristes o serenas,
ser ora desdeñosa y ora pía;

tú que agravas o endulzas mis cadenas,
cuenta si puedes, ay ingrata mía,
mis gustos, mis amores y mis penas.

JOSE JOAQUIN OLMEDO

LA VICTORIA DE JUNIN

CANTO A BOLÍVAR

El trueno horrendo que en fragor revienta
y sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
la hispana muchedumbre,
que más feroz que nunca amenazaba
a sangre y fuego eterna servidumbre;
y el canto de victoria
que en ecos mil discurre, ensordeciendo
el hondo valle y enriscada cumbre,
proclaman a Bolívar en la tierra
árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo
el arte humano osado levantaba
para hablar a los siglos y naciones;
templos, do esclavas manos
deificaban en pompa a sus tiranos,
ludibrio son del tiempo, que con su ala
débil las toca, y las derriba al suelo,
después que en fácil juego el fugaz viento
borró sus mentirosas inscripciones;
y bajo los escombros confundido
entre las sombras del eterno olvido
¡oh de ambición y de miseria ejemplo!
el sacerdote yace, el Dios y el templo.

Mas los sublimes montes, cuya frente
a la región etérea se levanta,
que ven las tempestades a su planta
brillar, rugir, romperse, disiparse,
los Andes... las enormes, estupendas
moles sentadas sobre bases de oro,
la tierra con su peso equilibrando,
jamás se moverán. Ellos, burlando
de ajena envidia y del protervo tiempo
la furia y el poder, serán eternos
de libertad y de victoria heraldos,
que con eco profundo
a la postrera edad dirán del mundo:
"Nosotros vimos de Junín el campo;
vimos que al desplegarse
del Perú y de Colombia las banderas,
se turban las legiones altaneras,
huye el fiero español despavorido,
o pide paz rendido.
Venció Bolívar: el Perú fue libre;
y en triunfal pompa Libertad sagrada
en el templo del Sol fue colocada".
. . . . . .

¿Quién es aquel que el paso lento mueve
sobre el collado que a Junín domina?

¿Que el campo desde allí mide, y el sitio
del combatir y del vencer desina?
¿Que la hueste contraria observa, cuenta,
y en su mente la rompe y desordena,
y a los más bravos a morir condena,
cual águila caudal que se complace
del alto cielo en divisar su presa
que entre el rebaño mal segura pace?
¿Quién el que ya desciende
pronto y apercibido a la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
nube tremenda: el brillo de su espada
es el vivo reflejo de su gloria:
su voz un trueno; su mirada un rayo.
¿Quién aquel que al trabarse la batalla,
ufano como nuncio de victoria,
un corcel impetuoso fatigando
discurre sin cesar por toda parte...?
¿Quién, sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: "Peruanos,
mirad allí los duros opresores
de vuestra patria. Bravos colombianos,
en cien crudas batallas vencedores,
mirad allí los enemigos fieros
que buscando venís desde Orinoco:
suya es la fuerza, y el valor es vuestro,
vuestra será la gloria;
pues lidiar con valor y por la patria
es el mejor presagio de victoria.
Acometed: que siempre
de quien se atreve más el triunfo ha sido:
quien no espera vencer, ya está vencido".

Dice; y al punto, cual fugaces carros
que, dada la señal, parten, y en densos
de arena y polvo torbellinos ruedan,
arden los ejes, se estremece el suelo,
estrépito confuso asorda el cielo,
y en medio del afán cada cual teme
que los demás adelantarse puedan;
así los ordenados escuadrones,
que del iris reflejan los colores
o la imagen del Sol en sus pendones,
se avanzan a la lid. ¡Oh! ¡quién temiera,
que su ímpetu mismo los perdiera!

¡Perderse! no, jamás: que en la pelea
los arrastra y anima e importuna
de Bolívar el genio y la fortuna.

Llama improviso al bravo Necochea,
y mostrándole el campo,
partir, acometer, vencer le manda;
y el guerrero esforzado,
otra vez vencedor, y otra cantando,
dentro en el corazón por patria jura
cumplir la orden fatal, y a la victoria
o a noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo
del atambor en uno y otro bando,
y el son de las trompetas clamoroso,
y el relinchar del alazán fogoso,
que erguida la cerviz y el ojo ardiendo,
en bélico furor salta impaciente
do más se encruelece la pelea;
y el silbo de las balas, que rasgando
el aire, llevan por doquier la muerte;
y el choque asaz horrendo
de selvas densas de ferradas picas;
y el brillo y estridor de los aceros
que al Sol reflectan sanguinosos visos;
y espadas, lanzas, miembros esparcidos
o en torrentes de sangre arrebatados;
y el violento tropel de los guerreros
que, más feroces mientras más heridos,
dando y volviendo el golpe redoblado,
mueren, mas no se rinden...; todo anuncia
que el momento ha llegado,
en el gran libro del Destino escrito,
de la venganza al pueblo americano,
de mengua y de baldón al castellano.
.....

CAPÍTULO VII

SIGLO XIX

EPOCA DE LA INDEPENDENCIA

El espíritu crítico del siglo XVIII preparó el ambiente para la independencia política de la Nueva España. La división manifiesta en la distribución de privilegios entre criollos, mestizos y peninsulares ahondó los resentimientos de las clases inferiores contra los españoles, cuya supremacía se consideraba injusta, puesto que la posesión de la tierra y sus bienes pertenecía con mayor derecho a criollos y mestizos. La difusión de las ideas del enciclopedismo francés entre estos sectores de hombres cultos, eclesiásticos y letrados, estimuló el descontento por la defectuosa e injusta organización social y religiosa a que estaba sujeta la Colonia. Además de la preparación teórica y de la inquietud reinante, ciertos acontecimientos de gran importancia histórica determinan que el movimiento de independencia se haga realidad: la independencia de las colonias que formaban la Nueva Inglaterra tiene como consecuencia la formación de una República. España, como medida política en contra de Inglaterra, reconoce el derecho de independencia de los Estados Unidos, lo cual debilita su autoridad ante sus propias colonias americanas. La invasión napoleónica y el ascenso al trono de España del hermano de Napoleón, reafirman la necesidad de una separación entre la Metrópoli y sus colonias ultramarinas. La insurrección estalló, en México, en el pueblo de Dolores, Guanajuato, el 16 de septiembre de 1810, encabezada por don Miguel Hidalgo, un sacerdote ilustrado, conocedor de la literatura francesa, alumno distinguido del seminario de Valladolid. La noticia se publicó en la *Gazeta de México* el 28 de septiembre, pocas semanas después de que el Virrey don Francisco Javier Venegas había tomado en sus manos el mando de la Colonia.

La causa de la Independencia fue la preocupación principal, y en su favor o en su contra aparece en las letras un nuevo género, consecuencia de las circunstancias: la proclama política, la arenga revolucionaria. Desde los púlpitos y las tribunas se hacía labor política. Los defensores de la monarquía, con mayores elementos, hacían circular su propaganda y contaban con la autorizada elocuencia y fogosidad de los sermones de los clérigos realistas. Abad y Queipo, Obispo de Michoacán, lanza el edicto de excomunión contra los caudillos insurgentes; Diego Miguel Bringas y Encinas, don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, don Ramón Roca, don Fermín Raygadas, etc., gastan su dinero y su esfuerzo para abatir la insurrección.

JOSE MARIANO BERISTAIN DE SOUZA. Entre los hombres de letras adictos al trono, tiene lugar importante en la literatura don JOSÉ MARIANO BERISTÁIN DE SOUZA (1756-1817), nacido en Puebla y doctor en teología por la Universidad de Valencia. Desarrolló labor en cátedras españolas y de la Nueva España, con honores. Se opuso al movimiento de independencia con decidida energía. Su obra más valiosa fue la *Biblioteca hispano-americana septentrional,* subtitulada: *Catálogo y noticia de los literatos que, o nacidos, o educados, o florecientes en la América septentrional española, han dado a luz algún escrito o lo han dexado preparado para la prensa.* Esta obra, que en cierto modo continúa la de Eguiara, contiene noticias de 3,687 autores. Beristáin sólo pudo cuidar parcialmente del primer tomo (1816).

A diferencia de los defensores de la monarquía, los revolucionarios daban a conocer sus ideas con mayores dificultades. Los órganos de propaganda con que contaron fueron: *El Despertador Americano,* en Guadalajara, bajo la dirección de don Francisco Severo Maldonado, y *El Ilustrador Nacional* y *El Semanario Patriótico,* fundados, respectivamente, por don José Ma. Cos, de Zacatecas, en 1812, y por don Andrés Quintana Roo. Sobre las amenazas, el sobresalto y la crueldad de las luchas, una idea muy clara de independencia se va definiendo con precisión y cristaliza en la Constitución de 1814. Es natural que tengan importancia en este tiempo, alterado por tan graves sucesos de orden histórico, los escritores políticos. Algunos fueron hombres cultos y eminentes. El primero de ellos, don MIGUEL HIDALGO, como lo demuestra su *Manifiesto.*

JOSÉ MARÍA COS (1774-1819), maestro de retórica y latinidad, de filosofía y de teología, fundó *El Ilustrador Nacional* y puso al servicio de la causa su voluntad y sus conocimientos.

JUAN WENCESLAO SÁNCHEZ DE LA BARQUERA (1779-1840), orador y periodista, dirige el *Diario de México* desde 1811.

ANDRÉS QUINTANA ROO (1787-1851), junto con don Ramón López Rayón y el doctor Cos, colaboró en *El Ilustrador Americano* y fundó después *El Semanario Patriótico.* Hombre de profundos conocimientos y de habilidad en la oratoria y en la redacción de manifiestos, se hizo popular por sus novelescos amores con doña Leona Vicario; acreedor al respeto de sus contemporáneos por su dignidad en el desempeño de los puestos de responsabilidad que le fueron confiados y por su bien sentada fama de poeta.

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER. FRAY SERVANDO TERESA DE MIER (1763-1827), originario de Monterrey, entra al convento de los dominicos. A los ~~27~~ 17 años tiene fama de predicador y es doctor en Teología. Por haber sido consideradas como impías sus consideraciones acerca de la aparición de la Virgen de Guadalupe, se le hizo procesar y fue condenado a diez años de destierro en España. Desde entonces su vida se convirtió

en una novela de aventuras en que tienen lugar las fugas más espectaculares en diferentes países de Europa y América. Su libro, escrito con precipitación, en estilo vivo y descuidado, es la primera historia de la insurgencia. Se titula *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac*. Oculta la identidad de su autor bajo el nombre del Doctor José Guerra, la obra fue impresa en Londres en 1813. Escribió también la *Carta de un americano al "Español" en Londres*. En Estados Unidos, una *Memoria política instructiva*, obra de propaganda insurgente, y después, su *Apología*, de carácter autobiográfico. Una de sus últimas experiencias fue la organización de la expedición de Francisco Javier Mina, con quien formó, en 1816, un grupo de voluntarios para obtener la independencia de su país. En su discurso *Profecía del doctor Mier sobre la Federación mexicana*, pronunciado en 1823 en el primer Congreso Constituyente, hace su retrato político en el que se ve, a través de su tono exaltado que le es peculiar, la acendrada experiencia de un hombre que conoce el valor de la libertad.

FERNANDEZ DE LIZARDI, PERIODISTA. La Constitución de Cádiz, jurada el 30 de septiembre de 1812 y promulgada el 5 de octubre siguiente, otorgaba la libertad de imprenta. Como consecuencia inmediata de este decreto apareció, unos días después de dado a conocer en México, un semanario destinado a la celebridad: *El Pensador Mexicano*, de JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI. Pronto se advirtió la tendencia política del periódico y su atrevimiento para juzgar la situación. Lizardi combatía con sinceridad los vicios de la sociedad colonial: el abuso de autoridad; los privilegios de ciertas clases; la mala distribución de la riqueza; la defectuosa educación, etc. Luchó con serenidad por la causa de la Independencia en los diferentes periódicos que publicó perseguido por la censura y las prohibiciones: *Alacena de Frioleras, El Conductor Eléctrico*, etc. La obra de Fernández de Lizardi tiene aspectos muy importantes, pero quizá su valor mayor radica en su constante labor periodística de hondo sentido político. Su actitud demoledora exhibe los males que enferman a la sociedad, la cual reclama una transformación total. La aguda mirada del moralista advierte los peligros mediatos e inmediatos y por lo pronto sugiere en todos los tonos la necesidad de la emancipación. Sus escritos están dirigidos al pueblo y para despertarlo de su indiferencia le habla con sus propias palabras y usa ejemplos crudos y realistas. Las verdaderas dimensiones de Lizardi panfletista no pueden determinarse mientras no se recoja en su totalidad la labor de este incansable trabajador, que confiaba demasiado en la eficacia de las palabras.

FERNANDEZ DE LIZARDI, NOVELISTA. Mientras la poesía épica y la prosa histórica tienen una amplia tradición en la Nueva España, la novela no aparece sino en la segunda década del siglo XIX.

Las prohibiciones decretadas por las autoridades coloniales contra el paso a América de las obras de ficción, la concepción de la tarea literaria como una misión de carácter educativo en favor de los habitantes de las colonias y la poca madurez de la sociedad novohispana contribuyeron a la inexistencia del género. Las obras que se mencionan como antecedentes lo son en mínima medida, como *Los sirgueros de la Virgen, Los infortunios de Alonso Ramírez, La portentosa vida de la muerte,* etc. La verdadera novela se inicia con JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI (1776-1827). Nació en la ciudad de México. Hizo sus primeros estudios en Tepozotlán, donde su padre ejercía la profesión de médico, y los continuó en San Ildefonso, pero no los terminó, a causa de la muerte de su progenitor. Su posición económica, modesta al principio, fue precaria después. A la entrada de Morelos en Taxco, en 1811, Lizardi era teniente de justicia de aquel lugar. Considera el movimiento de independencia favorable a los intereses nacionales y colabora con él. Su primer periódico, como ya se dijo antes, fue *El Pensador Mexicano,* nombre que después Lizardi adoptó como pseudónimo. A causa de sus artículos fue aprehendido varias veces. Es extraordinaria la fecundidad de este escritor. Poeta, fabulista, dramaturgo, novelista, traductor, periodista. Su poesía se encuentra dispersa en toda su obra; es de carácter satírico, jocoso, religioso y político. Algunas poesías forman el volumen titulado *Ratos entretenidos.* La intención moralizante, que le es peculiar, encuentra su mejor molde en la fábula, que enriquece con temas originales. Cuarenta de ellas se recogen en 1817. Los intentos dramáticos de Lizardi tienen varias direcciones. Entre sus aciertos se cuentan el *Auto Mariano, El negro sensible, Todos contra el payo y el payo contra todos, El unipersonal del arcabuceado, El unipersonal de don Agustín Iturbide, La Tragedia del Padre Arenas* y *El fuego de Prometeo,* que está perdido.

Lizardi, como novelista, inaugura el género en Hispanoamérica con *El Periquillo Sarniento* (1816). *Noches tristes* se publicó en 1818; *La Quijotita y su prima,* en 1819, y *Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda,* en 1832.

Hemos indicado ya que el periodismo es el género que mejor se aviene con el carácter y las facultades de Lizardi. Su intención aquí como en toda su obra es educar al pueblo, descubrirle los valores nacionales y señalarle sus errores. Sus periódicos principales fueron: *El Pensador Mexicano* (1812-14), *Las sombras de Heráclito y Demócrito* (1815), *Caxoncito de la Alacena* (1815), *El Conductor Eléctrico* (1820), *El Amigo de la Paz y de la Patria* (1822), *Las Conversaciones del Payo y del Sacristán* (1824) y *El Correo Semanario* (1826-27).

En busca de un vehículo que pueda llevar al pueblo sus ideas, Lizardi opta por la novela. Perseguido y censurado como periodista, se acoge a una forma nueva que, con apariencia de frivolidad y entretenimiento, sirva a la propagación de sus ideas. En *El Periquillo Sarniento* presenta un cuadro muy completo de la vida colonial. Dentro de la tradición picaresca y a través de un personaje que da unidad al relato, el autor pinta las costumbres de la

época y muestra el descontento de una sociedad en transición. Periquillo es quien da unidad a la obra y es el primer personaje mexicano que se crea; a través de sus aventuras va mostrando todas las lacras de la sociedad. Se ponen al descubierto las supersticiones, los errores de la educación de la niñez y de la juventud; los procedimientos equivocados de la administración de la justicia; la pésima organización de hospitales y cárceles; la mala orientación de la juventud que se descarría; las prácticas del juego, etc. A través de su recorrido por toda la escala social, da una gran variedad de ambientes y tipos de la época. La meta de Lizardi es la reforma política y social, de ahí su tendencia moralizadora y su tono satírico. Su bagaje cultural es la precaria base escolástica que recibió en San Ildefonso y la lectura de obras españolas y francesas de la segunda mitad del siglo XVIII. Como escribía para el pueblo, le habla en su propio lenguaje, sin preocupaciones de estilo. Lo que le interesa es que su mensaje llegue, y para ello usa el procedimiento más directo y más crudo.

La Quijotita y su prima no tuvo la popularidad de *El Periquillo.* Es otra sátira de las costumbres, enderezada contra la educación de las mujeres. Pretende demostrar cuánto influye ésta en el carácter y en la felicidad de las personas. Rousseau y Fenelon están presentes. En *Don Catrín de la Fachenda* vuelve Lizardi a la fórmula picaresca, y aunque el personaje es diferente de Periquillo, los procedimientos en las dos obras se asemejan mucho. En *Noches tristes y día alegre,* el autor narra sus propias experiencias a la manera de Cadalso. El tono hace ver la cercanía del romanticismo.

MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA. En el teatro, la transición entre neoclasicismo y romanticismo está representada por MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA (1789-1851). Nació en el puerto de Veracruz, pero su familia regresó a España en 1794. Dedicó su vida a las armas y a las letras. Luchó contra la invasión napoleónica. Por sus ideas de exaltado liberalismo fue desterrado de la Península y radicó en Londres. Desde allí ofreció sus servicios a su país de origen. Fue nombrado encargado de negocios de México en los Países Bajos, Ministro Plenipotenciario en la Gran Bretaña y comisionado especial para arreglos amistosos y comerciales entre México y varios países europeos. Al volver a México, desempeñó cargos de importancia. Como Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos tuvo intervención directa en el asunto de Texas. Al lado del General Anaya combatió como soldado, en 1847, la invasión norteamericana.

Las obras dramáticas de mayor valor de Gorostiza son: *Indulgencia para todos* y *Don Dieguito,* en verso, que forman parte del volumen aparecido en París en 1832; y *Contigo pan y cebolla,* estrenada en 1833 en México. Esta última, escrita en prosa, lleva una idea moralizante, pero desarrollada con gracia y humorismo. Gorostiza muestra sus conocimientos de las reglas y prin-

cipios teatrales de la comedia neoclásica, heredera de Molière, y los ejercita en comedias de costumbres que se proponen divertir enseñando.

ANTOLOGIA

JOSE JOAQUIN FERNANDEZ DE LIZARDI

TESTAMENTO Y DESPEDIDA DEL PENSADOR MEXICANO

PRIMERA PARTE

Sentenciado a morir como todo hijo de su madre, se me ha llegado este temible plazo. Ya por la mala configuración de mi pulmón y pecho, ya por lo mucho que he trabajado con la cabeza y con la pluma, o por todo junto, lo cierto es que me hallo atacado de una cruel enfermedad que me maltrata mucho y pronto dará conmigo en el sepulcro.

A consecuencia de mi terrible mal me he puesto demasiado flaco y descolorido, la máquila desfallecida vacila sobre mis piernas débiles, y todo yo soy un tomo andando de la más completa osteología.

Esto, ya se ve, que es necesaria consecuencia de mi mal; pero, ¿a qué atribuiremos el gusto que tienen algunos fanáticos de verme en tal estado? No a otra cosa que a sus malos corazones y mucha ignorancia ¡insensatos! ¿Esto es lo que os enseña vuestra santa religión? ¿Cuándo es lícito a un cristiano alegrarse del mal de su prójimo? Nunca. Pero vosotros diréis que no os alegráis de mi mal sino de que faltarán mis escritos que calificáis de heréticos, impíos, etc. ¡Qué ignorantes! ¿No advertís que, aunque yo muera, jamás faltarán escritores instruídos y resueltos que continuarán combatiendo los abusos?

Mas, en fin, vuestras befas no dejan de ponerme en cuidado, y la verdad que a estas horas nada valen los *espíritus fuertes,* los apetitos de reforma y la moderna filosofía. Ante la vista de la eternidad todo desmaya, y así es necesario examinar mis impresos por si tuvieren algo que enmendar; pero esto será en el cuerpo de mi testamento, que como es muy mío y no se versa sobre intereses, no necesito de escribano ni testigos instrumentales. Comienza pues:

EL TESTAMENTO

En el nombre de Dios Omnipotente, autor y conservador de la naturaleza.

Digo yo, el capitán Joaquín Fernández de Lizardi, escritor constante y desgraciado, conocido por *El Pensador Mexicano,* que hallándome gravemente de la enfermedad que, estaba en el orden natural, me acometiera, pero en mi entero juicio, para que la muerte no me coja desprevenido, he resuelto hacer mi testamento en la forma siguiente.

Declaro ser cristiano católico, apostólico y romano, y como tal, creo y confieso todo cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre Iglesia, en cuya fe y creencia protesto que quiero vivir y morir; pero esta protesta de fe se debe entender acerca de las

dogmas católicos de fe que la Iglesia nos manda creer con necesidad de medio, esto sí creo y confieso de buena gana, y jamás, ni por palabra ni por escrito, he negado una tilde de ello.

Mas acerca de aquellas cosas cuya creencia es piadosa o supersticiosa, no doy mi asenso ni en artículo mortis. Así es que no creo que el Papa es rey de los obispos, aunque sea su hermano mayor por el primado que ejerce en la Iglesia universal. Tampoco creo que es infalible sin el concilio general, pues la historia de todos los obispos de Roma me hace ver que son errables como todos y que de hecho han sido engañados y han enseñado errores contra la fe; *pro cátedra.*

Tampoco creo en los íncubos y súcubos, acerca de los cuales han dicho sendos desatinos los teólogos más encopetados de nuestra Santa Iglesia.

Menos creo que hayan existido jamás sobre la tierra los duendes, brujos, hechiceros vampiros, brucolacos y demás gentuza de esta clase, a pesar de que la Santa Iglesia ha tenido conjuros contra estos bichos imaginarios.

Tampoco creo esa multitud de santos, muertos y diablos aparecidos que cuentan las leyendas.

Ultimamente: no creo esa supersticiosa intervención que los cristianos ignorantes de su religión han dado a los santos sobre todas sus necesidades, señalando a cada santo o santa el ramo que exclusivamente le pertenece; y así los males de ojos tocan a Santa Lucía, los de muelas a Santa Apolonia, los de apoplejía a San Andrés Avelino, etc., etc.

Para cada enfermedad, para cada trabajo hay su santo particular; hasta contra los alacranes y los ratones. El chubasco de novenas que la credulidad ha compuesto sobre estas farándulas, y el consumo que tienen en nuestra tierra, prueban que no hay una verdadera religión católica sino una imitación de las costumbres paganas. Los gentiles para todo tenían sus diosecillos, y los cristianos para todo tienen su santo, y de Dios no se acuerdan para nada; pero los cristianos, para esto de las supersticiones, han discurrido con más finura que los gentiles, pues éstos no llegaron a avanzar a tanto como los católicos. Para alcanzar un imposible nunca tuvieron un penate de su devoción, pero los cristianos luego encontraron una Santa Rita.

No quiere decir esto que sea inútil la invocación de los santos, porque éstos no pueden interceder con Dios por el socorro de nuestras necesidades; lo que se condena es el abuso de creer a tal santo autorizado para alcanzar tal gracia particular. Este es un dogma gentílico y una superstición manifiesta. Si San Jorge puede librarme de que me pique un alacrán, ¿por qué no podrá librarme de que me muerda un perro o de que me caiga la casa encima, sin necesidad de ocurrir a San Lázaro o San Emigdio?

Satisfecho en el testimonio de mi conciencia, declaro que cuanto he escrito contra los abusos introducidos, a pretexto de religión, está muy bien escrito. Me ratifico en todo y sólo apetezco que algo se remedie.

Dejo mi espíritu en las manos de su Criador, satisfecho en que de tales manos no puede venirle ningún mal.

Dejo mi cuerpo a la tierra, mientras las mejores substancias se escalan en gases y pasean por toda la naturaleza, mezclándose con diferentes substancias ya vegetales, ya animales, y haciendo a su vez parte de una fragante rosa o de la hoja de la hediondilla, parte de un filósofo o de una vieja regañona, etc.

. . . . . .

Item: dejo una policía asombrosa. No se ven en las calles de la opulenta México sino enjambres de perros y encuerados. Mientras para ser ciudadano no sea necesario andar decentemente vestidos, la gentuza de nuestro populacho siempre será la más sinvergüenza del mundo; y aún esta pena de la suspensión de los derechos de ciudadano, que es bien grave, puede que no les hiciera fuerza; necesitan otras más graves.

Item: dejo a los indios en el mismo estado de civilización, libertad y felicidad a que los redujo la conquista, siendo lo más sensible la indiferencia con que los han visto los congresos según se puede calcular por las pocas y no muy interesantes sesiones en que se ha tratado sobre ellos desde el primer congreso.

. . . . . .

Item: dejo a mis enemigos los fanáticos el cuidado de destrozar y morder mi opinión siempre que puedan, bajo el seguro de que no les puedo responder, pero acuérdense que mientras viví, nadie me fue por la respuesta a Roma cuando me insultó por las prensas.

. . . . . .

Item: dejo... la pluma porque no alcanza el papel.

México, 27 de abril de 1827.

El Pensador

EL CUCHARERO Y SU COMPADRE CHEPE

. . . . . .

Cucharero.—Pues sábete que me has dado una mala noticia; porque si todos van tomando la devoción de andar acompañados y con pistolas y sables, corremos mucha contingencia; pues, por fin, que nos cojan las patrullas o los serenos, malo es, pero no tanto. Tenemos la esperanza de que con un mes de grillete o de cárcel, ya pagamos y salimos a hacer nuestra diligencia; pero esto de que nos reciban a balazos y sablazos está de los demonios. Quiera Dios que no hagan lo mismo que estos jugadores todos los que andan de noche; porque entonces me quito del oficio, y ya saben que no me lambo los dedos con el garrote; pero palos contra balazos es partido carabino.

Chepe.—Y más pior te la contaré: que ya dizque el Soberano Congreso nos ha tomado en boca públicamente.

Cucharero.—¿Y para qué?

Chepe.—Para encargar al gobierno que nos castigue y persiga sin remedio, luego que nos cojan trabajando.

Cucharero.—¡Esa está de los diablos! ¿Y quién le meterá al señor Congreso en cuidar vidas ajenas? Mejor es que piense en hacer sus cosas y no se meta con nosotros.

Chepe.—Eso mesmo digo yo: ¿acaso nosotros nos metemos para nada con su mercé, ni le vamos a enmendar sus decretos ni sus bandos? ¿Pues qué tiene que meterse con nosotros?

Cucharero.—Si te digo que hemos quedado con la tal Independencia pior que antes; porque antes sólo teníamos por enemigos a las patrullas, a las rondas, a los serenos, y eso no a todos, que algunos eran nuestros amigos; pero ora también hemos de tener miedo al señor Congreso que nos está encargando para que no podamos hacer baza. Y luego dirán que semos independientes, que semos libres; pues no hay duda que está bonita la libertá, que no es uno dueño de buscar su vida.

Chepe.—Ansina es; pero ¿sabes lo que consuela?

Cucharero.—¿Qué?

Chepe.—Que esos serán favores escolásticos.

Cucharero.—Fervores se dice, compadre, no favores. Están los favores algo averiados.

Chepe.—Pues sean fervores o favores. Lo que digo es que esos encargos y el cuidado de los jueces durarán ocho días, y después se les olvidará todo y quedaremos con nuestro pasaporte.

Cucharero.—Quién sabe lo que sucederá; porque como a todos les va en el gallo en que no se aumente nuestra hermandad, temo que nos persigan, como izque perseguían a los framasones.

Chepe.—Ora que dices framasones, ¿sabes dónde viven ésos, porque en sus casas es tiro seguro; porque dicen que todos son ricos?

Cucharero.—Yo no lo sé ni conozco a ninguno, aunque todos los mientan; pero mas que los conociera, no fuera a buscarlos.

Chepe.—¿Por qué?

Cucharero.—Porque dicen que son hechiceros y judíos, que hablan con el diablo; y si esto hay, ya ves que es trabajo perdido, porque les avisará el diablo; y cuando se les duerma su diablo y no les avise y consigamos avanzarles algo, se nos volverá carbón.

Chepe.—Es verdá, porque el dinero de los duendes se vuelve carbón, y lo mesmo será el de los framasones.

Cucharero.—Por eso en todo caso, lo mejor será robar a los cristianos; porque su dinero tiene cruz y ellos no tienen diablo que les avise.

Chepe.—¿Pero si tienen pistolas y sables, qué haremos?

Cucharero.—Echar a correr como tú.

Chepe.—Es verdá; pero ya es tarde y la noche no está mala; voy a ver si topo alguna vieja, viejo o muchacho que no tenga sable. Hasta mañana, compadre.

Cucharero.—Sí, compadre, hasta mañana. No dejes de verme a ver lo que hacemos.

Chepe.—Yo volveré.

Cucharero.—Pues adiós. Memorias a la Tuerta.

Chepe.—Encomiéndanos a Dios.

México, 1822

CAPÍTULO VIII

SIGLO XIX

EL ROMANTICISMO (1810-1880). LA POESIA

El panorama del México independiente no puede entenderse al margen de la política. El aspecto cultural del siglo XIX, profundamente señalado por las luchas ideológicas y por la urgencia de llegar a la afirmación nacional y al triunfo de la libertad, se identifica con el romanticismo en tono y en espíritu. Los acontecimientos históricos que van de 1810 a 1867 incluyen: la guerra de Independencia, dos imperios, tres repúblicas federales, dos centralistas, dos ejecutivos provisionales y dos regímenes anticonstitucionalistas. Después del fusilamiento de Maximiliano, en 1867, la intranquilidad del país no cesó durante la presidencia de Juárez y la de Lerdo (1867-1876). Se lucha por ideales de libertad y el primer impulso se encamina a desconectarse de la tutela española para iniciar una vida independiente.

Herencia del pensamiento humanista del siglo XVIII, se advierte, en los primeros años del siglo XIX, la necesidad de una independencia literaria, paralela a la política, como una aspiración común a toda América. Así lo demuestran las obras de poetas y pensadores de diferentes partes del Continente. En México, la reacción contra los vicios de la organización española fue muy fuerte; señalaba, de mil maneras, que terminada la independencia política, había que luchar con mayor empeño contra el espíritu del sistema colonial tan arraigado en la vida americana. Circunstancias favorables para la realización de este anhelo eran: la revisión de valores propios que había llevado a cabo el siglo XVIII, nuevas fuentes de inspiración representadas por Inglaterra, Estados Unidos y, sobre todo, Francia; y la llegada del movimiento romántico que proclamaba ideas de libertad y de incremento del nacionalismo.

El Romanticismo, llegado a México a través de España y Francia, debe entenderse como un movimiento no sólo literario, sino también ideológico que tuvo lugar en Europa en la última parte del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX y cuyos orígenes literarios hay que buscar en Inglaterra y Alemania. Se presenta, al principio, como reacción contra el neoclasicismo, que proponía una rígida interpretación de las normas de la cultura grecolatina. El romanticismo, en contraposición, exagera el valor de lo individual y proclama la libertad en todos sus aspectos. El romanticismo es el triunfo del sentimiento sobre la razón. El romántico busca la soledad. Su insatisfacción lo lleva a evadirse en el tiempo y en el espacio, y su melancolía, a preferir lo

nocturno y lo sepulcral. Su egocentrismo lo arroja a la exaltación de sus ideas y emociones. Aun el paisaje no es sino el reflejo o proyección de sus sentimientos exacerbados.

Dentro de la literatura mexicana, la mejor parte de la producción romántica se concentra en el ensayo político y la arenga revolucionaria. No resulta extraño, puesto que la inquietud dominante en el país demandaba esta actividad de sus hombres más representativos. Ninguno de los literatos de este tiempo tuvo la importancia de Zavala, el doctor Mora o Lucas Alamán, que crean la historia política. La oratoria nunca fue tan eficaz como en el año de 1856, en la reunión del Congreso Constituyente. La novela dejó algunas muestras valiosas en la recreación histórica y en el tema costumbrista. La poesía fue menos afortunada. Predomina, en la primera mitad del siglo, la imitación de Quintana, Cienfuegos, Espronceda... hasta que la generación de Altamirano hizo verdad su credo nacionalista.

Según su filiación política los poetas se dividen en conservadores y liberales, identificándose los primeros con el clasicismo y los segundos con el romanticismo. Esta división no es absolutamente rigurosa y más justo resulta asegurar que tanto clásicos como románticos, conservadores como liberales, no pueden escapar al ambiente que los rodea y llevan en sus vidas y en sus obras los rasgos románticos que los identifican con su tiempo.

Altamirano divide la poesía romántica en tres etapas: la de la Independencia, la de la Academia de Letrán y la del Liceo Hidalgo. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Andrés Quintana Roo y Francisco Ortega, son los poetas de la Independencia, porque a exaltar este movimiento dedicaron sus composiciones de mayor aliento.

SANCHEZ DE TAGLE. FRANCISCO MANUEL SÁNCHEZ DE TAGLE (1782-1849) nació en Valladolid (Morelia), Michoacán. Se educó en el Colegio de San Juan de Letrán de México. Hizo estudios de teología, filosofía y jurisprudencia. Conoció latín, francés, italiano, filosofía, física y matemáticas. Fue descendiente directo de la escuela poética de Navarrete; como éste, colaborador del *Diario de México,* Mayoral de la Arcadia y continuador de los temas de meditación filosófica. La edición de sus *Obras poéticas* fue póstuma (1852). Su larga vida y su vasta cultura lo colocaron en puestos de importancia y muchos acontecimentos históricos que vieron desfilar sus ojos, dejaron huellas en la obra, también extensa, de este poeta. La invasión norteamericana, en 1847, abrevió sus días. Entre sus himnos triunfales sobresale la *Oda* heroica dedicada a Morelos después del rompimiento del sitio de Cuautla.

QUINTANA ROO. ANDRÉS QUINTANA ROO (1787-1851) nació en la ciudad de Mérida, Yucatán. Hizo sus estudios literarios en el Seminario Conciliar de Mérida y los continuó en la ciudad de

México, en la Real y Pontificia Universidad. Practicó jurisprudencia en el bufete del doctor Fernández de San Salvador, distinguido realista, tío de Leona Vicario, que distinguió a Quintana Roo por su claro talento. Afiliado Quintana Roo a la causa insurgente, a ella dedicó su vida. Su labor de propaganda se manifiesta en el *Semanario Patriótico Americano* y en *El Ilustrador Americano.* Con diferentes cargos participa en los momentos de mayor trascendencia en la lucha por mantener el Congreso de Chilpancingo, y sufre, junto con su esposa Leona Vicario, las persecuciones de las tropas realistas. Vivió varios años sujeto a una vida errabunda llena de intranquilidad. Hasta su muerte, en 1851, tuvo honrosos cargos en el gobierno del país y orientó la opinión pública desde las columnas del periódico. Fue protector y amigo de algunos escritores. Respetado por los patriotas y por la generación inmediata posterior, ocupó de modo vitalicio la presidencia de la Academia de Letrán. Si en la causa de la Independencia empleó la mejor parte de su vida, también a ella dedicó sus mejores cantos poéticos, como la *Oda al 16 de septiembre de 1821.*

FRANCISCO ORTEGA. FRANCISCO ORTEGA (1793-1849) nació en México. Inició sus estudios de latín y filosofía en el Seminario Palafoxiano de Puebla y concluyó los de Derecho Canónico, en México. Recibió algunos premios en concursos literarios; desempeñó cargos oficiales y docentes. Colaboró en *El Federalista, El Reformador* y *La Oposición.* Escribió trabajos sobre asuntos históricos y de actualidad. Ortega es conocido por su poema *A Iturbide en su coronación,* en el que previene al emperador sobre el descontento que ha despertado su actitud. Es autor, asimismo, de poesías religiosas y de algunos dramas, entre ellos *Cacamatzin,* de asunto indígena, que representa uno de los primeros intentos de manejar los temas indios. Ortega está considerado entre sus contemporáneos como el "de más brío, más alma de poeta y mayor corrección".

JOSE MARIA DE HEREDIA. Sin duda la corriente romántica en México recibió un gran influjo con la presencia en el país del cubano JOSÉ MARÍA DE HEREDIA (1803-1839). Nació este poeta en Santiago de Cuba e hizo estudios de humanidades y derecho en Santo Domingo y en La Habana. Por su actividad política fue desterrado de la isla en 1823. Después de haber vivido tres años en los Estados Unidos, pasó a México donde logró alcanzar el puesto de Magistrado. En 1836 estuvo varios meses en Cuba y regresó a México para hacerse cargo de la *Gaceta Oficial* de la República. Murió en Toluca en 1839. Los años que vivió en este país lo asimilaron a sus problemas literarios y políticos.

En su primera estancia en México, en 1819, escribió *El teocalli de Cholula,* que junto con *El Niágara* son las dos composiciones más representativas de este poeta. La primera sufrió varias elaboraciones antes de ser publicada y representa "la alborada de una nueva sensibilidad en lengua española",[1] que se explica por la confluencia de su educación clásica y afinidades con los poetas salmantinos Quintana y Cienfuegos, con las lecturas de Rousseau, Chateaubriand, Byron, Walter Scott, Young, Lamartine... Las circunstancias de agitación política que vivía México, el anhelo de libertad que se respiraba y la preparación literaria que traía Heredia, estimularon su sensibilidad, y su expresión, que de modo tan decisivo fomentó las inclinaciones de los poetas de la Academia de Letrán, se adelantó al romanticismo americano. Los poetas mexicanos reconocieron la supremacía lírica de Heredia y alguno, como Rodríguez Galván, le debe la concepción de su poema más famoso: *La profecía de Guatimoc.* Heredia intervino también en la dirección de periódicos mexicanos críticos y literarios, como *El Iris* (1826) y *La Miscelánea* (1832).

LA ACADEMIA DE LETRÁN. En una de las celdas del antiguo Colegio de Letrán, José María y Juan Nepomuceno Lacunza, Manuel Tosiat Ferrer y Guillermo Prieto establecen una academia, urgidos por la necesidad de estímulo en sus trabajos, de crítica recíproca y de mayores luces. Funcionó bajo la dirección de don José María Lacunza. En amable camaradería se leían los escritos de los miembros, se discutían y se aprobaban y, posteriormente, se emprendían estudios de literatura española, francesa, alemana o clásica. En aquellos ejercicios pasaron cerca de dos años, y en 1836 decidieron establecerla de manera oficial.

Entre los socios de esta academia, de la que era presidente perpetuo Quintana Roo, se contaban: Carpio, Pesado, Ortega, Rodríguez Galván, Payno, Ramírez, Fernando Calderón, etc.

La función de la Academia es de gran importancia para la literatura: se preocupa por la corrección del estilo, por dar a las letras un carácter propio. La crítica lleva una orientación; se acepta a todo escritor que lo desee, sin distingos sociales, de méritos o de edad; se trabaja en una labor que al cabo del tiempo representaría el arranque para explicar algunas de las constantes más valiosas de la literatura mexicana.

Poetas de la Academia de Letrán y que representan con claros caracteres los albores del romanticismo, son Fernando Calderón e Ignacio Rodríguez Galván. Los dos dividen sus esfuerzos literarios entre la poesía y el teatro, pero mientras Calderón es más conocido como poeta dramático, Rodríguez Galván tiene un lugar destacado como poeta lírico.

1 Manuel Pedro González, *José Ma. Heredia,* p. 100.

FERNANDO CALDERON. FERNANDO CALDERÓN (1809-1845) nació en Guadalajara. Estudió humanidades y derecho. Desde su adolescencia tuvo inquietudes políticas y literarias. Residió varios años en Zacatecas. Peleó contra Santa Anna y sufrió persecuciones. Al pasar a la ciudad de México, ingresó a la Academia de Letrán y frecuentó la amistad de Heredia, Rodríguez Galván, Prieto, etc. Ocupó varios cargos públicos y murió en la Villa de Ojocaliente, Aguascalientes. Inicia su obra dramática en 1827 con *Reinaldo y Elina.* Sus dramas fueron representados en teatros de Guadalajara y de Zacatecas. Hacia 1839 se estrenaron en Zacatecas *El torneo* y *Herman o La vuelta del cruzado,* de inspiración caballeresca, y *Ana Bolena,* de tema histórico. La preferencia de Calderón por asuntos desligados de la realidad mexicana le atraen los reproches de Altamirano, pero, en otro sentido, justifican al poeta romántico que busca la evasión. Sin embargo, en su tragedia *Muerte de Virginia por la libertad de Roma,* que es una condenación a la tiranía, parece aludir a la situación de su época. Su comedia de costumbres *A ninguna de las tres,* es una sátira contra el afrancesamiento, los excesos románticos y la mala educación de la mujer. Escrita como réplica a la obra de Bretón de los Herreros, *Marcela ¿o cuál de las tres?* viene a ser una obra escrita con agudeza y gracia que presenta una situación real cuyo tratamiento, a la vez que deja una lección que previene contra todas las falsedades, afirma la eficacia de la ironía sobre la solemnidad.

Su poesía tiene dos cuerdas, el amor y la patria. La crítica está conforme en considerar que sus composiciones están llenas de lugares comunes, de incorrecciones y de imperdonables descuidos y que poemas como *El soldado de la libertad* y *El sueño del tirano,* debieron su popularidad a la inconformidad que el poeta expresaba contra las arbitrariedades del gobierno de Santa Anna y encontraba eco en el sentir popular. Calderón tiene el mérito de haber incorporado las formas románticas a la poesía mexicana, sustituyendo unos modelos por otros. Hace intervenir de manera preponderante el tema personal y se aventura, en sus dramas, en los terrenos de la historia extranjera.

IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN. IGNACIO RODRÍGUEZ GALVÁN (1816-1842) nació en Tizayuca, Hgo. Sus años de niñez y juventud estuvieron llenos de miseria. Huyendo de ella se estableció en la capital y sirvió como dependiente en la librería de un tío suyo. En las tertulias literarias que allí se efectuaban conoció a los escritores de su tiempo. Aprendió latín con don Francisco Ortega. Su información literaria es bastante completa. Traduce e imita a poetas franceses e italianos; traduce a los clásicos; frecuenta la Biblia; pero sus preferencias están más cerca de la literatura española. En sus relaciones con los escritores de aquellos años, comparte el merecido respeto que había sabido ganarse Pesado; sigue muchas líneas de la poesía de Carpio; parece muy cercana la influencia del poeta cubano

Heredia y tiene muchas afinidades con Calderón, especialmente la simpatía por Espronceda. Aunque sólo vivió 26 años, su obra es copiosa, repartida entre la poesía y el teatro. Sus temas preferidos son la orfandad, la miseria, el engaño de amigos y amantes, la gloria, la libertad, la recreación de asuntos indígenas. Rodríguez Galván es un poeta atormentado por el sufrimiento y la miseria. De su protector y amigo, Tornel, obtiene una colocación en el cuerpo diplomático y se le envía a América del Sur. Antes de cumplir su destino muere en La Habana, víctima de la fiebre amarilla.

Tan insistente como la preocupación en sus problemas personales es en Rodríguez Galván la recreación de lo indígena. Tanto en su poesía como en sus obras de teatro, Moctezuma y Cuauhtémoc tienen muy destacado lugar. *La profecía de Guatimoc* está considerada por Menéndez y Pelayo como "la obra maestra del romanticismo mexicano" porque contiene todos los caracteres de esta escuela: subjetivismo, idea de libertad, evocación del pasado, melancolía, pesimismo, gusto por lo patético y sombrío, descontento con el medio, movimiento dramático de los elementos de la naturaleza, deseo de evasión. Por lo que se ve en *La profecía de Guatimoc,* Rodríguez Galván es un poeta ambicioso que no siempre logró la perfección. Lo mismo demuestran composiciones como *El ángel caído, Mora, Eva ante el cadáver de Abel, La visión de Moctezuma,* etc.

La producción dramática de Rodríguez Galván consiste en obras inspiradas en asuntos sombríos de la vida colonial: *La capilla, Muñoz, visitador de México,* y *El privado del virrey.* Maneja con extraordinaria libertad el dato histórico, pero es el primero en introducir al teatro temas de historia mexicana, y las obras cumplen los requisitos de los dramas románticos.

Cultiva también el relato: *La hija del Oidor, Manolito Pisaverde, La procesión,* de ambiente histórico, y *Tras un mal nos vienen ciento,* de carácter costumbrista.

JOSE JOAQUIN PESADO (1801-1861). Pesado y Carpio, incluidos entre los grandes representantes del clasicismo, guardianes de la tradición y conservadores de cuerpo entero, tienen, sin embargo, su sitio dentro de la poesía romántica del siglo XIX. En Pesado, quizá el poeta más respetado de su tiempo, independientemente de su personalidad civil y política, hay signos bastante acusados de sensibilidad romántica: su continua evasión a campos más afines con sus preferencias; el tratamiento o restauración de la poesía indígena; sus intentos costumbristas; su manera especial de acercarse a la naturaleza, que indican la importancia que ciertos temas no académicos van adquiriendo en la temática de poetas reputados como clásicos.

Pesado nació en San Agustín del Palmar, Puebla. Tomó parte activa en la política de su país. Figuró en la legislatura y gobierno del Estado de Veracruz; en el Ministerio del Interior y en el de Relaciones. Sus facultades personales le hicieron adquirir extraordinaria erudición y madurez cultu-

ral. Afiliado al partido conservador, fue uno de sus escritores más distinguidos, sobre todo por sus brillantes artículos publicados en *La Cruz.*

Perteneció a la primera Academia de la Lengua y a casi todas las agrupaciones científicas y literarias de su tiempo. Su conocimiento del latín y del castellano dan excelencia a sus traducciones, especialmente de Horacio. Demostró su perfección en las versiones de algunos *Salmos,* del *Cantar de los Cantares* y en fragmentos de la *Jerusalén libertada.* Tradujo a Lamartine, pero su fuente de permanente inspiración son los libros sagrados. Es un poeta bíblico y clásico. Su obra está recogida en las *Poesías originales y traducidas.* La poesía original puede dividirse en: amorosa, sagrada y descriptiva. Lo más valioso de la poesía de Pesado es la parte descriptiva en las *Escenas del campo y de la aldea de México,* o en los *Sitios y escenas de Orizaba y Córdoba.* En algunos de estos cuadros copiados directamente, hay equilibrio y armonía entre su sensibilidad y el paisaje. No tiene la misma fortuna en sus descripciones de lides de gallos y toros, volantines y fuegos, escenas de mercado y banquetes pueblerinos, en que se advierte su incomprensión para las manifestaciones del alma popular. En el apartado que titula *Las Aztecas,* Pesado intenta la recreación de temas indígenas, glosando y traduciendo cantares, entre otros, del rey Netzahualcóyotl, que, independientemente de su valor como traducciones o como poesías originales, enfrentan el problema de la aceptación del pasado prehispánico como legítima herencia cultural del mexicano. A pesar de sus evidentes cualidades de versificador terso y puro, no alcanza nunca "el rango de la gran poesía que nace de la potencia creadora".[1]

MANUEL CARPIO. MANUEL CARPIO (1791-1860) nació en Cosamaloapan, Veracruz. Estudió en el Seminario Conciliar de Puebla latinidad, filosofía y teología. Sus lecturas preferidas fueron: historia antigua, religión y los clásicos griegos y latinos. Siguió la carrera de medicina en la capital, y al lado de su profesión no descuidó nunca las letras, la geología, la astronomía, ni la arqueología. Su primera composición original fue una *Oda a la Virgen de Guadalupe,* aparecida en 1832. En 1849 Pesado reúne las poesías de Carpio y las precede de un estudio suyo. El libro fue acogido con beneplácito y se consideró al poeta como restaurador de la poesía mexicana. Dentro del partido conservador y con temas históricos y bíblicos de preferencia, Carpio logró "innegable destreza para describir cuadros de multitudes llenos de oriental esplendor". Por el carácter dramático de sus escenas, por el movimiento que imprimió a los elementos naturales que empiezan a cobrar autonomía, por el tono enfático que usa y por su constante evasión a terrenos que sólo conoce a través de sus lecturas, Carpio muestra mayores afinidades con la escuela romántica que con la clásica a la que quisieron confinarlo sus contemporá-

[1] Octaviano Valdés, *Poesía neoclásica y académica,* México, 1946, p. XVIII.

neos, atendiendo a sus simpatías políticas y su clase social. En la poesía de Carpio destacan composiciones como *La cena de Baltasar, El diluvio, La destrucción de Sodoma, México, El Popocatépetl,* en las que son visibles tanto sus aciertos como sus errores.

Al grupo de Pesado pertenecen también Alejandro Arango y Escandón, José Sebastián Segura y José María Roa Bárcena.

ARANGO Y ESCANDON. ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDÓN (1821-1883), nacido en Puebla y educado en Europa, abogado de profesión, miembro del partido conservador y segundo director de la Academia de la Lengua correspondiente de la Española, profundo conocedor de las lenguas clásicas y modernas, promovió en México los estudios de idiomas orientales y tradujo obras del francés y del italiano. Escribió un interesante estudio sobre Fray Luis de León, de quien era ferviente admirador, y tres pequeños poemas "que lo sacan de la mediocridad académica":[1] *A Germánico,* un romance *(Pajecillo, pajecillo)* y el soneto *Rosaura.*

SEGURA. JOSÉ SEBASTIÁN SEGURA (1822-1889), originario de Córdoba, Veracruz, hizo estudios de ingeniero. Cuñado y discípulo de Pesado, perteneció a su mismo grupo y recibió su influencia. Cultivó la poesía bíblica. Se distingue como traductor de Virgilio y de Dante. Como poeta original es inspirado y fino. Su tomo de *Poesías* se publicó en 1872.

ROA BARCENA. JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA (1827-1908) nació en Jalapa y murió en México. Historiador, novelista, periodista y poeta. Traductor de los clásicos latinos y de Byron, hereda de su amigo Pesado, entre otras cosas, su interés por los temas indígenas, que desarrolla en sus *Leyendas mexicanas* y que es lo más conocido de su abundante obra lírica. Las *Leyendas,* escritas con los tratamientos puestos de moda por Zorrilla y el Duque de Rivas, buscan la revaloración histórica y siguen, en el verso, la técnica tradicional. El aliento cívico, la religiosidad, el tema amoroso, la reflexión filosófica, la poesía descriptiva, completan el total de los temas recreados por la lírica de Roa Bárcena.

IGNACIO RAMIREZ. IGNACIO RAMÍREZ (1818-1879) nació en San Miguel Allende, Gto. En México estudió en el colegio de San Gregorio. Siguió el curso de artes y después los de jurisprudencia hasta obtener su título de abogado. Se distinguió por su

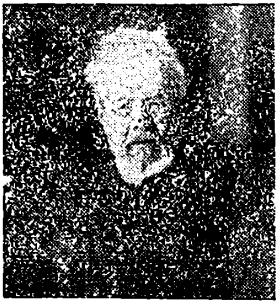
[1] Octaviano Valdés, *Poesía neoclásica y académica,* México, 1946, p. XXVI.

talento extraordinario. Sus intereses fueron enciclopédicos tanto en el terreno de las ciencias como en el de las humanidades. Perteneció a la Academia de Letrán. Su discurso de entrada a esta corporación se hizo famoso por la profesión de fe ateísta que se atrevió a hacer, con gran desconcierto de su auditorio. Ideológicamente representa el extremo liberalismo, e indignado contra dictaduras, injusticias y miserias, proclamaba una revolución política, económica, social y religiosa. En la tribuna o el periódico da a conocer sus ideas reformadoras. Se inicia en el periodismo con *Don Simplicio,* en 1855, en unión de Guillermo Prieto y Vicente Segura. Escribe bajo el pseudónimo de EL NIGROMANTE y es conocido por su tono mordaz y satírico. Colaboró también en *La Insurrección, El Correo de México* y *El Monitor Republicano.* En medio de sus quehaceres políticos, en que se alternan persecuciones, cárceles y destierros, con los puestos de ministro de Justicia y Fomento en tiempo de Juárez o Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, se aplica a la cátedra en el Instituto Literario de Toluca, a la reconstrucción de las leyes del país con atención especial en la instrucción pública, y labra con empeño su obra poética. Este exaltado liberal, ideólogo de la Reforma, pertenece, como poeta, a la escuela clásica en sus mejores composiciones y muestra una asimilación perfecta del humanismo. Poesías de limpia factura como *Por los gregorianos muertos,* inspirada en Lucrecio, y los tercetos de *Por los desgraciados,* colocan al Nigromante entre los más acabados artífices del verso.

GUILLERMO PRIETO. GUILLERMO PRIETO (1818-1897) nació y murió en México. Prieto lleva en su propia historia la el agitado siglo XIX. Su vida llena de privaciones debe algunos de sus mejores momentos a la benevolencia de Quintana Roo y a la generosidad de Fernando Calderón. Fundador de la Academia de Letrán y modesto empleado público, llega a ser diputado al Congreso Constituyente y Ministro de Hacienda de Juárez. De origen humilde, como la mayor parte de los liberales, adquiere, como una experiencia más en su vida de enorme actividad, una cultura superficial y desordenada. Eso no limitó su participación en el periodismo, la oratoria, la cátedra y la poesía. Su actitud política de hombre de la Reforma se advierte en toda su obra. A cambio del desprecio que recibía de los conservadores, Prieto correspondía con crueles ironías contra el clero, la postiza aristocracia, los afrancesados, la acomodaticia clase media, la cursilería de las modas, etc. Prieto encontró la inspiración de su obra en el pueblo. Gran parte de su producción está dedicada a pintar cuadros de costumbres a la manera de Mesonero Romanos. Tipos populares, folklore, lenguaje, costumbres, paisajes, historia, son elementos que Prieto maneja con acierto y originalidad. Esta línea popularista lo acerca a Fernández de Lizardi, a Inclán, a Cuéllar y al "Gallo Pitagórico". La mayor parte de su actividad periodística la recogieron *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano.* Como prosista, es de gran interés su crónica *Memorias de mis tiempos* (1828-1853) y la selección de *Los San Lunes de Fidel* aparecidos

originalmente en *El Siglo XIX*. Lo mismo puede decirse de sus libros de viajes.

Entre la obra poética de Prieto se distinguen dos libros: *Musa callejera* y *El romancero nacional*. Este fue escrito al final de su vida. Sintetiza los episodios guerreros desde la Independencia a través de sus principales jefes. Apareció con un prólogo de Altamirano que lo declara "poeta nacional".



Guillermo Prieto

Sin embargo, lo más fructífero del nacionalismo de Prieto está en *Musa callejera,* libro con el que emprende la rehabilitación de nuestra riqueza folklórica. A través de la ironía, la caricatura o la reprobación de las costumbres, hace patente la inconformidad de su espíritu combativo. Otras veces, como buen romántico, idealiza situaciones y personajes. Generalmente la captación del ambiente es justa: bodorrios, convites, hospitales, cárceles, paseos, paisajes, rodeos, no carecen de vivacidad y realismo. Relata, en romances, escenas de la vida mexicana, como *El convite,* de tono festivo; el de la *Migajita,* entre los sombríos; sentimentales, como el de la *Centella;* de horror, como *El callejón del muerto.*

Al mismo grupo de poetas de la Academia de Letrán pertenecen: JUAN VALLE (1836-1864), el poeta ciego de Guanajuato, víctima de los frenéticos odios de partido, el cual, a pesar de sus tristes peregrinaciones y de sus innumerables desventuras, dejó obras poéticas y teatrales valiosas, con muchos rasgos de su extraña biografía; ISABEL PRIETO DE LANDÁZURI (1833-1876), nacida en España pero traída a Guadalajara desde niña; MARCOS ARRÓNIZ, originario de Orizaba y "suicida o asesinado en 1857";[1] JUAN DÍAZ COVARRUBIAS, asesinado en Tacubaya en 1859 y más conocido por sus novelas que por su poesía de "exageraciones y desvaríos"; FRANCISCO GONZÁLEZ BOCANEGRA, autor de la letra del Himno Nacional; PANTALEÓN TOVAR y JOSÉ MARÍA ESTEVA, los cuales completan el conjunto de escritores que cultivan la poesía y que, hacia los años de 1856, estaba ya disperso por causas políticas.

[1] Ignacio M. Altamirano, *La literatura nacional,* t. III, México, 1949, p. 80.

EL LICEO HIDALGO. De la Academia de Letrán proviene nuestro primer romanticismo, que vive cerca de España y pocas innovaciones hace en México, contentándose con adaptarse a nuestra particular manera de ser. Adquiere características muy definidas en cuanto a su actitud frente al mundo, puesto que las vidas de estos escritores son plenamente románticas. Aunque no adopta de inmediato las influencias románticas europeas, empieza por traducir e imitar a los poetas de moda para más tarde dar entrada a lecturas que enriquecen poco a poco los conocimientos tradicionales que provienen de España y amplían el horizonte literario. Son muy frecuentados especialmente los franceses: Hugo, Musset, Lamartine; conocidos los alemanes: Goethe, Schiller, Heine, Hoffman; traducidos e imitados los italianos Monti y Manzoni y los ingleses Byron, Scott, Gray.

Con los supervivientes de la Academia de Letrán y las nuevas generaciones de escritores se forma el Liceo Hidalgo, dirigido por el periodista Francisco Zarco, en 1851. En 1870, y ya en manos de Ignacio M. Altamirano, tuvo el Liceo su segunda época y su máximo florecimiento. No hubo escritor por aquellos años que no perteneciera a esta Institución: Riva Palacio, Luis G. Ortiz, Francisco Pimentel, José Rosas Moreno, Cuéllar, Prieto, Roa Bárcena, Cuenca, Francisco Sosa, Flores, Acuña, Justo Sierra, Peza.

Hasta 1882 en que cerró sus puertas, el Liceo lucha por el nacionalismo en las letras propuesto por la Academia de Letrán e impulsado ahora por Altamirano. Funciona bajo un reglamento; se discuten temas de literaturas extranjeras del pasado y del presente; se hacen revisiones y estudios de la producción de México; se efectúan veladas de homenaje a escritores distinguidos; se dan a conocer nuevos valores; se debaten las nuevas corrientes del pensamiento; se llevan a cabo concursos; se preparan publicaciones.

IGNACIO M. ALTAMIRANO. IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO (1834-1893) nació en Tixtla, Guerrero, de padres indígenas. Hizo estudios en el Instituto Literario de Toluca, gracias a una beca para escolares indios creada a propuesta de Ignacio Ramírez. Altamirano fue discípulo de Ramírez y heredero de sus inquietudes políticas e intelectuales. Posteriormente desempeñó el puesto de bibliotecario en el Instituto y estudió leyes en el Colegio de Letrán. Tomó parte en la Revolución de Ayutla, la Guerra de Reforma y contra la Intervención francesa. Terminadas las luchas (1867), dedicó su vida a la enseñanza, las letras y el servicio público. Funda diversos periódicos y colabora en muchos más. Entre los primeros están *El Correo de México* (1867) y *El Renacimiento* (1869). Esta publicación es la de mayor trascendencia en su tiempo, tanto por su calidad artística como por haber logrado unir, sobre las hondas diferencias políticas, lo más significativo de la obra de escritores liberales y conservadores, iniciando una labor de renovación en las letras de México. Altamirano desarrolla su inquietud científica en las publica-

ciones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y en las de otras agrupaciones de la misma clase. Dirigió el Liceo Hidalgo por 1870, y desempeñó cátedras en la Escuela Nacional Preparatoria, en las de Comercio y Jurisprudencia y en la Nacional para Maestros.

Entre los innumerables puestos públicos que desempeñó, se cuentan: Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, Oficial Mayor de la Secretaría de Fomento, diputado al Congreso de la Unión, cónsul general de México en España. Representó a México en reuniones internacionales. Murió en San Remo, Italia, el 13 de febrero de 1893. Descansa ahora en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Ignacio M. Altamirano

Ignacio M. Altamirano es la figura literaria de mayor relieve en su tiempo. Su influencia fue muy benéfica en el medio, especialmente para los jóvenes. Orientó la literatura hacia la afirmación de los valores nacionales, sin descuidar el conocimiento de las literaturas extranjeras. En su obra personal puso de manifiesto su preocupación estética frente al descuido general; intentó encauzar la historia y la crítica literarias.

Su obra abarca poesía, novela, discursos, historia, cuadros de costumbres, periodismo, estudios de crítica e historia literarias. En este último aspecto se encuentra la labor más cumplida y fructífera de Altamirano, que aparece en sus crónicas de *El Renacimiento* y en sus *Revistas literarias* publicadas por los años de 1868. En éstas, a más de la información, se precisan las inquietudes del escritor por el conocimiento de literaturas en lenguas extranjeras, su atención por lo español y por lo hispanoamericano, todo ello en función de su doctrina de una literatura nacional.

Dentro del género narrativo lo más valioso de Altamirano está representado por *Clemencia, La navidad en las montañas* y *El Zarco.* Sus poesías, obras de juventud, se recogen en *Rimas.* Sigue la corriente romántica pero dentro de los moldes tradicionales. Domina el tema amoroso, el descriptivo y el de exaltación patriótica. En la descripción de los paisajes tropicales del Estado de Guerrero encuentra Altamirano lo propio mexicano. El poema más ambicioso en este sentido es *Al Atoyac.*

MANUEL M. FLORES. MANUEL MARÍA FLORES (1840-1885) nació en San Andrés Chalchicomula, Estado de Puebla. En la capital estudió en el Colegio de Minería y después en el de San Juan de Letrán. Al estallar la guerra civil del 57, Flores formaba parte del grupo que se reunía alrededor de Altamirano en el Colegio de Letrán. Simpatizó con los ideales liberales y sufrió cárcel y destierro en la época de la intervención francesa. Fue diputado al Congreso de la Unión, maestro de literatura e historia; y perteneció a diferentes sociedades culturales: el Liceo Hidalgo, la Sociedad Netzahualcóyotl, la de Geografía y Estadística. Sus amores con Rosario de la Peña forman una parte de la leyenda romántica en la que interviene también Manuel Acuña. La penosa situación económica por la que atravesaba y las enfermedades, agravadas en los últimos años por la ceguera, terminaron con la vida apasionada y bohemia de Flores, que murió en 1885 en la ciudad de México.

La obra lírica de Flores se sustenta principalmente en su vida amorosa. Con él, el romanticismo mexicano alcanza su expresión más alta. Es el poeta de la vida, de la naturaleza y del amor. Su libro *Pasionarias* (1874) es un himno al amor, como fuente de vida y justificación de la existencia del hombre sobre la tierra, y así lo muestra en su composición *Eva*. Entre los pocos poetas eróticos con que cuenta la literatura mexicana, Flores alcanza la originalidad. La última parte de *Pasionarias* está dedicada a imitaciones y traducciones de sus poetas preferidos: Hugo, Musset, Byron, Schiller, Horacio, Shakespeare, Goethe, Heine. Tanto su Diario, *Rosas caídas* (1953), como sus cartas, son documentos importantes para conocer su vida amorosa tan directamente conectada con su obra poética.

MANUEL ACUÑA. MANUEL ACUÑA (1849-1873) nació en Saltillo, Coahuila. Después de los estudios iniciales en su ciudad natal, se trasladó a México para cursar latinidad, matemáticas, francés y filosofía en San Ildefonso. En 1868 ingresó a la Escuela de Medicina. Siguiendo sus inclinaciones literarias fundó con Agustín F. Cuenca la Sociedad Netzahualcóyotl. Perteneció al Liceo Hidalgo y colaboró en *El Renacimiento, El Libre Pensador, El Federalista,* etc. Su condición enfermiza, su carácter nervioso y sus penas amorosas lo llevaron a quitarse la vida en 1873, cuando contaba sólo 24 años de edad. Sus restos mortales fueron trasladados después de un tiempo a su ciudad natal.

Acuña forma parte del grupo de Altamirano, pero en cuanto a preferencias literarias está más cerca de Ramírez. Su poesía expresa ideales románticos y positivistas. Sus temas más frecuentados son el destino del hombre, la duda sobre la existencia de Dios, la fe en la ciencia, la inmortalidad y la fama. Las ideas del "nuevo orden" influyen fuertemente el pensamiento de Acuña. Emprende entonces composiciones en que busca la regeneración social, como *La ramera* y su drama *El Pasado;* escribe odas a los "apóstoles de la buena nueva, de la luz y el derecho", como la poesía titulada *Ocampo,*

y da la tónica a sus obras más acabadas y valiosas, como *Ante un cadáver*. La poesía del amor infortunado es la que ha dado mayor fama a este poeta. Su amor a Laura Méndez le inspira tres grandes poemas: *Resignación, Amor* y *A Laura*. El sentimiento ideal que concibió Acuña por Rosario de la Peña toma pronto tintes trágicos como lo demuestran los versos incorrectos y desiguales del *Nocturno (A Rosario)*. La obsesión suicida de Acuña puede adver-

Manuel Acuña

tirse en algunas de sus mejores composiciones como *Hojas secas*, en que admite la idea como una liberación para su angustia. Los modelos de Acuña parecen haber sido Núñez de Arce, Larra, Espronceda, la Avellaneda, Ramírez, Víctor Hugo y Byron. La promesa que significó Acuña, tronchada demasiado temprano, precisamente cuando conseguía la admiración y el aplauso, da derecho a pensar en lo que hubiera llegado a lograr con mayor madurez, y las muestras de su ingenio a colocar a su autor entre los poetas más significativos del romanticismo mexicano.

Con menor interés que los anteriores, pero también dentro del Liceo Hidalgo, están José Peón Contreras, Luis G. Ortiz, José Rosas Moreno y Juan de Dios Peza.

JOSE PEON CONTRERAS. José Peón Contreras (1843-1907), originario de Mérida, Yucatán, tiene mayor importancia como dramaturgo que como poeta lírico. Hizo estudios de medicina y fue designado director del Hospital de San Hipólito para dementes. A la vez que ejercía su profesión médica, escribía y publicaba sus libros, y participaba en la vida política del país. Siguió la línea dramática de Zorrilla y de García Gutiérrez. Prefirió ocuparse de temas históricos y en su madurez influye en el período de mayor auge del género, en el último cuarto del siglo XIX. En 1876 estrena varias obras; entre ellas, la más famosa fue *La hija del rey*, que se refiere a la supuesta hija de Felipe II enviada a un convento mexicano. En la última etapa de su

vida se representaron en escenarios del país varias obras suyas. En colaboración con Alfredo Chavero escribió *La ermita de Santa Fe*. Romántico nacionalista y tardío, adopta en el teatro asuntos parecidos a los de sus romances: el honor, la caballerosidad, el amor, el desengaño.

LUIS G. ORTIZ. LUIS GONZAGA ORTIZ (1832-1894) nació en la ciudad de México. Estudió en el Colegio de Minería y en el de San Juan de Letrán. Cultivó la poesía erótica, en la que alcanzó grandes aciertos. Poeta fecundo dentro de la escuela romántica, tiene entre lo mejor de su obra *La boda pastoril*, de corte académico. Colaboró en *El Renacimiento* y *El Nacional* e hizo traducciones de obras extranjeras. Según Altamirano, Ortiz introdujo el género de la crónica a la literatura mexicana.

JOSE ROSAS MORENO. JOSÉ ROSAS MORENO (1838-1883) nació en Lagos, Jalisco. Hizo estudios en el Colegio de San Gregorio. Perteneció al partido liberal. Su vida transcurrió en condiciones oscuras y difíciles. Poeta menor, dulce, melancólico y nostálgico. Su libro *Ramo de violetas* fue publicado en 1891. Ensayó el teatro y realizó, antes que nadie en México, teatro infantil: *El año nuevo*, *Una lección de geografía*, *Amor filial*, publicadas en 1874. Se conceptúa a Rosas Moreno como nuestro mejor fabulista por sus notables apólogos.

JUAN DE DIOS PEZA. JUAN DE DIOS PEZA (1852-1910) nació en la ciudad de México. Su padre fue consejero de Maximiliano y ministro de Hacienda. Peza fue discípulo de El Nigromante y alumno de la Escuela Nacional Preparatoria. Se dedicó a la literatura y al periodismo. Fue un poeta popular, compañero de Acuña y de Cuenca. Dio a conocer en el extranjero los valores literarios de México. En España, durante su gestión diplomática, publicó su antología *Lira mexicana*. Escritor muy conocido fuera de México a través de las traducciones de sus *Cantos del hogar*, en que alcanza la popularidad por su melodía fácil, cultivó también la poesía cívica y la erótica. Pertenece a la última promoción romántica mexicana y sus modelos fueron Campoamor, Núñez de Arce, Bécquer y Antonio Grilo. Además de sus poesías, escribió en el Anuario Mexicano (1878) un panorama del estado de las letras en su tiempo.

La tradición humanista, debilitada en México por la salida de los jesuitas en el siglo XVIII, se mantiene, sin embargo, dentro del academismo, luchando por vencer el artificio retórico y la mera imitación de los modelos

grecolatinos. Algunos de los autores neoclásicos y académicos más o menos teñidos del romanticismo reinante, se distinguen por haber logrado a más de conocimientos y oficio, presentes en su labor de traducción, una inspiración más auténtica en sus poesías originales. El grupo formado por Pesado, Carpio, Arango y Escandón, Segura, Roa Bárcena, Pagaza y Montes de Oca, etcétera, es el que ofrece mayor interés.

JOAQUIN ARCADIO PAGAZA (1839-1918). Nació en Valle de Bravo, Estado de México. Fue Obispo de Veracruz. Se dedicó a las ciencias eclesiásticas y a la literatura. Perteneció a la Arcadia con el nombre de Clearco Meonio. Conocedor de los poetas latinos, traduce con acierto a Horacio y a Virgilio, así como el primer canto de la *Rusticatio mexicana* de Landívar. Su libro de versos *Murmurios de la Selva* (1877) fue recibido con admiración. Es notable, en su poesía original, el tratamiento del paisaje que alcanza extraordinaria expresividad en los *Sonetos pastoriles,* en los *Sitios poéticos del Valle de Bravo* y en los *Sitios poéticos del Estado de Veracruz.*

IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON (1840-1921). Nació en Guanajuato. Fue Obispo de San Luis Potosí durante 36 años y murió en Nueva York. Hombre de amplísima cultura y esmerada educación, recibida en Europa en su mayor parte, se distinguió por su perfección en traducir e interpretar a los clásicos, por lo que se le considera "el más insigne de nuestros helenistas". Dentro de la Arcadia romana fue conocido con el nombre de Ipandro Acaico. Su obra original está compuesta de odas, himnos, elegías y sonetos. Entre sus trabajos en prosa destacan sus *Obras pastorales y oratorias* formadas por ocho volúmenes.

EL CORRIDO. El *corrido* es una de las expresiones de mayor alcance del espíritu artístico del pueblo de México. Tiene carácter épico, lírico y narrativo; se presenta en cuartetas octosilábicas de rima variable que relatan sucesos que impresionan la sensibilidad popular. Su antecedente es el romance español, traído a América hacia el siglo XVI, cuando estaba en boga en la Península. Los soldados españoles eran buenos recitadores de romances, y no pasa mucho tiempo sin que aparezcan los primeros romances compuestos con el tema de la Conquista.

Los corridos se conservaron en hojas sueltas impresas por modestas casas editoriales —Vanegas Arroyo, Eduardo Guerrero, etc.—. Se vendían y cantaban por cancioneros populares en las ferias o mercados, y daban a conocer a las masas, con fórmulas y lenguaje peculiar, los sucesos de interés. Este género alcanza su plenitud hacia 1870, y su verdadera independencia y sentido épico en la Revolución. En la actualidad ha perdido su verdadero carácter y se ha vuelto artificioso y falso. El corrido es parte integral de la vida del

pueblo y de sus expresiones y, por ello, registra todos los elementos de interés colectivo: episodios históricos; héroes y caudillos; guerrilleros distinguidos; bandoleros; toreros; hechos sobrenaturales y terroríficos; crímenes, persecuciones y raptos; honores a hombres distinguidos; inauguraciones de servicios públicos; accidentes, desastres y tragedias pasionales, etc. Entre los más conocidos están *El sitio de Querétaro, Heraclio Bernal, El hijo desobediente, Rosita Alvírez,* etc.

NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA

1.—POESIA GAUCHESCA. Los principales representantes de la poesía gauchesca son: BARTOLOMÉ HIDALGO, HILARIO ASCASUBI, ESTANISLAO DEL CAMPO *y* JOSÉ HERNÁNDEZ. *El propósito de esta poesía es la creación de una literatura nacional mediante el empleo del lenguaje criollo. Sus cultivadores son hombres cultos que habían vivido en el campo y conocían el habla rústica.*

2.—JOSE HERNANDEZ. JOSÉ HERNÁNDEZ *(Argentina, 1834-1886), soldado, político y escritor, publicó en 1872 la primera parte del* Martín Fierro. *Tuvo tanto éxito, que el autor se vio obligado a escribir la segunda y última parte en 1878. Por muchos años este libro fue el preferido del campo argentino; en él, el habla, el paisaje y las costumbres del gaucho aparecen descritas con extraordinaria fidelidad. Más tarde se convirtió, fuera del campo, en una obra importante desde el punto de vista poético y de significación del mundo gaucho. Manifiesta la labor de un poeta que ennoblece su material popular, tradicional, y vuelve a entregarlo al pueblo.* Martín Fierro *es un poema culto en su intención social y simbólica y en su construcción. Adopta la forma métrica de versos octosílabos y también otras características de la escuela romántica, como el nacionalismo, el exotismo, la truculencia, los contrastes, las expresiones de sufrimiento, etc.*

3.—POESIA ROMANTICA. Entre los grandes poetas románticos cubanos se destaca GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA *(1814-1873), de formación europea, que se distinguió en la poesía lírica, en el drama y en la novela.* Alfonso Munio, Saúl *y* Baltasar, *son ejemplos de la destreza de la autora para manejar personajes y situaciones teatrales. Su poesía lírica se inspira con singular fortuna en el amor humano, el amor divino y el entusiasmo por el arte y la poesía. La Avellaneda fue acertada traductora de poetas como Lamartine.*

Posteriores a ella fueron los poetas cubanos JOAQUÍN LORENZO LUACES, RAFAEL MENDIVE *y* JUAN CLEMENTE ZENEA. *Buena parte de la obra de*

Zenea (1831-1871) es de carácter político. Vivió éste algún tiempo en los Estados Unidos y en México. Murió fusilado por las tropas españolas en los fosos del Castillo de la Cabaña, Cuba, en 1871.

El tono general de su poesía lírica es melancólico; parece perseguido por presentimientos fúnebres aún antes de llegar a las composiciones escritas en su prisión y reunidas después bajo el título de Diario de un mártir. *Zenea es conocido especialmente por su famoso romance* Fidelia, *que tiene inspiración de Alfredo de Musset y auténtica y profunda intensidad sentimental.*

4.—AQUILEO J. ECHEVERRIA. El mayor de los poetas costarricenses de este lapso es el regionalista AQUILEO J. ECHEVERRÍA *(1866-1909). El consiguió, a través del metro corto del romance, un completo dominio del lenguaje campesino y una colorida descripción de las costumbres rurales. Sus* Concherías *(1905) son la reproducción de la vida y expresiones de los* conchos, *es decir, de los campesinos de Costa Rica. Por el realismo con que están captadas las escenas, la obra tiene también valor de documento social, aunque por la evocación sentimental sean muy evidentes sus nexos con el romanticismo.*

ANTOLOGIA

FRANCISCO MANUEL SANCHEZ DE TAGLE

CONTRICION POETICA

¡Oh lira, que hasta aquí locos amores
en tus vibrantes cuerdas suspiraste,
y dócil a mis voces me ayudaste
a comprar por un goce mil dolores!

Ya que hiciste armoniosos mis errores
y a mi locura seducción prestaste,
herida de otro plectro, da, en contraste,
con acuerdo mejor, tonos mejores.

Llora de los pasados años míos
prolongada maldad, crímenes tantos,
y tan multiplicados desvaríos:

de amarga contrición rige los cantos
en que le pida, con acentos píos,
misericordia al Santo de los Santos.

ANDRES QUINTANA ROO

DIEZ Y SEIS DE SEPTIEMBRE

Renueva ¡oh musa! el victorioso aliento
con que, fiel de la patria al amor santo,
el fin glorioso de su acerbo llanto
audaz predije en inspirado acento:
cuando más orgulloso
y con sentidos triunfos más ufano,
el ibero sañoso
tanto ¡ay! en la opresión cargó la mano
que al Anáhuac vencido
contó por siempre a su coyunda unido.

"Al miserable esclavo (cruel decía)
que independencia ciego apellidando,
de rebelión el pabellón nefando
alzó una vez en algazara impía,
de nuevo en las cadenas
con más rigor a su cerviz atadas,
aumentemos las penas,
que a su última progenie prolongadas
en digno cautiverio
por siglos aseguren nuestro imperio".

"¿Qué sirvió en los Dolores, vil cortijo,
que el aleve pastor el grito diera
de libertad, que dócil repitiera
la insana chusma con afán prolijo?
Su valor inexperto
de sacrílega audacia estimulado,
a nuestra vista yerto
en el campo quedó, y escarmentado
su criminal caudillo
rindió ya el cuello al vengador cuchillo".
. . . . . .

Así los hijos de Vandalia ruda
fieros clamaron cuando el héroe augusto
cedió de la fortuna al golpe injusto;
y el brazo fuerte que la empresa escuda,
faltando a sus campeones,
del terror y la muerte precedidos,
feroces escuadrones
talan impunes campos florecidos,
y al desierto sombrío
consagran de la paz el nombre pío.

No será empero que el benigno cielo,
cómplice fácil de opresión sangrienta,
niegue a la patria en tan cruel tormenta
una tierna mirada de consuelo.
Ante el trono clemente
sin cesar sube el encendido ruego,
el quejido doliente
de aquel prelado que inflamado en fuego
de caridad divina,
la América indefensa patrocina.

"Padre amoroso, dice, que a tu hechura,
como el don más sublime concediste
la noble libertad con que quisiste
de tu gloria ensalzarla hasta la altura
¿no ves un orbe entero
gemir, privado de excelencia tanta,
bajo el dominio fiero
del execrable pueblo que decanta,
asesinando al hombre,
dar honor a tu excelso y dulce nombre?"

"¡Cuánto, ay, en su maldad ya se gozara,
cuando por permisión inescrutable
de tu justo decreto y adorable,
de sangre en la conquista se bañara
sacrílego arbolando
la enseña de tu cruz en burla impía,
cuando más profanando
su religión con negra hipocresía,
para gloria del cielo
cubrió de excesos el indiano suelo!"
. . . . . .

"¿Y qué, cuando llegado se creía
de redención el suspirado instante,
permites, justo Dios, que ufana cante
nuevos triunfos la odiosa tiranía?
El adalid primero, el generoso Hidalgo, ha perecido,
el término postrero
ver no le fue de la obra concedido;
mas otros campeones
suscita que rediman las naciones".

Dijo, y Morelos siente enardecido
el noble pecho en belicoso aliento;
la victoria en su enseña toma asiento
y su ejemplo de mil se ve seguido.
La sangre difundida
de los héroes su número recrece

como tal vez herida
de la segur la encina reverdece
y más vigor recibe,
y con más pompa y más verdor revive.
. . . . . .

¡Sombras ilustres, que con cruento riego
de libertad la planta fecundasteis,
y sus frutos dulcísimos legasteis
al suelo patrio, ardiente en sacro fuego!
Recibid hoy benignas,
de su fiel gratitud prendas sinceras
en alabanzas dignas,
más que el mármol y el bronce duraderas,
con que vuestra memoria
coloca en el alcázar de la gloria.

JOSE MARIA DE HEREDIA

EN EL TEOCALLI DE CHOLULA

. . . . . .
Volví los ojos al volcán sublime,
que velado en vapores transparentes,
sus inmensos contornos dibujaba
de occidente en el cielo.
¡Gigante del Anáhuac! ¿cómo el vuelo
de las edades rápidas no imprime
alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
años y siglos como el norte fiero
precipita ante sí la muchedumbre
de las olas del mar. Pueblos y reyes,
viste hervir a tus pies, que combatían
cual hora combatimos y llamaban
eternas sus ciudades, y creían
fatigar a la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día
de tus profundas bases desquiciado
caerás; abrumará tu gran ruïna
al yermo Anáhuac; alzaránse en ella
nuevas generaciones, y orgullosas
que fuiste negarán...
Todo perece
por ley universal. Aun este mundo
tan bello y tan brillante que habitamos,

es el cadáver pálido y deforme
de otro mundo que fue...

En tal contemplación embebecido
sorprendióme el sopor. Un largo sueño
de glorias engolfadas y perdidas
en la profunda noche de los tiempos,
descendió sobre mí. La agreste pompa
de los reyes aztecas desplegóse
a mis ojos atónitos. Veía
entre la muchedumbre silenciosa
de emplumados caudillos levantarse
el déspota salvaje en rico trono,
de oro, perlas y plumas recamado;
y al son de caracoles belicosos
ir lentamente caminando al templo
la vasta procesión, do la aguardaban
sacerdotes horribles, salpicados
con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
las bajas frentes en el polvo hundía,
y ni mirar a su señor osaba,
de cuyos ojos férvidos brotaba
la saña del poder.
.....

FERNANDO CALDERON

EL SOLDADO DE LA LIBERTAD

Sobre un caballo brioso
camina un joven guerrero
cubierto de duro acero,
lleno de bélico ardor;
lleva la espada en el cinto,
lleva en la cuja la lanza,
brilla en su faz la esperanza,
en sus ojos el valor.

De su diestra el guante quita,
y el robusto cuello halaga
y la crin, que al viento vaga,
de su compañero fiel.
Al sentirse acariciado
por la mano del valiente,
ufano alzando la frente
relincha el noble corcel.

Su negro pecho y sus brazos
de blanca espuma se llenan,
sus herraduras resuenan
sobre el duro pedernal;
y al compás de su pisadas,
y al ronco són del acero,
alza la voz el guerrero
con un acento inmortal:

"vuela, vuela, corcel mío
denodado;
no abatan tu noble brío
enemigos escuadrones,
que el fuego de los cañones
siempre altivo has despreciado;
y mil veces
has oído

su estallido
aterrador,
como un canto
de victoria,
de tu gloria
precursor".

"Entre hierros, con oprobio
gocen otros de la paz;
yo no, que busco en la guerra
la muerte o la libertad".

.....

Así el guerrero cantaba,
cuando resuena en su oído
un lejano sordo ruido,
como de guerra el fragor:
"A la lid", él fuerte grita,
en los estribos se afianza
y empuña la dura lanza,
lleno de insólito ardor.

En sus ojos, en su frente,
la luz brilla de la gloria,
un presagio de victoria,
un rayo de libertad.

Del monte en las quiebras hondas
resuena su voz terrible,
como el huracán horrible
que anuncia la tempestad.

Rápido vuela el caballo,
ya del combate impaciente,
mucho más que el rayo ardiente
en su carrera veloz.
Entre una nube de polvo
desaparece el guerrero:
se ve aún brillar su acero,
se oye a lo lejos su voz:

"Gloria, gloria! Yo no quiero
una vergonzosa paz:
busco en medio de la guerra
la muerte o la libertad".

IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN

PROFECIA DE GUATIMOC

Tras negros nubarrones asomaba
pálido rayo de luciente luna,
tenuemente blanqueando los peñascos
que de Chapultepec la falda visten.
Cenicientos a trechos, amarillos
o cubiertos de musgo verdinegro
a trechos se miraban; y la vista
de los lugares de profundas sombras
con terror y respeto se apartaba.
Los corpulentos árboles ancianos,
en cuya frente siglos mil reposan,
sus canas venerables conmovían
de viento leve al delicado soplo,
o al aleteo del nocturno cuervo
que tal vez descendiendo en vuelo rápido
rizaba con sus alas sacudidas
las cristalinas aguas de la alberca,
en donde se mecía blandamente
la imagen de las nubes retratadas

en su luciente espejo. Las llanuras
y las lejanas lomas repetían
el aullido siniestro de los lobos
o el balar lastimoso del cordero
o del toro el bramido prolongado.
¡Oh soledad, mi bien, yo te saludo!
¡Cómo se eleva el corazón del triste
cuando en tu seno bienhechor su llanto
consigue derramar! Huyendo al mundo
me acojo a ti. Recíbeme, y piadosa
divierte mi dolor, templa mi pena,
alza mi corazón a lo infinito,
el velo rasga de futuros tiempos,
templa mi lira, y de los sacros vates
dame la inspiración.

Nada en el mundo,
nada encontré que el tedio y el disgusto
de vivir arrancara de mi pecho.
Mi pobre madre descendió a la tumba,
y a mi padre infeliz dejé, buscando
un lecho y pan en la piedad ajena:
el sudor de mi faz y el llanto ardiente
mi sed templaron. Amistad sincera
busqué en los hombres, y no hallé... Mentira,
perfidia y falsedad hallé tan sólo.
Busqué el amor, y una mujer, un ángel,
a mi turbada vista se presenta
con su rostro ofuscando a los malvados
que en torno la cercaban, y entre risas
de estúpida malicia se gozaban
que en sus manos sacrílegas pensando
la flor de su virtud marchitarían
y de su faz las rosas... ¡Miserables!
¿Cuándo la nube tempestuosa y negra
pudo apagar del sol la lumbre pura,
aunque un instante la ofuscó? ¿Ni cuándo
su irresistible luz el pardo buho
soportar pudo?...

Yo temblé de gozo,
sonrió mi labio y se aclaró mi frente,
y brillaron mis ojos, y mis brazos
vacilantes buscaban el objeto
que tanto me asombró... ¡Vana esperanza!
En vez de un alma ardiente cual la mía,
en vez de un corazón a amar creado,
aridez y frialdad encontré sólo,
aridez y frialdad, ¡indiferencia!...
Y mis ensueños de placer volaron,

y la fantasma de mi dicha huyóse,
y sin lumbre quedé perdido y ciego.

Sin amistad y sin amor... (La ingrata
de mí aparta la vista desdeñosa,
y ni la luz de sus serenos ojos
concede a su amador... En otro tiempo,
en otro tiempo sonrió conmigo).
Sin amistad, y sin amor, y huérfano...
Es ya polvo mi padre, y ni abrazarlo
pude al morir. Y abandonado y solo,
en la tierra quedé. Mi pecho entonces
se oprimió más y más y la poesía
fue mi gozo y placer, mi único amigo;
y misteriosa soledad de entonces
mi amada fue.
. . . . . .

JOSE JOAQUIN PESADO

LA FUENTE DE OJOZARCO

Sonora, limpia, transparente, ondosa,
naces de antiguo bosque ¡oh sacra Fuente!
En tus orillas canta dulcemente
el ave enamorada y querellosa.

Ora en el lirio azul, ora en la rosa
que ciñen el raudal de tu corriente,
se asientan y se mecen blandamente
la abeja y la galana mariposa.

Bien te conoce Amor por tus señales,
gloria de las pintadas praderías,
hechizo de pastoras y zagales.

¿Mas qué son para mí tus alegrías?
¿Qué tus claros y tersos manantiales
si sólo has de llevar lágrimas mías?

MANUEL CARPIO

MEXICO

Espléndido es tu cielo, patria mía,
de un purísimo azul como el zafiro
allá tu ardiente sol hace su giro,
y el blanco globo de la luna fría.

¡Qué grato es ver en la celeste altura
de noche las estrellas a millares,
Canope brillantísimo y Antares,
el magnífico Orión y Cinosura.

El magnífico Dios de las naciones
al repartir al mundo su tesoro,
"Tenga México, dijo, plata y oro",
y en ti vertió sus opulentos dones.

De tristes cerros la nubosa cima
y en sus abismos la fecunda tierra,
ricos metales sin medida encierra,
que el hombre vil más que el honor estima.

La Africa rica, a quien el sol abruma,
la Europa y Asia henchidas de grandezas,
no tienen las espléndidas riquezas
que la patria que fue de Moctezuma.

A México el Criador en sus bondades
le ha dado un aire diáfano y sereno,
aguas hermosas, fértil el terreno,
verdes campiñas, ínclitas ciudades.

Mas ¡ay! que las ciudades que algún día
fueron su escudo y su brillante gloria,
sólo nos han dejado su memoria
en sus escombros y ceniza fría.

¡Qué grato es ver los altos cocoteros
ceder al peso de sus frutos ricos,
y flotar sus flexibles abanicos,
al soplo de los céfiros ligeros!

Hermoso es ver, en la estación florida,
altos naranjos exhalando aromas;

allí descansan tímidas palomas,
y la sencilla tórtola se anida.

Crecen los espinosos limonares
bajo los tamarindos bullidores,
y en torno brotan delicadas flores,
y en torno silban anchos platanares.

Allá en Oaxaca embelesado admiro
en la campiña fértil y lozana,
verdes nopales de esplendente grama,
hermosa cual la púrpura de Tiro.

En las selvas revuelan los zorzales,
merlas, tucanes de plumajes gayos,
encarnados y verdes papagayos,
tordos azules, rojos cardenales.

Colibrís mil de bullicioso vuelo
de azules plumas, verdes y doradas,
del viajero arrebatan las miradas,
como el arco magnífico del cielo.

Es mi voto postrero, patria mía,
pedirle al cielo que dichosa seas;
pedirle al cielo que otra vez te veas
como en un tiempo cuando Dios quería.

El te devuelva tu riqueza y galas,
y te enjugue tus lágrimas hermosas,
y te corone de laurel y rosas,
y te cubra benigno con sus alas.

Trigo abundoso brote en tus llanuras,
broten las yerbas en tus verdes prados,
el llano y monte cubran los ganados,
y al margen pasten de las aguas puras.

A tu seno retorne la alegría,
se unan tus hijos con amante lazo,
suelte las armas tu cansado brazo,
como en un tiempo cuando Dios quería.

De la prosperidad, en fin, la copa,
benigno el cielo sobre ti derrame,
mientras el mar enfurecido brame
entre tus playas y la altiva Europa.

JOSE MARIA ROA BARCENA

EL EPITAFIO

De ver a su prometido
Rosa la gentil regresa:
como las del prado trae
rojas las manos pequeñas,
y su madre le pregunta:
—¿Qué hiciste, Rosa, con ellas?
Y "las espinas me hirieron",
ruborizada contesta.

Torna de ver a su novio
segunda vez la doncella:
más rojos que de costumbre,
sus labios la madre encuentra.
—¿A qué se debe, hija mía?
—Al zumo de las cerezas.

De ver al novio la joven,
viene por la vez tercera,
y más que rosa parece,
por lo pálido, azucena.
—¿Qué te pasa, pobre niña,
que estás como blanca cera?
—Madre, haz cavar una fosa
y mi cadáver entierra;
pon una cruz en mi seno
y estas palabras en ella:
"Un día volvió a su casa,
rojas las manos pequeñas,
porque su novio estrechólas
entre las suyas con fuerza.
Volvió a su casa otro día,
los labios como cerezas
de ósculo dulce al contacto
que consentir no debiera.
Volvió a su casa más tarde,
pálida como una muerta,
porque el mozo a quien amaba
la olvidó." ¡Pobre doncella!

IGNACIO RAMIREZ

POR LOS GREGORIANOS MUERTOS

. . . . . .

Pero ¿será la Parca quien respete
los votos del dolor? ¡Empeño vano!
¡Turba de espectros, a tus antros vete!

¡Separóse el hermano del hermano!
Para sentaros a la mesa es tarde;
¡para irnos con vosotros es temprano!

Para vosotros, ¡infelices!, no arde
ya un solo leño en el hogar; ni miro
cuál copa vuestros ósculos aguarde.

¡Sólo va tras vosotros un suspiro!
Idos en paz; y quiera la fortuna
no cerrar a la luz vuestro retiro.

Odio al sepulcro, convertido en cuna
de vil insecto o sierpe venenosa
donde jamás se asome sol ni luna.

Arraigue en vuestros huesos una rosa
donde aspire perfumes el rocío
y reine la pintada mariposa.

Escuchad sin temor el rayo impío;
y sonreíd al contemplar cercano,
vida esparciendo, un caudaloso río.

¡Para irnos con vosotros es temprano!
Aguarde, por lo menos, la Impaciente
que la copa se escape de la mano.

Más que a vosotros, ¡ay!, rápidamente,
¿por qué de la existencia nos desnuda?
A éste despoja la adornada frente;

al otro dobla con su mano ruda;
a unos envuelve en amarillo velo;
y algunos sienten una garra aguda

en las entrañas, y en las venas hielo.
¡Ay!, otra vez vendrá la primavera
y hallará en nuestro hogar el llanto, el duelo;

y este festín veremos desde afuera.
¡Tal vez alguno a despedirse vino!
Turba de espectros, al que parte, espera.

¿Sabéis cuál es el puerto, del camino
que llevamos? La tumba. Ya naufraga
nuestra nave; en astillas cae el pino.

Quien en las aguas moribundo vaga;
quien a la débil tabla se confía,
y el que a la jarcia se subió, no apaga

la luz de la esperanza todavía,
y conciertan sus golpes viento y olas,
y el cielo inexorable un rayo envía.

Sube el fuego a bajar las banderolas,
y el ave de rapiña, el triste caso,
y las fieras del mar lo saben solas.

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso
cuyo precio es el precio del deseo
que en él guardan natura y el acaso?

Si derramado por la edad le veo,
sólo en las manos de la sabia tierra
recibirá otra forma y otro empleo.

Cárcel es y no vida la que encierra
privaciones, lamentos y dolores;
ido el placer, la muerte, ¿a quién aterra?

Madre naturaleza, ya no hay flores
por do mi paso vacilante avanza:
nací sin esperanza ni temores;
vuelvo a ti sin temores ni esperanza.

GUILLERMO PRIETO

ROMANCE DE LA MIGAJITA

"¡Detente, que está rendida,
eh, contente, no la mates!"
Y aunque la gente gritaba
y corría como el aire,
cuando quiso ya no pudo,
aunque quiso llegó tarde,
que estaba la Migajita
revolcándose en su sangre...
Sus largas trenzas en tierra,
con la muerte al abrazarse,
la miramos de rodillas
ante el hombre, suplicante;
pero él le dio tres metidas
y una al sesgo de remache.
De sus labios de claveles
salen dolientes los ayes,
se ven entre sus pestañas
los ojos al apagarse...
Y el Ronco está como piedra
entre los sacrificantes,
que lo atan codo con codo,
para llevarlo a la cárcel.

"Ve al hospital, Migajita,
vete con los platicantes,
y atente a la Virgen pura
para que tu alma se salve.
¡Probe casa sin tus brazos!
¡Probecita de tu madre!
¿Y quién te lo hubiera dicho,
Tan preciosa como un ángel,
con tu rebozo de seda,
con tus sartas de corales,
con tus zapatos de raso,
que ibas llenando la calle,
como guardando tus gracias
porque no se derramasen.
El celo es punta de rabia,
el celo alcanzó matarte,
que es veneno que hace furias
las más finas voluntades".

Esto dijo con conciencia
una siñora ya grande
que vido del peapa al pepe
cómo pasó todo el lance.

Y yendo y viniendo días
la Migajita preciosa
fue retoñando en San Pablo;
pero la infeliz era otra,
está como pan de cera,
el aigre la desmorona,
se le pintan las costillas,
se alevanta con congoja;
sólo de sus lindos ojos
llamas de repente brotan.

"Muerto...¡dése!" A la ventana
la probe herida se asoma,
y vio que llevan difunto,
por otra mano alevosa,
a su Ronco que idolatra,
que fue su amor y su gloria.
Olvida que está baldada
y de sus penas se olvida,
y corre como una loca
y al muerto se precipita,

y aulla de dolor la triste
llenándolo de caricias.
"Madre, mi madre (le dice),
—que su madre la seguía—
vendan mis aretes de oro,
mis trastes de loza fina,
mis dos rebozos de seda
y el rebozo de bolita;
vendan mis tumbagas de oro,
y de coral la soguilla,
y mis arracadas grandes,
guarnecidas con perlitas;
vendan la cama de fierro,
y el ropero y las camisas,
y entierren con lujo a este hombre
porque era el bien de mi vida;
que lo entierren con mi almohada
con su funda de estopilla,
que pienso que su cabeza
con el palo se lastima.
Que le ardan cirios de cera,
cuatro, todos de a seis libras;
que le pongan muchas flores,
que le digan muchas misas,
mientras que me arranco el alma
para hacerle compañía.
Tú, ampáralo con tu sombra,
sálvalo, Virgen María:
que si en esta positura
me puso, lo merccía;
no porque le diera causa,
porque era suya mi vida..."
Y dando mil alaridos
la infelice Migajita,
se arrancaba los cabellos,
y aullando se retorcía.
De pronto los gritos cesan,
de pronto se quedó fija:
se acercan los practicantes,
la encuentran sin vida y fría
y el silencio se destiende
convirtiendo en noche el día.

En el panteón de Dolores,
lejos, en la última fila,
entre unas cruces de palo
nuevas o medio podridas,
hay una cruz levantada
de pulida cantería,
y en ella el nombre del Ronco,
"Arizpe José Marías",
y al pie, en un montón de tierra,
medio cubierto de ortigas,
sin que lo sospeche nadie,
reposa la Migajita,
flor del barrio de la Palma
y envidia de las catrinas.

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

AL ATOYAC

Abrase el sol de julio las playas arenosas
que azota con sus tumbos embravecido el mar,
y opongan en su lucha las aguas orgullosas,
al encendido rayo, su ronco rebramar.

Tú corres blandamente bajo la fresca sombra
que el mangle con sus ramas espesas te formó,
y duermen tus remansos en la mullida alfombra
que dulce primavera de flores matizó.

Tú juegas en las grutas que forma en tus riberas
de ceibas y parotas el bosque colosal,
y plácido murmuras al pie de las palmeras
que esbeltas se retratan en tu onda de cristal.

En este edén divino, que esconde aquí la costa,
el sol ya no penetra con rayo abrasador;
su luz, cayendo tibia, los árboles no agosta,
y en tu enramada espesa se tiñe de verdor.

Aquí sólo se escuchan murmullos mil süaves,
el blando són que forman tus linfas al correr,
la planta cuando crece y el canto de las aves,
y el aura que suspira, las ramas al mecer.

Osténtanse las flores que cuelgan de tu techo
en mil y mil guirnaldas para adornar tu sien,
y el gigantesco loto, que brota de tu lecho,
con frescos ramilletes inclínase también.

Se dobla en tus orillas cimbrándose el papayo,
el mango con sus pomas de oro y de carmín,
y en los ilamos saltan, gozoso el papagayo,
el ronco carpintero y el dulce colorín.

. . . . . .

Y cuando el sol se oculta detrás de los palmares
y en tu salvaje templo comienza a oscurecer,
del ave te saludan los últimos cantares
que lleva de los vientos el vuelo postrimer.

La noche viene tibia; se cuelga ya brillando
la blanca luna en medio de un cielo de zafir,
y todo allá en los bosques se encoge y va callando,
y todo en tus riberas empieza ya a dormir.

Entonces en tu lecho de arena, aletargado
cubriéndote las palmas con lúgubre capuz,
también te vas durmiendo, apenas alumbrado
del astro de la noche por la argentada luz.

Y así resbalas muelle; ni turban tu reposo
del remo de las barcas el tímido rumor,
ni el repentino brinco del pez que huye medroso
en busca de las peñas que esquiva el pescador;

ni el silbo de los grillos que se alza en los esteros,
ni el ronco que a los aires los caracoles dan,
ni el huaco vigilante que en gritos lastimeros
inquieta entre los juncos el sueño del caimán.

En tanto los cocuyos en polvo refulgente
salpican los umbrosos hierbajes del huamil,
y las oscuras malvas del algodón naciente
que crece de las cañas de maíz entre el carril.

. . . . . .

Adiós, callado río: tus verdes y risueñas
orillas no entristezcan las quejas del pesar,
que oírlas sólo deben las solitarias peñas
que azota con sus tumbos embravecido el mar.

Tú queda reflejando la luna en tus cristales,
que pasan en tus bordes tupidos a mecer
los verdes ahuejotes y azules carrizales,
que al sueño ya rendidos volviéronse a caer.

Tú corre blandamente bajo la fresca sombra
que el mangle con sus ramas espesas te formó,
y duerman tus remansos en la mullida alfombra
que alegre primavera de flores matizó.

MANUEL M. FLORES

EVA

. . . . . .

El mundo inmaculado
se mostraba al nacer grande y sereno;
Dios miraba lo criado
y veía que era bueno.

Bañado en esplendor, lleno de aurora,
de aquel instante en la sagrada calma,
a la sombra dormida de la palma,
y del césped florido en el regazo
estaba Adán, la varonil cabeza
en el robusto brazo,
y esparcida a la brisa juguetona
la melena gentil; pero la altiva
frente predestinada a la corona,
la noble faz augusta de belleza
en medio de su sueño, revelaban
severa y melancólica tristeza.
. . . . . .
Era el hombre primer, era el momento
primero de su vida, y ya en su labio
bosquejaba la voz del sufrimiento.
La inmensa vida palpitaba en torno,
pero él estaba solo. El aislamiento
transformaba en proscripto al soberano...

Entonces el Criador tendió su mano
y el costado de Adán tocó un instante.
. . . . . .
Suave, indecisa, sideral, flotante,
como el leve vapor de las espumas,
cual blanco rayo de la luna, errante
en un jirón de tenebrosas brumas,
emanación castísima y serena
del cáliz virginal de la azucena,
perla viviente de la aurora hermosa,
ampo de luz del venidero día
condensado en la forma voluptuosa
de un nuevo ser que vida recibía,
una blanca figura luminosa
alzóse junto a Adán... Adán dormía.

¡La primera mujer! Fúlgido cielo
que bañó con su lumbre
la mañana primer de las mañanas,
¿viste luego en la vasta muchedumbre
de las hijas humanas
alguna más gentil, más hechicera,
más ideal que la mujer primera?

La misma mano que vistió la tierra
de azules horizontes,
los campos de esmeralda,
y de nieve la cumbre de los montes
y de verde oscurísimo su falda;
la que en las olas de la mar sombría
alza penachos de brillante espuma,
y corona de arcoiris y de bruma
la catarata rápida y bravía;
la que tiñe con mágicos colores
las plumas de las aves y las flores;
la que tan bellos pinta esos celajes
de oro y ópalo y púrpura que forman
del cielo de la tarde los paisajes;
la que cuelga en el éter cristalino
el globo opaco de la luna fría
y en el cenit espléndido levanta
la corona del sol que lanza el día;
la que al tender el transparente velo
del ancho firmamento, como rastros
de sus deudos de luz dejó en los cielos
el polvo fulguroso de los astros;
la mano que la gran naturaleza
pródiga vierte perennal hechizo,
la del Eterno Dios de la belleza;
oh ¡primera mujer... ésa te hizo!

La dulce palidez de la azucena
que se abre con la aurora
y el casto rayo de la luna llena,
dejaron en su faz encantadora
la pureza y la luz. Los frescos labios
como la rosa purpurina, rojos,
esa mirada en que fulgura el alma
en los rasgados y brillantes ojos,
y por el albo cuello,
voluptuoso crespón de sus hechizos,
la opulenta cascada del cabello
cayendo en olas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,
su labio sonreía,
su aliento perfumaba
y el mirar de sus ojos encendía
una inefable luz que se mezclaba
del albor al crepúsculo indeciso...
Eva era el alma en flor del Paraíso.

. . . . . .

Iba a salir el sol, amanecía,
y a la plácida sombra del palmero
tranquilo Adán dormía;
su frente majestuosa acariciaba
el ala de la brisa que pasaba
y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba
sobre el inquieto corazón las manos,
húmedos y cargados de ternura
los ya lánguidos ojos soberanos;
y poco a poco, trémula, agitada,
sintiendo dentro el seno comprimido
del corazón el férvido latido,
sintiendo que potente, irresistible,
algo inefable que en su ser había
sobre los labios del gentil dormido
los suyos atraía,
inclinóse sobre él...
Y de improviso
se oyó el ruido de un beso palpitante,
se estremeció de amor el Paraíso...

¡Y alzó su frente el sol en ese instante!

MANUEL ACUÑA

HOJAS SECAS

I

Mañana que ya no puedan
encontrarse nuestros ojos,
y que vivamos ausentes,
muy lejos uno del otro,
que te hable de mí este libro
como de ti me habla todo.

III

Mañana a la misma hora
en que el sol te besó por vez primera,
sobre tu frente pura y hechicera
caerá otra vez el beso de la aurora;
pero ese beso que en aquel oriente
cayó sobre tu frente solo y frío,
mañana bajará dulce y ardiente,
porque el beso del sol sobre tu frente
bajará acompañado con el mío.

IX

Cuando yo comprendí que te quería
con toda la lealtad del corazón,
fue aquella noche en que al abrirme tu alma
miré hasta su interior.
Rotas estaban tus virgíneas alas
que ocultaba en sus pliegues un crespón
y un ángel enlutado cerca de ellas
lloraba como yo.
Otro, tal vez, te hubiera aborrecido
delante de aquel cuadro aterrador;
pero yo no miré en aquel instante
más que mi corazón;
y te quise, tal vez, por tus tinieblas,
y te adoré, tal vez, por tu dolor,
¡que es muy bello poder decir que la alma
ha servido de sol...!

X

Las lágrimas del niño
la madre las enjuga,

las lágrimas del hombre
las seca la mujer...
¡Qué tristes las que brotan
y bajan por la arruga,
del hombre que está solo,
del hijo que está ausente,
del sér abandonado
que llora y que no siente
ni el beso de la cuna,
ni el beso del placer!

XI

¡Cómo quieres que tan pronto
olvide el mal que me has hecho,
si cuando me toco el pecho
la herida me duele más!
Entre el perdón y el olvido
hay una distancia inmensa;
yo perdonaré la ofensa;
pero olvidarla... ¡jamás!

XII

"Te amo —dijistes— y jamás a otro hombre
le entregaré mi amor y mi albedrío",
y al quererme llamar buscaste un nombre,
y el nombre que dijiste no era el mío.

XV

Oye, ven a ver las naves,
están vestidas de luto,
y en vez de las golondrinas
están graznando los buhos...
El órgano está callado,
el templo solo y oscuro,
sobre el altar... ¿y la virgen
por qué tiene el rostro oculto?
¿Ves?... en aquellas paredes
están cavando un sepulcro,
y parece como que alguien
solloza allí, junto al muro.
¿Por qué me miras y tiemblas?
¿Por qué tienes tanto susto?
¿Tú sabes quién es el muerto?
¿Tú sabes quién fue el verdugo?

LUIS G. ORTIZ

LA BODA PASTORIL

I. La aldea

Azul el cielo está, y es la montaña
toda flores, verdor, trinos y aroma,
y finge el aura arrullos de paloma
y se mira en las fuentes la espadaña.

Apolo, en tanto, fulgurante baña
el valle hermoso en cuya verde loma,
como cisne entre mirtos, blanco asoma
el sacro templo, abajo la campaña.

La Inocencia que vive entre pastores,
feliz habita la apacible aldea,
donde entre acacias, rosas y verdores

besa en la noche, cándida Febea,
dos chozas en que viven con las flores
Mirtilo en una, en otra Galatea.

II. La cita

Como el lirio que nace con la aurora
de nieve el manto y recamado de oro,
sale al oír el matutino coro,
suelto el cabello, la gentil pastora.

Mirtilo el boquirrubio, en esa hora
la espera al pie del verde sicomoro;
zagal enamorado que un tesoro
de amor guarda a la virgen que le adora.

Ella dichosa sus ovejas guía,
y él sus inquietas cabras al enhiesto
peñón cercano de la fresca umbría;

y uniéndose a la vez en el recuesto
se ven, se hablan, se besan, y decía
ella: "¿Cuándo, mi bien?" Y él: "Presto, presto".

III. Himeneo

Saltó el Héspero ya: su cabellera
de azules llamas, perfumada agita

la antorcha que en el templo dulce imita
la luz de Venus que en el cielo impera.

Sobre el altar la ofrenda, sólo espera
a los amantes en la sacra cita;
a ella cual blanca y pura margarita,
a él como nardo en su estación primera.

La multitud en entusiasta grito
"ellos", prorrumpe, y el pastor Alfeo
dirige el coro en el sencillo mito.

Amor realiza el férvido deseo,
y entre el perfume del sagrado rito
canta el coro tres veces: "¡Himeneo!"

IV. El tálamo

Llega la esposa al tálamo que en flores
Placer y Amor en competencia ornaron,
mustios los dulces ojos que cerraron
los besos de la madre en sus amores.

Virginidad llorando, los primores
que a la blanca doncella engalanaron,
ve bajar de sus hombros que temblaron
desnudos cual sus senos seductores.

Huye la diosa; al lecho misterioso
Venus conduce a la beldad divina
que mal esconde el susto fatigoso.

Mirtilo, hablando quedo, a ella se inclina,
y se oye un ¡ay! mas el Pudor, cuidoso,
cierra del lecho la nupcial cortina.

JOAQUIN ARCADIO PAGAZA

LA ORACION DE LA TARDE

Tiende la tarde el silencioso manto
de albos vapores y húmedas neblinas,
y los valles y lagos y colinas
mudos deponen su divino encanto.

Las estrellas en solio de amaranto
al horizonte yérguense vecinas,

salpicando de gotas cristalinas
las negras hojas del dormido acanto.

De un árbol a otro en verberar se afana
nocturna el ave con pesado vuelo
las auras leves y la sombra vana;

y presa el alma de pavor y duelo,
al místico rumor de la campana
se encoge, y treme, y se remonta al cielo.

IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON

IPANDRO ACAICO

Triste, mendigo, ciego cual Homero,
Ipandro a su montaña se retira,
sin más tesoro que su vieja lira,
ni báculo mejor que el de romero.

Los altos juicios del Señor venero,
y al que me despojó vuelvo sin ira
de mi mantel pidiéndole una tira,
y un grano del que ha sido mi granero.

¿A qué mirar con fútiles enojos
a quien no puede hacer ni bien ni daño,
sentado entre sus áridos rastrojos,

y sólo quiere en su octogésimo año,
antes que acaben de cegar sus ojos
morir apacentando su rebaño?

CORRIDOS

CORRIDO DE MADERO

Cometa, si hubieras sabido
lo que venías anunciando,
nunca hubieras salido
por el cielo relumbrando;
no tienes la culpa tú,
mi Dios, que te lo ha mandado.

¡Ay qué Madero tan hombre,
bonitas son sus *aiciones!*
Mandó a los cabecillas
echar fuera las prisiones.
¡Madre mía de Guadalupe,
llénalo de bendiciones!

Porfirio está retratado
con su águila y su letrero
y en el letrero diciendo:
"¡No pudiste con Madero,
con otros habrás podido,
porque eres camandulero!"

Porfirio es el responsable
de todita la Nación,
no quiso doblar las manos,
que hubiera revolución,
no quiso entregar la silla,
que le dolía el corazón.

Madero con su asistente
sufrió muy crueles tormentos,
vino conquistando gente
y formando regimientos
para echar fuera a Porfirio
con todo su ayuntamiento.

Hasta que se llegó el día
que el Señor nos concediera
que la Nación alcanzara
lo que más nos conviniera,
México está en alegría
revoloteando bandera.

Madero, tú no te creas
de lo que te han contado;
que refuercen las fronteras,
que quede bien reforzado,
para que sepan lo que hacen
toditos los mexicanos.

¡Y achi y achi!, ¡qué bonito
está lloviendo en el cerro!
Ensíllenme mi caballo,
yo ya me voy con Madero,
porque me esperan las tropas
y fuerzas del extranjero.

Aquí va la despedida
con cariño verdadero,
éstas son las mañanitas
de don Francisco I. Madero.
¡Qué vivan los mexicanos!
¡Qué viva México entero!

CORRIDO DE LA PERSECUCION DE VILLA

Patria México, febrero veintitrés,
dejó Carranza pasar americanos:
dos mil soldados, doscientos aeroplanos,
buscando a Villa queriéndolo matar.

Después Carranza les dijo afanoso:
—Si son valientes y lo quieren combatir,
concedido, les doy el permiso,
para que así se enseñen a morir.

Comenzaron a echar expediciones,
los aeroplanos comenzaron a volar,
por distintas y varias direcciones,
buscando a Villa, queriéndolo matar.

Los soldados que vinieron desde Texas
a Pancho Villa no podían encontrar,
muy fastidiados de ocho horas de camino,
los pobrecitos se querían regresar.

Los de a caballo ya no se podían sentar,
mas los de a pie no podían caminar;

entonces Villa les pasa en su aeroplano
y desde arriba les dijo: —*Gud bay.*

Cuando supieron que Villa ya era muerto,
todos gritan henchidos de furor:
—Ahora sí, queridos compañeros,
vamos a Texas cubiertos con honor.

Mas no sabían que Villa estaba vivo
y que con él nunca iban a poder;
si querían hacer una visita
hasta la sierra lo podían ir a ver.

Comenzaron a lanzar sus aeroplanos,
entonces Villa, un buen plan les estudió:
se vistió de soldado americano
y a sus tropas también las transformó.

Mas cuando vieron los gringos las banderas
con muchas barras que Villa les pintó,
se bajaron con todo y aeroplanos
y Pancho Villa prisioneros los tomó.

Toda la gente de Chihuahua y Ciudad Juárez
muy asombrada y asustada se quedó,
sólo de ver tanto gringo y carrancista
que Pancho Villa sin orejas los dejó.

Qué pensarán los "bolillos" tan patones
que con cañones nos iban a asustar;
si ellos tienen aviones de a montones
aquí tenemos lo mero principal.

Todos los gringos pensaban en su alteza
que combatir era un baile de *carquís,*
y con su cara llena de vergüenza
se regresaron en bolón a su país.

JOSE HERNANDEZ

MARTIN FIERRO

I

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela,
que el hombre que lo desvela
una pena estrordinaria,
como la ave solitaria
con el cantar se consuela.

Pido a los Santos del Cielo
que ayuden mi pensamiento;
les pido en este momento
que voy a contar mi historia,
me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento.

Vengan santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda,
que la lengua se me añuda
y se me turba la vista;
pido a mi Dios que me asista
en una ocasión tan ruda.

Yo he visto muchos cantores,
con famas bien otenidas,
y que después de alquiridas
no las quieren sustentar:
parece que sin largar
se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa,
Martín Fierro ha de pasar,
nada lo hace recular
ni las fantasmas lo espantan;
y dende que todos cantan
yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre;
dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra;
el cantar mi gloria labra
y poniéndome a cantar,
cantando me han de encontrar
aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
a cantar un argumento,
como si soplara un viento
hago tiritar los pastos,
con oros, copas y bastos
juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,
mas si me pongo a cantar
no tengo cuándo acabar
y me envejezco cantando,
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman,
naides me pone el pie encima,
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
y toraso en rodeo ajeno,
siempre me tuve por güeno,
y si me quieren probar,
salgan otros a cantar
y veremos quién es menos.

No me hago al lao de la güeya
aunque vengan degollando,
con los blandos yo soy blando
y soy duro con los duros,
y ninguno en un apuro
me ha visto andar tutubiando.

En el peligro, ¡qué Cristos!,
el corazón se me enancha,
pues toda la tierra es cancha
y de esto naides se asombre:
el que se tiene por hombre
donde quiera hace pata ancha.

Soy gaucho, y entiendaló
como mi lengua lo esplica,
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor,
ni la víbora me pica
ni quema mi frente el sol.

Nací como nace el peje
en el fondo de la mar;
naides me puede quitar
aquello que Dios me dio;
lo que al mundo truje yo
del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del Cielo,
no hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir;
y naides me ha de seguir
cuando yo remonto el vuelo.

Yo no tengo en el amor
quien me venga con querellas:

como esas aves tan bellas
que saltan de rama en rama,
yo hago en el trébol mi cama
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
de mis penas el relato,
que nunca peleo ni mato
sino por necesidá;
y que a tanta alversidá
sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
que hace un gaucho perseguido,
que padre y marido ha sido
empeñoso y diligente.
Y sin embargo la gente
lo tiene por un bandido.

CAPÍTULO IX

SIGLO XIX — Tercer Trimestre.

LA NOVELA ROMANTICA Y EL PERIODISMO

Es necesario advertir que desde la primera novela escrita en México, *El Periquillo Sarniento,* se observa la unión de romanticismo y realismo, que prevalece en la producción de todo el siglo XIX y principios del XX. La influencia de las literaturas europeas es frecuente no sólo en la inspiración sino en la imitación, al lado de los intentos nacionalistas, valiosos como testimonios de una nueva realidad y determinantes del incremento de una responsabilidad social. Como consecuencia de la concepción de la novela como medio de educación del pueblo, persiste la tendencia moralizante que recarga innecesariamente aun las mejores producciones, y los excesos sentimentales, tanto en el aspecto amoroso como en el patriótico, desvirtúan a menudo el verdadero sentido de las novelas y las convierten en mero entretenimiento —para la mentalidad de la época— superficial y de poco interés. Con sus limitaciones, la producción novelística de este tiempo vale como espejo de una época y como explicación de los esfuerzos de un pueblo por lograr la integración nacional.

La novela mexicana del siglo XIX sigue varias direcciones. La *costumbrista,* iniciada por Fernández de Lizardi, la continúan Inclán, Payno, Cuéllar y Roa Bárcena, entre los más importantes. La *novela sentimental* desarrollada por Florencio M. del Castillo y Orozco y Berra, tiene su culminación en la segunda mitad del siglo con Castera. Siguen esta corriente Peón Contreras, Guadalajara, Sánchez Mármol. La *novela histórica* se inicia con Sierra O'Reilly y Díaz Covarrubias, y tiene su secuencia con Mateos, Riva Palacio, Eligio Ancona e Ireneo Paz. La *preocupación social* se manifiesta en novelistas como Díaz Covarrubias, Pantaleón Tovar, Nicolás Pizarro y Altamirano. El *realismo* de la última parte del siglo XIX y principios del XX está representado por las novelas de Rabasa, López Portillo, Angel de Campo, Delgado, Frías, Gamboa y Salado Alvarez. Esta clasificación, poco rigurosa, no invalida el hecho de que los autores colocados en una sección hayan cultivado también otro tipo de novelas.

EL COSTUMBRISMO

MANUEL PAYNO. MANUEL PAYNO (1810-1894) nació en la ciudad de México. Al terminar sus estudios trabajó como meritorio en la Aduana. En 1840 fue secretario del

general Mariano Arista y más tarde administrador de rentas del estanco de tabacos. En 1842 fue nombrado secretario de la Legación mexicana en Sudamérica y también hizo su primer viaje a Francia e Inglaterra. A su regreso al país, comisionado por Santa Anna, fue a Nueva York a estudiar el sistema penitenciario. Peleó en 1847 contra la invasión norteamericana, y durante la presidencia de don José Joaquín Herrera fue Ministro de Hacienda, cargo que volvió a ocupar en 1855, al triunfo de la revolución de Ayutla. En 1857 se le procesó y eliminó de la política. Durante la intervención francesa fue encarcelado en San Juan de Ulúa. Reconoció al Imperio de Maximiliano. Restaurada la República fue electo diputado y reelecto varias veces. En 1882 el presidente Manuel González lo envía a París como agente de colonización y en 1886 es nombrado cónsul general en España. A su regreso a México vuelve a ocupar su sitio en el Senado (1891-1892).

Manuel Payno

La actividad literaria de Payno es múltiple. Escribe cuentos y narraciones de viaje, que se reúnen con el título de *Tardes nubladas* (1871). Colaboró activamente en el periódico, sobre política, historia y finanzas. Fundó con Altamirano *El Federalista* y en unión de Guillermo Prieto, *El Museo Mexicano*. En la *Revista Científica y Literaria de México* dio a conocer por primera vez, parcialmente, su novela *El fistol del diablo* (1845-46). Con esta obra es uno de los iniciadores, en México, de las novelas por entregas y señala el verdadero comienzo de la novela romántica. Aunque *El fistol del diablo* se resiente de muchos defectos, entre otros la falta de unidad y proporción, se advierte, por los cuadros de la vida mexicana que aquí pinta, el talento costumbrista de Payno, que tendría pleno desarrollo en *Los bandidos de Río Frío*. En 1861 escribe otra novela costumbrista, *El hombre de la situación*, que quedó trunca. Aquí se retrata el ambiente colonial de fines del siglo XVIII y los principios del México independiente. Su crítica social, humorista y graciosa, se centra en el aventurero español que viene a México en busca de riquezas.

La obra novelística de Payno se desarrolla en un período de tiempo muy largo; por ello, inicia con *El fistol del diablo* la novela romántica y realiza, cuarenta años más tarde, la obra maestra del romanticismo: *Los bandidos de Río Frío.* Entre 1888 y 1891 escribe Payno, en España, su novela más famosa, que aparece bajo el pseudónimo de "Un ingenio de la Corte". El tema central es la carrera criminal del coronel Juan Yáñez y sus cómplices, enriquecida con una gran cantidad de historias en las que intervienen numerosos personajes que viven y actúan con realismo en los más diversos escenarios de la vida de la capital y sus alrededores. *Los bandidos de Río Frío* contiene el estudio costumbrista de mayor amplitud. La pintura de las diferentes capas sociales del México de la primera mitad del siglo XIX está realizada con la habilidad de un hombre que ha ido atesorando experiencias a través de una vida de actividad muy intensa e incontables viajes, por lo que la obra constituye una de las creaciones fundamentales de la novela mexicana del siglo XIX por la riqueza del conjunto y su profunda mexicanidad, a pesar de la técnica folletinesca, su carácter efectista, su prosa demasiado familiar y el desinterés del autor por realizar una obra artística.

LUIS G. INCLAN. LUIS G. INCLÁN (1816-1875) nació en el rancho de Carrasco, del entonces municipio de Tlalpan. Después de tres años de estudios en el Seminario Conciliar regresó al hogar y se consagró a los trabajos del campo. Comenzó desempeñando los más humildes y por su propio esfuerzo llegó a ser administrador de la hacienda de Borja y de otras. Para perfeccionar sus conocimientos en los cultivos de tierra caliente, permaneció algunos años en la hacienda de Púcuaro, Michoacán. Hacia 1847 compró uno de los primeros talleres de litografía que hubo en México y después una imprenta en la que publicó corridos, oraciones, estampas religiosas. Ahí se editó *El jarabe* (1860) de Niceto de Zamacois, una séptima edición de *El Periquillo Sarniento* (1865), de Fernández de Lizardi, y compuso e ilustró los dos tomos de la primera edición de su novela *Astucia* (t. I., 1865; t. II, 1866).

Toda la producción de Inclán se refiere a asuntos de la vida rural. De sus obras menores, las *Reglas con que un colegial puede colear y lazar* y una *Ley de gallos* fueron escritas en prosa, y cuatro en verso, entre las que sobresale *Recuerdos de Chamberín,* que es una narración de los hechos de su caballo preferido. Su obra principal, *Astucia, el jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama,* tiene como novedad el tema rural. Se cuentan las aventuras de un grupo de charros dedicados al contrabando del tabaco, que forman una hermandad muy bien organizada bajo el lema de *Los tres mosqueteros:* "Todos para uno y uno para todos". La novela se ocupa de la historia independiente de los componentes del grupo, sus familias, el lugar de donde proceden, etc., y en especial del coronel Astucia, que es el jefe. Al lado de este núcleo, la obra se enriquece con animadas escenas de la vida rural: fiestas charras, las relaciones familiares que se

fundan en el respeto a los padres y el decoro de las costumbres. Inclán exalta la lealtad, la camaradería, el sentimiento de justicia. Esta novela de aventuras, que encontró el equilibrio entre la acción y la observación moral de los caracteres, presenta un dilatado cuadro de costumbres del México rural del segundo tercio del siglo XIX, con un lenguaje espontáneo, fresco, desprovisto de recursos literarios. La naturalidad, el don innato de narrador, el conocimiento tan profundo que tiene Inclán de su materia, dan a su obra un significado doble: el testimonio de una porción afirmativa y viril de nuestra realidad nacional y la creación de un tipo mexicano, el charro, síntesis de las virtudes más dignas: laboriosidad, señorío, sentido del honor y la justicia. La riqueza en giros y modismos del lenguaje con que está escrita esta obra fue aprovechada por García Icazbalceta como fuente principal para su *Vocabulario de mexicanismos* (1899).

JOSE MARIA ROA BARCENA. JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA (1827-1908) dedicó sus años de juventud a actividades comerciales y a ejercitarse en las letras. Pasó de Jalapa a México y aquí se incorporó al grupo de escritores del partido conservador. Mostró su espíritu polémico, creador y crítico en periódicos como *El Universal, La Cruz* y *La Sociedad,* en los que firmaba como ANTENOR, su nombre entre los árcades romanos. Roa Bárcena formó parte de la Academia Imperial de Ciencias y Literatura fundada en 1865 por Maximiliano. El poeta José Joaquín Pesado fue su amigo más cercano y admirado. Al triunfo de la causa liberal, Roa Bárcena fue hecho prisionero. Cuando se restableció la paz, colaboró con Altamirano en *El Renacimiento.* En 1875, al quedar establecida en México la Academia de la Lengua correspondiente de la Española, bajo la presidencia de don José María Bassoco, Roa Bárcena figuró como tesorero. Cerca de los sesenta años, se interesó por los estudios de latín y llegó a traducir con pulcritud a Horacio y Virgilio. A más de su obra lírica nada despreciable, su aportación más valiosa a la literatura mexicana está dentro de la narrativa. Escribió novelas y cuentos. Entre las primeras tiene interés *La quinta ideal,* que es sólo un pretexto para atacar las doctrinas liberales y exponer con ironía los perjuicios que ocasionaría la aplicación de las leyes de Reforma. *La quinta ideal* es la contrapartida de un capítulo de *La Coqueta* de Pizarro, en el que pinta, como en *El monedero,* la vida en común como la fórmula más deseable y justa.

Roa Bárcena está considerado como el primer escritor que da al cuento una orientación definida. Aquí olvida sus prédicas apostólicas, las tesis sociales, sus ataques a la Reforma y se da a la observación directa de la vida cotidiana; crea una rica galería de personajes típicos de su tiempo; logra la recreación de ambientes, aprovecha la anécdota y la leyenda; el cuadro costumbrista se vitaliza con un lenguaje de natural corrección y gracia, y la crítica social es menos acerba y más efectiva. La serie más importante de

los cuentos de Roa Bárcena se titula *Noche al raso. Combates en el aire, Lanchitas* y *El rey bufón* muestran a las claras la habilidad, el aliño y la amenidad del narrador nato que era Roa Bárcena.

Interesado también en la historia patria, logró una vasta información para escribir obras como el *Catecismo elemental de la historia de México*, el *Ensayo de una historia anecdótica de México* y los *Recuerdos de la invasión norteamericana.*

JOSE TOMAS DE CUELLAR. José Tomás de Cuéllar (1830-1894) nació en la ciudad de México y estudió en los colegios de San Gregorio y San Ildefonso, y después en el Colegio Militar de Chapultepec en los años de la invasión norteamericana. Se dedicó a la pintura y a la fotografía. Desde 1848 se encuentran sus escritos en las revistas contemporáneas como *El Siglo XIX, La Ilustración Mexicana, El Federalista, El Correo de México,* etc., y después se le conoce como autor dramático. En colaboración con José María Flores Verdad publica en San Luis Potosí el semanario *La Ilustración Potosina* (1869), donde aparece, en folletín, la primera edición de su novela *Ensalada de pollos* y su novela histórica *El pecado del siglo.* Desempeñó cargos en la Secretaría de Relaciones; pasó diez años como diplomático en los Estados Unidos. Perteneció a varias sociedades literarias y culturales.

La fama de Facundo (seudónimo que utilizó Cuéllar) se apoya en sus novelas de costumbres. La primera colección de sus obras se tituló *La linterna mágica,* formada por *Ensalada de pollos, Historia de Chucho el ninfo, Isolina la ex-figurante, Las jamonas, Las gentes que "son así"* y *Gabriel el cerrajero.* En 1886 se publicó *Baile y cochino.* La edición definitiva de *La linterna mágica,* formada por 24 tomos, contiene además de las novelas mencionadas, otras tres: *Los maridítos, Los fuereños* y *La Noche Buena.*

"Facundo" presenta en su *Linterna mágica* una galería de cuadros de costumbres, siguiendo la línea de Lizardi, Prieto y Payno, y quizá con influencia de Larra, Estébanez Calderón y Mesonero Romanos, describe con rasgos muy personales la sociedad mexicana de la época de Juárez. Considera este autor que su tarea para la regeneración del hombre dentro de su labor de novelista, podría consistir en ridiculizar los vicios y las malas costumbres, exhibir las lacras sociales para, por contraste, despertar el goce por los modelos de la virtud. El campo de observación de "Facundo" se limita a la sociedad urbana; describe con trazo rápido las ridiculeces y prejuicios, el desquiciamiento y la cursilería de la clase media de su tiempo. No pinta caracteres complejos sino tipos característicos de la sociedad que estudia. Por la superficialidad del tratamiento y la intención satírica pone de manifiesto los defectos antes que las cualidades, por lo que prevalece en su serie novelesca el tono de la caricatura. Preocupado por la prédica moralizante antes que por el arte, carga innecesariamente la acción con sermones y divagaciones, pero el realismo de sus personajes y el ambiente de mexicanidad que recrea le confieren un

valor documental de primera importancia para la historia de nuestra cultura nacional.

La novela sentimental

La novela sentimental es, en nuestro medio, poco afortunada. Limitada en recursos, endeble en construcción, demasiado apegada a los patrones de moda, carece de verdadero valor artístico. Sus cultivadores adolecen generalmente de exageraciones y sensiblería.

FERNANDO OROZCO Y BERRA. Fernando Orozco y Berra (1822-1851) abandona la carrera de medicina para dedicarse a las letras. Colaboró en *El Monitor Republicano* y en *El Siglo XIX*. Su única novela, de carácter sentimental, se titula *La guerra de treinta años*. Quizá debido a la juventud del autor, la obra carece de madurez. Su importancia radica en que es la primera en México de este tipo y fija las características de los personajes de esta clase de novelas.

FLORENCIO M. DEL CASTILLO. Florencio M. del Castillo (1828-1863) fue periodista liberal que desempeñó cargos políticos, luchó contra la intervención francesa y fue hecho prisionero en San Juan de Ulúa. Murió de fiebre amarilla en un hospital de Veracruz. Cultivó la novela y el cuento. En 1850 apareció su libro *Horas de tristeza*, que reúne cinco de sus novelas. *Hermana de los ángeles* (1902) es su obra más acabada. Del Castillo se interesa por estudiar el desenvolvimiento psicológico de sus personajes y no carece de imaginación. Estas cualidades le hicieron pensar a Altamirano en la posibilidad de que fuera éste el llamado a crear la novela social en México.

PEDRO CASTERA. Pedro Castera (1838-1906) nació en el Distrito Federal. Se sabe que a los 28 años fue soldado republicano y luchó contra la intervención francesa y el Imperio. Fue comandante del ejército y participó en el sitio y toma de la Capital por las fuerzas libertadoras. También fue minero y conoció bien ese medio en San Antón de las Minas. Su vocación estaba en las letras. Su oficio de periodista se advierte en sus artículos de *El Domingo* y *La República*. Fue director de este periódico (1882), en el que escribía artículos científicos. En las prensas de *La República* se editó *Impresiones y recuerdos* (cuentos románticos) y *Ensueños y armonías* (versos), así como la novela corta *Los maduros*. En 1882 aparece en folletín su novela *Carmen*. Castera fue dipu-

tado, miembro de la Sociedad minera mexicana y de la de Geografía y Estadística. Por trastornos mentales estuvo internado en San Hipólito. Al recuperar la salud volvió a sus tareas periodísticas.

El interés que en toda América despertó la novela de Jorge Isaacs, *María,* inspiró a Castera su obra *Carmen,* que tiene con la célebre novela colombiana muchos puntos de contacto, aunque también grandes divergencias. El núcleo es un amor tempestuoso y complicado que incluye todas las exageraciones de la novela romántica típica, pero al lado de la historia sentimental recoge Castera las notas más significativas de la clase social a que pertenece y hace un serio intento de estudio de los personajes que maneja, con un concepto más realista que romántico. Sin que pueda decirse que *Carmen* es una gran novela, sí es la más interesante del grupo de novelas sentimentales que se escribieron en México en el siglo XIX.

Los intentos realistas de Castera son más evidentes en *Los maduros* y en la serie de cuentos *Las minas y los mineros.* Estas obras tienen la novedad de presentar la vida de los obreros de las minas, los peligros a que están expuestos, el abandono en que se encuentran las clases trabajadoras del país y sus problemas humanos. Por los procedimientos y recursos literarios, Castera aparece como un novelista de transición entre el romanticismo y el realismo y como precursor de la actitud de rebeldía y protesta que es característica de la novela realista.

La novela histórica

JUSTO SIERRA O'REILLY. El doctor Justo Sierra O'Reilly (1814-1861) es originario de Tixcacaltuyú, Yucatán. Estudió en Mérida y en el Colegio de San Ildefonso en México. Recibió su doctorado en ambos derechos por la Universidad Literaria de Yucatán. Fundó varios periódicos: *El Museo Yucateco, El Registro Yucateco, El Fénix* y *La Unión Liberal.* Su actividad política es constante. En la guerra de castas desempeña una misión oficial frente al gobierno de los Estados Unidos. Ocupa los cargos de diputado, agente del Ministerio de Fomento en Yucatán y Juez especial de Hacienda en Campeche. El Código Civil que redactó, ya enfermo, sirvió de base a los que se promulgaron después en la República.

Sierra O'Reilly es el primer novelista histórico de México. Con *La hija del judío* introduce la técnica de la novela de folletín a la manera de Dumas y Sue y de la novela romántica de reconstrucción histórica. El personaje principal de esta obra es el famoso Peñalva, Gobernador y capitán general de la provincia de Yucatán en el siglo XVII, en quien los dramaturgos y novelistas (Peón Contreras, Eligio Ancona) prefirieron recargar los tonos sombríos para presentarlo como símbolo del funcionario español en los dominios coloniales. El ambiente que recrea el novelista es adecuado para lograr episodios variados que mantienen, gracias a la hábil narración, el interés siempre des-

pierto del lector. *La hija del judío* fue publicada en *El Fénix,* en 1848. Anteriormente, entre 1845 y 1846, apareció en *El Registro Yucateco: Un año en el hospital de San Lázaro,* con deficiencias de estructura muy notables; se trata del episodio de una novela inconclusa que el autor pensaba llamar *Los filibusteros del siglo XIX.*

JUAN DIAZ COVARRUBIAS. JUAN DÍAZ COVARRUBIAS (1837-1859) nació en Jalapa, Veracruz. Su padre, el poeta José de Jesús Díaz, fue soldado de la causa insurgente y hombre destacado en la política. La dirección del padre influyó en los tres hijos: José María, que llegó a Ministro de Instrucción Pública; Francisco, amigo y pariente de don Gabino Barreda, ingeniero y topógrafo que participó en la transformación de los sistemas educativos del país; Juan, poeta y novelista. Juan Díaz Covarrubias estudió en el Colegio de Letrán filosofía y latinidad. Ahí hace amistad con Manuel Mateos e Ignacio M. Altamirano, discípulos de Ignacio Ramírez. En 1853 decide estudiar medicina. Pertenece, como buen romántico, al partido liberal y lo agobian, como a la mayoría de ellos, penas amorosas, orfandad, problemas económicos, inconformidad política. Por haber prestado sus servicios médicos en el campamento liberal de Tacubaya, en la ofensiva de Leonardo Márquez al ejército de Degollado, en abril de 1859, fue fusilado en compañía de Manuel Mateos, alma de la rebelión reformista. La indignación por el asesinato de estos jóvenes, los "mártires de Tacubaya", estimuló a los liberales hasta su completa victoria en 1867.

A pesar de su corta vida, Juan Díaz Covarrubias dejó una obra abundante y variada. Colaboró en algunos periódicos como *El Monitor Republicano, El Siglo XIX, El Diario de Avisos.* Sus artículos están contenidos en *Impresiones y sentimientos* y sus poesías en *Páginas del corazón,* libro dedicado a don José Zorrilla. Díaz Covarrubias dio mayor atención a su producción novelística. Su obra *Gil Gómez el insurgente,* justificación y defensa de la Independencia, lo coloca como uno de los iniciadores de la novela histórica. *La clase media* es un alegato en favor de las ideas de igualdad y justicia social. En *El Diablo en México* reincide en sus protestas contra la aristocracia y hace una crítica de las exageraciones de la escuela romántica de la que él mismo es destacado representante. La obra inmadura y desigual de Díaz Covarrubias vale como síntesis de los caracteres del romanticismo, por la promesa que representó en sí misma y por los caminos que señaló a escritores y sociólogos.

JUAN A. MATEOS. JUAN A. MATEOS (1831-1913) nació en la ciudad de México. Hizo estudios en el Colegio de San Gregorio y después, en 1847, en el Instituto Científico y Literario de Toluca, donde fue discípulo de El Nigromante. De él tomó

las ideas liberales que profesaría en adelante. Siguió en el Colegio de Letrán estudios de jurisprudencia. Intervino en la revolución de Ayutla y contra la intervención, así como en todas las actividades políticas hasta el restablecimiento de la paz. En 1859 su hermano fue fusilado junto con el poeta Juan Díaz Covarrubias en Tacubaya. Colaboró en *El Monitor Republicano, El Siglo XIX, El Imparcial* y *La Orquesta.* En el periódico atacó con valentía las actitudes que le parecieron injustas. Por ello sufrió destierro y cárcel. Al triunfo de la República, Juárez lo nombró Secretario de la Suprema Corte de Justicia y también ocupó el cargo de diputado. Fue orador parlamentario y se distinguió por su celo en la defensa de las ideas liberales. Murió en la ciudad de México y está sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Mateos fue un autor muy fecundo. Su obra comprende periodismo, poesía, oratoria, teatro y novela. Es más conocido como novelista. Después de la caída del Imperio empezó a publicar sus novelas históricas. *El Cerro de las Campanas* y *El sol de mayo* (1868) desarrollan el tema de la intervención francesa. El de la Independencia, *Sacerdote y caudillo* (1869) y *Los insurgentes* (1869). *Sor Angélica, La majestad caída, Las olas altas, La baja marea, El vendedor de periódicos* y *Las olas muertas* refieren pasajes de la historia patria y denuncian la corrupción, el egoísmo y el menosprecio de lo nacional. Las obras mejor acogidas por el público fueron las dos primeras, quizá porque se ocupan de acontecimientos en que el propio autor participó y le dejaron huella más honda. Su actitud es la de un liberal convencido de que el progreso y la justicia están de su lado. Los hechos históricos no se mezclan con la ficción que el autor introduce en sus novelas para darles atractivo. Los primeros se presentan con información pormenorizada, coherente y muy amplia, que incluye la política del Imperio, la anti-intervencionista y la situación internacional. Con buenos resultados maneja el elemento dramático y sabe cómo sembrar en los lectores la convicción que a él le asiste. Pero, interesado en su asunto, descuida la forma. La abundancia, la superficialidad, la monotonía, los procedimientos fáciles del folletín debilitan el valor de las novelas de Mateos.

Probablemente Mateos es el más fecundo de los dramaturgos mexicanos. Sus biógrafos le atribuyen unas cincuenta obras que se han perdido en buena parte. En colaboración con Riva Palacio escribió más de quince, principalmente comedias y juguetes cómicos como *El incendio del portal de Mercaderes.* Después de la Intervención escribió alrededor de veinte piezas dramáticas, libretos de zarzuelas y una adaptación teatral de *Los miserables* de Víctor Hugo. Como en la novela, Mateos se preocupa por llevar al teatro problemas de interés nacional con personajes del pueblo.

VICENTE RIVA PALACIO. Vicente Riva Palacio (1832-1896) nació en la ciudad de México. Su padre, don Mariano Riva Palacio, fue defensor de Maximiliano en Querétaro, y su madre, hija de don Vicente Guerrero. Estudió en

San Gregorio y se recibió de abogado en 1854. Sus participaciones en la vida política de México son continuas desde la revolución de Ayutla. Sus ideas liberales le ocasionan encarcelamientos. Vencido el Imperio se retira a la vida privada. En 1873 combate la administración de Lerdo de Tejada desde las páginas de *El Radical* y *El Ahuizote*. En 1876 fue nombrado Ministro de Fomento. Por los ataques al gobierno del presidente Manuel González fue internado en la prisión de Santiago, donde escribe buena parte del segundo volumen de *México a través de los siglos*. En 1886 el gobierno del general Díaz nombra a Riva Palacio Ministro de México en España. Falleció en Madrid, en noviembre de 1896. Riva Palacio fue hombre de múltiples aptitudes y actividades. La mejor síntesis de su vida es la que dice: "tuvo más lances que la más movida de sus novelas... universalidad de conocimientos y de actividades. Letrado, orador, jurisconsulto, historiador, dramaturgo, poeta, crítico, y a la vez guerrillero, funcionario público, político y periodista..."[1] y al fin de su vida, diplomático en Europa.

Vicente Riva Palacio

La popularidad de que gozó en su tiempo la debió a sus novelas históricas. Tuvo a mano gran parte de los archivos de la Inquisición y esto le permitió la posibilidad de manejar un riquísimo material para sus obras, tanto novelescas como históricas (dirigió *México a través de los siglos).* Su primera novela, *Calvario y Tabor* (1868), es la epopeya del ejército del centro que se enfrentó al invasor francés y culmina con el triunfo de la República. Es la única novela de Riva Palacio con asunto contemporáneo y se refiere a acontecimientos en que participó él mismo. Fuera de ésta, se dedica a escribir sobre historias de los tiempos de la Inquisición. *Monja y casada, virgen y mártir* (1868) y *Martín Garatuza* (1868), su continuación, tratan aspectos de la época colonial (siglo XVII) e incidentes de la vida del pícaro y falsario Martín Garatuza; rivalidades entre criollos y mestizos; proceso seguido a la familia Carbajal, de procedencia hebraica, etc. En *Los piratas del Golfo*

[1] Manuel Toussaint, Prólogo a Vicente Riva Palacio, *Cuentos del general*, México, 1929, pp. V y VI.

(1869) se recogen vida y aventuras de los bucaneros del siglo XVII. Su última novela, *Memorias de un impostor, Don Guillén de Lampart, rey de México* (1872), se refiere al proceso que la Inquisición siguió contra el irlandés Guillermo Lombardo de Guzmán. A pesar de que Riva Palacio pretendía apegarse a la realidad histórica, desaparecía ésta envuelta en la truculencia y la inventiva inagotables del autor, que tenía como objetivo inmediato divertir y, al lado de esto, repasar a los mexicanos su historia y reafirmarlos en sus ideales nacionalistas. Los modelos de Riva Palacio son los obligados de la novela de folletín: Dumas, Sue, Feval, Fernández y González, etc. Se ha considerado como lo mejor de la obra narrativa de Riva Palacio, sus *Cuentos del General* (1896). Dentro de la crítica, su incisiva "galería de contemporáneos" que publicó en *Los Ceros* (1882), y como buena muestra de su espíritu satírico y mordaz, las páginas de *El Ahuizote.*

La poesía de Riva Palacio, que es lo menos conocido de su obra, guarda los caracteres mexicanistas señalados por Altamirano como deseables en la producción de los escritores mexicanos, mantiene el culto de los héroes nacionales, busca en la poesía descriptiva un sello propio, y le son gratos los temas de evocación del pasado y la recreación de episodios históricos y legendarios. Llega a la serenidad melancólica con sonetos como *Al viento* y *La vejez.*

ELIGIO ANCONA. ELIGIO ANCONA (1836-1893), originario de Yucatán, político liberal distinguido, continúa la tradición de la novela histórica con *El filibustero* (1864), *La cruz y la espada* (1866), *Los mártires del Anáhuac* (1870), *El conde de Peñalva* (1879) y *Memorias de un Alférez* (1879). Se aparta de su tema favorito en *La mestiza* (1891).

IRENEO PAZ Y ENRIQUE DE OLAVARRIA Y FERRARI. IRENEO PAZ (1836-1924), con *La piedra del sacrificio* (1871), *Amor y suplicio* (1873) y *Doña Marina* (1883), cultiva el tema histórico, lo mismo que ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y FERRARI, con *El tálamo y la horca* (1868). Olavarría se distingue, sin embargo, por sus estudios literarios, como la *Reseña histórica del teatro en México* (3ª ed. 1961) y *El arte literario en México* (1877).

LA NOVELA SOCIAL

PANTALEON TOVAR. La preocupación social es tema favorito de los novelistas desde principios del siglo XIX. PANTALEÓN TOVAR (1828-1876) muestra interés en retratar escenas del pueblo con lenguaje apropiado dentro de una trama

complicada de gusto folletinesco. *Ironías de la vida* (1851) y *La hora de Dios* (1863) dan un cuadro muy vasto de las costumbres del tiempo.

JOSE RIVERA Y RIO (m. 1891) Y JUAN DIAZ COVARRUBIAS. *Los Misterios de San Cosme* fue escrita bajo la influencia de Eugenio Sue. En *Los dramas de Nueva York* y *Pobres y ricos de México,* Rivera y Río hace una exposición muy amplia de sus experiencias y retrata la sociedad en que vive, en medio de complicados episodios y consejos moralizantes.

A JUAN DÍAZ COVARRUBIAS le interesan también los problemas sociales, como se ha visto en *La clase media* y en *El Diablo en México.* Sin embargo, esta corriente se hace más decidida cuando las ideas sociales están respaldadas por necesidades políticas.

NICOLAS PIZARRO. NICOLÁS PIZARRO (1830-1895) publica en 1861 dos novelas: *El monedero* y *La coqueta. El monedero* es la primera en su tiempo que contiene en forma sistemática la aplicación de las Leyes de Reforma. El autor intenta hacer un estudio social y entran en sus consideraciones: el problema religioso en varios de sus aspectos; la importancia de la mujer dentro de la sociedad; el indio; la organización del ejército; la regeneración social, etc. El pensamiento filosófico de Pizarro tiende a la elaboración de un sistema en el que consten todos los datos de orden científico, estadístico, político, étnico, religioso, histórico, social, literario, necesarios para iniciar la reconstrucción del país sobre bases menos deleznables. La médula de esta novela es la vida en común, en igualdad de condiciones y la cooperación de todos los miembros para el progreso colectivo. El mayor interés que esta obra ofrece es haber servido de antecedente a *La Navidad en las montañas,* de Altamirano, en la que se sintetizan las teorías de Pizarro en una fórmula de convivencia social conciliadora y armoniosa que logre la unidad social y política del pueblo mexicano. *La coqueta,* novela sentimental y de costumbres, introduce entre sus personajes a Juan Díaz Covarrubias para honrar al héroe y, como en *El monedero,* presenta la discusión de las ideas que preocupan al autor.

IGNACIO M. ALTAMIRANO. IGNACIO M. ALTAMIRANO (1834-1893), que es un teórico de la literatura, predica con el ejemplo. Por esta razón su obra novelística marca un momento importante en la evolución del género. Consciente de la necesidad del valor artístico en la obra literaria, a más del humano o el documental, propone a sus contemporáneos trabajar por una literatura propia de México que sirva como medio de enseñanza para el pueblo y hace énfasis en el sentido moral y en la importancia del estilo. Más sa-

bio y ponderado, busca el interés novelesco en un mejor aprovechamiento y equilibrio de sus elementos antes que en la imaginación desordenada y truculenta. La lección de sobriedad y de sentido estético es evidente en las tres principales novelas de Altamirano: *Clemencia, El Zarco* y *La Navidad en las montañas. Clemencia* aparece por primera vez en las páginas de *El Renacimiento* y es la primera novela realizada con propósitos artísticos, como lo muestra su planeamiento, el estudio de sus personajes y su estilo sencillo, puro y elegante. *La Navidad en las montañas* (1871) es la obra más famosa de Altamirano y la que cuenta con mayor número de ediciones. El tema de la Navidad, cargado de recuerdos personales, se conjuga con sus anhelos de concordia nacional. Aspira Altamirano a lograr la conciliación de las doctrinas liberales con las religiosas, según lo expresan sus protagonistas, y hace la síntesis de las ideas que años antes apuntó Nicolás Pizarro en *El monedero* acerca de una sociedad ideal en la que todos cooperen por el bienestar de todos. La primera edición de *El Zarco* es de 1901. El asunto, cercano a los de las novelas de Inclán y Payno, describe con acierto el ambiente, pero en el trazo de los personajes no es tan afortunado, puesto que antepone a las necesidades de la historia sus convicciones de tipo moral.

El periodismo

El antecedente más antiguo del periodismo en México se encuentra en las hojas volantes que empiezan a circular alrededor de 1542. En el siglo XVII se establecen las antiguas *Gazetas,* periódicos de vida escasa y pobre que publican noticias cuando llegan barcos de España a Veracruz. En 1722 aparece, mensualmente, la primera *Gazeta de México,* redactada por don Juan Ignacio María Castorena y Ursúa. Seis años después reaparece y, en 1734, cambia su denominación por la de *Mercurio de México.* En 1772 don José Ignacio Bartolache da a la estampa su *Mercurio volante,* que introduce en el periodismo la divulgación científica. En 1805 sale a la luz *El Diario de México,* de don Carlos María Bustamante, con el que se cierra la actividad periodística colonial. La función principal de este periodismo es fundamentalmente informativa y el propósito literario ocupa un lugar secundario.

El periodismo político nace con la Independencia y tiene carácter polémico. Las primeras publicaciones de esta clase son: *El Despertador Americano* (1811), *El Telégrafo de Guadalajara* (1811), *El Ilustrador Nacional* (1812), *El Semanario Patriótico* (1812). La libertad de imprenta promulgada en 1812 estimula el periodismo y entre las publicaciones que nacen con ese motivo está *El Pensador Mexicano,* de Fernández de Lizardi, que propone nuevos temas: la educación popular, la libertad de cultos, la esclavitud, etc. Lizardi llena con su personalidad y con sus abundantes publicaciones un capítulo interesante del periodismo mexicano.

La violencia de las luchas políticas se manifiesta en las publicaciones de los distintos partidos, como el federalista y el centralista. Los principios libe-

rales alrededor de 1833 son defendidos por don JOSÉ MARÍA LUIS MORA en *El Sol, La Libertad, El Observador de la República Mexicana* y *El Indicador de la Federación Mexicana.* Gracias a las represiones impuestas al periodismo en tiempo de Santa Anna, se desarrolla la prensa literaria con *La Revista Mexicana* (1835), *El Zurriago Literario* (1839), *El Mosaico Mexicano* (1840) y *El Museo Mexicano* (1845). En 1844 aparece *El Siglo XIX;* ese mismo año se edita *El Monitor Republicano* y al año siguiente se publica *Don Simplicio,* de índole política y liberal. En el bando contrario surge *El Tiempo,* de don LUCAS ALAMÁN, partidario de la monarquía, y *El Universal.* La lucha se hace cada vez más enconada a través de los órganos periodísticos.

JUAN BAUTISTA MORALES. JUAN BAUTISTA MORALES (1788-1856) desata una furiosa ofensiva contra la tiranía y corrupción del régimen de Santa Anna en sus famosos artículos de *El Gallo Pitagórico* que aparecen en 1844 y 1845 en *El Siglo XIX.* Morales nació en Guanajuato y murió en la ciudad de México. Fue jurisconsulto de renombre, magistrado, Gobernador de su Estado, presidente de la Suprema Corte de Justicia. Abandonó su prestigio de letrado para escribir por y para el pueblo, como en otro tiempo lo hiciera José Joaquín Fernández de Lizardi. Se inició en el periodismo en 1823 con *El Hombre Libre.* Su obra en el periódico fue abundantísima, y cuenta con artículos jurídicos, políticos y sociológicos, elaborados con rigor y erudición. Su fama se debe a la serie de artículos firmados con el seudónimo de *El Gallo Pitagórico* y coleccionados con ese mismo nombre. Este conjunto de temas mexicanos vale "por la más completa novela de costumbres, y su diálogo, fresco y suelto, es superior al de cualquiera de los autores dramáticos de su hora".[1]

Durante la época de la Reforma es muy importante *El Siglo XIX,* periódico político literario de avisos, porque define la ideología política más avanzada y cuenta entre sus colaboradores con los escritores de mayor valía. Alcanza cincuenta y cuatro años de existencia, y aunque es una publicación política por excelencia, ofrece artículos científicos y literarios de calidad y una amplia información nacional y extranjera. Colaboran en *El Siglo XIX,* JOSÉ MA. LACUNZA, LUIS DE LA ROSA, JUAN BAUTISTA MORALES, JOSÉ MA. IGLESIAS, JOSÉ MA. LAFRAGUA, MANUEL PAYNO, GUILLERMO PRIETO, FRANCISCO ZARCO, etc.

Entre los periódicos liberales se destaca también *El Monitor Republicano,* diario de política, artes, industria, comercio, modas, literatura, teatro, variedades y anuncios. Aparece de 1844 a 1896 y es órgano del partido liberal progresista. Escriben para este periódico: GUILLERMO PRIETO, IGNACIO

[1] Mauricio Magdaleno, Prólogo a Juan Bautista Morales, *El Gallo Pitagórico,* México, 1951, p. XXXI.

RAMÍREZ, JOSÉ MARÍA VIGIL, FLORENCIO M. DEL CASTILLO, JUAN A. MATEOS, etc.

El periodismo del partido conservador cuenta entre sus principales periódicos con *El Universal,* diario político que continúa la obra de *El Tiempo,* de Alamán. Cuenta con la colaboración de ALAMÁN, ELGUERO, TAGLE y AGUILAR. *La Cruz* es un periódico exclusivamente religioso. Es sobre todo de índole política. Organo del partido conservador, colaboran en él, PESADO, MUNGUÍA, ROA BÁRCENA. Pertenecen también al partido conservador: *El Omnibus, El Diario de Avisos, La Sociedad, El Eco Nacional,* etc.

Los periodistas más destacados del partido conservador son: IGNACIO AGUILAR Y MAROCHO, JOSÉ BERNARDO COUTO, CLEMENTE DE JESÚS MUNGUÍA, JOSÉ JOAQUÍN PESADO, JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA y VICENTE SEGURA Y ARGÜELLES. Los escritores distinguidos en el periodismo de la Reforma son: IGNACIO M. ALTAMIRANO, JUAN BAUTISTA MORALES, MELCHOR OCAMPO, GUILLERMO PRIETO, IGNACIO RAMÍREZ y FRANCISCO ZARCO.

FRANCISCO ZARCO. FRANCISCO ZARCO (1829-1869) nació en Durango y falleció en México. Consiguió su instrucción a base de esfuerzo personal. En 1849 entró como redactor de *El Siglo XIX.* Colaboró para *El Demócrata* y *La Ilustración Mexicana.* Fundó el periódico satírico *Las Cosquillas,* contra el Presidente Arista. Dirigió el *Presente amistoso.* Con el seudónimo de FORTÚN escribió artículos literarios y de costumbres y reseñas teatrales. Fue diputado al Congreso de la Unión en 1856 y tuvo una actuación tribunicia brillante y decisiva. Con las reseñas de las sesiones y sus comentarios a los documentos compuso su *Historia del Congreso Extraordinario Constituyente* (1857). Su actividad política le ocasionó encarcelamiento hasta el triunfo de la causa liberal. Ocupó el Ministerio de Relaciones Exteriores y dimitió para reasumir la dirección de *El Siglo XIX.* En defensa de la causa de la República publicó periódicos en San Luis Potosí y Saltillo, y artículos sobre el mismo asunto en periódicos sudamericanos. Fue Zarco un periodista de vocación que se consagró a su profesión de manera total y desarrolló desde la prensa una labor de reforma, sobre todo en cuanto a la libertad de pensamiento, de palabra y de prensa.

ANTOLOGIA

MANUEL PAYNO

LOS BANDIDOS DE RIO FRIO

PRIMERA PARTE

Capítulo III

. . . . . .

A poca distancia de la garita de Peralvillo, entre la calzada de piedra y la de tierra que conducen al santuario de Guadalupe, se encuentra un terreno más bajo que las dos calzadas. Sea desde la garita o sea desde el camino, se nota una aglomeración de casas pequeñas, hechas de lodo, que más se dirían eran temascales, construcciones de castores o albergue de animales, que no de seres racionales. Una puerta estrecha da entrada a esas construcciones, que contienen un solo cuarto y, cuando más, un espacio que forma una cocina de humo o un corralito. Los que transitan por las calzadas, apenas ven atravesar esta extraña población a uno que otro perro flaco, a algún burro que arranca las yerbas que nacen en las paredes de las mismas casuchas, y a una o dos inditas enredadas, sentadas a la puerta o por el lindero de la calzada de piedra.

El resto parece solo y abandonado. No es así; por el contrario, no hay casa que no tenga su propietario o propietarios, pues las habitan no siempre hombres solos sino familias.

No deja de ser curioso saber cómo vive en las orillas de la gran capital esta pobre y degradada población. Ella se compone absolutamente de los que se llamaban *macehuales* desde el tiempo de la Conquista, es decir, los que labraban la tierra; no eran precisamente esclavos, pero sí la clase ínfima del pueblo azteca que como la más numerosa, ha sobrevivido ya tantos años y conserva su pobreza, su ignorancia, su superstición y su apego a sus costumbres; su proximidad a la capital no le ha servido ni para cambiar sus hábitos y su situación, ni para proporcionarle algunas comodidades. Los hombres que habitan ese lugar, que unos llaman las Salinas, otros San Miguelito y la mayor parte lo confunden con Tepito, ejercen diferentes industrias. Unos con su red y otros con otates con puntas de fierro, se salen muy tempranito y caminan hasta el lago o hasta los lugares propios para pescar ranas. Si logran algunas grandes, las van a vender a la plaza del mercado; si sólo son chicas, que no hay quien las compre, las guardan para comerlas. Otros van a pescar *juiles* y a recoger ahuautle; las mujeres por lo común recogen *tequesquite* y mosquitos de las orillas del lago, y los cambian en la ciudad, en las casas, por mendrugos de pan y por venas de chile. Las personas caritativas siempre les dan una taza de caldo y alguna limosna en cobre. Otras se van a las milpas de las haciendas y ranchos cercanos a cortar *quelites* y verdolagas, a recoger semilla de nabo, y aun suelen robarse, cuando no las ven los guarda-milpas, algunos elotes. La población, pues, sale en las mañanas a ejercer pequeñas industrias y regresa por la tarde, habilitada de una manera o de otra de gordas, de elotes, de tortillas, de pedazos de pan, de restos de

comida y de algunas monedas. En la ciudad han comido cualquier cosa, y en la tarde, al regreso, completan la alimentación con los animalillos sobrantes que no pudieron vender. Increíble parece que puedan vivir con tal sobriedad, pero el hecho es que así viven, o mejor dicho, así vegetan, pues su aspecto es enfermizo y seguramente no llegan a larga vida. En la estación de aguas hacen sus pozos y sus atajaderos en el punto que creen más conveniente de las orillas del lago, y recogen su cosecha de sal. Ya esto es una industria que les proporciona comprar algunas varas de manta, cera para la Virgen y, si algo más les sobra, lo emplean en cohetes, a los que son muy afectos y que queman en la primera solemnidad religiosa que se presenta. Años hay que las lluvias son abundantes, y entonces los potreros de Aragón se inundan, las obras hechas para recoger la sal son arrebatadas por las corrientes y el pueblecito queda formando una isla; si las aguas suben, entran en las casas y los habitantes tienen que abandonarlas, se van a Zacoalco o a otros pueblos y haciendas vecinos a acomodarse de peones. Las mujeres no se sabe a punto fijo lo que hacen, pero es probable que siguen ejerciendo su industria y encuentran hospitalidad en los pueblos de indios vecinos.

A este pueblo pertenecían, o al menos lo habitaron mucho tiempo, las dos brujas a quienes trataba de buscar don Espiridión.

Cómo y cuándo las dos mujeres fueron a ese pueblecillo que nombraremos de la Sal, no es fácil averiguarlo. Ese terreno inservible, salitroso, pequeño e incapaz de cultura, probablemente formaba parte de las parcialidades de San Juan y de Santiago, es decir, de los terrenos que antes de la Conquista pertenecían a la isla de Tlaltelolco (isla arenisca) terreno más elevado sobre el nivel ordinario del lago y donde vivía la gente de comercio y de trabajo. Con raras excepciones, ni Hernán Cortés ni sus sucesores dispusieron de esa parte de la ciudad y dejaron a los indios que lo habitaban en sus respectivas propiedades. En el curso del tiempo, no sabiéndose ni pudiéndose distinguir ni hacer una división por familias, se declaró que esos terrenos pertenecían en lo general a los indígenas que de hecho vivían en ellos o los explotaban, y se formaron las dos parcialidades de San Juan y Santiago, bajo el patrocinio del gobierno y del Ayuntamiento de México. Con estos títulos, sin duda, fueron acudiendo a esa eriaza cuchilla (así es su forma) de tierra, uno tras otro, los más pobres, los más humildes indígenas, realmente sin patria ni hogar, construyendo con barro una serie más bien de madrigueras que no de casas, hasta formar el más desamparado, el más triste, el más miserable de cuantos pueblos se pueda figurar la más melancólica fantasía. Allí nació tal vez una de las brujas, y vivió de la venta de los mosquitos para los pájaros, sea que ella los cogiera directamente del lago, sea que otros indios pescadores se los diesen para venderlos en las casas de la villa y de la ciudad o cambiarlos por mendrugos de pan y sobras de comida. Un indio viejo, que era como el jefe o rey de esta miserable colonia, le enseñó a recoger en los potreros y en los sembrados yerbas ya verdes o secas, hacer con ellas cocimientos medicinales que tomaban en sus enfermedades los habitantes, porque jamás médico alguno educado en los colegios o en la Universidad, había pisado los linderos de esa tierra. Vivían, se enfermaban, sanaban, se morían como perros, sin apelar a nada ni a nadie más que a ellos mismos. Probablemente los cadáveres se enterraban de noche en los bajos fangosos de los potreros cercanos, porque no tenían con que pagar los derechos a la parroquia de Santa Ana, a donde tal vez pertenecía el pueblecillo. Ni el cura de esa parroquia ni de ninguna otra les había instruido en la religión católica, ni sabían lo que era rezar ni leer; hablaban su idioma azteca y poco y mal el español, conservaban también poco las tradiciones de sus usos antiguos y de su

religión, y de lo moderno no conocían ni adoraban más que a la Virgen de Guadalupe.

En el estrecho cuartito de la bruja vivía otra de mucha menos edad que ella. Todos los varones del pueblecillo, como la mayor parte de los indios, tenían el nombre de José y las mujeres el de María con alguna añadidura. Apellido ninguno, probablemente muchos ni bautizados estaban. A las dos mujeres les llamaban las dos Marías; pero para distinguirlas, a la mayor le decían María Matiana y a la menor María Jipila, sin saberse por qué aplicaban a la otra este segundo dictado. Sea que el indio viejo que se conocía por José Sebastián fuese uno de esos *naturales naturalistas* y hechiceros de raza, o sea porque las dos Marías, que eran parientes, tuviesen una vocación para la botánica, el caso es que se dedicaron a recoger plantas y a estudiar sus virtudes terapéuticas haciendo experiencias entre los perros y las gentes del pueblo, primero, y más adelante entre los vecinos del barrio de Santa Ana y los muchos arrieros de que los mesones estaban llenos siempre. Mientras una continuaba el comercio de los mosquitos, la otra extendía sus excursiones a lejanas tierras, como quien dice, pues los potreros inundados de Aragón y las llanuras salitrosas de Guadalupe no le suministraban suficientes elementos. Se les veía, ya a la una, ya a la otra, por las lomas de los Remedios, por la hacienda de los Morales, por el Cabrío de San Angel y por las huertas de Coyoacán. Matiana hizo una vez una excursión a Cuernavaca, vivió como una semana en los bosques cercanos y volvió con verdaderas maravillas. María Jipila a su vez se aventuró por el rumbo de Ameca, de Tenango, hasta Cuautla, y regresó al cabo de un mes con preciosidades, dejando, además, corresponsales en la montaña y en el bosque de Tierra Caliente para recibir periódicamente culebras, tarántulas, alacranes, gomas, resinas, cortezas de árboles y plantas rarísimas, cuyas virtudes le enseñaron a conocer los indígenas de esas tierras como secretos nunca revelados a los de raza blanca o a la gente de razón.

Cuando las dos Marías establecieron con cierto crédito su nuevo comercio, mucho más lucrativo y noble que el de los mosquitos y acociles, abandonaron el pueblecillo de las salinas y vinieron a residir a Zacoalco. Situado en la falda de una serranía desolada, cubierta de abrojos, y en las márgenes áridas y color de ceniza del lago, nada tiene de agradable, pero para ellas era una gran capital y estaban, como quien dice, en su centro, cerca del lago, que constituía su despensa. Con el mosquito, y en caso apurado ranas, mesclapigues y acociles, tenían para comer; y si caía algo en dinero, lo dedicaban a maíz, leña y manta. Cerca de la villa de Guadalupe y también de la capital, tenían su clientela de marchantes y enfermos, y la divinidad a quien obedecían y adoraban. Por sí y ante sí se apoderaron de un paredón, es decir, de una casa o choza ruinosa, sin que nadie se opusiera; poco a poco le fueron poniendo su techo con pencas de maguey, después una puerta de varejones secos, luego arreglaron la cocina, finalmente lograron una habitación cómoda, abrigada del aire y del frío y amueblada con cuatro o cinco buenos petates, un tinajero, varios tecomates y guajes, dos metates, cántaros, cazuelas y ollas de barro, ayates y chiquihuites, vasos del vidrio verde de Puebla, frazadas del Portal de las Flores y sábanas de manta. Era un lujo asiático o más bien dicho azteca. Las familias de la clase media antes de la conquista no vivían mejor.

. . . . . .

LUIS G. INCLAN

ASTUCIA

CAPÍTULO VII

. . . . . .

—¡Qué mal rato me has dado con tu tardanza, Lorenzo! ¿Qué te había sucedido? —Nada, hermano, sino que antier a las cinco de la tarde todavía pisaba yo por las inmediaciones de mi casa; a esas horas emprendí mi jornada, y cortando por esos maldecidos montes tan llenos de barrancas, no vine a dar resuello sino hasta la salida del Encinal de Yereje, no habiéndome sido posible llegar aquí de una vez, porque uno de mis caballos se empezó a vaciar.

—¿Sabes, Lorenzo, dijo Alejo mirándolo de arriba a bajo, que con ese traje de ranchero que llevas con soltura, tus pistolas al cinto, asomando la cacha de tu puñal en la doblez de la bota de campaña y sabiendo que tienes buena garra, me avergüenzo de estar a tu lado y parezco un sacristán?

—No te burles de mí, Alejo, contestó sonrojándose; pues estos señores que por primera vez he tenido el honor de saludar, creerán que soy algún perdona vidas. —No lo digo por eso; sino que efectivamente tu presencia infunde respeto, y desde luego se conoce que eres un verdadero charro, que hará más temible a la sociedad de los *Hermanos de la Hoja;* conque vamos al negocio: los señores que aquí miras presentes, son mis hermanos. Este es José López, criollo, de Paquisihuato, conocido por *Pepe el Diablo.* Este es José María Morales, de San Felipe del Obraje, y le llamamos *Chepe Botas,* vecino de este otro que se llama Atanasio Garduño, y lo conocen por *Tacho Reniego.* Este es Juan Navarro, natural de Tepantitlán, cerca de Guadalajara, y se titula el *Tapatío;* y yo que como sabes muy bien, soy de Tepustepec y me dicen *El Charro Acambareño,* en lugar de mi verdadero nombre que es Alejo Delgado. Ya te di prontamente a conocer a todos, y me resta saber si vienes por fin determinado a pertenecer a nuestra corta sociedad: te dije que el habernos reunido nos ha librado de algunos lances, que hemos hecho intereses comunes, para trabajar y defenderlos con más vigor y fuerza, y que nuestro compromiso sólo se reduce a jurar y sostener, si necesario fuere con nuestra propia sangre, ser TODOS PARA UNO, UNO PARA TODOS, en todo el sentido de la palabra.

—Estoy resuelto, contestó Lorenzo; y más me anima tener el orgullo de ser compañero de todos ustedes.

—Corrientes, todos te admitiremos, pero no extrañes que hagamos una pruebita. —La que gusten, respondió parándose. Entonces, dijo Pepe a sus compañeros a la vez que les hizo una seña muy significativa, le quitaremos sus pistolas. Y al instante todos se abalanzaron, cual si fueran hambrientos lobos sobre su presa; al oír Lorenzo aquella amenaza, desenganchó al momento los trabucos y trató de cubrir su espalda, defendiéndolos vigorosamente. Ruda y tenaz fue la lucha, pero mucho más la resistencia; pues sirviéndole a Lorenzo sus fuerzas hercúleas, sólo a empellones se los quitaba de encima, llevándose ellos entre sus manos lo que podían agarrar, hasta que dejándolo casi en cueros y convencidos de su energía, pujanza y sobre todo sangre fría, dijo Pepe lleno de sudor y jadeando de fatiga: ¡Basta! A su voz todos se pararon; y Lorenzo, con toda la ropa hecha pedazos, con mucha tranquilidad volvió a engancharse los trabucos, se limpió la frente y cruzó de brazos sin hablar

una palabra. Alejo se paró, y dirigiéndose a los demás, les preguntó: ¿Qué les parece mi recomendado? Magnífico, contestaron a una voz. —¿Se recibe en nuestra asociación, y estarán contentos con su compañía? —Está admitido, y a honor tendremos el ser sus hermanos.

—Gracias, caballeros, respondió Lorenzo, el honor será para este infeliz aguardentero, que su buena suerte le ha traído a juntarse con los hombres, y me llenaré de vanidad al considerarse su hermano, ofreciéndome gustoso a correr su misma suerte, a ser *todos para uno, uno para todos;* y por lo mismo rindo a sus plantas estas pistolas, que un momento de vanidad dieron origen a que entre sí lucháramos, y con paso firme puso en el suelo las pistolas.

Se paró Pepe, las alzó, y poniéndolas sobre la mesa, dijo: Perdona, hermano mío, si deseosos de calificar tu carácter, resignación y pundonor, hemos despojádote de cuanto tenías; pero necesitábamos para recibirte estar satisfechos de ello, y al propio tiempo darte una corta idea de los continuos ataques que tendrás que sufrir: no dudamos que así como tenazmente has defendido tus pistolas, en un caso inesperado, defenderás también nuestros comunes intereses: ahora sigue otra demostración que a todos nos será satisfactoria. Te he despojado de tu puñal y hecho pedazos tus elegantes calzoneras, toma en cambio mi belduque y ponte estas otras, que guarnecidas, tenía destinadas como una insignificante muestra de amistad.

—Yo, dijo *Chepe Botas,* le quité su sombrero, que no dejó de salir averiado; pero aquí está este otro que lo reemplaza; y le dio uno muy galoneado con sus toquillas y chapetas de valor.

—Yo, continuó diciendo el *Tapatío,* a pedazos lo despojé de su chaleco y mascada; aquí está éste que no se ha usado y esta mascada con un anillo, que por haber sido de mi madre, lo tengo en alguna estima y gustoso se lo endono.

—En cambio de tu chaqueta de paño fino, que no resistió muchos jalones, dijo *El Charro Acambareño,* hazme el favor de ponerte esta chamarra de venado, que aunque guarnecida de plata y de algún precio, nunca puede satisfacer a mis deseos de patentizarte mi amor y estimación.

—Yo, dijo al último *Tacho Reniego,* le hice trizas su camisa y calzoncillos, pero fue porque tenía empeño en que estas prendas fueran sustituidas con estas otras, con que mi novia me ha dado a conocer el mérito de sus manos. Y le presentó ambas piezas primorosamente trabajadas.

Atónito Lorenzo los miraba a todos; y advirtiendo el desinterés con que cada uno lo fue regalando con ropa sumamente lujosa, no hallaba cómo demostrar su agradecimiento, por lo que se limitó a decirles: Señores, amigos y compañeros, o más bien dicho, hermanos míos, nada tengo, nada valgo; mas lo único que poseo, que es mi existencia, la ofrezco gustoso en favor de nuestros comunes intereses. ¡Vivan los Hermanos de la Hoja! — ¡Vivan! repitieron todos a la vez, dándole fuertes abrazos y ayudándole allí mismo a vestir la ropa que le regalaron, embromándolo y llenos de buen humor.

. . . . . .

JOSE TOMAS DE CUELLAR

BAILE Y COCHINO...

Capítulo I

PREPARATIVOS DEL BAILE Y DEL COCHINO

Se trata de celebrar el cumpleaños de Matilde, la niña de la casa, y su papá, que la quiere mucho, y además acaba de hacer un negocio gordo, va a echar la casa por el balcón.

Matilde, ante todas las cosas, quiere bailar, a pesar de las objeciones de su mamá, una buena señora, muy sencillota y muy ranchera.

Es preciso darle gusto a Matilde y esta idea triunfa de todos los escrúpulos.

—¡Baile! —decía la mamá—, ¿cómo vamos a hacer baile cuando casi no tenemos relaciones en México?, ¿quiénes vienen a bailar?

—En cuanto a eso, mamá, no te apures, yo convidaré a las Machucas.

—¿Quiénes son las Machucas?

—Las muchachas de allá enfrente. Ya nos saludamos, y estoy segura de que si las convido en forma, vendrán.

—Yo, por mi parte —agregó el papá—, haré por ahí mi colecta de amigos.

—¿Y de amigas también? —preguntó la señora a su marido.

—Mira, en cuanto a amigas, yo no tengo aquí todavía conocimientos; pero creo no faltarán.

—Bueno, pues si ustedes se encargan de la concurrencia, ¿qué vamos a hacer? *Haremos baile.*

Nótese que la señora de la casa había dicho, *haremos baile,* a propósito de lo cual se hace necesaria aquí una digresión.

Son dos cosas enteramente distintas *dar un baile* y *hacer baile,* como son distintas también *dar una comida* o *hacer comida.*

Da un baile la persona que con cualquier pretexto de solemnidad invita a sus amigos a pasar unas cuantas horas en su compañía. El pretexto es lo de menos, el objeto principal del baile es estrechar los vínculos de amistad y los lazos sociales por medio de la amena distracción que proporciona a sus amigos.

En este caso los amigos son los que se consideran obsequiados y favorecidos, y después de concurrir al baile, en virtud del convite, están obligados a hacer una visita al anfitrión para demostrarle su reconocimiento, y luego para hacer entender que corresponden a la intención social del convite de estrechar y frecuentar las amistades. En este sentido también se toma dar una comida, dar un té, dar un concierto, etc.

Ahora bien; *hacer baile* es reunir música, refrescos, luces y gentes para bailar, comer y refrescarse, y santas pascuas.

La señora mamá de Matilde, como se verá, no *da baile,* ni mucho menos; ¡qué había de dar! ni ella estuvo nunca en si es lo mismo dar que hacer, ni si el baile es para obsequiar a otros o para obsequiarse a sí mismo; de manera que aquello de la concurrencia, que cuando se da un baile es precisamente la parte principal, para doña Bartola, que así se llamaba la mamá de Matilde, era lo de menos.

Ya contaban con que vendrían las Machucas, que eran tres pollas que, por su talla, por lo delgadas de carnes y lo bisbirindas y alegres, debían ser tres bailarinas de primera fuerza.

Contaban, además, con que un amigo de la casa, encargado de *conseguir parejas,* iba a invitar a una señora que tenía dos hijas. No se sabía qué clase de señora era aquella; pero en cuanto a las hijas, que era, como quien dice, la infantería de línea, el amigo aquel aseguraba que sabían echar un vals a dos tiempos que daba miedo. Estas chicas, también por su complexión, no había miedo ni de una apoplejía ni de que se desmoronaran en el camino; guardaban, pues, condiciones de *bayaderas* y, por lo tanto, había que esperar que fuesen incansables.

—¿Quién es esa señora de las dos hijas? —preguntaba el amigo colector de bailarinas.

—Es una señora gorda.

—Ya, pero...

—En cuanto a eso, no tiene más peros que el que se empeñan las gentes en decir que es un poco alegre.

—¡Alegre! —exclamó doña Bartola—. Entonces, mejor, puesto que se trata de baile. ¡Qué vamos a hacer con gentes estiradas y tristes! Esa señora alegre me conviene. Saldaña, tráigala usted, y le recomiendo que las demás parejas sean también alegres.

Saldaña y el papá se hicieron un guiño.

—Pero oiga usted, Saldaña: ¿qué, no será cosa que?... —dijo el papá, llevándose a Saldaña a su gabinete.

—No, señor, toda la alegría de esa señora es que la tiene ahora don Gabriel, pero eso es todo.

—¡Ah! ¿conque la tiene?

—¡Vaya!, desde el año pasado; y como ella no coquetea con ciertos pollos, se vengan las males lenguas corriendo la voz de que es alegre: ¡ya conoce usted lo que son las gentes!

—Bueno, pues ya tenemos a las Machucas, que creo son dos, y a la señora de las dos niñas... Pero ¿la dejará venir don Gabriel?

—Vea usted; viniendo don Gabriel, viene ella; pero para eso no hay que decir nada a la señora de don Gabriel.

—Es cierto.

—De manera que no hay que pensar en don Pancho ni en Riquelme, porque son amigos de la casa.

—Bien, hombre, Saldaña, bien; pero nos falta gente.

—¿Conoce usted a Camacho?

—¡Cómo no!

—Tiene el maldito ahora una muchacha guapísima, y ¡qué bailar de criatura! ¡y qué cintura aquella! ¡y qué pies, y qué!

—Convide usted a Camacho.

—Ahí tiene usted. Esa es una brillante adquisición, porque es una joven que puede lucir en cualquier parte.

—¡Bravísimo! Bien me decía mi mujer: mira a Saldaña, que conoce a todo México, y él nos llena la sala.

—En cuanto a eso, no tenga usted cuidado. Sólo que no se le olvide a usted tomar en alquiler siquiera otras dos docenas de sillas.

—¿Las alquilarán?

—Sí; yo me encargo de eso.

—Gracias, Saldaña, mil gracias; es usted el hombre de las circunstancias.

—Y a todo esto, ¿qué se les da de beber?

—En cuanto a beber —repitió Saldaña—, según la bolsa. Champagne y licores. Eso depende de lo que se dé de comer. Vea usted: se pueden poner carnes frías, gelatinas, pasteles...

—Eso es, me parece muy bien: pasteles, carnes frías y... ¿qué decía usted?

—Gelatinas.

—¿Y ésas cómo?

—Se mandan hacer.

—¿Dónde?

—Yo me encargo de eso.

—¡Bueno, hombre, bueno! Porque yo, la verdad, soy muy torpe para esas cosas.

—No has contado con la huéspeda —gritó doña Bartola—. No tenemos un trasto, y se van a necesitar muchos vasos, y muchos platos, y muchos...

—Se alquila —dijo Saldaña—; todo eso se alquila.

—¿Y cubiertos?

—Se alquilan.

—¿Y manteles?

—Todo lo habrá, señora. Pierda usted cuidado.

. . . . . .

Gracias —dijo Saldaña arrebatando un *vol-au-vent* de ostiones, que engulló en dos bocados—. Vamos a la factura, don Quintín.

Este abrió un libro, y puso el tintero sobre el mostrador. Los dependientes y algunos otros parroquianos que estaban presentes, dejaron de fijar su atención en Saldaña, quien bajando la voz dijo a don Quintín, *tête a tête.*

—Se trata de... ya sabe usted, el marido de Bartolita va a dar un baile y yo soy el comisionado de los licores.

—¿Es tomador? —le preguntó don Quintín.

—¡Quite usted allá! ¡qué tomador! ¿Se acuerda usted del *Chateau Lerouse* del otro día?

—Sí.

—Le pareció detestable. Es de estas gentes que se enriquecen de la noche a la mañana, y creen que eso les basta para conocer los caldos y para saber beber. Eso sí, él pretende ser muy garboso y le gusta lo caro.

—Bueno, pues le pondremos una facturita...

—Sí; yo diré a usted cómo la combinamos de manera que haga bulto y que...

—Ya comprendo.

Saldaña empezó a dictar, inquiriendo el precio de cada efecto y haciendo a la vez un apunte en su cartera. Después de dictar muchas partidas, Saldaña creyó que la concurrencia tendría lo suficiente.

Volvió a tomar otro *vol-au-vent,* una rebanada de pan con jamón y pidió cognac. Siempre que Saldaña hacía un negocio con don Quintín, tomaba *lunch* doble.

VICENTE RIVA PALACIO

UN STRADIVARIUS

—¿Qué es lo que usted desea? Pase usted, caballero; aquí hay todo lo que puede necesitar. Tome usted asiento si quiere...

—Mil gracias. Deseaba yo ver unos ornamentos de iglesia de mucho lujo.

—Aquí encontrará usted cuanto necesite: casullas, capas pluviales, cíngulos, amitos, paños de corporales, palios, en fin, todo muy bueno, de muy buena clase, muy barato y para todas las fiestas del año.

—Pues veremos; porque tengo un encargo de un tío muy rico, de Guadalajara, que quiere hacer un obsequio a la Catedral.

El vendedor era el señor Samuel, un rico comerciante y dueño de una gran joyería situada en una de las principales calles de México; pero en ella tanto podían encontrarse collares y pulseras, pendientes y alfileres de brillantes, de rubíes, de perlas y esmeraldas, como ornamentos de iglesia, y custodias de oro, y cálices y copones exquisitamente trabajados, como lujosos muebles y objetos de arte, de esos que constituyen la floración del gusto.

El señor Samuel, bajo de cuerpo, gordo, blanco, rubio, colorado, con la cabeza hundida entre los hombros y las narices entre los carrillos, tenía fama de ser un judío porque se llamaba Samuel, porque era muy rico y muy codicioso, porque gustaba mucho de comer carne de cerdo, lo cual para el vulgo era una prueba de que su religión se lo prohibía, fundándose en que la prohibición causa apetito, y, por último, porque los sábados estaba tan alegre como los cristianos en domingo.

El otro interlocutor era un joven pálido, alto y delgado, mirada triste, melena lacia, levita negra vieja y pantalón ídem, es decir, negro y viejo. Además, aunque esto debía ser accidental, llevaba en la mano izquierda un violín metido en una caja forrada de tafilete negro con adornos de metal amarillo, que semejaba el ataúd de un párvulo.

A no caber duda, era un músico.

Dejó el músico la caja sobre el mostrador. Comenzó D. Samuel a presentar ornamentos y se tomaron medidas, y se hicieron cálculos, y comparaciones, y apuntes, y, por fin, después de cerca de una hora de conferencia, el músico tenía ya todos los datos para escribir al tío y esperar la respuesta y el giro, y recoger los objetos elegidos. Guardóse en el bolsillo el presupuesto definitivo, y antes de retirarse dijo a D. Samuel:

—¿Tendría usted inconveniente en que dejara yo aquí este violín, mientras no le necesito, para no tener que cargar con él hasta mi casa, que vivo lejos?

—Ninguno —contestó el judío.

—Pero es que quisiera yo que no fuera a maltratarse, porque lo estimo en mucho.

—¡Oh! Pierda usted cuidado: vea usted dónde le coloco, y ahí lo encontrará usted sin que nadie lo haya tocado.

Y como trataba de halagar a tan buen comprador, colocó cuidadosamente la caja en una *vitrina* en el lugar más ostensible de la tienda.

A la mañana siguiente, entre la multitud de compradores que entraron en la casa de D. Samuel, llegó un caballero como de cuarenta años, de aspecto aristocrático, elegantemente vestido. Buscaba un alfiler para corbata, y no pudo hallarle

tal y como lo deseaba; pero, ya al retirarse, le llamó la atención la caja del violín tan vieja y mal tratada, en medio de tantos objetos brillantes y lujosos.

—¡Qué! ¿También vende usted instrumentos de música, o tan bueno es ese violín que lo guarda usted aquí, en esa caja tan horrible.

—No es cosa mía: me lo dejaron a guardar, y con tales recomendaciones que sólo ahí me pareció seguro.

—¡Hombre! pues es curioso: enséñemelo usted, que yo soy también aficionado a violines: ¡debe ser cualquier cosa!

El judío bajó la caja y la abrió: el caballero tomó el instrumento, se lo colocó garbosamente, como quien acostumbrado estaba a pulsarle, pasó el arco sobre las cuerdas, miró el violín con extrañeza y lo volvió por todos lados; percutió la caja con el dedo, y después de tan maduro examen alzó el rostro, y mirando fijamente a D. Samuel, le dijo con solemnidad:

—Pues no es una cualquier cosa como yo había creído; éste es un violín de Stradivarius legítimo, y si usted quiere por él seiscientos duros, en este momento, sin moverme de aquí, se los doy y me lo llevo.

El judío abrió desmesuradamente los ojos y la boca y los oídos, y hasta las manos, no sólo por el descubrimiento, sino porque soñaba en una buena ganancia comprando el violín al pobre músico, que de seguro estaba necesitado, y de seguro también no sabía el gran precio del instrumento. Ocurriósele en seguida lo que debía hacer, y contestó a aquel caballero diciéndole:

—Mire usted, el violín no es mío; pero si usted tiene tanto empeño en poseerle hablaré al dueño, aunque me parece que ha de ser exigente y ha de querer mucho por él.

—¿Que si tengo empeño? Pues ya lo ve usted; como que ésta es un alhaja de príncipe. En París, cuando por casualidad hay un Stradivarius, vale como quina diez o doce mil francos.

—¿Y hasta cuánto puedo ofrecer?

—Pues oiga usted mi última palabra. Si me lo consigue usted por mil duros, le doy a usted cincuenta de corretaje, y pasado mañana vendré a saber la resolución, porque tengo que salir para Veracruz y no puedo perder más tiempo.

Al siguiente día el pobre músico llegó a la casa del judío; no había noticia aún del tío que encargaba los ornamentos, pero el músico venía a recoger su violín.

El judío lo sacó de la *vitrina* afectando la mayor indiferencia, y antes de entregarlo le dijo:

—Hombre, si quisiera usted vender este violín, yo tengo un amigo que es aficionado y quiero hacerle un obsequio, supuesto que usted dice que es bueno.

—¡Oh! no, señor; yo no lo vendo.

—Pero yo lo pago muy bien: le daré a usted trescientos duros.

—¿Trescientos duros, señor? Por el doble no lo he querido vender.

—¡Bah! ¡si esas son exageraciones! Pero, para que vea usted que quiero favorecerle, le daré seiscientos.

—No, señor, de ninguna manera.

—Setecientos.

—Mire usted: estoy muy pobre, tengo que sostener a mi madre, que está enferma, y cubrir además otras necesidades. Si usted me diera ochocientos duros se lo

dejaría, pero en el acto; y lo habría usted de quitar de aquí en seguida, porque es para mí como arrancarme un pedazo del corazón.

Don Samuel hizo el cálculo. Ochocientos me cuesta: en mil se lo doy al caballero que debe venir esta tarde, y que me ha ofrecido además un corretaje de cincuenta; gano doscientos cincuenta de una mano a otra. Y continuó diciendo en voz alta.

—Bien, joven; para que vea usted que tengo empeño en servirle, aquí están mis ochocientos pesos.

Y abriendo una caja de hierro, sacó en oro el dinero, que entregó al músico.

El joven lo recibió profundamente conmovido; y diciendo a media voz: "¡Madre mía! ¡madre mía!", y enjugando con un pañuelo viejo una lágrima que brotaba de sus ojos, salió del almacén precipitadamente.

::

Ocho días transcurrieron sin que el caballero que deseaba comprar el violín se presentara en la tienda a cumplir su promesa, cuando entró por casualidad en ella uno de los más famosos violinistas europeos, que había llegado a México a dar algunos conciertos.

—A ver qué le parece a usted este violín —le preguntó a D. Samuel, que ya le conocía, abriendo la caja y mostrándole el *Stradivarius.*

El maestro tomó el violín, empuñó el arco y le hizo correr dos o tres veces sobre la encordadura.

—Pues esto es una carraca; con cinco duros estaría bien pagado.

Si matara un desengaño, al día siguiente debían haber enterrado a D. Samuel.

Muchos años después enseñaba el violín, diciendo:

—Fui muy bruto. Ochocientos duros me ha costado esta lección de música.

IGNACIO M. ALTAMIRANO

LA NAVIDAD EN LAS MONTAÑAS

I

El sol se ocultaba ya: las nieblas ascendían del profundo seno de los valles; deteníanse un momento entre los oscuros bosques y las negras gargantas de la cordillera, como un rebaño gigantesco; después avanzaban con rapidez hacia las cumbres; se desprendían majestuosas de las agudas copas de los abetos e iban por último a envolver la soberbia frente de las rocas, titánicos guardianes de la montaña que habían desafiado allí, durante millares de siglos, las tempestades del cielo y las agitaciones de la tierra.

Los últimos rayos del Sol poniente franjaban de oro y de púrpura estos enormes turbantes formados por la niebla, parecían incendiar las nubes agrupadas en el horizonte, rielaban débiles en las aguas tranquilas del remoto lago, temblaban al retirarse de las llanuras invadidas ya por la sombra, y desaparecían después de iluminar con su última caricia la oscura cresta de aquella oleada de pórfido.

Los postreros rumores del día anunciaban por dondequiera la proximidad del

silencio. A lo lejos, en los valles, en las faldas de las colinas, a las orillas de los arroyos, veíanse reposando quietas y silenciosas las vacadas; los ciervos cruzaban como sombras entre los árboles, en busca de su ocultas guaridas; las aves habían entonado ya sus himnos de la tarde, y descansaban en sus lechos de ramas; en las *rozas* se encendía la alegre hoguera de pino, y el viento glacial del invierno comenzaba a agitarse entre las hojas.

II

La noche se acercaba tranquila y hermosa: era el 24 de diciembre, es decir, que pronto la noche de Navidad cubriría nuestro hemisferio con su sombra sagrada y animaría a los pueblos cristianos con sus alegrías íntimas. ¿Quién que ha nacido cristiano y que ha oído renovar cada año, en su infancia, la poética leyenda del Nacimiento de Jesús, no siente en semejante noche avivarse los más tiernos recuerdos de los primeros días de la vida?

Yo ¡ay de mí! al pensar que me hallaba, en este día solemne, en medio del silencio de aquellos bosques majestuosos, aun en presencia del magnífico espectáculo que se presentaba a mi vista absorbiendo mis sentidos, embargados poco ha por la admiración que causa la sublimidad de la naturaleza, no pude menos que interrumpir mi dolorosa meditación, y encerrándome en un religioso recogimiento, evoqué todas las dulces y tiernas memorias de mis años juveniles. Ellas se despertaron alegres como un enjambre de bulliciosas abejas y me trasportaron a otros tiempos, a otros lugares; ora al seno de mi familia humilde y piadosa, ora al centro de populosas ciudades, donde el amor, la amistad y el placer en delicioso concierto, habían hecho siempre grata para mi corazón esa noche bendita.

Recordaba mi pueblo, mi pueblo querido, cuyos alegres habitantes celebraban a porfía con bailes, cantos y modestos banquetes la Nochebuena. Parecíame ver aquellas pobres casas adornadas con sus *Nacimientos* y animadas por la alegría de la familia: recordaba la pequeña iglesia iluminada, dejando ver desde el pórtico el precioso *Belén,* curiosamente levantado en el altar mayor: parecíame oír los armoniosos repiques que resonaban en el campanario, medio derruído, convocando a los fieles a la *misa de gallo,* y aun escuchaba con el corazón palpitante, la dulce voz de mi pobre y virtuoso padre, excitándonos a mis hermanos y a mí a arreglarnos pronto para dirigirnos a la iglesia, a fin de llegar a tiempo; y aun sentía la mano de mi buena y santa madre tomar la mía para conducirme al oficio. Después me parecía llegar, penetrar por entre el gentío qué se precipitaba en la humilde nave, avanzar hasta el pie del presbiterio, y allí arrodillarme, admirando la hermosura de las imágenes, el portal resplandeciente con la escarcha, el semblante risueño de los *pastores,* el lujo deslumbrador de los *Reyes magos,* y la iluminación espléndida del altar. Aspiraba con delicia el fresco y sabroso aroma de las ramas de pino, y del heno que se enredaba en ellas, que cubría el barandal del presbiterio y que ocultaba el pie de los blandones. Veía después aparecer al sacerdote revestido con su alba bordada, con su casulla de brocado, y seguido de los acólitos, vestidos de rojo con sobrepellices blanquísimas. Y luego, a la voz del celebrante, que se elevaba sonora entre los devotos murmullos del concurso, cuando comenzaban a ascender las primeras columnas de incienso, de aquel incienso recogido en los hermosos árboles de mis bosques nativos, y que me traía con su perfume algo como el perfume de la infancia, resonaban todavía en mis oídos los alegrísimos sones populares con que los tañedores de arpas, de bandolinas y de flautas, saludaban el nacimiento del Salvador. El *Gloria in excelsis,* ese cántico que la religión cristiana poéticamente supone

entonado por ángeles y por niños, acompañado por alegres repiques, por el ruido de los petardos y por la fresca voz de los muchachos del coro, parecía transportarme con una ilusión encantadora al lado de mi madre, que lloraba de emoción, de mis hermanitos que reían, y de mi padre, cuyo semblante severo y triste, parecía iluminado por la piedad religiosa.

JUAN BAUTISTA MORALES

EL GALLO PITAGORICO

Paseaba yo una tarde por la Viga, y por casualidad me detuve junto de un corral, en donde había algunas gallinas y un gallo. Me divertía con ver a aquéllas y a éste pepenar los restos de unas *coladuras* de maíz, cuando observé que el gallo se encaraba hacia mí, con una expresión que no pudo menos de llamar mi atención. Olvidó su comida y sus gallinas, y manifestaba como que quería reconocerme. Por fin se puso de un brinco sobre la punta de un palo en que yo estaba recargado, y me dijo con voz clara y terminante: *¿Eres tú, Erasmo Luján?* Ustedes, señores editores, se harán cargo de mi sorpresa al oír hablar al gallo. Maquinalmente y sin saber lo que decía, le respondí: *Yo soy el mismo, un servidor de usted;* a lo que me contestó: Yo lo quiero ser tuyo, y aún tu amigo, si me lo permites; no te espantes de que me oigas hablar, cómprame, llévame a tu casa, y cuando aclares este misterio, cesará tu sorpresa.

A pesar de esta protesta, yo acá para mí creía que tenía al diablo en el cuerpo; pero la curiosidad pudo más que el miedo. Me informó él mismo de quién era su dueño: le supliqué me lo vendiera; se hizo del rogar por vendérmelo a buen precio; en efecto, se lo pagué bien en clase de gallo, aguardé a que oscureciera, tomé mi gallo debajo del brazo, y marché con él a mi casa. Lo coloqué en mi propio gabinete, le puse una cazuelita con maíz y otra llena de agua limpia, y

En el silencio de la noche, cuando
ocupa el dulce sueño a los mortales

me contó su historia en los términos siguientes:

Dentro de este gallo que tienes delante, está encerrada el alma de Pitágoras. ¿A ver si ahora ríes de mi sistema? Ustedes los ignorantes siempre se burlan de lo que no entienden. ¿Pues cómo, le dije, has venido a dar a este país? Te lo diré brevemente, me respondió. Cansado de animar cuerpos de griegos, viéndolos que ya ni aun sombras son de lo que fueron mis contemporáneos, determiné viajar por la Europa culta, habitando en cuerpos de individuos de varias naciones. En efecto, pedí licencia al *Mónade* para pasar a Europa, y me la concedió. Oí decir que los ingleses eran los mayores filósofos de estos tiempos modernos; pues aquí entra bien mi oficio, como decía vuestro Don Quijote; heme aquí encajada en el cerebro de uno de los más cogitabundos ingleses, que me hacía pensar bastante todos los momentos, que no eran pocos, que no estaba con la *chispa.*

. . . . . .

MEXICANOS

Determiné quedarme en este país, pues aunque los consideraba todavía en la época de las revoluciones, que siempre preceden a la consolidación de un gobierno, y más en una nación nueva, en que la falta de experiencia es preciso que la haga incurrir en mil defectos en política, como tenía, y en efecto conservo una alta idea de la generosidad, de la hospitalidad, del desinterés, de la dulzura del carácter de los mexicanos, supuse que con una poca de constancia, y amaestrados por la experiencia de vuestras mismas aberraciones, llegaría el día en que ocupaseis en el mundo civilizado el distinguido lugar que merecéis por vuestras virtudes, y por los elementos de vuestro suelo, cuyo desarrollo promete una prosperidad sin límites. He aquí mi historia hasta llegar a vuestras costas.

. . . . . .

—Tienes razón, me contestó; y confiando en el buen juicio de tus paisanos, continuaré la relación de mi historia. Me quedé, como te decía, en la atmósfera de tu república; anduve vagando algunos días por aquí y por allí, hasta encontrar el lugar en que se hallaban juntas las almas de los que mueren en este país, esperando cuerpos en que volver a introducirse. Llegué por fin a donde estaban, y me recibieron con tanta cortesía, afabilidad y dulzura, que cuanto había oído acerca de la generosidad de los mexicanos me pareció poco en comparación de lo que yo misma experimentaba, y a sus consejos debo hallarme en este cuerpo de gallo.

—¡Cómo así!, le interrumpí, pues qué ¿no encontraron otra habitación más digna de ti, que proporcionarte?

—No te precipites, me respondió; escucha, y no empieces a culpar a mis queridas amigas las almas de tus paisanos. Jamás he visto tanta multitud de almas reunidas como en la atmósfera de México; no pude menos que preguntar la causa. Consiste, me dijo una alma de un aspecto interesante, pero que manifestaba estar poseída de un grave dolor, en que nosotros parece que hemos dedicado todos nuestros conatos a destruirnos, más bien que a reproducirnos. Oaxaca, Tolomé, la Acordada, los Pozos del Carmen, el Gallinero, el Alamo, San Jacinto, *la gloriosa jornada* del 15 de julio de 1840, la regeneración de 1841, etc., etc., han poblado de almas este lugar, de suerte que si nos convirtiéramos en pesos al salir de nuestros cuerpos, la hacienda pública de México tuviera cada año un superávit en vez de un déficit. Yo, que naturalmente soy pacífica, lamento la suerte de los mexicanos, y pido a Dios con ansia que venga un gobierno que no piense en soldados, sino en labradores y artesanos, y que no se ocupe de la guerra, sino de la población y colonización; mientras que esto no suceda, ha de haber un remanente de almas que en cada revolucioncita se ha de aumentar, y llegará el caso de que hasta nosotros nos pronunciemos unas contra otras, para apoderarnos del primer cuerpecito que veamos formado. —Triste idea me das de tu país, le respondí, y poca esperanza me queda de colocarme en algún cuerpo. —Eso no, me contestó; nosotros los mexicanos somos muy generosos. A más de que apreciamos muchos a los extranjeros, y acaso más de lo regular, principalmente si vienen de Londres o París. Tú serás preferida: te cederemos el lugar, te acomodarás primero que nosotras, aunque nos quedemos en el aire *per omnis saecula saeculorum;* y no sólo esto, sino que te cedemos la elección. Escoge el cuerpo que más te agrade, y desde ahora te lo cedemos.

Di gracias a una alma tan generosa y a las demás, que convinieron con toda sinceridad en lo que ella me había ofrecido, y en seguida les dije: —Almas nobles, que acreditáis el concepto que en todas partes se tiene de la generosidad y benefi-

cencia de los mexicanos, ya que tan bien dispuestas estáis en favor de este extranjero, que ningún mérito tiene para hacerse recomendable a vosotras, yo os suplico y os conjuro por vuestra misma bondad que me sirváis de consejeras para buscar habitación. He llevado muchos chascos en los cuerpos donde he vivido, por haberme entrado de rondón en el que según las apariencias o el juicio que había formado de su nación me parecía excelente. Pero ¡cuánto va de lo vivo a lo pintado! No quisiera que me volviese a suceder lo mismo en vuestra república, por lo que os insto de nuevo para que os dignéis servirme de guía. —Con mucho gusto, respondieron todas *nemine discrepante,* protestándome que no abusarían de la confianza que yo hacía de ellas, y que me dirían ingenuamente la verdad, aun cuando fuera en contra de sus propios paisanos. Con esta seguridad, me expliqué en estos términos: —Sería yo una ingrata si no procurara en cuanto esté en mi arbitrio corresponder a vuestras bondades. Advierto que estoy en un país en que acaba de sembrarse la semilla de la libertad; es preciso cultivarla y protegerla, para que algún día produzca opimos frutos. Elijo por tanto el cuerpo de un guerrero, para ayudaros con mi valor y esfuerzos a defender vuestra naciente libertad.

. . . . . .

FRANCISCO ZARCO

LA CAIDA DE LAS HOJAS

Si sólo una vez habéis recorrido los campos, os habréis recreado contemplando los bosques en que cada árbol ostenta lustroso y espléndido follaje, vuestra vista habrá gozado con la variedad de colores y de formas de las hojas; habréis mirado la brillante del naranjo y del limonero, la menuda del fresno, la plateada del álamo, la melancólica del saúz, los penachos del mango, los abanicos del plátano, y toda esa multitud que presenta un suelo exuberante y fecundo en dones de la Providencia. ¡Qué bello es el gemido del viento de la tarde que vaga agitando blandamente las ramas de los árboles! ¡Qué poesía hay en mirar los moribundos rayos del Sol, penetrar apenas por entre la espesura de las selvas a la hora de las meditaciones y de los dulces pensamientos! Y ese verde de las hojas se embellece, cuando lo esmaltan las flores balsámicas y brillantes, las rosas de mil colores, los girasoles de garbosos tallos... Entonces se escuchan las melodías de las aves, de esos cantores de las florestas, que en cada uno de sus gorgeos y de sus trinos parecen expresar un sentimiento delicado...

Después de haber contemplado todas esas escenas llenas de encanto, si habéis gozado de la verdura y de la sombra, escuchando los mil murmullos de la naturaleza, el zumbido de los insectos, el silbar de las culebras, la voz de los arroyos y de los torrentes; si todo esto ha producido en vuestra mente hermosos y blandos pensamientos, si entonces habéis gozado de los mil tesoros que encierra la memoria de la pasada felicidad, si habéis soñado con un halagüeño porvenir, y habéis dejado que la imaginación se lance en poderoso vuelo a regiones deslumbradoras y poéticas, y si después de todo esto, volvéis a contemplar los bosques en el otoño, cuando el follaje está ya tostado y amarillento, entonces no podréis dejar de experimentar una emoción de tristeza, emoción dolorosa, profunda, porque es mirar la ancianidad con sus cabellos blancos y sus feas arrugas, en la frente de la mujer que ayer inspiraba

amor y voluptuosidad, por que es lo mismo que encontrar arruinada la ciudad que vimos llena de vida, y engalanada de templos y de plazas, que mirar el lujo del sarao y las pompas de la tierra convertirse en cementerio.

El color de las hojas ha cambiado; su lustre se ha eclipsado, la elegancia de sus formas se ha perdido; mustias y amarillentas, el más tenue viento las arranca del tronco, o caen a la tierra convertidas en polvo... se rompen en el suelo, las devora el insecto que temblaba al escuchar su murmullo en mejores días, y el ruido que forman al caer, al chocarse, es monótono y cansado, es un sonido triste que parece una lamentación, una queja de los árboles que miran ir perdiendo poco a poco su pompa y su belleza. Y las hojas siguen cayendo a cada soplo del viento, siguen cubriendo la tierra e inspirando tristeza al hombre que vaga buscando en vano la hermosura indefinible de los campos, hasta que todos los árboles quedan desnudos, con sus ramas secas y repugnantes, sin lugar para el nido de la golondrina que huye de ese cuadro de desolación, sin dar una sombra benigna al viajero cansado y lánguido a quien nada protege de los calores del día. No hay ya belleza, ni verdura, ni flores, ni susurros misteriosos, ni colores brillantes al morir el sol; los troncos y las ramas se dibujan en sombras fantásticas como esqueletos colosales, como espectros caprichosos y extraños... Al ver este cambio, al mirar las selvas convertidas en estacadas, nos entristecemos, sufrimos, porque la vida, la animación de la naturaleza, tiene una influencia irresistible en nuestras ideas y en nuestros sentimientos. Recordamos entonces que todo en la Tierra está sujeto a mudanzas extrañas, interminables, que lo mismo que los bosques pierden su verdor, el hombre pierde sus ilusiones de felicidad, la infancia su inocencia, la juventud sus creencias, la mujer su candor y su virtud, el poeta sus armoniosas inspiraciones... ¡Qué triste es pensar que nada hay estable, que lo que más amamos es tan perecedero como la más menuda hoja de un arbusto, que nosotros mismos desaparecemos de la Tierra haciendo menos ruido que el follaje que se seca y se marchita!

Pero pronto esos troncos descarnados, secos, expuestos a la intemperie, que serán cubiertos de nieve en el rigor del invierno, al sentir el hálito vivificador de la primavera, recobrarán su hermosura. El hombre es verdad que no recobra jamás sus creencias perdidas, pero después del infortunio suele para él lucir el iris puro de la esperanza y de la fe, que hacen entrever una existencia mejor.

Durante la caída de las hojas, mientras pasa esa escena tristísima en medio de los campos, los árboles a medida que pierden hermosura, sazonan sus frutos o esparcen la simiente que los perpetúa en la Tierra. Así, también, cuando se amortigua el brillo de la imaginación, es más profundo el raciocinio y luce más pura la verdad; pero después de mirar caer una a una todas nuestras ilusiones, no queda a veces más que el desencanto y la desesperación, el dolor que desgarra el alma, y que no alivia ni una lágrima, porque después de mucho sufrir ya no se puede llorar.

He gustado siempre de las contemplaciones en medio de los campos; he amado los paseos solitarios, y siempre he encontrado placeres o consuelo en las escenas variadas de la naturaleza; pero siempre que he visto la caída de las hojas, han pasado por mi mente tristes pensamientos, ideas lúgubres, y mi corazón ha sentido emociones dolorosas, porque esa escena se asemeja mucho a la miseria humana, a lo que vale todo lo que seguimos con tanto ardor, consumiendo nuestra existencia, para perderlo en un instante como hoja seca que arrebata el viento para romperla y reducirla a polvo... a nada.

CAPÍTULO X

LA NOVELA REALISTA

Los años en que se cultiva la novela realista en México (1880-1910) coinciden con el gobierno de Porfirio Díaz, con la influencia de la corriente filosófica del Positivismo y con el Modernismo en la poesía. Balzac, Flaubert, Hipólito Taine, los Goncourt y finalmente Zola, establecen las bases del realismo y del naturalismo en Francia, teniendo en consideración la "investigación metódica de documentos sobre la naturaleza humana". La novela debe reflejar la realidad con la objetividad e indiferencia de un espejo y la observación directa debe completarse con la documentación. Un poco más tardía la aparición del género en España, cuenta con autores como Pedro Antonio de Alarcón, Juan Valera, José Ma. de Pereda, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Leopoldo Alas, Armando Palacio Valdés. Tanto la novela francesa como la española influyen en las producciones hispanoamericanas que se escriben después de 1880.

Aunque se haya tomado la realidad como base de las novelas costumbristas de principios de siglo —de Lizardi en adelante—, en las novelas realistas varía el propósito. El principal en este caso es llegar al conocimiento de las causas y soluciones de los problemas que estudia. Estos pueden ser de muy diversa índole: de carácter social, político o científico. Los novelistas sobresalientes de esta escuela en México son: Emilio Rabasa, Rafael Delgado, Angel de Campo, José López Portillo, Heriberto Frías, Federico Gamboa y Carlos González Peña.

EMILIO RABASA. EMILIO RABASA (1856-1930) nació en Ocozocoautla, Chiapas. Hizo estudios en Chiapas y Oaxaca y se recibió de abogado en 1878. Se dedicó al periodismo y a la política, donde alcanzó altos puestos: catedrático, diputado, senador, Gobernador de su Estado y representante del gobierno mexicano en los Estados Unidos. Se distinguió especialmente como jurista y erudito del Derecho constitucional. Rabasa realiza su mayor actividad durante el porfirismo. Colaboró con brillantez en el periodismo nacional y en revistas especializadas en materia jurídica. Fue correspondiente de las Reales Academias española y de jurisprudencia, así como miembro de diversas agrupaciones científicas y literarias. Rabasa representa en México la culminación del pensamiento jurídico liberal.

Cultivó la novela en su juventud. Entre 1887-1888 apareció la serie de *Novelas mexicanas* suscritas con el seudónimo de SANCHO POLO, y en 1891 *La guerra de tres años. La bola, La gran ciencia, El cuarto poder* y *Moneda falsa* forman una sola obra en la cual el autor se significa como el primer novelista realista de indiscutible valor. La acción de *La bola* muestra cómo nace y triunfa una revolución local y se perfilan dos personajes antagónicos: el cacique Cabezudo, ambicioso político sin escrúpulos, y Juanito Quiñones, joven idealista. *La gran ciencia* se identifica con la política, el mejor medio para adquirir prestigio y autoridad. *El cuarto poder* es la prensa y *Moneda falsa* los malos políticos. En *La guerra de tres años* se hace una sátira de lo que llegaron a significar las leyes de Reforma, pasados los años, para el pueblo ignorante.

Emilio Rabasa

Los problemas y tipos de Rabasa pertenecen a la clase media con las instituciones que la caracterizan y las ambiciones que la mueven. A pesar de su actitud de crítica para el romanticismo, sus novelas no se han liberado del todo de las exageraciones sentimentales. Logra evitar la prédica moralizadora y dar con verdad los frutos de su observación directa de la vida social y política que tan bien conocía. Su sentido del humor, su tendencia a reflejar la vida mexicana, lo emparientan con Lizardi, así como el estilo y estructura de sus novelas lo acercan a Galdós.

JOSE LOPEZ PORTILLO Y ROJAS. JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS (1850-1923) nació en Guadalajara, Jalisco. Recibió su título de abogado en 1871. Viajó por Estados Unidos, Europa y el Oriente. Fruto de esta experiencia fue su libro *Egipto y Palestina, apuntes de viaje* (1874). Reintegrado a su ciudad se dedicó a ejercer y enseñar su profesión. Formó parte del grupo de literatos jóvenes de Guadalajara con Manuel Alvarez del Castillo, Antonio Zaragoza, Manuel Puga y Acal y Victoriano Salado Alvarez. Publica la *República literaria* (1886-1890). Fue senador y diputado, Gober-

nador de Jalisco de 1911 a 1913, Ministro de Instrucción Pública y de Relaciones Exteriores. Vivió los sobresaltos de la Revolución y se dedicó después a la enseñanza y a la literatura. Perteneció a la Academia de la Lengua, de la que fue Director, y a otras instituciones de cultura.

López Portillo escribió obras de carácter jurídico, filosófico, político, histórico y religioso. Cultivó la poesía, el cuento, la novela, el drama, la crítica literaria y el periodismo, pero su fama descansa en su obra novelesca y en sus relatos. López Portillo se oponía a las corrientes literarias francesas y proclamaba la necesidad de acentuar el nacionalismo, aunque sin apartarse del genio de la lengua materna. Admiraba a Pereda y a él dedicó *Los precursores* (1909). Su novela más celebrada es *La parcela* (1898), en la que desarrolla, como Inclán, el tema de la vida rural. A López Portillo le interesa, sobre todo, el carácter didáctico y moralista de la novela y difunde las ideas tradicionalistas en religión, moral y política.

Su larga estancia en la capital, en cercana relación con los círculos gubernamentales y económicos más importantes, le permite una vasta visión de la situación del país. Sus viajes y su amplia cultura le ayudan a expresar sus experiencias a través de varios géneros literarios. Los tres períodos de su vida político-social se identifican con los de su producción literaria. De la primera son sus libros de viajes, de historia, filosofía, economía y crítica literaria. Sus poesías, obras dramáticas, novelas cortas y relatos son también de este primer período, que termina con la publicación de *La parcela,* en 1898. El segundo es el de mayor intensidad en la vida política del porfirismo y culturalmente se reduce su producción a la crítica literaria y sociología. Termina esta etapa con la aparición de su novela *Los precursores* (1909). El tercero se caracteriza por su interés en la Historia. Escribe también entonces su estudio *Rosario la de Acuña;* colecciona sus relatos breves: *Historias, historietas y cuentecillos* y termina con la publicación de su tercera y última novela larga: *Fuertes y débiles* (1919). Sus tres novelas importantes presentan tres diferentes momentos en la vida de México: la vida del campo, antes de la Revolución, en *La parcela;* la de la capital de provincia y la Reforma, en *Los precursores;* la sociedad porfirista y la vida de la ciudad capital, en *Fuertes y débiles.*

RAFAEL DELGADO. Rafael Delgado (1853-1914) nació en Córdoba, Veracruz. Inició su educación en Orizaba. Pasó un tiempo en la capital y terminó sus estudios preparatorios en el Colegio Nacional de Orizaba, donde posteriormente sirvió varias cátedras después de 1875, durante dieciocho años. En su juventud se interesó por la poesía lírica y por el teatro. Escribió para varios periódicos, como *El Tiempo, El País* y la *Revista Moderna.* Perteneció a la Academia de la Lengua y al Liceo Altamirano. En 1901 se trasladó a Jalapa, donde enseñó Literatura y Lengua castellana en el Colegio Preparatorio. Por invitación del Gobernador de Jalisco, el también novelista José López Portillo

y Rojas, Delgado se hace cargo de la Dirección General de Educación Pública de ese Estado, en 1913.

A pesar de los intentos en el género dramático, la poesía, la crítica y la literatura preceptiva, Delgado debe su reputación literaria a su obra narrativa. Escribió cuatro novelas: *La Calandria* (1890), *Angelina* (1893), *Los parientes ricos* (1901-1902) e *Historia vulgar*. La primera está considerada como la mejor obra de Delgado por la pintura del ambiente y de las costumbres locales y por la plasticidad de las descripciones. Se plantea el pro-

Rafael Delgado

blema de una muchacha bella y pobre que, convencida de que la sociedad no le ha hecho justicia porque es hija natural, elige, entre sus dos enamorados, al señorito calavera que la hace infeliz y desprecia al joven honrado y trabajador de su misma clase social. *Los parientes ricos* presenta la historia de una familia pobre, de provincia, que acepta la invitación de sus familiares de la ciudad para vivir con ellos y luego son despreciados. *Angelina* cuenta los amores frustrados de un estudiante al volver al ambiente pueblerino. Hay en esta novela cercanía con la famosa *María* de Jorge Isaacs. En sus *Cuentos y notas* (1902) parte del cuadro de costumbres, colecciona tipos pintorescos y recoge recuerdos personales en los que la descripción de la naturaleza ocupa lugar importante. En general se ha encontrado que el valor literario más alto del novelista está en la parte descriptiva, sobre todo en la que se refiere al campo de su región veracruzana. Supo también diferenciar a sus personajes. Su estilo debe mucho a Pereda y a Cervantes. La animación e interés de su prosa, el dominio pleno del idioma, dan un atractivo mayor a sus novelas, en las que se revive con eficacia el lenguaje hablado y se retrata una manera de ser de la sociedad mexicana, en especial la sociedad de provincia de fines del siglo XIX con sus limitaciones y sus vicios, en un amplio conjunto donde "se equilibran felizmente emotividad, talento y sentido crítico".[1]

[1] Mariano Azuela, *Cien años de novela mexicana*, México, 1947, p. 175.

ANGEL DE CAMPO. ANGEL DE CAMPO (1868-1908) nació en la ciudad de México, en el seno de una familia de la clase media. En la Escuela Nacional Preparatoria encontró la orientación de su vocación literaria. Perteneció al grupo de Altamirano. Fueron sus compañeros: González Obregón, Urbina, Salado Alvarez, Gamboa y Dávalos. Estudió sólo un año en la escuela de Medicina debido a necesidades económicas. Trabajó en la Secretaría de Hacienda; fue profesor de Literatura en la Nacional Preparatoria y además periodista. Colaboró en *El Liceo Mexicano, El Partido Liberal, El Mundo Ilustrado,* etc. Con mayor constancia, en la *Revista Azul, El Nacional* y en *El Imparcial,* donde aparecen sus famosas *Semanas alegres.* Hizo populares los seudónimos de MICRÓS y TICK TACK. Con parte de este abundante material periodístico se formaron, en vida del autor, tres libros: *Ocios y apuntes* (1890), *Cosas vistas* (1894) y *Cartones* (1897). En el diario *El Nacional* apareció, en veinte inserciones, su novela *La Rumba* (1890-1891). Contribuyó con su estudio *La hacienda pública desde los tiempos primitivos hasta el fin del gobierno virreinal,* en *México, su evolución social* (1901). La labor periodística de *Micrós,* iniciada desde 1885 hasta su muerte, dejó una producción abundante aunque desigual en calidad, en géneros tan variados como el cuento, la novela, la poesía, la crónica y la prosa narrativa. La producción de *Micrós* se caracteriza por su realismo sentimental. Presenta la pobreza de la ciudad. Capta en sus narraciones, con profundidad y ternura, cuadros de costumbres, escenas de la vida familiar y amorosa, experiencias de la niñez, retratos de personajes típicos, historias de niños y de animales abandonados. *Micrós* es un costumbrista, interesado en la ciudad, que fustiga los vicios e injusticias sociales con fina ironía y tono pesimista. Cultivó simultáneamente el cuento y la novela. De éstas, *La Rumba* es la única que se conserva completa. Aquí se advierte la fidelidad fotográfica del realismo, el cuidadoso análisis del naturalista y el subjetivismo dramático del romanticismo. El lenguaje acorde con el tema, la emoción vívida y tierna, el tono mesurado y discretamente irónico, la rebeldía punzante, el pesimismo inveterado y el calor de piedad humana, son las notas que distinguen a *Micrós* entre los costumbristas mexicanos.

HERIBERTO FRIAS. HERIBERTO FRÍAS (1870-1925) nació en la ciudad de Querétaro. Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria y en el Colegio Militar. Entró al servicio activo con grado de Subteniente de infantería en 1889. Su batallón fue enviado en 1892 a sofocar la rebelión de los indios tomochitecos de la Sierra de Chihuahua contra el gobierno porfirista. Las experiencias que ahí tuvo lo conmovieron vivamente y envió sus impresiones al periódico liberal *El Demócrata.* A causa de estos escritos, Frías se vio envuelto en un proceso que pudo haberle costado la vida. Fue dado de baja en el ejército y se dedicó de lleno al periodismo, poniendo de manifiesto las irregularidades de la admi-

nistración. Escribe para *El Mundo Ilustrado, El Combate, El Imparcial* y la *Revista Moderna.* Como director de *El Correo de la Tarde* (1906), en Mazatlán, se da a conocer como opositor al régimen del Presidente Díaz. Actúa de manera activa en la política. En tiempos de Obregón desempeñó el puesto de cónsul de México en Cádiz. Ahí escribió, casi ciego, su novela *Aguila o Sol.*

Frías es, sobre todo, periodista de combate. Su labor ayudó de manera eficaz en la preparación de la lucha revolucionaria que transformaría al país. De sus seis novelas, la más conocida es *Tomochic,* interesante por el testimonio histórico que ofrece y por la valentía e intensidad con que retrata los cuadros de la campaña en que fue testigo. La obra histórica de Frías consiste en tres volúmenes publicados por la Secretaría de Guerra y Marina sobre: La Guerra de Independencia, La Intervención Americana y La Guerra de Tres Años.

FEDERICO GAMBOA. FEDERICO GAMBOA (1864-1939) nació en la ciudad de México. Aquí continuó los estudios que inició en Nueva York. Hizo la carrera de jurisprudencia. Ingresó al periodismo y en 1889 fue nombrado Secretario de la Legación de México en Guatemala. Pasó después a Río de Janeiro y Buenos Aires. Fue Ministro Plenipotenciario en Centro América; en 1903, encargado de Negocios en Washington. Durante el gobierno de Huerta fue Secretario de Relaciones Exteriores. Al triunfo de la Revolución salió al destierro. Al volver al país, en 1923, se dedicó a sus cátedras de Literatura y Derecho Internacional y al periodismo. Fue presidente de la Academia de la Lengua.

Cultivó la novela, el teatro y el periodismo. Como dramaturgo, además de sus traducciones de obras francesas, escribió *La última campaña* y *La venganza de la gleba,* de contenido social. En 1889 publica su primer libro de novelas breves, *Del natural,* que muestra su conocimiento del naturalismo europeo y marca sus preferencias temáticas. *Apariencias* (1882), *Suprema ley* (1895), *Metamorfosis* (1899), *Santa* (1903), *Reconquista* (1908) y *La llaga* (1912), constituyen su producción novelística. La más famosa de sus novelas es *Santa,* que presenta la vida de una cortesana: las causas que la empujan a esa vida, la degeneración y la muerte. El amor redentor se personifica en Hipólito, un pianista ciego.

CARLOS GONZALEZ PEÑA. CARLOS GONZÁLEZ PEÑA (1885-1955), iniciado en la literatura desde muy joven por estímulo de Justo Sierra, dedicó los mejores frutos de su madurez a la enseñanza y al periodismo. Heredero de los grandes cronistas como Gutiérrez Nájera y Urbina, dejó en el periódico, especialmente en *El Universal,* abundante material recogido posteriormente

sólo en mínima parte: *El patio bajo la luna* (1945), *Gente mía* (1946), *Claridad en la lejanía* (1947), etc. Durante su juventud escribió teatro, *El huerto,* y varias novelas. En este terreno representa la transición entre los novelistas de las postrimerías del porfirismo y los de la Revolución. Por su novela más conocida, *La Chiquilla* (1907), se advierte la preferencia del autor por los recursos del realismo y del naturalismo francés y español. El tema tiene puntos de contacto con los desarrollados por Gamboa y por *Micrós,* en México, unos años antes. A pesar de las aptitudes que González Peña demostró como novelista, tanto en *La Chiquilla* como en *La musa bohemia* (1909) o en *La fuga de la quimera* (1919), abandonó el género para dedicarse a la elaboración de libros de texto y organizar su *Historia de la literatura mexicana* (1928). Perteneció al Ateneo de la Juventud y a la Academia Mexicana de la Lengua.

NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA

EL ROMANTICISMO.—LA NOVELA

Los autores hispanoamericanos más destacados dentro de la novela romántica son: Echeverría, Sarmiento, Mármol e Isaacs.

1.—ESTEBAN ECHEVERRIA (1803-1851). Desde 1830 Buenos Aires recibe las influencias del romanticismo francés. Echeverría viajó a París y aprovechó, en sus fuentes, algunos aspectos de aquel ambiente. De 1830 a 1837 publica poemas que lo consagran como poeta romántico: El regreso, Elvira o la novia del Plata, Los consuelos, La cautiva. *En 1837 se unen alrededor de Echeverría varios jóvenes (Alberdi, Gutiérrez, Sarmiento, Mitre) bajo los postulados de expresión de emociones personales condicionadas por el ambiente americano, rompimiento con España y establecimiento de un gobierno liberal, cuando empieza a vigorizarse la dictadura de Rosas. Al año siguiente fundan la Asociación de Mayo, institución combativa revolucionaria que identifica el romanticismo literario con el espíritu de oposición armada contra Rosas. Por esta razón son desterrados a Montevideo. Convencidos de su responsabilidad social, intensifican su actividad literaria, lo que provoca un renacimiento en Montevideo y en Santiago. Echeverría escribe entonces* El matadero *(1838), que levantó su fama de prosista muy por encima de la que había ganado como poeta. Se trata de un cuadro de costumbres, de extraordinario vigor realista, alegórico, que alude a la situación política que sufre su país bajo la sangrienta dictadura de Rosas. Gracias a Echeverría y a su Asociación, el romanticismo argentino produce una valiosa generación cuya obra, en particular y en conjunto, no puede desconocerse.*

2.—DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO (1811-1888). Nació en la ciudad de San Juan, República Argentina. Sufrió en su niñez y juventud las consecuencias de la anarquía política de su país. Expatriado en Chile a la victoria de Facundo Quiroga, trabaja sobre todo en su formación intelectual. Ahí desempeña, en su segunda estancia, tareas periodísticas y educacionales; interviene en la polémica del romanticismo (1842) y escribe obras como Mi defensa *(1843) y* Facundo *(1845), contra la tiranía rosista. Pasa tres años en Europa y cuando retorna definitivamente a su país, es para hacer una labor reformadora de acuerdo con sus ideas. Fue diputado, ministro, gobernador y Presidente de la República. La* Vida de Juan Facundo Quiroga *inicia la interpretación literaria de un conflicto que se identifica con la novela hispanoamericana: la lucha entre civilización y barbarie. La primera parte de la obra pretende aclarar el significado de la palabra "barbarie" aplicado a la situación argentina creada por la guerra civil. Analiza a su nación desde el punto de vista geográfico, social y político. Presenta al gaucho de acuerdo con sus ocupaciones campesinas, despojado de todo exotismo romántico. En la segunda parte narra los orígenes del gaucho Facundo Quiroga y su intervención en la política argentina. La tercera es un esquema biográfico de Rosas, en el que no faltan las acusaciones encendidas y una comparación entre lo que ha dado la tiranía y lo que sería el país con un gobierno de ideas civilizadoras. Presenta, pues, Sarmiento las dos personalidades que simbolizan el caudillismo gaucho: Facundo y Rosas. Sarmiento se propone "buscar en los antecedentes nacionales, en la fisonomía del suelo, en las costumbres y tradiciones populares", la razón del mal que aqueja a la Argentina y en general a los pueblos hispanoamericanos. Si se ha detenido en la figura de Facundo Quiroga, es porque no ve en él a "un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno."*

3.—BARTOLOME MITRE (Argentina, 1821-1905). Amigo de Sarmiento. Después de haber sido general y Presidente de la República, escribió dos biografías de los héroes nacionales: José de San Martín y Manuel Belgrano. Dirigió mucho tiempo La Nación, *de Buenos Aires; tradujo a Dante y publicó un estudio sobre el drama quechua y la poesía precolombina.*

4.—JOSE MARMOL (Argentina, 1817-1871). Producto típico del romanticismo, tuvo como fuente de inspiración su odio al tirano Rosas. Fue Mármol dramaturgo, poeta admirador de Byron, Lamartine, Espronceda y Zorrilla, y famoso por su novela de carácter político, Amalia

(1851-1855). Esta novela fue escrita en el exilio, en los momentos de agudo romanticismo, como un alegato contra Rosas y fundamentada con testimonios oficiales. Además de las historias de amores y aventuras que hicieron atractiva la narración a los lectores de la época, la médula consiste en el retrato de Rosas y la denuncia de sus métodos de gobierno. Los protagonistas de Amalia *son convencionales, idealizados y poco convincentes; no así los secundarios —como el propio Rosas— que alcanzan todos sus relieves a través de la sátira con que están tratados y del lenguaje con que Mármol los caracterizó. Desde el punto de vista de las ideas, Mármol ofrece una acertada interpretación de la historia colonial de América y de la crisis política que siguió a la guerra de Independencia argentina. Aunque literariamente la novela adolece de los defectos del folletín, acierta, en cambio, en el cuadro político que presenta y mantiene el interés debido a su dinámica interna.*

5.—JORGE ISAACS (Colombia, 1837-1895). María *(1867) es la novela sentimental por excelencia que se produjo en América por influencia de* Paul et Virginie, *de Bernardin de Saint-Pierre, y la* Atala, *de Chateaubriand. A su vez,* María *dio origen a una tendencia sentimentalista manifiesta en casi todos los países americanos. La novela de Isaacs es un poema en prosa en el que se combinan dos valores: el romántico sentimental, que ha ido perdiendo interés al paso del tiempo, y el regionalista, cuyo significado*

Jorge Isaacs

se fortalece por la autenticidad de la evocación del paisaje antioqueño. En María *se dan todas las tendencias de la novela romántica: el subjetivismo, la efusión sentimental, el acuerdo entre los sentimientos y el paisaje; los personajes obedientes a signos ineludibles y fatales; la presencia de la muerte; la idealización; la fuga de la realidad hacia países exóticos; el ambiente cristiano, etc., lo cual explica su extraordinaria popularidad, semejante a la que alcanzaron las obras que la hicieron posible.*

6.—*EL ROMANTICISMO PERUANO es un poco tardío. Sus representantes nacieron todos entre 1830 y 1835, y formaron un grupo que recibió el nombre de* Bohemia. *Cantaron lo remoto; explotaron, a veces, lo colonial, y favorecieron la leyenda. En general, se trata de un romanticismo artificial, reflejo de otros reflejos alemanes, ingleses o españoles.*

7.—*RICARDO PALMA.* RICARDO PALMA *(1833-1919) perteneció a la "bohemia romántica". Se inició en el verso y obtuvo sonoro éxito con su leyenda incaico-conquistadora:* Oderay o el último beso. *En su juventud abrazó el liberalismo y por ese motivo sufrió destierro en Chile. Ahí continuó escribiendo poesía inspirada en Zorrilla y empezó a publicar sus* Tradiciones. *Era éste un género nuevo que según él estaba formado por "Algo, y aun algos, de mentira, y tal cual dosis de verdad, por infinitesimal u homeopática que ella sea, muchísimo de esmero y pulimento en el lenguaje, y cata la receta para escribir* Tradiciones...". *El cuadro geográfico, histórico social que presenta Palma en sus* Tradiciones peruanas *(1872-1891) es amplísimo, desde Tucumán a Guayaquil y desde los incas hasta los hechos contemporáneos. Su característica es la ironía, en la que combina la picardía criolla con la vena satírica aprendida en los maestros españoles Bretón y Larra. Para algunos, las* Tradiciones *son el espejo más fiel de la Lima virreinal. La evocación que Palma hace del pasado, tiene la fuerza para crear una ciudad y una época en la que su amor por su tierra está rodeado por la ironía, lo que le da un tono de frivolidad y de superficialidad que muchos trataron de imitar sin buen éxito.*

8.—*MANUEL GALVEZ.* MANUEL GÁLVEZ *(Paraná, Argentina, 1882) es un novelista de transición entre el siglo* XIX *y el* XX. *Aunque no cabe del todo dentro del realismo naturalista de fines del siglo por su decidido subjetivismo, sus novelas plantean una tesis y llevan una denuncia; busca impresionar a través de los documentos humanos que presenta y no pierde de vista las teorías sociales y literarias. Su obra novelística cuenta con diecisiete obras que se agrupan en ciclos: el rosista y el contemporáneo. Las principales:* El mal metafísico *(1916), acerca de la "bohemia literaria", y* Nacha Régules *(1919), que es una denuncia contra las injusticias sociales. Gálvez cree en la posibilidad de redención de las criaturas humanas a través de sentimientos nobles. La solución de algunas situaciones hacen pensar en la escuela naturalista.* La maestra normal *(1914) es ejemplo de las novelas costumbristas hispanoamericanas; logra trascender lo puramente objetivo con ribetes científicos, para llegar a la comprensión de los valores espirituales.*

ANTOLOGIA

RAFAEL DELGADO

EL ASESINATO DE PALMA-SOLA

Cuando el juez se disponía a tomar el portante y sombrero en mano buscaba por los rincones el bastón de carey y puño de oro, el secretario —un viejo larguirucho, amojamado y cetrino, de nariz aguileña, cejas increíbles, luenga barba y bigote dorado por el humo del tabaco— dejó su asiento, y con la pluma en la oreja y las gafas subidas en la frente, se acercó trayendo un legajo.

—Hágame Ud. favor... ¡Un momentito!... Unas firmitas...

—¿Qué es ello? —respondió contrariado el jurisperito.

—Las diligencias aquellas del asesinato de Palma-Sola. Hay que sobreseer por falta de datos...

—Dios me lo perdone, amigo don Cosme; pero ese mozo a quien echamos a la calle tiene mala cara, muy mala cara! La viudita no es de malos bigotes, y...

—Sin embargo... ¡ya usted vio!

—Sí, sí, vamos, deme Ud. una pluma.

Y el juez tomó asiento, y lenta y pausadamente puso su muy respetable nombre y su elegante firma —un rasgo juvenil e imperioso— en la última foja del mamotreto, y en sendas tirillas otras tantas órdenes de libertad, diciendo, mientras el viejo aplanaba sobre ellas una hoja de papel secante:

—Ese crimen, como otros muchos, quedará sin castigo. Nuestra actividad ha sido inútil... En fin... ¿no dicen por ahí que donde la humana justicia queda burlada, otra más alta, para la cual no hay nada oculto, acusa, condena y castiga?

Don Cosme contestó con un gesto de duda y levantó los hombros como si dijera:

—¡Eso dicen!

—¿Hay algo más?

—No, señor.

—Pues, abur!

El secretario recogió tirillas y expedientes, arrellanóse en la poltrona y encendió un tuxteco.

I

En agosto, en plena temporada de lluvias, entrada la noche, una noche muy negra y pavorosa, va Casimiro, el honrado y laborioso arrendatario, camino de su rancho de Palma-Sola, jinete en la Diabla, una excelente mula de muchos codiciada, y por la cual le ofrecían hasta ciento cincuenta duros los dueños del Ceibo, ciento cincuenta del águila, en platita sonante y contante, a la hora que los quisiera, peso sobre peso!

—Pero ¡quiá! Casimiro contestaba:

—No, amo. ¿Vender mi Diabla? ¡Nones! ¡Si sólo el nombre es lo que le afea! Primero vendo la punta y malbarato el cafetalito. Vamos, señor amo: antes empeño la camisa que vender la bestia; y luego que mi mujer está que no cabe con su mula. Y la verdá, señor, cuando va uno en ella, va uno mejor que en el tren! Margarita le tiene un cariño y una ley, que... no es capaz! ¡Ni aunque le ofrecieran por ella

las perlas de la Virgen! Si quiere la otra, mi amo, la Sapa... mañana se la traigo. ¡No le recele, patrón. También la Sapa es buena, casi que como ésta. Tiene buen paso, ni pajarera ni mañosa. De veras, no le desconfíe. Aunque la vea caidita de agujas... Se la arrearé pa cá, pa que la vea. Por la vista entra el gusto. Ya verá qué rienda. Se la merqué al cotijeño el año pasado. Le di cuarenta. ¡Es barata! Cuarenta me dan; ni medio más ni medio menos. ¡Es pa los amos y nada les gano!

¡Qué caminos aquellos, Dios santo! Desde más acá del barreal comenzaba lo bueno. Zarzas y acahualeras cerraban el paso, y en algunos puntos eran tales los zoquiteros, que las bestias se hundían hasta los encuentros; pero ¡pero allí de la Diabla! no perdía momento, y libre, ligerita, suelta la brida, subía, bajaba, costeaba el lodazal, y se colaba entre los matorrales como Pedro por su casa.

Iba Casimiro cabizbajo y triste. No había motivo para ello, y sin embargo estaba asustadizo, y de cuando en cuando le daba un vuelco el corazón, como si le amenazara la mayor desgracia. Ganas le daban de volverse al Ceibo y allí pasar la noche.

De un lado el llano. Del otro el bosque sombrío, negro, pavoroso, lleno de espantables rumores: silbidos de serpientes, estruendos de árboles viejos que se caían, roncar de sapos en zanjas y lagunetas; en los pochates más altos ulular de buhos, y allá, al fin de la selva, el estrépito del torrente y el ruido creciente del aguacero que venía que volaba con un tropel de cien escuadrones a galope.

En la serranía, desatada tempestad; la tormenta estacionada en las cimas, un relámpago y otro, y otro, y truenos, y más truenos, como si las legiones infernales batallaran allí en combate definitivo. En los picachos, en los crestones, en las cúspides supremas, los fulgores del rayo se difundían a través de las nubes, iluminándolas a cada instante con coloraciones fugitivas, rojas, áureas, cerúleas, que dejaban ver el sinuoso perfil de los montes y la negra mole de fuliginosa cordillera.

En el llano, reses medrosas y ateridas que, refugiadas al pie de los huizaches, ramoneaban en las yerbas húmedas; entre los matorrales, en las orillas del arroyuelo, entre las mafafas resonantes, el centellear de los cocuyos.

—¡A llegar! —se dijo el ranchero componiéndose la manga de hule—. ¡A llegar que el agua está encima! ¡Anda, Diabla, que ya poco te falta!

Como si adivinara los deseos de su dueño el noble animal alargó el paso y taca, taca, taca...

El aguacero. Primero rachas de viento húmedo y frío; luego gruesos goterones que caían con estrépito en la arboleda, y en seguida la lluvia desatada.

Avanzaba el jinete a la vera del fagoso camino. Término de ésta era el maizal: una milpa magnífica, ya en jilote, cuyas cañas estremecidas por el agua y el viento, remedaban rumores de crujiente seda. De allí partía una vereda, ancha y ascendente, al fin de la cual estaba la casa. A través de las plantas se veía el fuego del hogar que ardía con llama titilante y rojiza.

Por aquel rumbo dirigió Casimiro su caballería. En vano: la Diabla se detuvo alebrestada, renuente, erguida la cabeza, altas las orejas.

—¡Epa! ¿Qué te sucede? —exclamó el jinete—. ¡Epa! —repitió.

La Diabla, rebelde al freno, pugnaba por volverse. Casimiro gruñó entre dientes un terno y azuzó al animal, hincándole las espuelas, pero éste resistía encabritándose.

—¿No quieres? Pues... ¡toma!

Y ¡zas! un par de latigazos, uno por cada lado.

La mula arrancó al trote.

Entre la milpa quedaba un hombre escondido, envuelto en negra manga, apoyadas las manos en el cañón de una escopeta.

II

¡Qué alegremente ardían los leños en el hogar! Tronaban los tizones y las llamas se retorcían trémulas en torno del tronco ennegrecido, proyectando en los muros danzarinas y quebradas sombras.

Cuando Casimiro llegó, ya Margarita le esperaba en la puerta.

Linda campesina de apiñonado rostro, esbelto talle y grandes ojos negros. Sonreía afable y cariñosa. Aquella sonrisa era la sonrisa de la traición, encubridor halago de una emoción profunda y horrible.

—¡Creí que no venías! ¡Jesús! ¡Si vienes hecho un pato! ¡Quítate la manga que encharcas esto!

—No me pasó el agua. Luego; voy a desensillar, y a persogar a esta mañosa que en la milpa se me armó de un modo que por nada quería andar. ¡Si no le arrimo!...

Sintió Margarita que el corazón se le subía a la garganta, y tragando saliva y dominándose, murmuró:

—¡Adiós! ¡Vaya! ¿Y por qué?

—Se asustaría... Los animales a veces ven visiones. Si sigue con esas mañas, aunque a ti no te cuadre, se la vendo al amo. Yo no sé lo que fue.

—El mapachín...

—¡Puede! El cuento es que paró las orejas y que ni a cuartazos quería andar.

Aflojaba la lluvia y la tormenta cesaba. Uno que otro relámpago allá en la sierra. Casimiro desenjaezó en el portalón, fue a persogar la bestia y a poco entraba en la casa.

—¡Caramba! Si vieras: echo de ver que no traigo la pistola.

—No le hace. Pa la falta que me hace.

Margarita se puso lívida al oír esto.

—¿No bebes?

—Echate el café y tráite la limeta. Estoy cansado y quiero dormir.

III

Media noche pasada, porque el gallo había cantado dos veces, oyóse en el techo un golpe, como el de una piedra chiquita, lanzada sin fuerza. Casimiro roncaba. Margarita no dormía, no había querido dormir.

—¡Casimiro! ¡Casimiro!

—¿Qué cosa? —contestó medio dormido.

—¡Casimiro!

—¡Oh! ¿qué quieres?

—¿Oíste?

—No.

—Alguno anda allá afuera.

—¿Por qué?

—Oí ruido.

—¡Déjame dormir!

—No; si clarito oí el ruido. Los animales están inquietos. Oí ruido como de gente que se acerca. Si vendrán a robarse las bestias.

—No, mujer, si el perro no ladra...

—Porque no está. Desde ayer no parece.

—¡Voy! —rezongó el ranchero saltando de la cama—. ¡Y luego que no tengo la pistola!

—Coge el machete.

El ranchero se embrocó el sarape, tomó el machete y salió al portalón.

El cielo se había despejado. La Luna iluminaba con triste claridad arboledas y maizales; ligera brisa susurraba en las palmas, y los charcos reproducían aquí y allá, el menguante disco del pálido satélite.

Las mulas se revolvían inquietas. La Diabla, al sentir a su amo, relinchó de alegría.

Margarita dejó el lecho, y quedo, muy quedo, de puntillas, conteniendo el aliento, fría de terror, erizado el cabello, se fue hasta la puerta. Allí, en espera de algo terrible, se detuvo a escuchar...

De repente sonó un disparo. Se oyó un grito; después un ¡ay! lastimero; en seguida un quejido; y luego el aterrador silencio del campo adormecido.

De entre la espesura del cafetal se destacó un bulto. Un hombre que con el arma en la mano llegó hasta el portalón, y que en voz muy baja, como si tuviera miedo de sí mismo, como si temiera escuchar sus propias palabras, dijo:

—¡Ya!...

IV

Ocho años después, cierto día del mes de mayo, conversaban muy alegres y entretenidos el juez que ya conocemos y su secretario don Cosme.

—¿Se acuerda Ud., amigo —dijo el primero—, del asesinato de Palma-Sola?

—¡Vaya si me acuerdo! —respondió el viejo, echando una bocanada de humo—. Usted creía que la mujer, que, por cierto no era de malos bigotes, y el muchacho que pusimos en libertad...

—¡Y sigo en la mía, señor don Cosme!

En aquel momento entró una mujer que llevaba de la mano a un muchachillo, como de siete años, muy raquítico y enclenque. La mujer parecía más enferma que la infeliz criatura. Pálida, exangüe, encanecida, aparentaba doble edad de la que tenía; pero en sus ojos brillaba aún vivísimo rayo de hermosura.

El juez y su secretario la reconocieron al momento. La miraron de pies a cabeza y luego se miraron asombrados. Era Margarita.

—¿Qué quería Ud., señora? —preguntó el juez.

La mujer permaneció muda algunos instantes.

—¿Qué deseaba Ud.? —repitió don Cosme.

—Señor juez: —dijo al fin—. ¿Se acuerda Ud. de Casimiro González, aquel que... mataron en Palma-Sola?

—Sí, ¿por qué?

—Porque, señor, ya no puedo más... ya esto no es vivir... y vengo... vengo a decirlo todo, a decir quiénes lo mataron...

—Y... ¿quiénes lo mataron? —replicó el magistrado con imponente severidad.

—La verdá, señor, ¡yo!... ¡y el que ahora es mi marido!

Y la desdichada mujer cayó de rodillas, y presa de mortal congoja, ahogándose, se echó a llorar.

ANGEL DE CAMPO

¡POBRE JACINTA!

Desde la víspera en la noche comenzaron los preparativos, y la pobre cocinera con el alba levantóse a encender la calentadera para el baño; puso la sábana a manera de tapiz, en una silla de tule, el jabón de la Puebla en la jicarita consabida y como anidando en intrincado estropajo. Ordenó el alumbre, polvo de arroz, comoto y cepillos en el aparador, y no se hizo esperar Jacinta, que medio dormida se hundió en las ondas acariciadorass del agua tibia. Oíanse fuertes jicarazos y el crujir de la abollada tina alternando con el canto alegre de la muchacha.

La verdad, para los preparativos que habían tenido lugar para ese día, era de esperarse un entusiasmo mayor. El 16 de Septiembre, como toda fiesta ruidosa, venía a ser en aquella vivienda (de a quince pesos, renta adelantada y fiador del comercio) un suceso que trastornaba la monótona existencia de los que viven a la cuarta pregunta.

. . . . . .

Todo era carreras: el señor estaba rasurado, puestos los pantalones (obsequio del tío) que achicó inteligentemente un maestro de la vecindad; lustrosos los zapatos de trompa, albeando la camisa, coqueta la corbata de plastrón (hecha a domicilio) y pasablemente entallada la levitilla de satiné del país...

Y salió Jacinta inconocible, oliendo a mujer húmeda, tronando las almidonadas enaguas como papel de envoltura, y dejando tras sí un olor a ropa nueva de lo más elocuente: peinóla la mamá, le quitó el polvo Eduvigis, la voltearon a la derecha, a la izquierda; la hicieron andar de prisa y despacio para ver si el vestido quedaba zancón; diéronle un abrazo de rodillas, para hacer menos amponas las enaguas; los alfileres y los pespuntes aquí y allí, corrigieron algunos defectillos de la modista; y calándose el sombrero monumental, púsose un guante, llevando el otro en una mano, no sólo porque eso era (para ella) de buen tono, sino por cierta descosida que amenazaba dejar a un dedo desnudo.

. . . . . .

—Las ocho y media —dijo el señor— y no han traído los zapatos.

—¡Ah, qué maestro!

—Donde haga una de las suyas —dijo la hermana— te quedas como el violón de tío Roque, templado y en un rincón.

Jacinta vio instintivamente sus zapatos, hechos una lástima, roído el raso turco de las puntas, blanqueando las medias y desprendidos los tacones, y comenzó a impacientarse; se asomó al balcón, vio al Norte, al Sur, y en su calle, siempre desierta, no había bicho viviente. Flotaban en la esquina las guirnaldas de tule, papel y flores de la pulquería; en el estanquillo colocaban, en una cortina adornada con cintas tricolores, a los lados de una Purísima, dos retratos de héroes. Y el gendarme, con traje de gala, ofrecía su lumbre al del empeño.

—¡Ah, qué maestro! No, si es imposible tratar con esta gente. Ya ves papá; la lavandera por nadita no trae las camisas. Así son, informales. Con razón los extranjeros ganan tanto, porque dicen: mañana, y al otro día cumplen. Y se lo dije: maestro, el 15; sí, niña, no tenga usted cuidado. Ayer, que hoy a las ocho; y ya lo ves...

—Las nueve, chula...

Jacinta volvió a salir al balcón más impaciente todavía, queriendo reconocer en cada desarrapado de fieltro color de almendra a su hombre, pero ¡nada! Cruzaban la bocacalle niñas cursis y vendedoras del mercado cercano, con las enaguas nuevas muy infladas y los rebozos flamantes, acompañadas por charros con traje estrenado, que llevaban impropiamente un paraguas color de ala de mosca a manera de bastón. Las Camacho, de azul; las tres dibujaban sus grandes siluetas a lo lejos, y el del estanquillo, en pechos de camisa, juzgaba desde el medio de la calle, el golpe de vista de un escaparate adornado: el cura Hidalgo, un busto de yeso, surgiendo de papel tricolor; confites y dulces curiosos; en una tira de raso blanco el letrero: "¡Viva la Independencia!"

—Las nueve y media, hija.

—¡Ay, mamá! (haciendo pucheros). ¿Ya ves? Te lo dije...

—Hija, yo no tengo la culpa...

—¡A que te quedas encerrada!...

—¡Qué mala eres, Eduvigis!... Todo porque tú no sales.

—¡Por cierto las ganas que tengo!

—¡Ahí está! —y pegó la estampida Jacinta.

Era el carbonero. Esto aumentó su mal humor, y salió de nuevo al balcón. Las Pedroza, de crema y lila, en compañía de las Otero, de luto, salían del 4. Toda la calle se ponía en marcha: los hijos del notario prendían chinampinas y cohetes buscapiés en medio de la calle; y la mamá, detrás de una cortina, los amenazaba.

—Las diez...

Jacinta estaba roja, impaciente; se mordía los labios, se ajaba el traje, atenta al menor ruido. La familia de la otra vivienda, armando una alharaca atroz, salió también.

¿Se iría a quedar encerrada? ¿Y las Camacho iban a salir? No, era imposible.

—¿Quién es? ¿El maestro?

—No, es el panadero.

—Oye, mamá, le mandaremos un recado... Me quedaré sin horchata por tal que se vaya en el tren la criada.

Así se hizo.

—Pero les juro, eso sí, que si me deja plantada no le recibo las botas. ¡Qué gente! Ahí creo que está. Vaya. ¿Quién es?

—La criada de aquí junto que venía a ver si le regalaban una ramita de culantro.

Y no hubo remedio: estalló la cólera de Jacinta en las palabras más sonoras. ¡Esa gente ordinaria sin formalidad!

A lo lejos se oían repiques, toques de trompeta, músicas. Aquellos acentos alegres desesperaban a la pobre muchacha, presentando a su imaginación el aspecto de las calles concurridas, erizadas de banderas, cruzadas por tropas y gentes endomingadas y el Sol incendiando aquel océano de colores vivos, chispeando en las bayonetas y arrancando relámpagos a los trombones, pistones y demás latones de la música.

Y la criada no volvía.

—¡No te apures, chula, no es para tanto!

—No me provoques, Eduvigis. Eso lo haces por pura envidia...

—¡Envidia! no sé de qué...

—De que tú no sales...

—Mira, resígnate —dijo el papá— hacemos aquí nuestra fiesta, les guiso unos frijolillos de chuparse los dedos, y... ¡qué tortilla de huevos con sardinas!

—¡Qué tortilla ni qué nada!

Jacinta salió al balcón y eran las diez y media. Los paseantes seguían transitando con chillantes trajes; los niños Urrutia de blanco con bandas púrpura, y sus tres cuidadoras, montaban en un coche. La mamá les hacía advertencias desde el balcón:

—¡No se asoleen, y vengan temprano! ¡No te empines y te vayas a caer, Romualdita! ¡Chucha, coja a ese niño! ¡Cuidado y no van quietos!

A las once volvió la criada diciendo que la zapatería estaba cerrada.

Jacinta se desvistió rompiendo los broches; la hermana, entre alegre y triste, sacudió la sala, y el señor, doblando tranquilamente su levita, dijo:

—Ai saldremos al pardear la tarde.

*

Volvió la familia de la otra vivienda empolvada, asoleada, sudorosa.

¡Era un bolón atroz; les habían robado la bolsa con seis reales: no se podía andar... ¿Y Jacintita? ¿Jacintita?

Encerrada en una pieza oscura oía el diálogo, sollozando de rabia y diciendo que no vale la pena sacrificarse un año, para salir... primero, con la informalidad de un zapatero, y después con una jaqueca.

HERIBERTO FRIAS

TOMOCHIC

Capítulo XXXI

Los perros de Tomochic

El crepúsculo, uno de esos crepúsculos fríos y rápidos de la Sierra, se extinguió, anegando el inmenso valle en una sombra glacial y melancólica... Se perfilaron las crestas del anfiteatro de montañas, recortando la tenue y áurea lividez del cielo, hasta que arriba sólo quedó el azul obscuro salpicado de trémulas gotas de luz, y abajo un mar de tinta negra...

A veces, súbitas ráfagas del Noroeste venidas de las lejanas profundidades de los bosques, resinosas y acres, pasaban prolongando una queja infinita... infinitamente desolada...

Y esas ráfagas frías, al atravesar el valle, anchuroso y hondo, llevaban rumores vagos y tristísimos, los hálitos de la selva, los estremecimientos de los viejos árboles crujiendo ante el invierno y la noche, como el doliente suspiro de la Sierra abrupta, colosal y salvaje...

Sentíase más y más intenso el frío de aquellos soplos mientras la sombra era más densa; y cuando por fin no quedó una sola claridad, se levantó poderosamente la sinfonía de los ruidos nocturnos en el valle.

Allá en un extremo de aquel abismo, el cerro de "Medrano" se alzaba como un enorme dromedario echado, mientras lamía su flanco derecho el río, teniendo a su frente el valle de Tomochic... Y aún más allá, erguido, cortado a pico, agresivo y hosco, el cerro de la Cueva parecía contemplarlo, como un tigre sentado sobre su grupa...

Sobre la cumbre, dominando el profundo valle, un parapeto protegía el principal puesto de observaciones... El largo hocico de acero del cañón Hotchkiss avanzaba siniestramente en el vacío, saliendo por entre las rocas y los arbustos, acechando en las tinieblas, rumbo a la muerte...

Noche plena. Los alegres rumores del vivac se habían extinguido y se cumplía con la orden estricta de hacer guardar un silencio absoluto. El servicio de vigilancia estaba ya nombrado... y sobre aquel gigantesco zig-zag del monte, sobre aquel lomo del cerro, momentos antes tan animado por la soldadesca y la franca algazara al aire libre, no hubo sino vagos rumores de voces quedas que avivaba o extinguía el viento, lejanas risas, toses... tal cual voz enérgica —voz de mando, artificiosamente colérica— los ruidos secos de los fusiles golpeando en las piedras... alguna canción tristísima —viejos temas mexicanos con inflexiones casi salvajes—, y silbidos que se cruzaban de un extremo a otro, entre acentos femeniles, chillones, que solían ser cortados bruscamente... y nada, nada más... pero todo ello en varia y tenue escala, esfumado: porque la orden de silencio era terminante...

De vez en cuando el soberano viento de los bosques lejanos, saturado de fuertes perfumes, pasaba con el susurro melancólico de las altas frondas... llevando todos los hálitos de la Sierra, el coro solemne y épico que cantaba el himno de los cíclopes americanos, bajo los eternos pinos sombríos...

Del fondo de Tomochic ascendían, distintos y lóbregos, otros rumores...

¡Oh... aquel extenso y profundo valle de Tomochic era espantoso en la noche, contemplado desde la más culminante plataforma del cerro Medrano!

Inmóvil, de pie tras el parapeto natural que protegía las posiciones, contempló un instante Miguel, absorto, aquel mar de tinta negra... mar de olas de sombra, de donde emergían con fantásticas oscilaciones puntos rojos o manchas de escarlata... como goterones de sangre luminosa sobre un inmenso terciopelo obscuro; como islas de fuego...

Islas, puntos, gotas, manchas de lumbre y sangre que en toda aquella negrura surgía no se eclipsaban, palideciendo a veces, borrábanse luego con extraños y trágicos desvanecimientos.

Lúgubres quejas... vagos relinchos, aullidos que parecían hacer tiritar las sombras, brotaban de aquel antro inmenso, profundo y negro, constelado por trágicas chispas de fuego y sangre.

Tomochic ardía lentamente en las tinieblas... Sus últimas pobres chozas, incendiadas y desiertas, se consumían en las sombras, allá abajo... diseminadas en la vasta extensión, una en un extremo, otra más lejos en el confín opuesto, otras en el centro, cerca de la iglesia.

Y había en aquel núcleo una mancha más amplia y brusca, aquella que era más trágica, porque sus aluviones de chispas subían más alto.

El pobre caserío ardía tristemente ya. ¡Eran sus últimos instantes de agonía!

. . . . . .

—¿Conque estuvo bueno el día? ¿No? —preguntó Mercado al sargento que acababa de regresar a su puesto, después de haber hecho una *ronda* a los centinelas y *parejas*.

—¡Ahora sí estuvo bueno, mi jefe! —respondió el viejo soldado—, un oaxaqueño de buena cepa para carne de víctima; alma templada en largos y duros sacrificios, cara redonda bronceobscura, frente estrecha y terca, pómulos salientes, raros y erizos pelos blancos en la barba; cuello nervioso y cuerpo chaparro, fornido y ágil. Estaba frente a él, bonachón y atento... —¡Pobre sargento, acaso ya no volvería a su querida tierra del Sur!

Y mientras abajo el mar de sombras extendía aún sus islas de sangre luminosa, y surgían los coros lamentables de las bestias del valle, que aullaban desesperadas, él se puso a contarle los episodios del día, porque estuvo de *fagina,* incinerando los cadáveres, las víctimas en los últimos combates.

Ya le había referido, como pudo, el pobre diablo, más de una escena conmovedora o épica, cuando de pronto saltó con esta tirada que Miguel jamás olvidaría:

—¡Ah, señor!... ¡Y los perros!... ¡Los perros de Tomochic!... nunca había yo visto cosa igual!... ¡qué horror!... ¡qué valientes!... ¡qué buenos... sí... qué chulos... qué lindos!... le confieso a usted, lloré... Ahorita ladran... ¿No los oye?... Ladran, pero quejándose, es que están llorando cerca de sus amos difuntos!... ¡Lloran, cuidando los cuerpos, sin separarse de ellos para nada!... Estos perros son mejores que nosotros *los cristianos!*... ¡Velan a los que quisieron!... ¿Oye usted, mi subteniente? No ladran de cólera... fíjese bien, están llorando!... Bueno... pues sí... le decía, señor, que me llamaron la atención, porque cuando iba a amontonar los muertos, los animalitos se nos echaban encima, enseñándonos los dientes y los colmillos... tuvimos que matar a muchos, *dándoles* con la culata de los fusiles... y hasta a unos grandes les *dimos* de bayonetazos... y viera usted que cuando quedaban vivos... ¡válgame la Virgen Santa! otra vez se volvían a echar cerca de su amo difunto o lo iban siguiendo hasta el montón donde los habíamos de quemar!... lamían con sus lenguas secas de pura sed, la sangre de sus queridos muertos!... ¡Ay, pobrecitos animales! ya ve usted, mi jefe, cómo queremos nosotros a los perros... la tropa, *"la juanada"* no está a gusto sin sus perritos... ¡Por que teníamos que matarlos también pensando que nos estorbaban y nos mordían! ¡Los matamos y los tiramos en el montón, revueltos con los de Tomochic y con los mismos de nosotros, todos juntos, echándoles harta leña y rastrojo para que ardieran mejor!... Otros perros corrían ladrando muy triste por la llanada, quejándose con gritos larguísimos que me hacían parar los pelos como quien tiene mucho frío; y me dolía el estómago... ¡Pobres perritos!... Era que buscaban a sus amos... Subían por los cerros, bajaban, volvían al río, se echaban en el agua, salían sacudiéndose y volvían a correr, a correr por entre los *jacales* y los *rastrojos* y los escombros, saltando los "caláveres" de los nuestros, o sobre los de Tomochic, sin hacerse caso, corre y corre, ladra y ladra, por que no encontraban a los suyos... y así seguían volviéndose, locos, dando vueltas y vueltas!... ¿Y sabe usted qué otras cosas había allá, por las casitas de junto al río?... ¿no ve allá donde está esa humareda colorada, donde se queman esas trojes o quién sabe qué? *pos* por allá mismo *me tocó de fagina* llevando mi *mera sección*... ¡Huuy! ¡por allá habían *juido* los puercos...! pero qué puercos —álgame Dios!— amontoné... ¡hasta gusto daba verlos... *ansina* de gordos... pero tenían hambre... y los *indinos* marranos querían comerse a los *mesmos* difuntos... a los muertos de Tomochic... *¡croque, croque,* olían la sangre! y con eso, como fieras se iban sobre los *caláveres* llenos de lodo!... y vi entonces la pelea!...

Calló un instante el sargento, anonadado sin duda por el espantoso recuerdo. Luego, continuó:

—Al ver venir los perros a los puercos, se les echaron encima... y aquello era una batalla sobre los mismos muertos; los marranos gruñían de hambre, los perros ladraban con furia, ¡siempre fieles!... Y todos, marranos y perros, se hacían bola, entre gruñidos espantosos y los chillidos de los perros, medio muertos de hambre, velando y defendiendo a sus amos todavía! Aquello me volvió a enderezar los pelos y a darme frío, y hasta quise llorar... ¡Pobrecitos!... Óigalos, óigalos usted, mi subteniente!... Ahorita se han de estar peleando los marranos que se

quieren comer a los difuntos, y los perros que velan a sus amos, defendiéndolos!... ¿No oye usted?

Calló la ruda voz del sargento como desvanecida en un sollozo de piedad y de espanto...

Miguel se estremeció, y tendiendo el oído hacia el negro fondo del valle... escuchó...

De las tinieblas surgían desgarradores aullidos, tristísimos ecos que repercutían, lentos y apagados, las montañas de la Sierra...

Y a veces el viento del Noroeste avivaba los trágicos rumores de aquella lid animal!... Disputa por un cadáver humano, entre perros y cerdos, allá en la siniestra soledad tenebrosa de Tomochic...

DOMINGO F. SARMIENTO

FACUNDO

CAPÍTULO VIII

La expedición salió, y los sanjuaninos federales, y mujeres y madres de unitarios, respiraron al fin, como si despertaran de una horrible pesadilla. Facundo desplegó en esta campaña un espíritu de orden y una rapidez en sus marchas, que mostraban cuánto lo habían aleccionado los pasados desastres. En veinticuatro días atravesó con su ejército cerca de trescientas leguas de territorio, de manera que estuvo a punto de sorprender a pie algunos escuadrones del ejército enemigo que, con la noticia inesperada de su próximo arribo, lo vio presentarse en la Ciudadela, antiguo campamento de los ejércitos de la patria bajo las órdenes de Belgrano. Sería inconcebible el cómo se dejó vencer un ejército como el que mandaba La Madrid en Tucumán, con jefes tan valientes y soldados tan aguerridos, si causas morales y preocupaciones antiestratégicas no viniesen a dar la solución de tan extraño enigma.

El general La Madrid, jefe del ejército, tenía entre sus súbditos al general López, especie de caudillo de Tucumán, que le era desafecto personalmente, y a más de que una retirada desmoraliza las tropas, el general La Madrid no era el más adecuado para dominar el espíritu de los jefes subalternos. El ejército se presentaba a la batalla medio *federalizado,* medio *montonerizado;* mientras que el de Facundo traía esa unidad que dan el terror y la obediencia a un caudillo que no es causa, sino persona y que, por tanto, aleja el libre albedrío y ahoga toda individualidad. Rosas ha triunfado de sus enemigos por esta unidad de hierro que hace de todos sus satélites instrumentos pasivos, ejecutores ciegos de su suprema voluntad. La víspera de la batalla el teniente coronel Balmaceda pide al general en jefe que se le permita dar la primera carga. Si así se hubiese efectuado, ya que era de regla principiar las batallas por cargas de caballería, y ya que un subalterno se toma la libertad de pedirlo, la batalla se hubiera ganado, porque el 2 de Coraceros no halló jamás, ni en el Brasil ni en la República Argentina, quien resistiese su empuje. Accedió el general a la demanda del comandante del 2, pero un coronel halló que le quitaban el mejor cuerpo; el general López, que se comprometían al principio las tropas de *élite* que debían formar la reserva, según todas las reglas; y el general en jefe, no teniendo

suficiente autoridad para acallar estos clamores, mandó a la reserva al escuadrón invencible y al insigne cargador que lo mandaba.

Facundo despliega su batalla a distancia tal que lo pone al abrigo de la infantería que manda Barcal, y que debilita el efecto de ocho piezas de artillería que dirige el inteligente Arengreen. ¿Había previsto Facundo lo que sus enemigos iban a hacer? Una guerrilla ha precedido, en la que la partida de Quiroga arrolla la división tucumana. Facundo llama al jefe victorioso: "¿Por qué se ha vuelto usted? —Porque he arrollado al enemigo hasta la ceja del monte. —¿Por qué no penetró en el monte acuchillando? —Porque había fuerza superior. —¡A ver! ¡cuatro tiradores!... y el jefe es ejecutado. Oíase de un extremo a otro de la línea de Quiroga el tintín de las espuelas y de los fusiles de los soldados que temblaban, no de miedo del enemigo, sino del terrible jefe que a su retaguardia andaba recorriendo la línea y blandiendo su lanza cabo de ébano. Esperan, como un alivio y un desahogo del terror que los oprime, que se les mande echarse sobre el enemigo: lo harán pedazos, romperán la línea de bayonetas a trueque de poner algo de por medio entre ellos y la imagen de Facundo, que los persigue como un fantasma airado. Como se ve, pues, campeaba de un lado el terror, del otro lado la anarquía. A la primera tentativa de carga, desbándase la caballería de La Madrid; sigue la reserva, y cinco jefes a caballo quedan tan sólo, con la artillería, que menudeaba sus detonaciones, y la infantería, que se echaba a la bayoneta sobre el enemigo. ¿Para qué más pormenores? El detalle de una batalla lo da el que triunfa.

La consternación reina en Tucumán, la emigración se hace en masa, porque en aquella ciudad los federales son contados. ¡Era ésta la tercera visita de Facundo! Al día siguiente debe repartirse una contribución. Quiroga sabe que en un templo hay escondidos efectos preciosos; preséntase al sacristán, a quien interroga sobre el caso; es una especie de imbécil que contesta sonriéndose. —"¿Te ríes? ¡A ver!... ¡cuatro tiradores!"... que lo dejan en el sitio, y las listas de la contribución se llenan en una hora. Las arcas del general se rebinchan de oro. Si alguno no ha comprendido bien, no le quedará duda cuando vea pasar presos, para ser azotados, al guardián de San Francisco y al presbítero Colombres. Facundo se presenta en seguida al depósito de prisioneros, separa los oficiales y se retira a descansar de tanta fatiga, dejando orden de que se les fusile a todos.

. . . . . .

CAPÍTULO XI

EL MODERNISMO

En el último tercio del siglo XIX ocurre un movimiento literario nacido en América destinado a revolucionar la literatura en lengua española en general y en particular la poesía. Esta es la primera contribución original de Hispanoamérica a la literatura universal. Se sitúa su inicio con la aparición del libro *Azul,* de Rubén Darío, en 1888. El nombre de *Modernismo,* aunque impropio, pretende advertir su intención renovadora. Acepta lo mismo elementos antiguos que modernos y se alimenta de todas las tendencias literarias que predominaron en Francia en el siglo XIX. Al principio fue una reacción contra los excesos del romanticismo, pero su actitud no sólo fue negativa, sino ecléctica, de modo que en el modernismo se conjugan parnasianismo, simbolismo, realismo, naturalismo, impresionismo y romanticismo, con una base considerable de clasicismo español. Estos caracteres tan peculiares y esa libertad cuyo único límite es la vulgaridad de la expresión o las formas caducas y retóricas, lo alejan del concepto rígido de escuela y resulta más lógico considerar al modernismo como corriente o movimiento literario. Ya que el modernista aspira a la renovación de la literatura y particularmente de la poesía, su característica principal es el refinamiento verbal, como reacción contra el descuido de los románticos por la forma. El modernista lucha contra las imágenes gastadas, el sentimentalismo exagerado, la vulgaridad. Busca originalidad en imágenes, metáforas y uso del adjetivo. Inventa nuevas armonías variando los acentos de los versos; prefiere las rimas no usuales y ambiciona que su poesía sea prolongación de la música. El deseo de perfección formal, que proviene en buena parte del parnasianismo francés, se advierte tanto en el cuidado por pulir un verso que tenga validez por su limpidez y pureza de línea, como por los temas de inspiración plástica y aprovechamiento de los recursos del arte pictórico y de las artes plásticas. El modernismo interpreta el mundo a través de sensaciones y descubre, en consecuencia, las correspondencias sensoriales que enriquecen la expresión; la sinestesia fue, por tanto, recurso favorito de los modernistas.

Cualidad esencial del modernismo es el cosmopolitismo, ya sea que se acerquen directamente a otros países o que el intercambio de ideales e inquietudes se haga a través de publicaciones. Lo oriental tuvo entusiastas propagandistas, tanto en Francia como en América; lo mismo ocurre con los motivos nórdicos o grecolatinos. El exotismo, en general, tanto en el espacio como en el tiempo, tuvo entre los modernistas muchos partidarios.

La inquietud por la urgencia de una renovación es simultánea en diversos puntos de América. Así lo demuestran publicaciones con ideales comunes como *La Nación* y la *Revista de América,* en Buenos Aires; la *Revista Azul* y la *Revista Moderna,* en México. El movimiento modernista, exótico, individualista, refinado y cosmopolita, se inicia en el último tercio del siglo XIX y termina alrededor del año de 1914. Tiene una etapa de iniciación, otra de realización y una tercera de difusión. Si en un principio buscó ávidamente la originalidad y la perfección formal, después intenta llegar a una expresión artística profundamente americana.

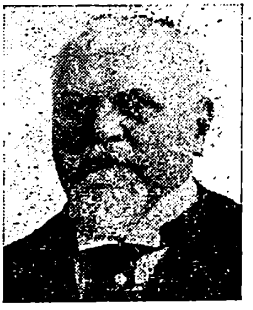
El modernismo, movimiento continental, tiene como precursores e iniciadores a AGUSTÍN F. CUENCA, JUSTO SIERRA, MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA, SALVADOR DÍAZ MIRÓN, JULIÁN DEL CASAL, JOSÉ ASUNCIÓN SILVA y JOSÉ MARTÍ. Su realizador genial fue el nicaragüense RUBÉN DARÍO y los continuadores de esta corriente LEOPOLDO LUGONES, JULIO HERRERA Y REISSIG, RICARDO JAIMES FREYRE, JOSÉ SANTOS CHOCANO, AMADO NERVO y otros.

Se acusa al modernismo de exótico, artificial y afrancesado. Sin embargo, el exotismo proviene del romanticismo y permite a la poesía una amplia renovación de temas. En cuanto a la imitación de escritores franceses, lo que hace es apropiarse de sus innovaciones para crear una poesía nueva. No se detiene en Francia, sino vuelve los ojos a otras literaturas extranjeras: a la norteamericana (Whitman, Poe), a la italiana (D'Annunzio), a la española (poetas de la Edad Media y del Siglo de Oro), a la latina (Virgilio), etc. Aunque al final cayó en lo artificioso y superficial, con Darío y los grandes poetas modernistas la lengua española se renueva y vivifica al mismo tiempo que expresa la originalidad artística y los ideales del pueblo americano.

En efecto, los últimos románticos son los primeros modernistas. En México, AGUSTÍN F. CUENCA (1850-1884), compañero de los poetas románticos más exaltados como Acuña y Flores, representa la transición entre el romanticismo y el modernismo. Autor de la obra dramática *La cadena de hierro,* celebrada en su tiempo, poeta lírico "gongorista" y "torrentoso" en su libro póstumo *Poemas selectos* en que priva el tono elegíaco, ensaya nuevos ritmos y efectos musicales, emplea con acierto el elemento idea, el ritmo y la música.

JUSTO SIERRA (1848-1912). Cronológicamente, a Sierra le corresponde el segundo lugar entre los precursores del modernismo. Su relevante personalidad ofrece muchos puntos de interés porque en él convergen actividades literarias, históricas, políticas y docentes. Hijo del novelista y jurisconsulto yucateco Justo Sierra O'Reilly, se dio a conocer en las letras en 1868. De esta primera época es su composición *Playeras,* en la que se ha querido ver un anuncio del modernismo. Aunque su producción poética es parca y nunca recogida en libro por el autor, fue la poesía labor constante de toda su vida,

al lado de otros géneros que cultivó con mayores resultados, como el ensayo, el periodismo, el cuento, la novela, discursos, libros de viajes, crítica literaria, etc. Los ideales liberales y todos los temas del romanticismo mexicano aparecen en los primeros versos de Sierra. En consonancia con su posición de hombre público abundan las poesías de circunstancia, que no por serlo



Justo Sierra

carecen de originalidad y elocuencia. Su evolución hacia mayor pureza lírica la marcan *Matinal, Otoñal* y los sonetos del *Funeral bucólico,* en que se observa su abandono del romanticismo y la aceptación de las formas parnasianas. Publica en la *Revista Azul* su traducción de cinco sonetos de *Los trofeos* de Heredia, en los que se advierte el aprovechamiento de los recursos plásticos y sonoros. En el poema *Otoñal,* Sierra abandona la entonación cívica para expresar sentimientos íntimos. *El beato Calasanz* es el poema más ambicioso de Sierra. Aquí hace alarde de su dominio de la versificación y reúne formas clásicas, románticas y premodernistas, con el sentido ecléctico propio del modernismo.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA. MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA (1859-1895) está considerado como el primer poeta moderno de México. Nació en la capital, de una familia de la clase media acomodada. Hizo estudios particulares de latín, francés y matemáticas y amplió su cultura con abundantes lecturas francesas y españoles. Muy joven se inició en el periodismo y desde entonces colaboró asiduamente en unos cuarenta diarios y revistas, como *El Nacional, El Universal, El Partido Liberal, La República Literaria* y la *Revista Azul,* fundada por él en 1894. Utilizó una veintena de pseudónimos, en especial EL DUQUE JOB, PUCK, JUNIUS, M. CAN-CAN y RECAMIER. Murió en México el 3 de febrero de 1895. Una de las influencias más cercanas y eficaces que recibió fue la de José Martí, por entonces en México. Está con-

siderado Gutiérrez Nájera como uno de los precursores del movimiento modernista por la musicalidad de sus versos, su refinamiento espiritual, su aprovechamiento de recursos que simbolistas y parnasianos franceses empleaban, por haber sustituido la carga retórica tradicional con su gracia innata. Justo Sierra considera que la obra poética de Gutiérrez Nájera es "la flor de otoño del romanticismo mexicano". En efecto, la mayor parte de su poesía cae en el romanticismo, y esencialmente es un poeta amoroso y elegíaco: *La Serenata de Schubert, Non omnis moriar, Pax animae, Para entonces.* En su evolución poética se advierte la cercanía de Campoamor, Bécquer y Núñez de Arce, primero; después la de los franceses Hugo, Lamartine y Musset; Théophile Gautier, Nerval, Leconte de Lisle. Los hallazgos modernistas más importantes de Gutiérrez Nájera se evidencian en las *Odas breves,* en las que hay verda-

Manuel Gutiérrez Nájera

deros aciertos de armonía simbolista cerca de extraordinarios efectos plásticos. A través de la cultura francesa que él logró asimilar de modo natural, puesto que el momento histórico y el ambiente social le eran propicios, se enriqueció su sensibilidad y se depuró su expresión. Su acción innovadora no debe buscarse en las audacias métricas sino en haber logrado asimilar a su arte las sugestiones y novedades que le ofrecía la "literatura y la lengua francesas a través de sus múltiples y ricas variedades, que no destruye, sino realza su tradición española y su temperamento mexicano. . ."

En 1896 apareció la primera edición de las *Poesías completas* de Gutiérrez Nájera con un prólogo de Justo Sierra. Aquí por primera vez y con gran justeza se sitúa al poeta y se advierte su acción renovadora en la literatura hispanoamericana. Además de la poesía, Gutiérrez Nájera cultiva la prosa narrativa, en la que sobresalen sus cuentos: *Cuentos frágiles* y *Cuentos color de humo.* Predomina ahí el tono sentimental. El estilo se caracteriza por su agilidad, sutileza, elegancia. Fue el creador de la crónica. En los periódicos de su tiempo sobresalió con sus crónicas de teatro, sociales, humorísticas, de temas literarios, etc. La actividad periodística agobió los mejores años del escritor con una tarea frenética que él supuso de valor efímero. A pesar de las cir-

cunstancias poco favorables para la reflexión y el pulimento en que fue realizada, contiene muchas muestras de valor perdurable y es valioso testimonio para la reconstrucción del ambiente cultural de su época.

SALVADOR DIAZ MIRON. Dentro del movimiento modernista se sitúa a SALVADOR DÍAZ MIRÓN (1853-1928) como iniciador, aunque su paso por esta modalidad haya sido breve. Es Díaz Mirón uno de los poetas más grandes y originales de la lírica hispanoamericana por la fuerza de su estro poético y por su anhelo de perfección. Influyó en Rubén Darío y en Santos Chocano. A diferencia de la mayoría de los poetas mexicanos, prefiere el tono altivo y vigoroso al elegíaco; la actitud afirmativa, al tema obsesivo de la muerte; el interés por lograr la justicia social y definir la misión apostólica del poeta a cantar al amor. Nació en el puerto de Veracruz el 14 de diciembre de 1853.

Salvador Díaz Mirón

Hizo allí sus primeros estudios, que continuó en Jalapa. Se dedica al periodismo desde 1874 y se da a conocer como poeta. Debido a su carácter violento tuvo muchos encuentros personales que le ocasionaron graves problemas: un disparo de revólver le inutilizó el brazo izquierdo; estuvo cuatro años en prisión por haber dado muerte, en defensa propia, a Federico Wolter; en 1910 atentó contra la vida del diputado Chapital y fue desaforado y encerrado en Belén. Al triunfo de la revolución maderista Díaz Mirón dirige el Colegio Preparatorio de Jalapa. Sale a Europa a la caída del gobierno del general Victoriano Huerta y después de una corta estancia en Santander, pasa a Cuba donde se mantiene de la enseñanza. A su vuelta al país dirige el Colegio Preparatorio de Veracruz. Muere en junio de 1928 en ese puerto. Se le da sepultura en México, en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

En 1884 fue por primera vez diputado al Congreso de la Unión y cobró fama de orador parlamentario de la oposición en la discusión de la famosa "deuda inglesa". Esta es también su época de mayor brillantez en la vida

literaria, cuando escribe poemas como *Sursum, A Gloria* y la *Oda a Victor Hugo,* composiciones de entonación romántica cercanas a Hugo y a Núñez de Arce. *Lascas* (1901) es su libro fundamental y marca la segunda etapa de su evolución poética. Los años de prisión (1892-1896) cambian su concepción artística. Ha perfeccionado su técnica en un esfuerzo por dominar la forma. Un ceñido parnasianismo modela los versos y combina con sabiduría los colores y las armonías a la manera simbolista. Busca la expresión precisa sin que se lo impidan las palabras duras o prosaicas, y por ese camino llega al "realismo poético" evidente en poemas como *Idilio, Avernus* y *Pinceladas.* No obstante, se encuentran también poemas de delicada ternura como *Nox.* En su tercera etapa, después de la aparición de *Lascas,* Díaz Mirón se impone una técnica excesivamente rigurosa evidente en *Los peregrinos.* Estos poemas formarían parte de libros como *Astillas y triunfos* y *Poemas breves,* que no llegaron a aparecer.

MANUEL JOSE OTHON. MANUEL JOSÉ OTHÓN (1858-1906) nació en San Luis Potosí en 1858 y murió en esa misma ciudad en 1906. En el Seminario Conciliar de su ciudad natal hizo estudios preparatorios; recibió lecciones de latín y filosofía, y en 1876 ingresó al Instituto Científico y Literario de San Luis para cursar la carrera de jurisprudencia. Recibió su título de abogado en 1881. En el desempeño de su profesión vivió en pequeños poblados como

Manuel José Othón

Cerritos, Guadalcázar, Tula, Ciudad Lerdo. Pasó temporadas en San Luis, y en la capital se instaló en 1900 para hacerse cargo del puesto de diputado al Congreso de la Unión. Colaboró en algunas publicaciones de provincia como *El Correo de San Luis* y en *La República Literaria,* de Guadalajara, y en *El Renacimiento,* la *Revista Azul,* la *Revista Moderna, El Mundo Ilustrado* y *El Universal,* de la capital.

Su obra literaria comprende teatro, prosa narrativa y poesía. Sus primeros triunfos como escritor los obtiene con sus composiciones dramáticas *Después de la muerte* y *Lo que hay detrás de la dicha.* Fue celebrada la aparición

de sus *Cuentos de espantos* en *El Mundo Ilustrado* en 1903, en que transcribe el habla popular y pone de manifiesto en *Encuentro pavoroso, Coro de brujas* y *El nahual,* el arraigo que tienen ciertas tradiciones y leyendas en el alma del pueblo. Su vocación poética se revela muy temprano y es persistente a través de toda su vida. Sus primeras composiciones están fechadas en 1875 y 1876 y la última, días antes de su muerte. Aunque su obra de juventud es de mediana calidad, ahí se encuentra el germen de las dos direcciones de su poesía: la descriptiva y la elegíaca. Su libro fundamental es *Poemas rústicos* (1890-1902). En este conjunto sobresalen en la descripción de la naturaleza: *Himno de los bosques,* en el que persigue una estructura sinfónica y presenta las variaciones del paisaje desde el amanecer hasta el ángelus, como acción de gracias al Creador; la *Noche rústica de Walpurgis,* formada por veintidós sonetos, con temas campestres; la *Pastoral* y *Angelus domini.* El *Idilio salvaje,* publicado en 1906, después de la muerte de Othón, está considerado como uno de los grandes poemas en lengua española. En él describe con extraordinaria maestría una pasión amorosa, con imágenes tomadas de la naturaleza. Del tono elegíaco son notables el *Canto del regreso,* escrito en ocasión de su vuelta a la tierra natal como reconciliación con el medio y con los suyos, y la *Elegía* a la memoria de don Rafael Angel de la Peña, leída en la Academia de la Lengua, poco antes de morir, en que hace una síntesis de su propia vida.

Othón sigue en su obra de juventud la inspiración del romanticismo reinante. En su madurez poética se inclina a las fuentes clásicas que lo nutrieron desde niño, pero no fue ajeno al modernismo como puede observarse en los procedimientos literarios que emplea y en hallazgos de luminosidad y color que obtiene en el *Idilio salvaje, Pastoral* o *Lobreguez.*

AMADO NERVO. (1870-1919) nació en la ciudad de Tepic, capital de Nayarit, el 27 de agosto de 1870. Perdió a su padre cuando sólo contaba trece años de edad. Fue enviado por su madre a Jacona, Michoacán, al Colegio de San Luis Gonzaga, donde se destacó por su inteligencia y cumplimiento. En 1886 pasó a la ciudad de Zamora a estudiar en el Seminario, ciencias, filosofía y el primer año de leyes. De este tiempo data su primera incursión en las letras, un cuento: *Delirio y realidad,* publicado hacia 1888 en la sección literaria de *El Pensamiento,* de Zamora. Abandonó los estudios para volver al seminario en 1891, con el fin de hacerse sacerdote. Urgencias económicas lo obligaron a desempeñar un trabajo de escritorio en Tepic y trasladarse después a Mazatlán donde alternaba sus deberes en el despacho de un abogado con sus artículos para *El Correo de la Tarde.*

Escribe para la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera, desde 1894, y al llegar a la capital se relaciona con los principales colaboradores mexicanos: Dávalos, Tablada, Urbina, y con algunos extranjeros como Darío, Santos Chocano y Campoamor. Su formación literaria en las inquietudes del momento

es de aquellos años. Forma parte de la redacción de *El Universal, El Nacional* y *El Mundo.* Se hace famoso después de la publicación de su novela *El bachiller* (1896) y de sus libros de poesía *Perlas negras* y *Místicas* (1898). En 1900 parte para Europa como corresponsal de *El Imparcial* a la exposición de París. Tiene oportunidad de viajar por varios países y de escribir: *Poemas* (1901), *El éxodo y las flores del camino, Lira heroica* (1902), *Las voces* (1904) y *Jardines interiores* (1905).

Amado Nervo

De su primer viaje tuvo varias experiencias inolvidables: la fraternal amistad con Darío; el conocimiento de escritores famosos como Catulle Mendés, Moréas, Valencia y Lugones; el encuentro con su amada, Ana Cecilia Luisa Daillez; el trato con la pobreza y la soledad después que *El Imparcial* le canceló la corresponsalía y tuvo que atenerse a sus propias fuerzas para poder vivir. Al volver era ya un poeta consagrado. Atendió fugazmente puestos docentes y burocráticos hasta que en 1905 ingresó al servicio diplomático y viajó a España como segundo secretario de la Legación de México. Residió especialmente en Madrid y escribió artículos para muchas revistas y periódicos hispanoamericanos. A más de cumplir decorosamente con su encargo diplomático, aumentó su bibliografía, entre otros libros, con el estudio sobre *Juana de Asbaje* (1910); de poesía: *En voz baja* (1909), *Serenidad* (1915), *Elevación* (1917) y *La amada inmóvil,* que fue póstumo; en prosa: *Ellos* (1912), *Mis filosofías* y *Plenitud* (1918). En 1914, debido a la Revolución, se interrumpió el servicio diplomático y Nervo pasó en el extranjero años de dificultades. Regresó al país en 1918 para emprender pocos meses después su viaje a América del Sur como Ministro plenipotenciario en Argentina y Uruguay. Llegó a Buenos Aires en marzo de 1919 y murió en Montevideo el 24 de mayo de 1919. Su cadáver fue conducido a México en la fragata "Uruguay" escoltada por barcos argentinos, cubanos, venezolanos y brasileños. En México se le tributó homenaje sin precedente. Fue sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres el 14 de noviembre de 1919.

La abundante obra de Amado Nervo comprende prosa y verso. En prosa escribió novelas como *El bachiller* (1895), con la cual alcanzó sus primeros éxitos, *Pascual Aguilera* y *El domador de almas, Mencia, Amnesia* y *El sexto sentido.* Desde su juventud se da a conocer como cuentista; algunos se encuentran en la serie titulada *Cuentos misteriosos.* Realizó la crítica literaria desde la *Revista Moderna,* de la que fue codirector y encargado de la sección bibliográfica. Su obra más cumplida en este aspecto es *Juana de Asbaje,* publicada en Madrid en ocasión del Centenario de la Independencia de México.

Comienza a escribir crónicas bajo la evidente influencia de Gutiérrez Nájera, aunque después recibe la de los escritores simbolistas, la de los místicos, los pensadores orientales y la de los clásicos antiguos. Sus crónicas de temas varios, y ligeros, sus semblanzas, sus crónicas teatrales, sus crónicas de Europa y las de París, que luego se reúnen en *El éxodo y las flores del camino,* aparecen en diferentes periódicos, son leídas por un amplio público español e hispanoamericano y labran buena parte de la fama de Nervo por su sobriedad y discreta elegancia. Sin embargo, el reconocimiento mayor que ha recibido Nervo es el del poeta. La mejor parte de la poesía de Nervo es lírica y en ella se advierte una evolución que va desde el refinamiento inicial de *Perlas negras, Místicas* y *Poemas,* en que es preciosista, ensaya ritmos nuevos y logra la armonía general del poema, hasta la sobriedad más desnuda. Lo transitorio de las cosas humanas y la intensidad de su inquietud ante el misterio de la vida y la muerte le hacen buscar por diferentes caminos, religiones y filosofías, respuesta a sus interrogantes. Después de *Elevación* se propone escribir "sin retórica, sin procedimiento, sin técnica, sin literatura", con la única misión de consolar, llegando a la simplicidad de la idea y de la emoción.

Se ha considerado a Nervo poeta místico. Lo es, si se atiende a su insaciable búsqueda de la belleza eterna y del bien infinito. Tanto su tono —confidencial— como sus temas provincianos y cívicos estimulan a poetas posteriores a escribir composiciones en las que es muy notable el gusto por los temas nacionales. Considerado Nervo como uno de los grandes poetas modernistas americanos, ha sido objeto de innumerables estudios, ediciones y selecciones de su obra.

LUIS G. URBINA. Luis G. Urbina (1868-1934) nació en la ciudad de México. Como su madre murió al nacer el poeta, pasó su niñez al amparo de su abuela paterna, en la mayor pobreza. Con grandes dificultades pudo estudiar hasta la enseñanza preparatoria. Muy joven entró como redactor a *El Siglo XIX,* iniciando su larga carrera de periodista. En estos afanes conoció a Gutiérrez Nájera, con quien lo unió entrañable amistad y a quien siguió en varios aspectos de su obra. Justo Sierra fue para Urbina el maestro y el constante estímulo. Durante la gestión de Sierra como Ministro de Instrucción Pública, Urbina fue su

secretario particular. En 1913 desempeñó el puesto de Director de la Biblioteca Nacional; en la Escuela Nacional Preparatoria tuvo a su cargo la cátedra de Literatura española. Perteneció al grupo de la *Revista Azul* y colaboró en diversas publicaciones periódicas como *El Mundo Ilustrado* y *El Imparcial.* A causa del movimiento revolucionario, en 1915 se expatrió a La Habana, donde continuó desempeñando servicios periodísticos y docentes. Al año siguiente pasó a Madrid como corresponsal de *El Heraldo de Cuba.* En 1917 estuvo en Buenos Aires en misión oficial. A su regreso a España fue designado primer secretario de la Legación de México. Después de algunos viajes volvió a España hasta su muerte, ocurrida en Madrid el 18 de noviembre de 1934. Sus restos mortales fueron traídos a su patria y descansan en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Tres son los aspectos más importantes de la personalidad literaria de Urbina: el poeta, el cronista y el crítico. Está considerado entre los grandes poetas mexicanos. En cuanto a su clasificación dentro de una escuela literaria, él afirma que los modernistas lo encuentran romántico y los románticos lo consideran modernista. En realidad "significa la perduración del romanticismo a través del modernismo".[1] Su poesía es espontánea y sentimental. Sierra lo cataloga entre los poetas románticos de tradición más pura, sin falsedades ni retóricas. En *Ingenuas* (1902) aparecen las *Vespertinas,* que manifiestan el gusto del poeta por la descripción emocionada del paisaje en las últimas horas de la tarde, y van a ser formas permanentes en toda su obra. En *Puestas de sol* (1910) se descubre el poeta descriptivo de *El poema del lago. Lámparas en agonía* (1914) es "obra de madurez espiritual y de completo dominio técnico", como lo demuestran *Vieja lágrima* y *La elegía de mis manos.* Siguen después *El glosario de la vida vulgar* (1916), *El corazón juglar* (1920) y *Los últimos pájaros* (1924). *El cancionero de la noche serena* se publicó póstumamente, en 1941. Sin temas rebuscados logra el poeta llegar a la plenitud de una obra de extraordinaria unidad y calidad estética.

De su abundante labor en los periódicos, inédita en su mayor parte, es notable la maestría que consiguió en la crónica a la manera de Gutiérrez Nájera. Muchos libros agrupan las impresiones de Urbina de distinto tono y asunto. *Cuentos vividos y crónicas soñadas* (1915), *Bajo el sol y frente al mar* (1916), etc., guardan sus memorias de viajes y su nostalgia de la patria; *Hombres y libros* (1923), recuerdos y retratos de sus amigos escritores; *Psiquis enferma* (1922), la vida de los niños desamparados. Fue Urbina famoso como cronista teatral y en especial como cronista musical.

La obra crítica de Urbina ha sido punto de partida para posteriores trabajos de investigación sobre literatura mexicana. Así lo demuestra la *Antología del Centenario* (1910), cuya Introducción correspondió a Urbina. La Antología fue planeada por Justo Sierra y en ella colaboraron Henríquez Ureña, Nicolás Rangel y Luis G. Urbina. Con la base de las conferencias

[1] Federico de Onís, *Antología de la poesía española e hispanoamericana,* Madrid, 1934, p. 416.

dictadas en Buenos Aires, en 1917, redactó *La vida literaria de México,* que presenta el desarrollo de las letras patrias desde el siglo XVI hasta González Martínez. Por la puntual reconstrucción del ambiente y certera apreciación de valor, estas dos obras son fundamentales para el estudio de la literatura mexicana.

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ. ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ (1871-1952) nació en Guadalajara, Jalisco, el 13 de abril de 1871. En 1881 ingresó en la Preparatoria, al Seminario Conciliar y, simultáneamente, al Liceo de Varones del Estado. En 1886 inicia sus estudios de medicina y publica poemas en revistas de Guadalajara. Obtiene su título en 1893. Su labor literaria no disminuye. Al lado del ejercicio de su profesión, que practica en Sinaloa, Mocorito y Mazatlán, colabora en diarios y revistas de la capital y de la provincia. Su primer libro, *Preludios* (1903), tuvo una favorable acogida en el medio intelectual. *Lirismos* (1907) afirma las apreciaciones de la crítica, y en 1911, con la aparición de *Silenter,* la Academia Mexicana de la Lengua le abre sus puertas. Forma parte, al pasar a la ciudad de México, del Ateneo de la Juventud, del cual ocupa la presidencia, en 1912. Fue subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes en 1913 y profesor de literatura en la Preparatoria, la Normal y la Escuela de Altos Estudios. Funda con Efrén Rebolledo y López Velarde, la revista *Pegaso.* Su carrera diplomática empieza en 1920. Representó a México en Chile, Argentina, España y Portugal (1920-1931). Fue miembro fundador de El Colegio Nacional y del Seminario de Cultura Mexicana. Recibió innumerables honores y distinciones y perteneció a muchas sociedades y academias. En 1944 recibe el "Premio de literatura Manuel Avila Camacho" y se publican sus poesías completas. Murió en la ciudad de México el 19 de febrero de 1952. Descansa en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

González Martínez está considerado como el último gran poeta modernista. Desde *Preludios* es evidente su afirmación lírica. Aunque está muy cerca de algunos de los mejores poetas contemporáneos, como Gutiérrez Nájera, Othón, Díaz Mirón, Nervo, y son perceptibles las huellas de los poetas parnasianos y simbolistas franceses, poco a poco va purificando su propio acento. Cuando publica *Los senderos ocultos,* se revela la existencia de un movimiento de renovación en la poesía. En *La hora inútil, Silenter, Los senderos ocultos, La muerte del cisne,* se proclama el ideal poético del autor. En su famoso soneto *Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje...* se ha querido ver al buho como símbolo de la poesía de González Martínez, opuesto al cisne entronizado por Darío. El poeta mexicano aconseja el alejamiento del preciosismo esteticista y superficial y sugiere el emblema de la meditación y de la sabiduría. El amor, el dolor, la eternidad, la muerte y sobre todo la actitud ante la vida, son sus temas predilectos. Francisco A. de Icaza le ha llamado el optimista melancólico, porque si canta lo pasajero

del goce, también siente lo pasajero del dolor. Aspira a que el arte sea una ayuda en el contacto espiritual de la humanidad. Su atención por los movimientos de la poesía más moderna le mereció la consideración de patriarca de la poesía mexicana moderna. La autobiografía de González Martínez está encerrada en dos libros: *El hombre del buho* (1944) y *La apacible locura* (1951), que describen la entrañable vocación poética del autor en más de cincuenta años de entrega ejemplar. Una buena cantidad de prólogos a ediciones de sus contemporáneos o de autores jóvenes, evidencian sus aptitudes críticas y su labor de generoso estímulo. Sus traducciones del francés y del inglés advierten acerca de sus autores preferidos y de la disciplina que colaboró tan eficazmente en su perfeccionamiento.

JOSE JUAN TABLADA. José Juan Tablada (1871-1945) nació en la ciudad de México. Hizo estudios en una escuela particular, en el Colegio Militar y en una academia de pintura. Desempeñó modestos empleos en los ferrocarriles y a los diecinueve años empezó a colaborar en *El Universal.* Poco después era colaborador de *El Mundo Ilustrado, El Universal Ilustrado, Revista de Revistas,* la *Revista Azul,* la *Revista Moderna* y otras. Su viaje al Japón, en 1900, cumplió su deseo de acercarse a las culturas orientales. Vivió en París y en 1914 pasó a Nueva York a causa de problemas políticos. En 1918 entró al servicio diplomático, que ejerció en Colombia, en Venezuela y en Nueva York. Falleció en esta última ciudad en 1945. Sus restos fueron inhumados en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Tablada fue un poeta y prosista distinguido y un crítico brillante. Como poeta, llega, a través de la literatura francesa, que maneja con gran amplitud, a afiliarse a la corriente modernista. Su primer libro, *El florilegio* (México, 1899), es recibido con elogios por los poetas de la *Revista Moderna.* Su simpatía por el Japón le llega a través de la literatura francesa. El exotismo, herencia romántica, proporciona un motivo inapreciable a la poesía modernista, y Tablada lo aprovecha para introducir, a más del conocimiento de poetas japoneses, que traduce con habilidad y corrección, la estrofa japonesa de metro menor, el *Hok-ku* o *hai-kai,* a la lírica castellana. En el original, el *hai-kai* cuenta con diecisiete sílabas en tres versos. Esta forma nueva, que aparece en *Un día...* (Caracas, 1919) y en *El jarro de flores* (Nueva York, 1922), pretende aprisionar, al vuelo, una imagen en que tiembla la poesía de lo vivo, es por su pureza y síntesis, un vehículo apropiado al pensamiento moderno. En su libro *La feria,* poemas mexicanos (Nueva York, 1928), vuelve el poeta los ojos a su patria transformada por la Revolución y a través del mexicanismo de López Velarde. El hecho de haber señalado nuevas perspectivas a la poesía mexicana en los temas y en la preocupación estética; ejerció una benéfica influencia en la juventud de su tiempo.

Tablada desarrolló, durante quince años, la difusión del arte mexicano en el extranjero a través de artículos que publicó en importantes revistas

de Estados Unidos. Su obra periodística es muy abundante y en ella cabe su obra política, como su famosos *Tiros al blanco.* Entre sus libros en prosa se destacan: *Hiroshigué, el pintor de la lluvia, de la noche y de la luna* (1914); *En el país del Sol* (Nueva York, 1919); *Historia del arte en México* (1927); *La feria de la vida,* Memorias, t. I. Hay que contar también, sus traducciones del japonés, del francés y del inglés.

LA *REVISTA MODERNA.* La *Revista Moderna* (1898-1903, 1903-1911, 16 volúmenes), heredera de la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera, fue fundada por Bernardo Couto Castillo en julio de 1898. Reapareció al mes siguiente bajo la dirección de Jesús E. Valenzuela y en la segunda época tuvo como director a Amado Nervo. Esta es una de las publicaciones más importantes por la calidad de sus colaboradores, porque pone en contacto a los principales poetas modernistas del Continente, y a través de traducciones y obras originales de escritores franceses, principalmente, establece una efectiva comunicación entre poetas hispanoamericanos y europeos benéfica para todos. En la *Revista Moderna* aparecen obras de Lamartine, Heredia, Leconte de Lisle, los Goncourt, Gautier, Baudelaire, Lemaitre, Mendés, etc. Colaboran, entre los hispanoamericanos, Darío, Lugones, Leopoldo Díaz, Valencia, Jaimes Freyre, Díaz Rodríguez. Entre los españoles, Unamuno, Valle-Inclán, Machado, Azorín, Andrés González Blanco y Marquina.

El grupo principal de la Revista lo forman Rubén M. Campos, Jesús Urueta, Ciro B. Ceballos, José Juan Tablada y Balbino Dávalos. Colaboran también Othón, Olaguíbel, Alberto Leduc, Rafael Delgado, Federico Gamboa, Urbina, González Martínez y Rafael López.

La Revista aumenta su calidad artística con los dibujos y viñetas de Julio Ruelas, Jorge Enciso, Roberto Montenegro, Germán Gedovius y Lázaro Pavía.

Entre los escritores de la *Revista Moderna,* JOSÉ JUAN TABLADA está considerado como el profesional de las letras por su saber literario y su técnica impecable. JESÚS URUETA (1868-1920) es el orador por excelencia, cuya amplia cultura, magnetismo personal y atractivo tono de voz hicieron de sus intervenciones un espectáculo inolvidable. El texto de sus conferencias sobre literatura griega se reunió en *Alma-Poesía* (1904) y sus ensayos, en *Fresca* (1903). EFRÉN REBOLLEDO (1877-1920), diplomático en Guatemala, Japón, Noruega y París, recibió, como Tablada, la influencia oriental. *Rimas japonesas* (Tokio, 1909), *Hojas de bambú* (prosa), así lo demuestran. Nervo lo llama "modernista de alma parnasiana" por las cualidades de artífice que predominan en su verso. Los poemas representativos de Rebolledo son los eróticos. La culminación de su carrera está representada por *Caro victrix* (1916) y *La Salamandra* (1919). La compilación de su obra aparece en *Joyelero* (1922). RAFAEL LÓPEZ (1873-1943) se dio a conocer como poeta cívico. En 1911 obtuvo la flor natural con su poema *La leyenda de los*

volcanes. Puede decirse que es autor de un solo libro de poemas: *Con los ojos abiertos* (1912), que pulió y enriqueció en sucesivas ediciones. Se advierte en su poesía la cercanía de Darío y la de Heredia y entonación semejante a la de Díaz Mirón y Santos Chocano. La poesía heroica tiene su mejor expresión en los *Vitrales patrios,* que incluyen *La bestia de oro, La leyenda de los volcanes* y *Montañas guanajuatenses,* composiciones que le dieron notoriedad. Dentro del periodismo, Rafael López se distinguió como cronista a la manera de Urbina y Gutiérrez Nájera. En *El Universal* hizo famosa su sección *Prosas transeúntes,* firmadas con el anagrama de LÁZARO P. FEEL.

NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA

LA POESIA MODERNISTA

José Martí, Julián del Casal y José Asunción Silva, ocupan su sitio dentro de los precursores del Modernismo, pues presentan ya las características esenciales de este movimiento.

1.—JOSE MARTI. JOSÉ MARTÍ *(La Habana, 1853-1895) vivió y murió al servicio de la libertad de Cuba. Durante su adolescencia estalló la guerra separatista llamada "de los diez años". Por la expresión de sus anhelos libertarios, sufre prisión y, más tarde, destierro en España. Después de un año, vuelve a América; reside en*

José Martí

México y en Guatemala, y en 1878 regresa a Cuba. A causa de su labor subversiva es deportado nuevamente. En 1881 está en Caracas y poco después decide vivir en Nueva York, desde donde trabaja constantemente en favor de una nueva guerra separatista en Cuba. La causa de América fue su pasión y a ella se entregó con fervor místico. La integración de América que

había soñado Bolívar, cobra realidad en la aguda visión de Martí, que buscaba salvaguardar los intereses de todos los pueblos hispanoamericanos.

La obra escrita de Martí es amplísima: política, sociología, arte, educación, poesía, drama, novela, ensayo, historia, economía. Martí consideraba que había que ir a la literatura "que ensancha y revela, a la que saca de la corteza ensangrentada el almendro jugoso, a la que robustece y levanta el corazón".[1] *Su estilo personal tuvo un extraordinario atractivo para sus amigos de Hispanoamérica; fue un estímulo y un modelo al que se quisieron acercar. "Su arrogancia verbal, ese amor comunicante del hombre nacido para evangelizar y redimir",*[2] *tuvieron eco en las conciencias americanas.*

Su valiosa obra literaria estuvo destinada, en su mayor parte, a los periódicos, y sólo sus versos fueron escritos para su propio solaz. En 1882 escribe Ismaelillo, *un pequeño volumen con versos dedicados a su hijo. Este libro suele tomarse como la primera avanzada del Modernismo. Había en él un timbre nuevo, una sensibilidad desconocida hasta entonces en la poesía de habla española. En los* Versos sencillos *(1891) se advierte la misma naturalidad, aunque también una profunda transformación en la expresión poética. Sin embargo, en algunas ocasiones se presenta en Martí la manera "preciosista" que poco tiempo después había de ser típica de esa corriente literaria.*

En la prosa busca también la sencillez; no es rebuscada ni en el concepto ni en las palabras, sino en el adorno. Proviene de la herencia literaria castiza. Se ha dicho que su prosa es barroca, de ritmo amplio, de gran aliento y extraordinaria flexibilidad. Alcanza su expresión más feliz en sus discursos, crónicas y ensayos. Su influencia está clara en la mayor parte de los buenos prosistas americanos.

2.—*JULIAN DEL CASAL.* JULIÁN DEL CASAL *(Cuba, 1863-1893), de naturaleza endeble, propenso a la melancolía, se dio a conocer como poeta desde su adolescencia. Cuenta con tres libros de poesías:* Hojas al viento *(1890),* Nieve *(1892) y uno póstumo:* Bustos y rimas *(1893). Escribió también cuentos, crónicas y poemas en prosa. Los periódicos de su tiempo recogían su producción:* La Habana Elegante, El Fígaro, La Caricatura. *Al principio su poesía está cerca de los románticos como Zorrilla, Bécquer, Campoamor. Después de su viaje a España, al publicar* Hojas al viento *se advierte la influencia francesa, sobre todo la de los parnasianos Gautier, Leconte de Lisle, Coppée y Heredia. Verlaine, que comentó el libro* Nieve, *de Casal, considera que dará sus mejores producciones cuando se haya alejado del parnasianismo. Cuando Darío pasó por La Habana, en 1892, se confirmó la amistad epistolar de los dos poetas y la admiración de Casal por el nicaragüense. En su último libro, Casal muestra su gusto por las innovaciones simbolistas que ha aprendido en Verlaine y en Baudelaire.*

[1] Cfr. Mauricio Magdaleno, *Martí*, México, 1942, p. XXXII.
[2] Cfr. obra citada, p. XXXIII, citando el juicio de Ventura García Calderón.

Las audacias verbales, la flexibilidad del verso, las trasposiciones, la aplicación de los procedimientos de la pintura, la orfebrería y la escultura, la atracción de la cultura helénica y del exotismo japonés, lo mismo que las expresiones de su sensibilidad enfermiza y sombría, indican que Casal ha captado todas las direcciones de la corriente modernista. Poeta del escepticismo, de la duda y de la muerte, representa con gran claridad el tránsito de la poesía romántica a la poesía modernista.

3.—JOSE ASUNCION SILVA. José Asunción Silva *(Bogotá, Colombia, (1865-1896) se inicia en las letras a los diez años, bajo el influjo de Isaacs —a quien conoció— y de Campoamor, Bécquer y Bartrina. A los dieciocho visitó París y Londres, y encontró, en poetas franceses y de habla inglesa, a sus verdaderos maestros: Poe, Verlaine, Baudelaire y Mallarmé. Edgar Allan Poe, sobre todo, está presente en las dos composiciones más conocidas de Silva:* Nocturno *y* Día de difuntos, *cuyo propósito es excitar el alma intensamente y lograr la belleza. Además, la atmósfera de tristeza, que para Poe es la manifestación más alta de belleza, está realizada con todos sus matices en la mayor parte de la poesía de Silva. Esta tristeza incurable lo llevó al suicidio.*

La fama de este poeta se debe a sus Nocturnos; *especialmente al que escribió con motivo de la muerte de su hermana Elvira, llamó la atención por su forma novedosa en que se mezclan versos asonantados de cuatro, ocho, doce, dieciséis y veinte sílabas, combinados con versos de seis y de once, para producir una armonía desconcertante y de honda emoción lírica.*

La obra conocida de Silva es de juventud —perdió lo mejor de su producción en un naufragio— y carece de unidad. Está reunida en un volumen: Obra completa *(1956). Sin embargo, se significa como el más definitivamente modernista de los precursores, porque introduce en la poesía un vocabulario sugerente, sensual y melancólico; un nuevo ritmo poético; riqueza verbal, hondura filosófica e indefinible melancolía.*

4.—RUBEN DARIO. Rubén Darío *(Nicaragua, 1867-1916) es el realizador del movimiento modernista. Empezó a escribir a los trece años. Pasó a El Salvador, donde se aficionó a la lectura de los escritores franceses. En 1886 estaba en Chile, y ahí continuó su información de la literatura francesa. Escribió:* Abrojos, Rimas *y* Canto épico *(1887) a la manera tradicional y en 1888 publicó* Azul. *Con este libro introduce en la literatura de habla española, el cuento parisiense, evocando un país sin conocerlo personalmente. En su segunda edición (1890), aumentada con versos y prosas, se advierte que el poeta ha alcanzado la pureza artística. No le son desconocidos Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón y José Martí. En sus numerosos viajes estableció contacto directo con los poetas*

más significativos y dio coherencia a una generación americana independiente —la primera— y nombre de Modernismo al movimiento de revolución artística que sintetizaba el anhelo de renovación de la literatura americana. Darío volvió a América central; fue a España como delegado a los festejos del IV Centenario del Descubrimiento de América. Al pasar por La Habana conoció a Julián del Casal. Fue después a Buenos Aires; a su paso por Nueva York afirmó su amistad con Martí. Su estancia en Argentina es la de mayor actividad literaria (1893-1898). Funda con Jaimes Freyre la Revista de Amé-

Rubén Darío

rica *y es el centro de un grupo de jóvenes escritores interesados en la renovación: Leopoldo Díaz, Ricardo Jaimes Freyre, Leopoldo Lugones, etc. Publicó* Los raros *(1896), que reúne las semblanzas de los autores que atraen la atención de los modernistas, y señala una nueva orientación estética. También en 1896 publica* Prosas profanas, *donde ensaya versos y ritmos nuevos, acentuando la significación renovadora del modernismo y haciendo en el prefacio su manifiesto poético. En 1898 Darío embarcó para Europa como corresponsal de* La Nación. *En 1904 vivió en París con un cargo diplomático. En 1905 publica el más importante de sus libros en verso:* Cantos de vida y esperanza. *Aquí vuelve a la preocupación social; al problema de la naturaleza y del destino humanos. Sus últimos libros fueron:* El canto errante *(1907),* Poema del otoño y otros poemas *(1910),* Canto a la Argentina y otros poemas *(1914). Su calidad de prosista puede apreciarse en* Los raros *(1896),* Peregrinaciones *(1901),* La caravana pasa *(1902) y* Tierras solares *(1904). Tanto el proceso del Modernismo como sus características fundamentales aparecen en la obra de Darío: el espíritu renovador, el refinamiento verbal, el exotismo, como también el tono reflexivo sobre problemas hispanoamericanos. Es el genial representante del Modernismo americano que logró la transformación de la poesía y de la prosa en lengua española.*

Entre los más destacados poetas del Modernismo, después de Darío, se cuentan: Leopoldo Lugones, Ricardo Jaimes Freyre, Guillermo Valencia, José Santos Chocano y Julio Herrera y Reissig.

5.—LEOPOLDO LUGONES. LEOPOLDO LUGONES *(Córdoba, Argentina, (1874-1938). En sus primeras obras aparece como escritor político social; después su poesía es cada vez más refinada y preciosista, con influencias de Samain y de Laforgue. No hubo posteriormente a Lugones poeta más abundante y renovador.* Las montañas de oro *(1897) es un libro de entonación profética y vigorosa;* Los crepúsculos del jardín *(1905), exquisito. El* Lunario sentimental *(1909), escrito a su regreso de Europa, contiene poesías en metro libre, con tono humorístico y melancólico, que recuerda a Laforgue. Tuvo este libro una gran influencia en todo el continente por su rebuscamiento, culto a la metáfora y caprichoso desenfado. En 1910, en ocasión del Centenario de la Independencia argentina, publica sus* Odas seculares, *en que usa o el tono heroico, o el recuerdo de la realidad argentina.* El libro de los paisajes *(1917) es de tipo descriptivo; en* Las horas doradas *(1922) aparece reflexivo; en el* Romancero *(1924), popular, castizo y hondo. En 1926 alcanza Lugones el* Premio Nacional de Literatura.

Fue mayor poeta que prosista. En este último género sobresalen: La guerra gaucha *(1905), formada de relatos históricos de las guerras de independencia. Su habilidad de narrador quedó en un ensayo de novela:* El ángel de la sombra *(1926), y en sus cuentos:* Las fuerzas extrañas *(1906) y* Cuentos fatales *(1924).*

6.—RICARDO JAIMES FREYRE. RICARDO JAIMES FREYRE *(Bolivia, (1868-1933) fue un virtuoso de la métrica, de la que conocía todos los secretos, como lo hace suponer su estudio:* Leyes de la versificación castellana *(1912). Fue amigo de Darío y de Lugones, pues vivió largos años en Argentina, y uno de los poetas más finos y elegantes de Hispanoamérica. Su primer libro,* Castalia bárbara *(1897), recuerda los* Poèmes barbares *de Leconte de Lisle, y contiene temas y símbolos de los mitos escandinavos. En* Los sueños son vida *(1917) es más claro su aprovechamiento de la libertad métrica. Jaimes Freyre se interesó por la Historia de Argentina y escribió varios libros acerca de Tucumán, y otros más de carácter didáctico. Ensayó el teatro.*

7.—GUILLERMO VALENCIA. GUILLERMO VALENCIA *(Colombia, 1873-1943), sucesor de Silva y heredero de la cultura filológica tradicional de su patria, pronto fue reconocido también como poeta de refinada inspiración. Cuando Valencia conoció a Darío en París, ya había publicado su libro* Ritos *(1898), que lo coloca entre los más altos renovadores de la poesía en América. Es poeta parnasiano que domina el sentido plástico y la pureza formal, serena y límpida. Valencia prefiere el colorido suave y las metáforas atrevidas. Su sobriedad y acierto están presentes en poemas como* Cigüeñas blancas *o* Los camellos.

Fue extraordinario traductor de Verlaine, Maeterlinck, Heredia, Mallarmé, D'Annunzio, etc. Sus traducciones de poetas chinos del siglo VIII *en adelante, aparecen en* Catay *(1929). Se recogieron en libro algunos de sus* Discursos *(1915).*

8.—*JULIO HERRERA Y REISSIG.* *En* JULIO HERRERA Y REISSIG *(Uruguay, 1875-1910) el Modernismo alcanza su expresión más atrevida. Sus influencias más notables son las de los poetas simbolistas franceses, Baudelaire, Mallarmé, Laforgue, Samain, y la de Poe y Darío. La parte más importante de su obra poética está formada por* Los maitines de la noche *(1902), a la manera lugoniana,* Los éxtasis de la montaña *(1904-1907) y la* Torre de las esfinges *(1909).*

9.—*JOSE SANTOS CHOCANO.* JOSÉ SANTOS CHOCANO *(Perú, 1875-1934), admirador de Díaz Mirón, con quien tiene afinidades, es el único poeta peruano en quien se manifiesta el Modernismo con todas sus características. Viajó mucho por Europa y América. Canta con vigoroso tono la naturaleza, la historia y la leyenda del continente.* Alma América, poemas indo-españoles *(1906) y* Fiat Lux *(1908), muestran sus capacidades de cantor épico y de poeta descriptivo de estas tierras. Cuando volvió al Perú, después de años de ausencia, recibió el encargo de escribir un canto épico para celebrar la conmemoración del Centenario de la Batalla de Ayacucho. Presentó entonces* Ayacucho y los Andes, *que le dio renombre y aplauso. Su obra en prosa consta de algunos libros de memorias y folletos sobre política y asuntos internacionales. Su carácter apasionado le ocasionó disputas trágicas, problemas políticos, encarcelamientos y la pérdida de su propia vida.*

LA NOVELA MODERNISTA

Entre 1890 y 1920, la prosa y la poesía se renuevan con el movimiento modernista y se transforman gracias a la buena acogida que reciben las corrientes más modernas de la literatura universal provenientes de Francia, Inglaterra, Italia y Estados Unidos. Con material americano, las técnicas experimentales del naturalismo, el lenguaje evocador y refinado del simbolismo y del parnasianismo, y el espíritu subjetivo orientado a la búsqueda de la originalidad, se crea la novela "artística", típica del Modernismo. Caben dentro de estas novelas, la recreación de lo exótico, dentro y fuera de América, y los intentos de estudio psicológico y social, sin descuidar el preciosismo y la alegoría. Así lo muestran CARLOS REYLES, EDUARDO BARRIOS, ENRIQUE

LARRETA *y* PEDRO PRADO. *Son modernistas el uruguayo* HORACIO QUIROGA, *maestro del cuento;* ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO, *cronista guatemalteco; algunos de los pensadores americanos más notables, como el uruguayo* JOSÉ ENRIQUE RODÓ, *el peruano* MANUEL GONZÁLEZ PRADA *y el ilustre dramaturgo uruguayo* FLORENCIO SÁNCHEZ.

10.—ENRIQUE LARRETA. ENRIQUE LARRETA *(1873-1961) nació en Buenos Aires, de familia uruguaya. Obtuvo el título de doctor en jurisprudencia. Con el fin de recoger material para una novela histórica, hizo un viaje a Europa.* La gloria de don Ramiro *(1908) es una novela modernista de reconstrucción histórica de la época de Felipe II, que recrea el ambiente, la lengua y la psicología de un período de la historia de España con extraordinaria maestría. Esta obra alcanzó un éxito desusado dentro y fuera de su país. Larreta volvió los ojos después al campo argentino para escribir* Zogoibi *(1926), contemporánea de* Don Segundo Sombra. *Ninguna de las obras posteriores de Larreta alcanzó el buen éxito de* La gloria de don Ramiro.

11.—EDUARDO BARRIOS. EDUARDO BARRIOS *(Valparaíso, Chile, 1884) pasó su infancia y adolescencia en Perú. En su vida aventurera recorrió buena parte de América. Su obra literaria contiene cuentos, novelas y obras de teatro. Se dio a conocer con el libro de cuentos,* Del natural *(1907).* El niño que enloqueció de amor *(1913) tiene una indudable calidad poética. Pronto va adquiriendo una personalidad independiente. Escribe una novela de intención psicológica:* El hermano asno *(1923), que plantea un conflicto religioso.* Un perdido *explora zonas de espiritualidad anormal. Tiene puntos de contacto con Flaubert y Dostoiewski. En su última etapa ha producido una novela psicológica:* Los hombres del hombre *(1950), y* Gran señor y Rajadiablos *(1948), considerada como la obra maestra de Barrios, pues ahí adquiere un cabal sentido su interpretación realista del paisaje, su capacidad de observación, la humanidad de sus personajes y su estilo vigoroso de singular perfección.*

ANTOLOGIA

JUSTO SIERRA

PLAYERA

Baje a la playa la dulce niña,
perlas hermosas le buscaré,
deje que el agua durmiendo ciña
con sus cristales su blanco pie...

Venga la niña risueña y pura,
el mar su encanto reflejará
y mientras llega la noche oscura
cosas de amores le contará.

Cuando en levante despunte el día
verá las nubes de blanco tul
—como los cisnes de la bahía—
rizar serenos el cielo azul.

Enlazaremos a las palmeras
la suave hamaca y en su vaivén
las horas tristes irán ligeras
y sueños de oro vendrán también.

Y si la luna sobre las olas
tiende de plata bello cendal,
oirá la niña mis barcarolas
al son del remo que hiende el mar,

mientras la noche prende en sus velos
broches de perlas y de rubí,
y exhalaciones cruzan los cielos
¡lágrimas de oro sobre el zafir!

El mar velado con tenue bruma
te dará su hálito arrullador,
que bien merece besos de espuma
la concha nácar, nido de amor.

Ya la marea, niña, comienza,
ven que ya sopla tibio terral,
ven y careyes tendrá tu trenza
y tu albo cuello rojo coral.

La dulce niña bajó temblando,
bañó en el agua su blanco pie,
después, cuando ella se fue llorando,
dentro las olas perlas hallé.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA

NON OMNIS MORIAR...

¡No moriré del todo, amiga mía!
De mi ondulante espíritu disperso,
algo en la urna diáfana del verso
piadosa guardará la poesía.

¡No moriré del todo! Cuando herido
caiga a los golpes del dolor humano,
ligera tú, del campo entenebrido
levantarás al moribundo hermano.

Tal vez entonces, por la boca inerme
que muda aspira la infinita calma,
oigas la voz de todo lo que duerme
con los ojos abiertos en mi alma.

Hondos recuerdos de fugaces días,
ternezas tristes que suspiran solas;
pálidas, enfermizas alegrías,
sollozando al compás de las violas...

Todo lo que medroso oculta el hombre
se escapará, vibrante, del poeta,
en áureo ritmo de oración secreta
que invoque en cada cláusula tu nombre.

Y acaso adviertas que de modo extraño
suenan mis versos en tu oído atento,
y en el cristal, que con mi soplo empaño,
mires aparecer mi pensamiento.

Al ver entonces lo que yo soñaba
dirás de mi errabunda poesía:
era triste, vulgar, lo que cantaba...
mas, ¡qué canción tan bella la que oía!

Y porque alzo en tu recuerdo notas
del coro universal, vívido y almo;
y porque brillan lágrimas ignotas
en el amargo cáliz de mi salmo;

porque existe la Santa Poesía
y en ella irradias tu, mientras disperso
átomo de mi ser esconda el verso,
¡no moriré del todo, amiga mía!

PARA ENTONCES

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca sueño la agonía,
y el alma un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar a solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.

Morir cuando la luz triste retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese Sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven: antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona;
cuando la vida dice aún: soy tuya,
¡aunque sepamos bien que nos traiciona!

SALVADOR DIAZ MIRON

EL FANTASMA

Blancas y finas, y en el manto apenas
visibles, y con aire de azucenas,
las manos— que no rompen mis cadenas.

Azules y con oro enarenados,
como las noches limpias de nublados,
los ojos— que contemplan mis pecados.

Como albo pecho de paloma el cuello,
y como crin de sol barba y cabello,
y como plata el pie descalzo y bello.

Dulce y triste la faz; la veste zarca...
Así, del mal sobre la inmensa charca,
Jesús vino a mi unción, como a la barca.

Y abrillantó a mi espíritu la cumbre
con fugaz cuanto rica certidumbre,
como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retornar, y me reintegra
la fe que salva y la ilusión que alegra,
y un relámpago enciende mi alma negra.

MANUEL JOSE OTHON

ANGELUS DOMINI

I

Sobre el tranquilo lago, occiduo el día,
flota impalpable y misteriosa bruma
y a lo lejos vaguísima se esfuma,
profundamente azul, la serranía.

Del cielo en la cerúlea lejanía
desfallece la luz. Tiembla la espuma
sobre las ondas de zafir, y ahúma
la chimenea gris de la alquería.

Suenan los cantos del labriego; cava
la tarda yunta el surco postrimero.
Los últimos reflejos de luz flava

en el límite brillan del potrero
y, a media voz, la golondrina acaba
su gárrulo trinar bajo el alero.

II

Ondulante y azul, trémulo y vago,
el ángel de la noche se avecina,
del crepúsculo envuelto en la neblina
y en los vapores gráciles del lago.

Del Septentrión al murmurante halago
los pliegues de su túnica divina
se extienden sobre el valle y la colina,
para librarlos del nocturno estrago.

Su voz tristezas y consuelos vierte;
humedecen sus ojos de zafiro
auras de vida y ráfagas de muerte.

Levanta el vuelo en silencioso giro
y, al llegar a la altura, se convierte
en oración, y lágrima, y suspiro.

AMADO NERVO

VIEJA LLAVE

Esta llave cincelada
que en un tiempo fue, colgada
(del estrado a la cancela,
de la despensa al granero)
del llavero
de la abuela,
y en continuo repicar
inundaba de rumores
los vetustos corredores;

esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada
¿para qué la he de guardar?

Ya no existe el gran ropero,
la gran arca se vendió:
sólo en un baúl de cuero
desprendida del llavero
esta llave se quedó.
Herrumbrosa, orinecida,
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero,
esta llave sin llavero
nada es ya de lo que fue.

Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre, no resuena...
¡me parece un alma en pena!

Pobre llave sin fortuna
...y sin dientes, como una
vieja boca: si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada
¿para qué te he de guardar?

Sin embargo, tú sabías
de las glorias de otros días:
del mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.
Tú sabías de tibores
donde pájaros y flores
confundían sus colores;
tú, de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles
de otros tiempos; tu cautela
conservaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,
tentación del paladar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada
¿para qué te he de guardar?
Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa oscura
(que en un día de premura
fue preciso vender mal).

Es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés, mi prima, y yo
nos dijimos tantas cosas
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó...

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada
¿para qué te he de guardar?

LUIS G. URBINA

LA BALADA DE LA VUELTA DEL JUGLAR

—Dolor: ¡qué callado vienes!
¿Serás el mismo que un día
se fue y me dejó en rehenes
un joyel de poesía?
¿Por qué la queja retienes?
¿Por qué tu melancolía
no trae ornadas las sienes
de rosas de Alejandría?
¿Qué te pasa? ¿Ya no tienes
romances de *yoglería,*
trovas de amor y desdenes,
cuentos de milagrería?
Dolor: tan callado vienes
que ya no te conocía...

Y él nada dijo. Callado,
con el jubón empolvado
y con gesto fosco y duro,
vino a sentarse a mi lado,
en el rincón más oscuro,
frente al fogón apagado.

Y tras lento meditar,
como en éxtasis de olvido,
en aquel mudo penar
nos pusimos a llorar
con un llanto sin ruido...

Afuera, sonaba el mar...

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

TUÉRCELE EL CUELLO AL CISNE...

Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje
que da su nota blanca al azul de la fuente;
él pasea su gracia no más, pero no siente
el alma de las cosas ni la voz del paisaje.

Huye de toda forma y de todo lenguaje
que no vayan acordes con el ritmo latente
de la vida profunda... y adora intensamente
la vida, y que la vida comprenda tu homenaje.

Mira al sapiente buho cómo tiende las alas
desde el Olimpo, deja el regazo de Palas
y posa en aquel árbol el vuelo taciturno...

Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta
pupila, que se clava en la sombra, interpreta
el misterioso libro del silencio nocturno.

DOLOR

Mi abismo se llenó de su mirada,
y se fundió en mi sér, y fue tan mía

que dudo si este aliento de agonía
es vida aún o muerte alucinada.

Llegó el Arcángel, descargó la espada
sobre el doble laurel que florecía
en el sellado huerto... Y aquel día
volvió la sombra y regresé a mi nada.

Creí que el mundo, ante el humano asombro,
iba a caer envuelto en el escombro
de la ruina total del firmamento...

¡Mas vi la tierra en paz, en paz la altura,
sereno el campo, la corriente pura,
el monte azul y sosegado el viento!...

JOSE JUAN TABLADA

ÓNIX

Torvo fraile del templo solitario
que al fulgor de nocturno lampadario
o a la pálida luz de las auroras
desgranas de tus culpas el rosario...
¡Yo quisiera llorar como tú lloras!

Porque la fe en mi pecho solitario
se extinguió como el turbio lampadario
entre la roja luz de las auroras,
y mi vida es un fúnebre rosario
más triste que las lágrimas que lloras.

Casto amador de pálida hermosura
o torpe amante de sensual impura
que vas —novio feliz o esclavo ciego—
llena el alma de amor o de amargura...
¡Yo quisiera abrasarme con tu fuego!

Porque no me seduce la hermosura
ni el casto amor ni la pasión impura;
porque en mi corazón dormido y ciego
ha pasado un gran soplo de amargura
que también pudo ser lluvia de fuego.

¡Oh guerrero de lírica memoria
que al asir el laurel de la victoria
caíste en tierra con el pecho abierto

para vivir la vida de la gloria...
¡Yo quisiera morir como tú has muerto!

Porque al templo sin luz de mi memoria,
sus escudos triunfales la victoria
no ha llegado a colgar, porque no ha abierto
el relámpago de oro de la gloria
mi corazón oscurecido y muerto.

Fraile, amante, guerrero, yo quisiera
saber qué oscuro advenimiento espera
el anhelo infinito de mi alma
si de mi vida en la tediosa calma
no hay un Dios, ni un amor, ni una bandera!

JOSE MARTI

LA NIÑA DE GUATEMALA

Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín; la enterramos
en una caja de seda.

...Ella dio al desmemoriado
una almohadilla de olor;
él volvió, volvió casado;
ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
obispos y embajadores;
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.

...Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador:
él volvió con su mujer:
ella se murió de amor.

Como de bronce candente
al beso de despedida,
era su frente: ¡la frente
que más he amado en mi vida!

...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos:
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador:
¡nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!

CULTIVO UNA ROSA BLANCA

Cultivo una rosa blanca,
en julio como en enero,

para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo:
cultivo la rosa blanca.

JULIAN DEL CASAL

PAX ANIMAE

No me habléis más de dichas terrenales
que no ansío gustar. Está ya muerto
mi corazón, y en su recinto abierto
sólo entrarán los cuervos sepulcrales.

Del pasado no llevo las señales,
y a veces de que existo no estoy cierto,
porque es la vida para mí un desierto
poblado de figuras espectrales.

No veo más que un astro oscurecido
por brumas de crepúsculo lluvioso,
y, entre el silencio de sopor profundo,

tan sólo llega a percibir mi oído
algo extraño, confuso y misterioso
que me arrastra muy lejos de este mundo.

JOSE ASUNCION SILVA

NOCTURNO (III)

Una noche,
una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas;
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,
a mi lado lentamente, contra mí ceñida toda, muda y pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura
caminabas;
y la luna llena

por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca;
y tu sombra
fina y lánguida,
y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban;
y eran una,
y eran una,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga...
Esta noche
solo; el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,
por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba...
Y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida,
y el chirrido
de las ranas...
Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras níveas
de las mortuorias sábanas.
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.
Y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,
iba sola por la estepa solitaria;
y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!

RUBEN DARIO

CANCION DE OTOÑO EN PRIMAVERA

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer...
Plural ha sido la celeste
historia de mi corazón.
Era una dulce niña, en este
mundo de duelo y aflicción.
Miraba como el alba pura;
sonreía como una flor.
Era su cabellera oscura
hecha de noche y de dolor.
Yo era tímido como un niño.
Ella, naturalmente, fue,
para mi amor hecho de armiño,
Herodías y Salomé...
Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer...
Y más consoladora y más
halagadora y expresiva,
la otra fue más sensitiva
cual no pensé encontrar jamás.
Pues a su continua ternura
una pasión violenta unía.
En un peplo de gasa pura
una bacante se envolvía...
En brazos tomó mi ensueño
y lo arrulló como a un bebé...
y le mató, triste y pequeño,
falto de luz, falto de fe...
Juventud, divino tesoro,
¡te fuiste para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer...
Otra juzgó que era mi boca
el estuche de su pasión;
y que me roería, loca,
con sus dientes el corazón,
poniendo en un amor de exceso
la mira de su voluntad,
mientras eran abrazo y beso
síntesis de la eternidad;
y de nuestra carne ligera
imaginar siempre un Edén,
sin pensar que la Primavera
y la carne acaban también...
Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer.
¡Y las demás! En tantos climas,
en tantas tierras siempre son,
si no pretextos de mis rimas
fantasmas de mi corazón.
En vano busqué a la princesa
que estaba triste de esperar.
La vida es dura. Amarga y pesa.
¡Ya no hay princesa que cantar!
Mas a pesar del tiempo terco,
mi sed de amor no tiene fin;
con el cabello gris, me acerco
a los rosales del jardín...
Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer...
¡Mas es mía el Alba de oro!

SONATINA

La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,

está mudo el teclado de su clave sonoro;
y en un vaso olvidada se desmaya una flor.
El jardín puebla el triunfo de los pavos-reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,
y, vestido de rojo, piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.
¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China,
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?
¿O en el rey de las Islas de las Rosas fragantes,
o en el que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?
¡Ay! La pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar,
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de mayo,
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.
Ya no quiere el palacio, ni la rueca de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte;
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.
¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real,
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebrel que no duerme y un dragón colosal.
¡Oh quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste. La princesa está pálida)
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe
(La princesa está pálida. La princesa está triste)
más brillante que el alba, más hermoso que abril!
—¡Calla, calla, princesa —dice el hada madrina—,
en caballo con alas, hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con su beso de amor!

LEOPOLDO LUGONES

SERENATA

Yo fui aquél que llegó en pena
a tu candor sin reproche,
como el viento de la noche
va a despertar la azucena.

Yo fui aquél que en su orfandad
supo presentirte hermana,
cual parece más cercana
la estrella en la soledad.

Yo soy aquél que en ti adora
porque en mis dulces martirios,
eres reina de mis lirios
y de mis perlas señora.

Yo seré aquél de quien diga
todo amante fiel y blando:
ése fue el que murió amando
sin descanso y sin fatiga.

Y en el cielo del amor,
siempre digno de tu fe,
la eternidad ganaré
para quererte mejor.

TONADA

Las tres hermanas de mi alma
novio salen a buscar.
La mayor dice: yo quiero,
quiero un rey para reinar.
Ésa fue la favorita,
favorita del sultán.

La segunda dice: yo
quiero un sabio de verdad,
que en juventud y hermosura
me sepa inmortalizar.
Ésa casó con el mago
de la ínsula de cristal.

La pequeña nada dice,
sólo acierta a suspirar.
Ella es de las tres hermanas
la única que sabe amar.
No busca más que el amor,
y no lo puede encontrar.

RICARDO JAIMES FREYRE

SIEMPRE

Peregrina paloma imaginaria

Peregrina paloma imaginaria
que enardeces los últimos amores,
alma de luz, de música y de flores,
peregrina paloma imaginaria,

vuela sobre la roca solitaria
que baña el mar glacial de los dolores;
haya, a tu paso, un haz de resplandores
sobre la adusta roca solitaria...

Vuela sobre la roca solitaria,
peregrina paloma, ala de nieve
como divina hostia, ala tan leve

como un copo de nieve; ala divina,
copo de nieve, lirio, hostia, neblina,
peregrina paloma imaginaria...

GUILLERMO VALENCIA

LOS CAMELLOS

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
pararon silenciosos al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra
copiaron el desfile de la Melancolía...

Son hijos del desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera
¡sopló cansancio eterno la boca del Esfinge!

Dijeron las Pirámides que el viejo sol rescalda:
"Amamos la fatiga con inquietud secreta..."
y vieron desde entonces correr sobre una espalda
tallada en carne, viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquecino enjambre...
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoroso de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga.

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio
que amáis pulir el dáctilo al son de las cadenas;
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡Oh artistas! ¡Oh camellos de la llanura vasta
que vais llevando a cuestas el sacro monolito!
¡Tristes de esfinge! ¡novios de la palmera casta!
¡Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas;
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde ya a lo lejos la errante caravana
dejándome —camello que cabalgó al Excidio...—
¡cómo buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las ondas grises de lóbrego fastidio!

¡No!, buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy a mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente.

Y si a mi lado cruza la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vio un camello con honda pesadumbre,
mirando silencioso dos fuentes de zafiro...

JULIO HERRERA Y REISSIG

MAYO

Vibra en el aire de metal sonoro
el desmayado adiós de un postrer beso,
y el sol fallece como un ígneo Creso
en el misterio de su drama de oro.

Su violón monocorde muge un toro,
pregonando su místico regreso,
y hay en sus ojos un dolor carmeso
humedecido por extraño lloro.

Entre el síncope mustio de las hojas,
obnubilada por pasiones rojas,
sueña un crimen la excéntrica laguna.

Y como si deseara que la arroben,
en sus tisis romántica la luna
escribe una sonata de Beethoven.

JOSE SANTOS CHOCANO

BLASON

Soy el cantor de América autóctono y salvaje:
mi lira tiene un alma, mi canto un ideal.
Mi verso no se mece colgado de un ramaje
con un vaivén pausado de hamaca tropical...

Cuando me siento Inca, le rindo vasallaje
al Sol, que me da el cetro de su poder real;
cuando me siento hispano y evoco el Coloniaje,
parecen mis estrofas trompetas de cristal.

Mi fantasía viene de un abolengo moro:
los Andes son de plata, pero el León de oro;
y las dos castas fundo con épico fragor.

La sangre es española e incaico es el latido;
y de no ser Poeta, quizás yo hubiera sido
un blanco Aventurero o un indio Emperador.

CAPÍTULO XII

LA EPOCA CONTEMPORANEA

LA NOVELA

La Revolución mexicana, que se inicia en 1910 con la rebelión maderista y termina en 1920 con la muerte de Carranza, tiene para la vida del país importancia decisiva, pues sobrevienen cambios fundamentales en todos los órdenes, que transforman de manera total la fisonomía política, social, económica y cultural de México. La Revolución fue un movimiento de protesta contra la dictadura porfirista y los privilegios que disfrutaban ciertas clases sociales: los grandes terratenientes, el clero y los industriales, que impedían toda intervención popular y democrática. Su desarrollo se hizo violento debido al asesinato de Madero por Victoriano Huerta. Carecía de programa concreto, pero éste se fue elaborando sobre la marcha; tuvo sus precursores y sus caudillos. Se caracteriza, en sus orígenes, por un afán de destrucción que impulsaba a las masas, sometidas por años de injusticia, a la venganza y al exterminio. Esta brutal conmoción inspiró una literatura que reflejaba, desde diferentes ángulos, una amarga realidad. Como en el caso de la Conquista, la épica se refugia en la narrativa y la literatura es, al mismo tiempo que testimonio histórico de interés nacional, testimonio humano de interés particular. Las obras narrativas inspiradas por la Revolución son parciales, fragmentarias, y han recibido el nombre de "Novelas de la Revolución". El núcleo principal de este género está formado por obras que presentan la fase histórica y política del movimiento con caracteres generalmente autobiográficos. De éste se desprende una considerable variedad de derivaciones que pueden clasificarse por el tema en: novelas de preocupación social, indigenista, rural, cristera, del petróleo, de inspiración provinciana, etc. Aunque esta novela no es "revolucionaria" en su forma ni en sus procedimientos narrativos, guarda pocas semejanzas con la del siglo XIX. El autor busca fijar una realidad impresionante que lo ha conmovido directa y fuertemente y para ello no necesita del artificio retórico. El estilo será sobrio y rápido, y la estructura, a base de cuadros o episodios que tienen valor como testimonios de una verdad. Esta realidad de alcance épico, expresión de anhelos populares, da a la novela un carácter original de afirmación nacionalista. Quizá por estas cualidades, la novela de la revolución es la que se conoce fuera del país gracias a las traducciones a varias lenguas que de la mayor parte de ellas se han hecho. Entre los más destacados cultivadores de esta clase de novelas están: MARIANO AZUELA, MARTÍN LUIS GUZMÁN, JOSÉ VASCONCELOS, JOSÉ RUBÉN ROMERO, AGUS-

TÍN VERA, GREGORIO LÓPEZ Y FUENTES, RAFAEL F. MUÑOZ, NELLY CAMPOBELLO, MAURICIO MAGDALENO, JORGE FERRETIS, el DOCTOR ATL, FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ, JOSÉ MANCISIDOR y AGUSTÍN YÁÑEZ.

MARIANO AZUELA. MARIANO AZUELA (1873-1952), originario de Lagos de Moreno, Jalisco, estudia la carrera de Medicina. En 1896 se define su vocación literaria en *Impresiones de un estudiante,* resultado de sus observaciones sobre la enfermedad y la miseria en un hospital. De estas páginas proviene su primera novela, *María Luisa* (1907). En 1909 aparece *Mala yerba,* que retrata las costumbres, el habla de la gente del campo y los sistemas de explotación de una familia de hacendados convertidos en dueños de vidas y posesiones de los peones, hasta extremos indignantes. Plantea una situación entre dos clases sociales, que debía buscar su solución en 1910. Esta novela pre-revolucionaria de Azuela explica y justifica el movimiento que sobrevino después, y manifiesta las cualidades de excelente narrador y agudo observador de las costumbres y de los caracteres que posee su autor. Por los años de 1913 a 1915

Mariano Azuela

Azuela pertenece, como médico castrense, a las filas de Julián Medina, jefe revolucionario jalisciense que se sumó al villismo. Observó de cerca uno de los aspectos más desenfrenados de la Revolución y los fijó en su novela más conocida, *Los de abajo* (1916), entre cuyos méritos está el de haber ahondado en la psicología colectiva del pueblo para dar un testimonio literario y humano muy profundo y completo de México. Después de 1924, cuando se reconoció la importancia de *Los de abajo,* otros autores se interesaron por el tema y aparece el auge de la novela de la Revolución. Por ese tiempo Azuela ensaya las técnicas de la novela más moderna procedente de Inglaterra y de Francia, en *La malhora, El desquite* y *La luciérnaga.* La nutrida obra novelística de Azuela lo presenta como precursor y realizador de la novela en la primera fase revolucionaria de México y como uno de los valores más firmes de la narrativa contemporánea.

MARTIN LUIS GUZMAN. MARTÍN LUIS GUZMÁN (Chihuahua, 1887), estudió Jurisprudencia y formó parte del Ateneo de la Juventud. En 1913 sale del país por motivos políticos y pertenece después al partido villista. En 1917 vive un tiempo en los Estados Unidos de Norteamérica. Expatriado nuevamente, vive en España de 1925 a 1936 y colabora en varios periódicos. En aquel país publica *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929). Vuelve a México, funda el semanario *Tiempo* y publica las *Memorias de Pancho Villa* (1951). Si Azuela propone el tema y muestra la trascendencia de sus proyecciones, a Martín Luis Guzmán le corresponde llevar el asunto a su expresión más pura y valiosa. Mientras a uno le interesan los problemas de la masa, Guzmán busca los orígenes del fenómeno revolucionario para explicarse el mecanismo de las circunstancias en ese momento histórico. *El águila y la serpiente* es un libro de memorias y comprende de 1913 a 1915; es "la novela de un joven que pasa de las aulas universitarias al pleno movimiento armado". En *La sombra del caudillo* Guzmán no tiene reservas para hacer un cuidadoso y profundo análisis de la realidad política que se vive por el año de 1927, al término del período presidencial de Calles; el tono es definitivamente pesimista, pero con todo, la obra contiene los méritos artísticos suficientes para ser considerada como la mejor novela de ambiente político que se ha escrito en México.

La personalidad de Pancho Villa, síntesis del hombre de la Revolución, ha inspirado una verdadera literatura villista que comprende desde las obras de uno de los autores más representativos de México hasta las del anónimo escritor de corridos. Martín Luis Guzmán, seducido por la compleja personalidad del caudillo, a quien tan de cerca conoció, y habiendo manejado una abundante documentación sobre el asunto, emprende la realización de las *Memorias*... que, a decir de los conocedores, resultó la prueba más acabada de su maestría de escritor y el documento que Villa reclama.

RAFAEL F. MUÑOZ. RAFAEL F. MUÑOZ (Chihuahua, 1899) se inicia en las letras como periodista. Su encuentro con Villa, a los dieciséis años, fue decisivo para su obra literaria puesto que la figura del caudillo será su tema. Por causas políticas emigró a los Estados Unidos de Norteamérica en 1916. A su vuelta, en 1920, aparecieron en periódicos y revistas sus primeros cuentos cortos. En colaboración con el doctor RAMÓN PUENTE publicó las *Memorias de Pancho Villa* (1923). Sus relatos se publican en 1928 bajo el título de *El feroz cabecilla, cuentos de la Revolución en el Norte*, libro con el cual se consagró como cuentista. Otros libros que afirman su fama son: *El hombre malo y otros relatos* (1930), *Si me han de matar mañana* (1934) y *Fuego en el Norte* (1960), que es una selección de los libros anteriores. Escribió también novelas: *Se llevaron el cañón para Bachimba* (1941) y *Vámonos con Pancho Villa* (1931). El estilo nervioso y expresivo de Muñoz, su aptitud de sínte-

sis y su agudo sentido dramático, hacen de él uno de los cuentistas más vigorosos de la Revolución.

JOSE VASCONCELOS. José Vasconcelos (1882-1959) nació en Oaxaca. Estudió sus primeros años en Piedras Negras y en Eagle Pass. Por necesidades del trabajo de su padre, pasó a Campeche y finalmente se instaló en la ciudad de México para terminar su bachillerato y seguir la carrera de abogado. Es miembro destacado del Ateneo de la Juventud. Toma parte activa en la Revolución. Por causas políticas hace viajes a los Estados Unidos de Norteamérica y a Europa. De 1914 a 1915 ocupa el puesto de Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. Al triunfo de Carranza sale del país y vive en Nueva York y en América del Sur. En 1920 es nombrado Rector de la Universidad y restablece la Secretaría de Educación (1921-1924). Con un gran sentido de los problemas educativos de México organiza la enseñanza y hace una labor de difusión cultural que comprende la campaña de alfabetización y biblioteca, ediciones populares de autores clásicos, relaciones con los países hispanoamericanos, impulso a la pintura mural, etc. En sus viajes a la América del Sur predica la unidad cultural. Después de su fracaso como candidato a la Presidencia del país (1929) se dirige a Europa. A su regreso se aleja de la política para atender sus tareas culturales. La obra escrita de Vasconcelos abarca buena parte de las disciplinas del pensamiento: filosofía, sociología, ensayos, historia, autobiografía. Su producción literaria cuenta con periodismo, ensayos, intentos dramáticos y poéticos y los libros autobiográficos que forman una serie: *Ulises criollo, La tormenta, El desastre, El proconsulado.* Desde el punto de vista literario son importantes las dos primeras. *Ulises criollo* (1933) apareció en España. Es ésta la novela de las "propias andanzas y pasiones" de Vasconcelos que lo llevaron por todos los caminos del país y del mundo. La obra empieza con los recuerdos de la niñez y termina con los acontecimientos posteriores al asesinato de Madero en 1913. Con el calificativo de "criollo" busca defender la cultura de tipo hispánico, tanto del indigenismo falsificado como del sajonismo. Hay en las memorias, inexactitudes, contradicciones, olvidos, parcialidad. A cambio de ello tienen la virtud de contagiar la pasión con que están escritas. Y aunque todo está gobernado por sus personales simpatías o antipatías, alcanza en ocasiones, estéticamente, la perfección y la genialidad. Por el mayor cuidado en la estructura interna, la segunda parte de la autobiografía, *La tormenta* (1936), es superior al *Ulises criollo,* aunque no en amenidad, frescura y conmovida entrega.

JOSE RUBEN ROMERO. José Rubén Romero (1890-1952), nacido en Cotija, Michoacán, pasó su infancia y juventud en el medio provinciano, que es el que reflejan sus libros. Participó en la Revolución, se dedicó al comercio; sirvió empleos oficiales y desempeñó cargos en el servicio exterior: Cónsul General

en Barcelona, Ministro plenipotenciario en Brasil, Embajador en Cuba. Su primer libro, *Apuntes de un lugareño* (1932), está formado por recuerdos de su niñez y juventud. La novela aparece propiamente en *Mi caballo, mi perro y mi rifle* (1936), que contiene el desencanto y la amargura por los resultados de la Revolución. Es de tono pesimista, como la mayor parte de las novelas de este género. Su novela más famosa, *La vida inútil de Pito Pérez* (1938), es de ascendencia picaresca. Las situaciones peculiares en que se encuentra, el tono satírico que emplea, las expresiones desvergonzadas que usa, su sensiblería y su humor amargo y oportuno, llevan la intención de reflejar una época, de hacer el análisis de un momento histórico. *Rosenda* (1946) presenta una realidad distinta y un tratamiento diferente. Es la pintura emocionada de una mujer toda naturalidad y ternura, que simboliza lo mejor de la tierra del autor. El lenguaje es poético, sencillo y tierno. Romero escribió cerca de una docena de novelas, poesías y gran cantidad de artículos periodísticos.

* * *

Como una consecuencia de la Revolución en lo que se refiere al espíritu nacionalista, encaminado al total conocimiento de México, un grupo de escritores tomó como motivo de inspiración para sus obras, la época colonial que, especialmente por razones de índole política, había quedado apartada del interés literario durante mucho tiempo. El colonialismo, por otra parte, representa una reacción frente a la preferencia abrumadora por los asuntos conectados directa o indirectamente con el movimiento revolucionario: venía a renovar el ambiente, proponiendo un filón poco explotado por narradores, dramaturgos, poetas o ensayistas. Por los años de 1916 a 1926, FRANCISCO MONTERDE, JULIO JIMÉNEZ RUEDA, MANUEL HORTA, ERMILO ABREU GÓMEZ, ALFONSO CRAVIOTO, GENARO ESTRADA, MANUEL TOUSSAINT y ARTEMIO DE VALLE-ARIZPE, aceptan las sugestiones del colonialismo, y contribuyen a intensificar y a difundir el conocimiento del pasado colonial mexicano con libros fundamentales.

ARTEMIO DE VALLE-ARIZPE. A diferencia de lo que ocurre con el resto del grupo, toda la obra de ARTEMIO DE VALLE-ARIZPE (1884-1961) cabe entre los límites de esta corriente: novelas, biografías, relatos, estampas, monografías, ensayos. Por sus estudios históricos acerca de la ciudad: *El Palacio Nacional de México, Por la vieja calzada de Tlacopan, Notas de platería, Las calles de México,* etc., Valle-Arizpe recibió el título de Cronista de la Ciudad. Como novelista, se inició con *Ejemplo* (1919), *Doña Leonor de Cáceres y Acevedo* y *Cosas tenedes* (1922). Dentro del género picaresco tuvo buena acogida *El Canillitas* (1941), y notable difusión *La Güera Rodríguez* (1949), biografía novelada.

GENARO ESTRADA (1887-1937), autor de *Pero Galín* (1926), al mismo tiempo que escribe una de las novelas más valiosas de esta tendencia, hace la crítica del género, previniendo los excesos que mostraban sus limitaciones y decadencia.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA, FRANCISCO MONTERDE, ERMILO ABREU GÓMEZ y MANUEL TOUSSAINT, además de sus obras a la manera colonialista, se han distinguido en otros campos del arte y la literatura, especialmente en sus trabajos de historia y crítica.

* * *

La Revolución trajo entre otras cosas la conciencia social. Tanto los problemas que provenían de los sistemas viciosos y pobres de convivencia, como los que se derivaban del descuido en que se encontraban las clases populares: pequeña burguesía, campesinos e indios, se hicieron evidentes. De aquí se desprende una corriente indigenista que ha tenido mucha trascendencia en el campo de la sociología, de la antropología, de la psicología y de la literatura.

La novela, desde los tiempos lejanos en que aparece la obra anónima *Jicoténcatl* (Filadelfia, 1826), se interesa por el indio, sólo que la concepción ha cambiado y en la actualidad, la idealización romántica ha dejado su lugar al interés de un grupo de escritores importantes que, con seriedad y conocimientos, se afana en los innumerables aspectos que ofrece el estudio de los grupos indígenas del país.

GREGORIO LOPEZ Y FUENTES. La primera novela que presenta la tragedia de una comunidad indígena en tiempos de la Revolución, es la de López y Fuentes, *El indio*. GREGORIO LÓPEZ Y FUENTES (n. 1897) escribió novelas revolucionarias, políticas, del petróleo: *Campamento* (1931), *Mi general* (1934), *Tierra* (1932), *Huasteca* (1939), *Acomodaticio* (1943), etcétera, pero para la historia de la novela mexicana son más importantes *El indio* (1935) y *Los peregrinos inmóviles* (1944). La primera propone el tema del indio con proyecciones novedosas y en la segunda intenta el análisis psicológico. En *El indio,* sobre una trama simbólica que representa la historia de México, se insertan escenas de costumbres y finalmente se acude a los medios, o mitos de la civilización actual, a cuyo contacto el indio sigue quedando al margen, así se trate de la carretera, la iglesia o la escuela. El tono es pesimista y desilusionado. Tal parece que no hay posibilidad de solución y que el indio permanecerá siempre fuera de la civilización y seguirá siendo motivo de explotación del blanco.

MIGUEL ANGEL MENENDEZ. MIGUEL ANGEL MENÉNDEZ (Izamal, Yucatán, 1905), autor de *Nayar,* novela premiada en 1941, presenta esta

obra como resultado de una investigación histórica y de su contacto con el núcleo indígena que describe. Se ocupa de la selva, las costumbres, las diferencias étnicas, la música de la región del Nayar, y de los indios coras. Se trata de un intento de interpretación del mundo mágico de los coras y de recrear la región de Nayarit con un sentido histórico y estético.

MAURICIO MAGDALENO. MAURICIO MAGDALENO (Villa del Refugio, Zacatecas, 1906), con *El resplandor* (1937) se ha colocado entre los más destacados novelistas contemporáneos. La acción de la obra ocurre en un pueblo indígena de la región del Mezquital, al cual se asoma el autor con un interés social tratando de conocer el fondo de la situación aflictiva que sufren los otomíes y explicarse las causas que la originan. Enfrenta la obra la tragedia de la esterilidad y, a la vez que se estudia el problema económico, se apunta el del mestizaje. Por lo que hace a la elaboración artística, *El resplandor* supera a muchas de las novelas de su tiempo por su trama sólida, sus personajes humanos y su estilo eficaz.

Otros autores que se interesan por los grupos indígenas de México a través de la antropología, de la psicología o de la sociología, son: RICARDO POZAS, que en su *Juan Pérez Jolote* (1948) ofrece un testimonio de las condiciones de vida de la región de Chamula, provincia de Chiapas. RAMÓN RUBÍN (Mazatlán, Sinaloa, 1912), con *El callado dolor de los tzotziles* (1948) en relación con los indígenas de Chiapas, *El canto de la grulla* (1952) que se refiere a los coras, y con *La bruma lo vuelve azul* (1954) que trata de los indios huicholes, es uno de los novelistas que con mayor constancia cultiva estos temas. MIGUEL N. LIRA (Tlaxcala, 1905-1961) publica en 1948 *La escondida,* con tema de la Revolución, y en 1947 *Donde crecen los tepozanes,* realizada con las costumbres y tradiciones de los indios de Tlaxcala y en particular alrededor del nahual, personaje fabuloso arraigado en la tradición de muchos pueblos indígenas. FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ (Guadalajara, 1904-1951), autor de *La negra Angustias* (1944), de ambiente revolucionario, y *Lola Casanova* (1947), que relata un hecho histórico entre los indios seris de Sonora, tiene su mayor valor como cuentista en *El diosero* (1952), que presenta con cariñosa comprensión situaciones entre grupos indígenas de diferentes regiones. ROSARIO CASTELLANOS (Comitán, Chiapas, 1925) publica en 1957 *Balún Canán,* que realiza a través de sus recuerdos infantiles. Ocupa importante lugar en la obra, la vida de los indígenas de la región y sus relaciones con las otras clases sociales. Dentro de esta misma línea están las recreaciones históricas, poéticas, legendarias del mundo indígena. ERMILO ABREU GÓMEZ (Mérida, Yucatán, 1894), con sus *Héroes mayas* (1942), *Quetzalcóatl. Sueño y vigilia* (1947) y *Naufragio de indios* (1951), muestra su predilección por estos temas. *Canek,* que figuró al principio como una de las tres partes de *Héroes mayas,* ha sido tra-

ducida a varias lenguas extranjeras y ha gozado de la preferencia del público por la interpretación lírica del ambiente y la eficacia del estilo, solemne, sobrio y poético. ANTONIO MÉDIZ BOLIO (Mérida, Yucatán, 1884-1955), con el rico material legendario de su región, a la que dedica lo más maduro de sus esfuerzos literarios, escribe el libro *La tierra del faisán y del venado* (1922). ANDRÉS HENESTROSA (Juchitán, Oaxaca, 1908) recoge la tradición popular de su tierra zapoteca en *Los hombres que dispersó la danza* (1929).

La *preocupación social* que se manifiesta en la protesta contra las injusticias y en la defensa de una causa casi siempre política, tiene entre sus principales representantes en el campo de la novela a JOSÉ MANCISIDOR (Veracruz, 1895-Monterrey, 1956), autor de *La ciudad roja* (Jalapa, 1932), *Frontera junto al mar* (1953) y *Alba en las simas* (1953). En la penúltima, probablemente la mejor, se habla de la lucha del pueblo de Veracruz contra los norteamericanos en 1914. La última desarrolla el tema de la expropiación petrolera por el General Cárdenas, vista desde los dirigentes de las compañías extranjeras. El mismo asunto se desarrolla en la novela de HÉCTOR RAÚL ALMANZA (San Luis Potosí, 1912). *Brecha en la roca* (1955), que estudia el problema desde la perspectiva y conquistas de los trabajadores petroleros. JOSÉ REVUELTAS (Durango, 1914) tiene, dentro de la narrativa, tres libros importantes: dos de cuentos *(Dios en la tierra,* 1944, y *Dormir en tierra,* 1960) y una novela *(El luto humano,* 1943), de desolada dramaticidad y estilo vigoroso. MAGDALENA MONDRAGÓN (Torreón, 1913), activa periodista, ha escrito algunas novelas de protesta con gran valentía, entre otras: *Yo, como pobre...* (1944), *Más allá existe la tierra* (1947) y *Tenemos sed* (1954), premiada por *El Nacional.* LUIS SPOTA (México, 1925), fecundo escritor, ha aprovechado muchas de las circunstancias de la vida contemporánea de México para escribir sus novelas "sensacionalistas". *Murieron en mitad del río* trata el problema de los braceros; *Casi el paraíso* es una sátira social; *La sangre enemiga* (1959) busca en la vida miserable de los bajos fondos de la ciudad el origen del aniquilamiento espiritual de esa gente; *El tiempo de la ira* (1960) es una protesta contra los abusos de los políticos y militares en Hispanoamérica. La obra más ambiciosa en el género narrativo de RAFAEL SOLANA (Veracruz, 1915) es *El Sol de octubre* (1959), de crítica social, aunque su volumen de cuentos *La música por dentro* (1943) muestre mejor sus calidades narrativas y su fina ironía. CARLOS FUENTES (México, 1929) atrajo la atención con *La región más transparente* (1958), que intentó ser una completa pintura de la vida de la ciudad de México por la amplitud del plan que se propuso y las técnicas que usó. Si no logró de manera total su meta, demostró ser uno de los jóvenes novelistas con mayores recursos y profesionalismo. En 1959, con procedimientos diferentes, publicó *Las buenas conciencias,* primera parte de una trilogía. SERGIO GALINDO (Jalapa, Veracruz, 1926) se inició con *Polvos de arroz* (1958) y continuó su trayectoria de novelista responsable con *La justicia de enero* (1959) y con *El bordo* (1960).

La novela *cristera* recoge los acontecimientos ocurridos en México entre los años 1926 a 1929, con motivo de la sangrienta guerra que se suscitó en tiempos de Calles por cuestiones religiosas. El primer autor que se refiere a estos hechos es JORGE GRAM (seudónimo del Pbro. DAVID G. RAMÍREZ, muerto en Durango, 1950), cuyas obras de propaganda tienen escaso valor literario: *Héctor* (1930) es interesante desde el punto de vista político. JOSÉ GUADALUPE DE ANDA (San Juan de los Lagos, Jal., 1880-1950, México) escribió con este mismo tema *Los cristeros* (1937) y *Los bragados* (1942). FERNANDO ROBLES (Guanajuato, 1897) se interesa por la historia del país y con el asunto de la guerra cristera produjo *La virgen de los cristeros* (1934). JESÚS GOYTORTÚA SANTOS (San Martín, S. L. P., 1910) recibió el Premio Lanz Duret con *Pensativa* (1944), cuyo asunto está relacionado con los dramas y oscuras venganzas incubadas en la guerra cristera.

La *inspiración provinciana* ha dado su valiosa aportación a la novela. Entre los autores que han aprovechado el tema con mayor eficacia está AGUSTÍN YÁÑEZ (Guadalajara, 1904), maestro universitario, político y, sobre todo, escritor de profesión. Su abundante producción literaria cubre varios géneros: el ensayo, la biografía, la prosa narrativa. En su obra de creación se cuentan *Genio y figuras de Guadalajara* (1941), *Espejismo de Juchitán* (1940), *Flor de juegos antiguos* (1941), *Archipiélago de mujeres* (1943), *Al filo del agua* (1947), *La creación* (1959), *La tierra pródiga* (1960). Con *Al filo del agua,* Yáñez se coloca entre los novelistas más destacados de Hispanoamérica. Por su tema tiene relación con la novela de la Revolución, aunque más bien es el estudio psicológico de todo un pueblo. La permanente inspiración que recibe de la provincia, el estudio del sentimiento amoroso, la realización del ambiente de religiosidad, alcanzan su más sazonada madurez en esta obra. La multitud de problemas literarios que Yáñez enfrenta en *Al filo del agua* no son en su mejor parte de contenido ni de temas sino de técnica, puesto que los recursos de la novelística moderna han sido empleados aquí con gran acierto.

JUAN RULFO (Sayula, Jalisco, 1918), elogiado cuentista de *El llano en llamas* (1953), publicó después su novela *Pedro Páramo* (1955), que perfecciona sus procedimientos de aprovechar el habla y el medio campesinos de México hasta un alcance insospechado en riqueza evocadora y expresiva.

Otras corrientes que se apartan del realismo o del neorrealismo y buscan sobre todo ejercitar técnicas novedosas, analizar estados psicológicos o recrear problemas universales que aquejan al hombre del tiempo presente, están representadas por JAIME TORRES BODET, XAVIER VILLAURRUTIA, SALVADOR NOVO, GILBERTO OWEN, OCTAVIO N. BUSTAMANTE, ARQUELES VELA, JOSÉ MEANA, SERGIO FERNÁNDEZ, JOSEFINA VICENS, LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ, JORGE LÓPEZ PÁEZ, SARA GARCÍA IGLESIAS, MARÍA LOMBARDO DE CASO, ALBA SANDOIZ.

El *cuento,* considerado como género menor, tuvo su florecimiento con los escritores modernistas y franca autonomía en la época contemporánea. Casi todos los grandes novelistas de la Revolución practicaron también el cuento corto y muchos de nuestros mejores escritores han obtenido este título sólo con su obra cuentística. Entre los más importantes están FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ con su colección de relatos indigenistas *El diosero;* ARQUELES VELA con sus *Cuentos del día y de la noche;* ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO: *Sirena en el aula;* JOSÉ MARTÍNEZ SOTOMAYOR: *Locura;* EFRÉN HERNÁNDEZ: *Tachas;* JUAN JOSÉ ARREOLA: *Confabulario* y *Varia invención;* JUAN RULFO: *El llano en llamas;* FRANCISCO TARIO: *La noche* y *Tapioca Inn: Mansión para fantasmas;* FERNANDO BENÍTEZ: *Caballo y Dios;* RAFAEL BERNAL: *Trópico;* RAFAEL SOLANA: *La música por dentro;* JOSÉ REVUELTAS: *Dios en la tierra* y *Dormir en tierra;* JUAN DE LA CABADA: *Paseo de mentiras;* JOSÉ ALVARADO: *Memorias de un espejo* y *El personaje.* CARLOS FUENTES, CARLOS VALDÉS, ELENA PONIATOWSKA, GUADALUPE DUEÑAS, AMPARO DÁVILA, RICARDO GARIBAY, TOMÁS MOJARRO y otros muchos, han publicado cuentos con buen éxito en los últimos años.

NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA

LA NOVELA HISPANOAMERICANA CONTEMPORANEA

Con clara conciencia de los problemas americanos, tendencia al cuidado del lenguaje, heredada del Modernismo, y mayores recursos técnicos, los novelistas hispanoamericanos de los primeros decenios del presente siglo enfocan la realidad social de su región para dar las más celebradas novelas de América: La vorágine, Doña Bárbara, Los de Abajo, Don Segundo Sombra, El mundo es ancho y ajeno, Huasipungo, *etc.*

1.—JOSE EUSTASIO RIVERA. JOSÉ EUSTASIO RIVERA *(Bogotá, 1889-1928) se dio a conocer en las letras como poeta de sensibilidad modernista y cultivador del tema de la naturaleza, en* Tierra de promisión *(1921). Al escribir* La vorágine, *mantiene su interés por la naturaleza hasta el extremo de dejarse absorber por su fuerza salvaje y destructiva, al igual que sus personajes. El escenario en que se desarrolla* La vorágine *es la región del Orinoco y la del Amazones, es decir, la selva que interviene con sus poderes destructores para anular al hombre. Este proceso de desintegración moral y física está presentado con cuadros de violencia, de locura y de sangre. El personaje principal, Arturo Cova —apasionado héroe romántico—, se identifica, en ocasiones, con el autor; por una parte, es testigo de la tragedia del cauchero, víctima de las trampas de los explotadores, de las enfermedades y de los animales; por*

otra parte, es actor en su propio conflicto. A pesar de sus imperfecciones, La vorágine *está considerada como una de las grandes novelas hispanoamericanas, por su significado histórico, por su emoción lírica, por su impulso épico, por su dinamismo, por su dimensión trágica.*

2.—ROMULO GALLEGOS. RÓMULO GALLEGOS *(Venezuela, 1884) proviene de una familia modesta de Caracas; su actividad se desenvuelve en tres planos: el educativo, el político y el literario. En 1910 empieza su carrera de escritor con cuentos y novelas cortas que llaman la atención de la crítica. En 1913 aparece su primer volumen de cuentos:* Los aventureros. *Después de sus novelas* Reinaldo Solar *(1920) y* La trepadora *(1925), se consagra con* Doña Bárbara *(1929), editada en Barcelona y reconocida por un prestigiado grupo de escritores y críticos españoles. Buscando alejarse de la política de Venezuela, se refugia en España y escribe* Cantaclaro *(1934) y* Canaima *(1934). Al volver a su tierra, llega a ocupar el puesto de Ministro de Educación. Publica en 1937* Pobre negro; *en 1942* El forastero, *y al año siguiente* Sobre la misma tierra. *Considerado Gallegos como enemigo decidido de la tiranía, el pueblo lo proclama Presidente de la República en 1948, cargo que abandona después de algunos meses, al establecerse, por la fuerza militar, la dictadura de Pérez Jiménez. Gallegos radica después en México y en Cuba. En La Habana se publicó, en 1952, su última obra:* La brizna de paja en el viento. *El material de la obra narrativa de Gallegos está tomado de su medio ambiente americano: las mitologías, la selva, las instituciones petrificadas y viciosas de los pueblos apartados, las pasiones primitivas del hombre. Este mundo negativo entabla lucha a muerte contra el poder civilizador, cuya superioridad evidente queda manifiesta en sus continuas victorias sobre los obstáculos que pretenden oponérsele. Tanto los personajes como los elementos que los rodean resultan antitéticos y simbólicos: Doña Bárbara y Santos Luzardo, civilización y barbarie, idealismo y realismo, regionalismo y modernismo. Aunque Gallegos opta por la técnica novelística tradicional, ha manejado con sabiduría los innumerables problemas que se propuso; mantiene el equilibrio dramático a fuerza de conocer tan de cerca la realidad que pinta, y logra elevar los conflictos esencialmente americanos a un plano trascendente de interés humano.*

3.—RICARDO GÜIRALDES. *De formación cultural europea,* RICARDO GÜIRALDES *(Argentina, (1886-1927) se inició en las letras como poeta con* El cencerro de cristal *(1915). Buen conocedor de la poesía francesa y de las últimas corrientes literarias, aplica sus experiencias al género narrativo. Sus mejores obras están inspiradas en el campo argentino:* Raucho *(1917),* Rosaura *(1922),* Xaimaca *(1932), y la más famosa:* Don Segundo Sombra *(1926). Esta no-*

vela, cuyo escenario es la pampa, está escrita en forma de memorias y tiene tres momentos importantes: evocación de la infancia del protagonista; la de sus años de vida común con don Segundo Sombra, y la del tiempo en que fue patrón de estancia. A través del personaje de Don Segundo —que es una idealización, el maestro perfecto que conoce y practica la sabiduría de la vida—, el joven héroe va conociendo el alma campesina y las costumbres gauchescas: el rodeo, la pelea de gallos, las carreras de caballos, etc.; de su cercanía con don Segundo empieza a crecer su admiración por el "espíritu anárquico y solitario" de su padrino. Para poner de manifiesto el alma colectiva de la Argentina criolla, Güiraldes se valió de este personaje misterioso —que sintetiza el sentimiento de la libertad, la hombría, la dignidad humana—, y como medio definitivo, del lenguaje, que en su expresividad, en su lirismo y en su verdad, capta las esencias más íntimas de la vida de la pampa en una obra de inestimable categoría artística.

4.—CIRO ALEGRIA. La novela realista tiene en CIRO ALEGRÍA *(Perú, 1909) a uno de sus mejores exponentes. De sus obras:* La serpiente de oro *(1935),* Los perros hambrientos *(1939),* El mundo es ancho y ajeno *(1941), la última ha recibido mayor atención de la crítica. En ella da a conocer los sufrimientos de una comunidad de indios; sus trabajos en el campo, las minas, las caucherías, y el escaso provecho que su esfuerzo les reporta.*

ANTOLOGIA

MARIANO AZUELA

LOS DE ABAJO

TERCERA PARTE

VI

La mujer de Demetrio Macías, loca de alegría, salió a encontrarlo por la vereda de la sierra, llevando de la mano al niño.

¡Casi dos años de ausencia! Se abrazaron y permanecieron mudos; ella embargada por los sollozos y las lágrimas.

Demetrio, pasmado, veía a su mujer envejecida, como si diez o veinte años hubieran transcurrido ya. Luego miró al niño, que clavaba en él sus ojos con azoro. Y su corazón dio un vuelco cuando reparó en la reproducción de las mismas líneas de acero de su rostro y en el brillo flameante de sus ojos. Y quiso atraerlo y abrazarlo; pero el chiquillo, muy asustado, se refugió en el regazo de la madre.

—¡Es tu padre, hijo!... ¡Es tu padre!...

El muchacho metía la cabeza entre los pliegues de la falda y se mantenía huraño.

Demetrio, que había dado su caballo al asistente, caminaba a pie y poco a poco con su mujer y su hijo por la abrupta vereda de la sierra.

—¡Ora sí, bendito sea Dios que ya veniste!... ¡Ya nunca nos dejarás! ¿Verdad?... ¿Verdad que ya te vas a quedar con nosotros?...

La faz de Demetrio se ensombreció.

Y los dos estuvieron silenciosos, angustiados.

Una nube negra se levantaba tras la sierra, y se oyó un trueno sordo.

Demetrio ahogó un suspiro. Los recuerdos afluían a su memoria como una colmena.

La lluvia comenzó a caer en gruesas gotas y tuvieron que refugiarse en una rocallosa covacha.

El aguacero se desató con estruendo y sacudió las blancas flores de San Juan, manojos de estrellas prendidos en los árboles, en las peñas, entre la maleza, en los pitahayos y en toda la serranía.

Abajo, en el fondo del cañón y a través de la gasa de la lluvia, se miraban las palmas rectas y cimbradoras; lentamente se mecían sus cabezas angulosas y al soplo del viento se desplegaban en abanicos. Y todo era serranía: ondulaciones de cerros que suceden a cerros, más cerros circundados de montañas y éstas encerradas en una muralla de sierra de cumbres tan altas que su azul se perdía en el zafir.

—¡Demetrio, por Dios!... ¡Ya no te vayas!... ¡El corazón me avisa que ahora te va a suceder algo!...

Y se deja sacudir de nuevo por el llanto.

El niño, asustado, llora a gritos, y ella tiene que refrenar su tremenda pena para contentarlo.

La lluvia va cesando; una golondrina de plateado vientre y alas angulosas cruza oblicuamente los hilos de cristal, de repente iluminados por el Sol vespertino.

—¿Por qué pelean ya, Demetrio?

Demetrio, las cejas muy juntas, toma distraído una piedrecilla y la arroja al fondo del cañón. Se mantiene pensativo viendo el desfiladero, y dice:

—Mira esa piedra cómo ya no se para...

VII

Fue una verdadera mañana de nupcias. Había llovido la víspera toda la noche y el cielo amanecía entoldado en blancas nubes. Por la cima de la sierra trotaban potrillos brutos de crines alzadas y colas tensas, gallardos con la gallardía de los picachos que levantan su cabeza hasta besar las nubes.

Los soldados caminan por el abrupto peñascal contagiados de la alegría de la mañana. Nadie piensa en la artera bala que puede estarlo esperando más adelante. La gran alegría de la partida estriba cabalmente en lo imprevisto. Y por eso los soldados cantan, ríen y charlan locamente. En su alma rebulle el alma de las viejas tribus nómades. Nada importa saber adónde van y de dónde vienen; lo necesario es caminar, caminar siempre, no estacionarse jamás; ser dueños del valle, de las planicies, de la sierra y de todo lo que la vista abarca.

Arboles, cactus y helechos, todo aparece acabado de lavar. Las rocas, que muestran su ocre como el orín las viejas armaduras, vierten gruesas gotas de agua transparente.

Los hombres de Macías hacen silencio un momento. Parece que han escuchado

un ruido conocido: el estallar lejano de un cohete; pero pasan algunos minutos y nada se vuelve a oír.

—En esta misma sierra —dice Demetrio—, yo, sólo con veinte hombres, les hice más de quinientas bajas a los federales... ¿Se acuerda, compadre Anastasio?

Y cuando Demetrio comienza a referir aquel famoso hecho de armas, la gente se da cuenta del grave peligro que va corriendo. ¿Conque si el enemigo, en vez de estar a dos días de camino todavía, les fuera resultando escondido entre las malezas de aquel formidable barranco, por cuyo fondo se han aventurado? Pero ¿quién sería capaz de revelar su miedo? ¿Cuándo los hombres de Demetrio Macías dijeron: "por aquí no caminamos"?

Y cuando comienza un tiroteo lejano, donde va la vanguardia, ni siquiera se sorprenden ya. Los reclutas vuelven grupas en desenfrenada fuga buscando la salida del cañón.

Una maldición se escapa de la garganta seca de Demetrio:

—¡Fuego!... ¡Fuego sobre los que corran!...

—¡A quitarles las alturas! —ruge después como una fiera.

Pero el enemigo, escondido a millaradas, desgrana sus ametralladoras, y los hombres de Demetrio caen como espigas cortadas por la hoz.

Demetrio derrama lágrimas de rabia y de dolor cuando Anastasio resbala lentamente de su caballo, sin exhalar una queja, y se queda tendido, inmóvil. Venancio cae a su lado, con el pecho horriblemente abierto por la ametralladora, y el Meco se desbarranca y rueda al fondo del abismo. De repente Demetrio se encuentra solo. Las balas zumban en sus oídos como una granizada. Desmonta, arrástrase por las rocas hasta encontrar un parapeto, coloca una piedra que le defienda la cabeza y, pecho a tierra, comienza a disparar.

El enemigo se disemina, persiguiendo a los raros fugitivos que quedan ocultos entre los chaparros.

Demetrio apunta y no yerra un solo tiro... ¡Paf!... ¡Paf!... ¡Paf!...

Su puntería famosa lo llena de regocijo; donde pone el ojo pone la bala. Se acaba un cargador y mete otro nuevo. Y apunta...

El humo de la fusilería no acaba de extinguirse. Las cigarras entonan su canto imperturbable y misterioso; las palomas cantan con dulzura en las rinconadas de las rocas; ramonean apaciblemente las vacas.

La sierra está de gala; sobre sus cúspides inaccesibles cae la niebla albísima como un crespón de nieve sobre la cabeza de una novia.

Y al pie de una resquebrajadura enorme y suntuosa como pórtico de vieja catedral, Demetrio Macías, con los ojos fijos para siempre, sigue apuntando con el cañón de su fusil...

MARTIN LUIS GUZMAN

EL AGUILA Y LA SERPIENTE

Segunda parte

LA VUELTA DE UN REBELDE

A mí el aire sutil de mi gran ciudad —transparencia donde reside la mitad de su hermosura; atmósfera que aclara, que purifica, que enjuta— me descubrió de nuevo

(como si esta vez lo hiciera sólo para mis sentidos) todo un mundo de alegría serena cuyo valor esencial estaba en la realización perenne del equilibrio: equilibrio del trazo y el punto, de la línea y el color, de la superficie y la arista, del cuerpo y el contorno, de lo diáfano y lo opaco. El contraste de las sombras húmedas y las luminosidades de oro me envolvía en la caricia suprema que es el juego de la luz. La sensación orgánica de encontrarme ligero, de reconocer en cada movimiento de mis miembros o cada palpitación de mi carne una fuerza alada y etérea, trascendía a mi espíritu en forma de secreta seguridad de poder volar. Sí: mis pies pisaban la tierra, mas la pisaban por encaprichamiento de la voluntad, por gusto, porque ésa era la tierra en que había estado yo soñando, porque era mi tierra. Un leve impulso del mismo pie donde me apoyaba me habría bastado para subir a bañarme en el abismo de luz de las más altas regiones y para quedarme allá, sujeto al movimiento, libre y majestuoso, de lo que no pesa ni cae.

Ebrio de claridad —pero de claridad sin crudeza, pues ahí un poder impalpable conseguía pulir hasta los reflejos últimos—, en los primeros momentos de mi regreso no tuve sino ojos para ver. ¿Había nada comparable, en el cielo o en la tierra, a la beatitud de contemplar otra vez el ritmo doble y blanco del Popocatépetl y el Ixtaccíhuatl, con cuya belleza magnífica estuve familiarizado desde mi infancia? ¡Montañas de blancura mate en las primeras horas de la mañana; formas gigantescas de azogue refulgente cundo el sol, fijo en lo más alto, deja abajo libres los colores y matices; montes irreales, montes de ensueño, montes de cuento de hadas cuando la tarde los cubre con los más tenues y distantes de sus mantos: el rosa, el violeta, el lila, el azul!

Ante esta presencia me parecía evidente la necesidad de que el cinturón montañoso del valle se elevara en otros sitios —para que no se rompiese la armonía— a proporciones también grandiosas. Por eso la fuente de la belleza natural no se cansaba de producir allí las supremas de sus obras: las de lo grande inmensurable en lo inmensurable armónico. De los dos volcanes nevados mi vista pasaba a posarse sobre el Ajusco: ola de roca, mole arrolladora en quien la quietud —incomprensible sin el auxilio de toda una mitología— es dinámica pura, fuerza en cúmulo. En el Ajusco sentía yo latir todo el vigor del valle.

Aquella enorme divinidad sonreía a veces, y entonces, deteniéndose en los tonos menos profundos de su azul, mostraba complaciente los detalles ciclópeos de su musculatura: anchos espacios de luz llenaban los ámbitos de sus anfractuosidades; la menor de sus comisuras se veía poblada de inmensos bosques; por sus desfiladeros y precipicios bajaban las sombras a torrentes. Pero el monte no siempre sonreía. Adusto por temperamento, bajo la misma mirada que un momento antes lo viera sonreír, recobraba de pronto su gesto propio: el tempestuoso. Entonces lo envolvían las tintas más suyas: las oscuras, las sombrías, las que le borraban todo accidente superficial y lo hacían crecer, crecer en la unidad abrumadora de su masa. Sobre su cima señera se aborrascaban entonces las nubes más hoscas: desde ella bajaban los truenos más ingentes.

La mera visión de las montañas del valle restituyó mi espíritu a su centro de origen: como si hubiera un modo más fácil de ser, insensiblemente perdido en la ausencia, que ahora recuperara yo de súbito; como si la nitidez de un clima interior —espiritual y orgánico— renaciera al contacto de la nitidez del clima externo. Y ese entrar en mí mismo se robustecía en el ambiente de la ciudad, al influjo de la perfecta rectitud de sus calles, en lo espacioso de su gran plaza, bajo la sombra florida de sus jardines, dentro del misterio de su bosque.

Todo tenía el mismo valor que antes, y, sin embargo, todo resurgía con nueva

trascendencia y brillo: con la efusión que hay en el fondo de todo reconocimiento. Series infinitas de sensaciones redescubiertas se apoderaban de mí, venían a acumularse, de lo humilde a lo grande, de lo suave a lo intenso, en arpegios que afloraban a un tiempo en toda la superficie de mi sensibilidad. Mi cuerpo había vuelto a su perfecta ecuación de lo muscular y lo táctil: sus límites periféricos coincidían con el sentido de su masa y su peso; su volumen ocupaba el espacio preciso. Era la misma la ropa que me cubría, y, sorpresa grata, se me amoldaba más suave y exactamente, cual si un invisible forro, de flúido seco y fresco, corrigiera a cada paso el ajuste. El simple hormigueo de la sangre en el tránsito de las primeras horas de la mañana a aquellas en que el sol calienta, me parecía de una novedad secreta, honda. E, igualmente, el mero paso desde la acera umbrosa hasta la acera soleada me revelaba toda una gama —gama única y un poco áspera— de temperaturas peculiares. Había infinitas gradaciones en el frescor de los zaguanes, puestos en el conflicto de dos regiones de sol: el sol de la calle, el sol del patio.

En el Paseo de la Reforma el coche corría en dirección del Bosque. Al final de la avenida, cerrando la doble fila de troncos y follaje, la arbolada cortina del cerro caía a plomo; su terciopelo verde se tendía de nube a nube Y más arriba aún, al abrigo de los años, descollaba sin alardes la estructura del castillo: castillo sobrio de línea y de prestancia, castillo extraño en su fijeza sobre el mar de los ramajes gigantescos. Seguía raudo el coche: venía fácil, sutil, su entrar como de aire en las oquedades hechas de verdura. Luego, más allá, el perfume de las frondas añosas —¿no son ésos los árboles más antiguos del valle?— añadía otra dimensión a la quietud. Los enormes troncos rojos, las soberanas copas de filigrana de cobre en mechones gigantescos y desmelenados se nutrían allí de quietud, bebían quietud al ritmo de la savia que en el suelo elaboraban las raíces milenarias. El coche seguía corriendo. Tibia al principio la atmósfera, se enfriaba de pronto, a medio decurso de la Gran Avenida, al convertirse en sombra perpetua: iba el coche por la región donde las ramas, a gran altura del suelo, se juntaron para siempre. La avenida del Rey lo acogía en su intimidad remota...

Pero si el misterio del Bosque me comunicaba uno de los estremecimientos más auténticos del alma de mi ciudad, otro me nacía al divagar por las calles más tradicionalmente o más modernamente mexicanas: desde Don Juan Manuel, desde San Ildefonso, hasta San Cosme o Versalles. Me lo daba, de preferencia, la contemplación del Zócalo. ¡El Zócalo! Mucho había sufrido en el recuerdo la hermosura de la gran plaza al compararla con las plazas de otros países. Mas he aquí que, mirándola otra vez, reconquistaba de un golpe la supremacía, lograba que a su lado desapareciera la emoción conservada de todas las demás. ¿Qué era lo que volvía a haber en la sencillez —horizontal y austera— del viejo palacio colonial? ¿Qué en el perfil barroco y violento (y en las grandes superficies lisas y grandiosas) del conjunto de la Catedral y el Sagrario? Los soportales tornaban a aparecérseme como los evocadores de toda una historia, como los testigos de las hazañas de toda una raza. Y ése era el latido ciudadano que entraba más profundamente en el corazón del rebelde vuelto a su casa, a su ciudad. Aquella plaza nacional concordaba, como la mente de quien la concibió al otro día de derribar una civilización entera, con la grandeza del ámbito del valle; era amplia como el gesto del pueblo que allí debió haber crecido, como sus ambiciones, como su obra. ¿Algún día sería ese pueblo? ¿Sería el mismo que nosotros —por deber o por pasión— ensangrentábamos ahora en interminable lucha de móviles casi ciegos?

GREGORIO LOPEZ Y FUENTES

EL INDIO

La llegada de tres hombres extraños sembró el espanto. Junto a la puerta de la primera casa de la ranchería, una mujer dejó abandonado el *malacate* y el algodón que hilaba. Otra, se desató de la cintura, nerviosamente, los extremos del telar, y abandonando la manta que tejía huyó para el interior de la choza, cuya puerta cerró con violencia.

Más allá, ladraron los perros. Y comenzó la estampía hacia las breñas más cercanas: muchachos casi desnudos y mujeres desmelenadas. Era la hora en que los hombres aptos se hallaban en los trabajos.

Los recién llegados avanzaron tirando por las riendas de sus caballos, a los que seguía una mula de carga con dos grandes cajones a cuestas. Así habían hecho la última jornada, por un camino transitable apenas para la gente de a pie, en busca de la ranchería clavada en plena sierra. El que iba adelante, al ver la huida de los naturales, se detuvo sonriendo. Y, a tiempo que hacía notar a sus compañeros el efecto de su presencia, se limpiaba el sudor de la frente.

Un largo callejón. A los lados, las casas pajizas, pardas, ennegrecidas por el humo. Patios de tierra negra. En ellos, un naranjo, un ciruelo, un cedro. Entre casa y casa, una cerca de piedra. Sobre los cercados, ropa tendida a secar. Al fondo de la ranchería, la sierra encarrujada de verdura.

Los tres hombres se miraban con gesto de compasión por los que huían. Uno de ellos dijo:

—Si tuvieran un buen camino, ya no estarían tan atrasados. Al menos ya se hubieran hecho al trato de los blancos.

Y reanudaron la marcha, ya por el callejón. En una de las casas donde el delantero vio que la puerta se había cerrado por el interior y que, por lo tanto, no estaba sola, llamó con pausados golpes. Nadie respondía. El hombre, que era el guía de los otros, hablaba la lengua de los naturales y recurrió a ella, dando a las palabras la mayor mansedumbre, inspiradora de confianza.

—...

—¿Qué les dice? —preguntó al intérprete uno de sus patrones.

—Les digo que me regalen un poco de agua.

Y la palabra, dicha en el propio idioma, hizo que se abriera la puerta. Apareció un viejo con una jícara llena de agua, en las manos. En el fondo de la pieza, la única de la casa, estaba una mujer, de espaldas. Parapetado en las piernas de su madre, un niño asomaba media cara, entre curioso y timorato, arriesgando tan sólo un ojo, de brillo gatuno.

Los recién llegados bebieron en la misma jícara. Cuando el guía, al regresarla, dijo, dando las gracias, *tlazo-camati,* la cara del indígena se dulcificó aún más. Le preguntó quiénes eran sus amos, qué buscaban, para dónde iban y si acaso no pertenecían a quienes en otras ocasiones les causaran muchos males. Y el blanco le explicó: sus amos vendían algunos artículos, tal vez del gusto de los naturales, estudiaban la tierra y, de paso, buscaban algunas hierbas curativas.

Después, el hombre se volvió a sus amos y les explicó lo que había hablado con el viejo. Mientras tanto, al ver que éste hablaba con los desconocidos, algunos de los naturales abrieron, aunque con sigilo, sus puertas. Otros, regresaban ya, caute-

losamente, de las breñas, a las que habían huído. Por sobre los cercados asomaba más de una cabeza: cabellos negros y untados, ojos brillantes, pómulos salientes. Los muchachos, más audaces, se habían acercado para admirar los caballos.

Los visitantes tomaron asiento en una banca de madera que había en el portalito. Fatigados y sudorosos se hacían aire con los sombreros. Hablaban sin duda del lugar, de sus habitantes y de su situación, pues las miradas iban por las casas, por las sierras y en ocasiones los ademanes indicaban al anciano presente y a los niños que a su vez lo veían.

El intérprete se dirigó nuevamente al viejo y le dijo si en el rancho había algún lugar donde se alojaran los viajeros. La respuesta no fue del agrado de los visitantes. El indígena contestó que, como jamás llegaban viajeros, no había hospedaje; pero si ellos deseaban quedarse en su portal...

Después de unas cuantas palabras ajenas a los naturales, fue aceptada la invitación. El guía, con la ayuda del anciano, procedió a descargar los cajones. Aflojó las monturas y, a tiempo que sus amos daban unos pasos por el callejón discutiendo en voz baja y poniendo mucho interés en las cercanas serranías, habló largamente con el viejo, a la vista de cien ojos curiosos.

Fue a unírseles.

—He interrogado hábilmente al viejo y dice que por aquí no hay minas; en cuanto al escondite de polvo de oro, sostiene que jamás ha oído hablar de él; y que no sabe una palabra de los ídolos dorados.

—¡Si será usted ingenuo! ¿Supone que así, de luego a luego, va a decirle la verdad? Yo tengo la relación y el plano de ese lugar, donde los naturales de aquí, hace muchos años, escondieron el polvo de oro de los tributos. Los de este lugar recibían las contribuciones de cien pueblos: ¡polvo de oro en cañones de pluma! ¡Oro! ¡Oro! ¿Y de dónde lo tomaban? De unas minas que hay en estas sierras. ¡Yo tengo el plano!

El intérprete, a pesar del entusiasmo de su amo, se atrevió a refutar:

—El viejo dice que la tribu no tiene muchos años aquí. Sus abuelos, que eran muy poderosos, vivieron en el valle, donde señorearon a otros pueblos. Huyendo de los blancos, que los perseguían, dejaron las tierras buenas de los valles por éstas que, aunque ingratas, les ofrecen más protección.

—¿Y qué importa?

—Digo, señor, que si los antepasados, los que fueron poderosos, tenían su asiento en el valle, es allá donde habrá que buscar las riquezas escondidas.

—¡Buscaremos aquí y en el valle! Lo importante es que ya estamos en el sitio que señala el mapa. ¡Y si el plano fracasa, haremos hablar a estas esfinges que guardan con tanto celo su tradición! ¡Y no hay que esperar que hablen con la sonrisa en la boca, sino con el gesto del dolor! O acaso, ni es necesario... ¿Pues qué me dirán ustedes si hoy o mañana, al comprarnos una sarta de chaquiras o un manojo de estambre, nos pagan con cañones de plumas llenos de polvo de oro?

ERMILO ABREU GOMEZ

CANEK

. . . . . .

Ante la insidia de los blancos, Canek convocó a los suyos. Sin decirles palabra les señaló una mesa donde había armas y pan.

Unos tomaron un pan. A éstos les dio un arma y les dijo que defendieran sus casas. Otros tomaron un arma. A éstos les dio un pan y les dijo que defendieran sus trincheras. Otros tomaron un arma y un pan. A éstos les dijo que fueran capitanes.

Canek dijo:

—Ya se cumplen las profecías de Nabuc Pech. No se contentarán los blancos con lo suyo ni con lo que ganaron en la guerra; con maña querrán también la miseria de nuestra comida y la miseria de nuestra casa. Levantarán odio contra nosotros y nos obligarán a refugiarnos en los montes y en los lugares apartados. Y así iremos como las hormigas detrás de las alimañas y comeremos cosas malas: raíces, grajos, cuervos, ratas y langostas del campo.

Canek dijo:

—Los blancos no saben de la tierra, ni del mar, ni del viento. ¿Qué saben si noviembre es bueno para quebrar los maizales? ¿Qué saben si los peces ovan en octubre y las tortugas en marzo? ¿Qué saben si en febrero hay que librar a los hijos de los vientos malos? Ellos gozan, sin embargo, todo lo que producen la tierra, el mar y el viento de estos lugares.

Canek dijo:

—Los blancos hicieron que estas tierras fueran extranjeras para el indio; hicieron que el indio comprara con su sangre el aire que respira.

Canek dijo:

—Es bueno saber cuán diferente es la necesidad del indio y la necesidad del blanco. Al indio le basta un cuartillo de maíz; al blanco no le alcanza un almud. El indio come y bendice su tranquilidad; el blanco come y guarda el resto para mañana. No sabe que una jícara no lleva más agua que el agua que señalan sus bordes. Lo demás se derrama y desperdicia.

Canek dijo:

—El blanco parece que marcha; el indio parece que sueña. El blanco husmea; el indio suspira. El blanco avanza; el indio se aleja.

Canek dijo:

—Nosotros alimentamos las semillas; ellos alimentan las hojas. Bajo nuestras plantas caminan las aguas secretas, olorosas. Sobre ellos agitan sus alas aves carniceras.

Canek dijo:

—Los blancos son rojos. Son rojos como la mancha del oriente que los trajo; como el fuego que brota de sus manos; como el oro que se enciende en sus barbas. Los blancos son rojos.

Canek dijo:

—Los indios viven al lado de la tierra. Duermen en paz sobre su pecho. Los blancos la olvidan. Pasan sobre ella aplastando sus gracias. De ella sólo toman sus frutos.

Canek dijo:

—Hay hombres de espíritu levantado, impaciente. Para éstos una mañana es ya el principio de una tarde. Hay hombres de espíritu lento, dormido. Para éstos una tarde es apenas la continuidad de una mañana. Hay hombres de espíritu recio para quienes todas las horas están llenas del día. Para éstos se hizo el descanso de la noche.

Canek dijo:

—La palabra nació por sí misma dentro de lo oscuro. La palabra no es la voz que se dice ni la palabra que se oye. La palabra nace en las tinieblas de la conciencia. Por esto toda palabra debe ser sentida dentro para que la imagen sea espejo de sí misma.

Canek dijo:

—Las cosas no vienen ni van. Las cosas no se mueven. Somos nosotros los que vamos a ellas. Sólo el espíritu camina. La memoria no es ojo que se vuelve al pasado; es más bien la fuerza que nos permite ver lo que es, en su esencia, fuera del tiempo.

Canek dijo:

—Para el espíritu vale más un vicio limpio que una virtud sucia. Un vicio limpio puede guardar un deseo puro. Una virtud sucia supone una conciencia débil; con seguridad un acto de cobardía.

Canek dijo:

—No te enorgullezcas del fruto de tu inteligencia. Recuerda que sólo eres dueño del esfuerzo que pusiste en su cultivo; de lo que logras apenas si eres un espectador. La inteligencia es como una flecha: una vez que se aleja del arco ya no la gobierna nadie. Su vuelo depende de tu fuerza, pero también del viento y, ¿por qué no decirlo?, del destino que camina detrás de ella.

Canek dijo:

—Nunca tengas miedo de tus lágrimas. Ningún cobarde llora. Sólo los hombres lloran. Además, hijo, las lágrimas siempre caen de rodillas.

Canek dijo:

—¿Y para qué quieren libertad si no saben ser libres? La libertad no es gracia que se recibe ni derecho que se conquista. La libertad es un recóndito estadio del espíritu. Cuando se posee, entonces se es libre aunque se carezca de libertad. Los hierros y las cárceles no impiden que un hombre sea libre, al contrario: hacen que lo sea más en la entraña de su ser. La libertad de los hombres no es como la libertad de los pájaros, que se satisface en el vaivén de una rama. La libertad del hombre se cumple en su conciencia.

AGUSTIN YAÑEZ

AL FILO DEL AGUA

Acto Preparatorio

Pueblo de mujeres enlutadas. Aquí, allá, en la noche, al trajín del amanecer, en todo el santo río de la mañana, bajo la lumbre del sol alto, a las luces de la tarde —fuertes, claras, desvaídas, agónicas—; viejecitas, mujeres maduras, muchachas de lozanía, párvulas; en los atrios de iglesias, en la soledad callejera, en los interiores de tiendas y de algunas casas —cuán pocas— furtivamente abiertas.

Gentes y calles absortas. Regulares las hiladas de muros, a grandes lienzos vacíos. Puertas y ventanas de austera cantería, cerradas con tablones macizos, de nobles, rancias maderas, desnudas de barnices y vidrios, todas como trabajadas por uno y el mismo artífice rudo y exacto. Pátina del tiempo, del sol, de las lluvias, de las manos consuetudinarias, en los portones, en los dinteles y sobre los umbrales. Casas de las que no escapan rumores, risas, gritos, llantos; pero a lo alto, la fragancia de finos leños consumidos en hornos y cocinas, envuelta para regalo del cielo con telas de humo azul.

En el corazón y en los aledaños el igual hermetismo. Casas de las orillas, junto al río, junto al cerro, al salir de los caminos, con la nobleza de su cantería, que sella dignidad a los muros de adobe.

Y cruces al remate de la fachada más humilde, coronas de las esquinas, en las paredes interminables; cruces de piedra, de cal y canto, de madera, de palma; unas, anchas; otras, altas; y pequeñas, y frágiles, y perfectas, y toscas.

Pueblo sin fiestas, que no la danza diaria del sol con su ejército de vibraciones. Pueblo sin otras músicas que cuando clamorean las campanas, propicias a doblar por angustias, y cuando en las iglesias la opresión se desata en melodías plañideras, en coros atiplados y roncos. Tertulias, nunca. Horror sagrado al baile: ni por pensamientos: nunca, nunca. Las familias entre sí se visitan sólo en caso de pésame o enfermedad, quizás cuando ha llegado un ausente mucho tiempo esperado.

Pueblo seco, sin árboles ni huertos. Entrada y cementerio sin árboles. Plaza de matas regadas. El río enjuto por los mayores meses; río de grandes losas brillantes al sol. Aridos lomeríos por paisaje, cuyas líneas escuetas van superponiendo iguales horizontes. Lomeríos. Lomeríos.

Pueblo sin alameda. Pueblo de sol, reseco, brillante. Pilones de cantera, consumidos, en las plazas, en las esquinas. Pueblo cerrado. Pueblo de mujeres enlutadas. Pueblo solemne.

La limpieza pone una nota de vida. Bien barridas las calles. Enjalbegadas las casas y ninguna, ni en las orillas, ruinosa. Afeitados los varones, viejos de cara cenceña, muchachos chapeteados, muchachos pálidos, de limpias camisas, de limpios pantalones; limpios los catrines, limpios los charros, limpios los jornaleros de calzón blanco. Limpias las mujeres pálidas, enlutadas, pálidas y enlutadas, que son el alma de los atrios, de las calles ensolecidas, de las alcobas furtivamente abiertas. Nota de vida y de frescura, las calles bien barridas bajo el sol y al cabo del día, entre la noche. Mujeres enlutadas, madrugadoras, riegan limpieza desde secretos pozos.

En cada casa un brocal, oculto a las miradas forasteras, como las yerbas floreciidas en macetas que pueblan los secretos patios, los adentrados corredores, olientes a frescura y a paz.

Muy más adentro la cocina, donde también se come y es el centro del claustro familiar. Allí las mujeres vestidas de luto, pero destocadas, lisamente peinadas.

Luego las recámaras. Imágenes. Imágenes. Lámparas. Una petaquilla cerrada con llave. Algún armario. Ropas colgadas, como ahorcados fantasmas. Canastas con cereales. Algunas sillas. Todo pegado a las paredes. La cama, las camas arrinconadas (debajo, canastas con ropa blanca). Y en medio de las piezas, grandes, vacíos espacios.

Salas que lo son por sus muchas sillas y algún canapé. No falta una cama. La cama del señor. En las rinconeras, las imágenes principales del pueblo y del hogar, con flores de artificio, esferas y tibores. La Mano de la Providencia, el Santo Cristo, alguna Cruz Milagrosa que fue aparecida en algún remoto tiempo, a algún ancestro legendoso.

De las casas emana el aire de misterio y hermetismo que sombrea las calles y el pueblo. De las torres bajan las órdenes que rigen el andar de la casa. Campanadas de hora fija, clamores, repiques.

Pueblo conventual. Cantinas vergonzantes. Barrio maldito, perdido entre las breñas, por entre la cuesta baja del río seco. Pueblo sin billares, ni fonógrafos, ni pianos. Pueblo de mujeres enlutadas.

El deseo, los deseos disimulan su respiración. Y hay que pararse un poco para oírla, para entenderla tras de las puertas atrancadas, en el rastro de las mujeres con luto, de los hombres graves, de los muchachos colorados y de los muchachillos pálidos. Hay que oírla en los rezos y cantos eclesiásticos a donde se refugia. Respiración profunda, respiración de fiebre a fuerzas contenida. Los chiquillos no pueden menos que gritar, a veces. Trepidan las calles. ¡Cantaran las mujeres! No, nunca, sino en la iglesia los viejos coros de generación en generación aprendidos. El cura y sus ministros pasan con trajes talares y los hombres van descubriéndose; los hombres y las mujeres enlutadas, los niños, les besan la mano. Cuando llevan el Santísimo, revestidos, un acólito —revestido— va tocando la campanilla y el pueblo se postra; en las calles, en la plaza. Cuando las campanas anuncian la elevación y la bendición, el pueblo se postra, en las calles y en la plaza. Cuando a campanadas lentas, lentísimas, tocan las doce, las tres y la oración, se quitan el sombrero los hombres, en las calles y en la plaza. Cuando la Campana Mayor, pesada, lentísimamente, toca el alba, en oscuras alcobas hay toses de ancianidad y nicotina, toses leves y viriles, con rezos largos, profundos, de sonoras cuerdas a medio apagar; viejecitos de nuca seca, mujeres y campesinos madrugadores arrodillados en oscuros lechos, vistiéndose, rayando fósforos, tal vez bostezando, entre palabras de oración, mientras la Campana ronca da el alba con solemne lentitud, pesadamente.

Los matrimonios son en las primeras misas. A oscuras. O cuando raya la claridad, todavía indecisa. Como si hubiera un cierto género de vergüenza. Misteriosa. Los matrimonios nunca tienen la solemnidad de los entierros, de las misas de cuerpo presente, cuando se desgranan todas las campanas en plañidos prolongados, extendiéndose por el cielo como humo; cuando los tres padres y los cuatro monagos vienen por el atrio, por las calles, al cementerio, ricamente ataviados de negro, entre cien cirios, al son de cantos y campanas.

Hay toques de agonía que piden a todo el pueblo, sobre los patios, en los rincones de la plaza, de las calles, de las recámaras, que piden oraciones por un moribundo. Los vecinos rezan el "Sal, alma cristiana, de este mundo..." y la oración de la Sábana Santa.

Cuando la vida se consume, las campanas mudan ritmo y los vecinos tienen cuenta de que un alma está rindiendo severísimo Juicio. Corre una común angustia por las calles, por las tiendas, entre las casas. Algunas gentes que han entrado a ayudar a bien

morir, se retiran; otras, de mayor confianza, se quedan a ayudar a vestir al difunto, cuando sea pasado un rato de respeto, mientras acaba el Juicio, pero antes de que el cuerpo se enfríe.

Las campanas repican los domingos y fiestas de guardar. También los jueves en la noche. Sólo son alegres cuando repican a horas de sol. El sol es la alegría del pueblo, una casi incógnita alegría, una disimulada alegría, como los afectos, como los deseos, como los instintos.

Como los afectos, como los deseos, como los instintos, el miedo, los miedos asoman, agitan sus manos invisibles, como de cadáveres, en ventanas y puertas herméticas, en los ojos de las mujeres conlutadas y en sus pasos precipitados por la calle y en sus bocas contraídas, en la gravedad masculina y en el silencio de los niños.

Los deseos, los ávidos deseos, los deseos pálidos y el miedo, los miedos, rechinan en las cerraduras de las puertas, en los goznes resecos de las ventanas; y hay un olor suyo, inconfundible, olor sudoroso, sabor salino, en los rincones de los confesionarios, en las capillas oscurecidas, en la pila bautismal, en las pilas del agua bendita, en los atardeceres, en las calles a toda hora del día, en la honda pausa del mediodía, por todo el pueblo, a todas horas, un sabor a sal, un olor a humedad, una invisible presencia terrosa, angustiosa, que nunca estalla, que nunca mata, que oprime la garganta del forastero y sea quizá placer del vecindario, como placer de penitencia.

En las noches de luna escapan miedos y deseos, a la carrera; pueden oírse sus pasos, el vuelo fatigoso y violento, al ras de la calle, sobre las paredes, arriba de las azoteas. Camisas de fuerza batidas por el aire, contorsionados los puños y las faldas, golpeando las casas y el silencio en vuelos de pájaro ciego, negro, con alas de vampiro, de tecolote o gavilán; con alas de paloma, sí, de paloma torpe, recién escapada, que luego volverá, barrotes adentro. Los deseos vuelan siempre con ventaja, en las noches de luna; los miedos corren detrás, amenazándolos, imprecando espera, chillando: vientos con voz aguda e inaudible. Saltan los deseos de la luz a la sombra, de la sombra a la luz, y en vano los miedos repiten el salto. Dura la vieja danza media noche. Pasa el cansancio. Y a la madrugada, cuando hay luna, cuando la campana toca el alba, recomienza el brincar de los deseos jugando con los miedos. La mañana impone la victoria de los últimos, que ya por todo el día serán los primeros en rondar el atrio, las calles, la plaza, mientras los deseos yacen tendidos en las mejillas, en los labios, en los párpados, en las frentes, en las manos, tendidos en los surcos de las caras o metidos en oscuras alcobas, transpirando sudor que impregna el aire del pueblo.

. . . . . .

JUAN RULFO

¡DILES QUE NO ME MATEN!

—¡Díles que no me maten, Justino! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Así díles. Díles que lo hagan por caridad.

—No puedo. Hay allí un sargento que no quiere oír hablar nada de ti.

—Haz que te oiga. Date tus mañas y díle que para sustos ya ha estado bueno. Díle que lo haga por caridad de Dios.

—No se trata de sustos. Parece que te van a matar de a de veras. Y yo ya no quiero volver allá.

—Anda otra vez. Solamente otra vez, a ver qué consigues.

—No. No tengo ganas de ir. Según eso, yo soy tu hijo. Y, si voy mucho con ellos, acabarán por saber quién soy y les dará por afusilarme a mí también. Es mejor dejar las cosas de este tamaño.

—Anda, Justino. Díles que tengan tantita lástima de mí. Nomás eso díles.

Justino apretó los dientes y movió la cabeza diciendo:

—No.

Y siguió sacudiendo la cabeza durante mucho rato.

—Díle al sargento que te deje ver al coronel. Y cuéntale lo viejo que estoy. Lo poco que valgo. ¿Qué ganancia sacará con matarme? Ninguna ganancia. Al fin y al cabo él debe de tener un alma. Díle que lo haga por la bendita salvación de su alma.

Justino se levantó de la pila de piedras en que estaba sentado y caminó hasta la puerta del corral. Luego se dio vuelta para decir:

—Voy, pues. Pero si de perdida me afusilan a mí también, ¿quién cuidará de mi mujer y de los hijos?

—La Providencia, Justino. Ella se encargará de ellos. Ocúpate de ir allá y ver qué cosas haces por mí. Eso es lo que urge.

Lo habían traído de madrugada. Y ahora era ya entrada la mañana y él seguía todavía allí, amarrado a un horcón, esperando. No se podía estar quieto. Había hecho el intento de dormir un rato para apaciguarse, pero el sueño se le había ido. También se le había ido el hambre. No tenía ganas de nada. Sólo de vivir. Ahora que sabía bien a bien que lo iban a matar, le habían entrado unas ganas tan grandes de vivir como sólo las puede sentir un recién resucitado.

Quién le iba a decir que volvería aquel asunto tan viejo, tan rancio, tan enterrado como creía que estaba. Aquel asunto de cuando tuvo que matar a don Lupe. No nada más por nomás, como quisieron hacerle ver los de Alima, sino porque tuvo sus razones. Él se acordaba:

Don Lupe Terreros, el dueño de la Puerta de Piedra, por más señas su compadre. Al que él, Juvencio Nava, tuvo que matar por eso; por ser el dueño de la Puerta de Piedra y que, siendo también su compadre, le negó el pasto para sus animales.

Primero se aguantó por puro compromiso. Pero después, cuando la sequía, en que vio cómo se le morían uno tras otro sus animales hostigados por el hambre y que su compadre don Lupe seguía negándole la yerba de sus potreros, entonces fue cuando se puso a romper la cerca y a arrear la bola de animales flacos hasta las paraneras para que se hartaran de comer. Y eso no le había gustado a don Lupe, que mandó tapar otra vez la cerca, para que él, Juvencio Nava, le volviera a abrir otra vez el agujero. Así, de día se tapaba el agujero y de noche se volvía a abrir, mientras el ganado estaba allí, siempre pegado a la cerca siempre esperando; aquel ganado suyo que antes nomás se vivía oliendo el pasto sin poder probarlo.

Y él y don Lupe alegaban y volvían a alegar sin llegar a ponerse de acuerdo.

Hasta que una vez don Lupe le dijo:

—Mira, Juvencio, otro animal más que metas al potrero y te lo mato.

Y él le contestó:

—Mire, don Lupe, yo no tengo la culpa de que los animales busquen su acomodo. Ellos son inocentes. Ahí se lo haiga si me los mata.

"Y me mató un novillo.

"Esto pasó hace treinta y cinco años, por marzo, porque ya en abril andaba yo en el monte, corriendo del exhorto. No me valieron ni las diez vacas que le di al juez, ni el embargo de mi casa para pagarle la salida de la cárcel. Todavía después se pagaron con lo que quedaba nomás por no perseguirme, aunque de todos modos me perseguían. Por eso me vine a vivir junto con mi hijo a este otro terrenito que yo tenía y que se nombra Palo de Venado. Y mi hijo creció y se casó con la nuera Ignacia y tuvo ya ocho hijos. Así que la cosa ya va para viejo, y según eso debería estar olvidada. Pero, según eso, no lo está.

"Yo entonces calculé que con unos cien pesos quedaba arreglado todo. El difunto don Lupe era solo, solamente con su mujer y los dos muchachitos todavía de a gatas. Y la viuda pronto murió también dizque de pena. Y a los muchachitos se los llevaron lejos, donde unos parientes. Así que, por parte de ellos, no había que tener miedo.

"Pero los demás se atuvieron a que yo andaba exhortado y enjuiciado para asustarme y seguir robándome. Cada que llegaba alguien al pueblo me avisaban:

—"Por ahí andan unos fuereños, Juvencio.

"Y yo echaba pal monte, entreverándome entre los madroños y pasándome los días comiendo sólo verdolagas. A veces tenía que salir a la medianoche, como si me fueran correteando los perros. Eso duró toda la vida. No fue un año ni dos. Fue toda la vida."

Y ahora habían ido por él, cuando no esperaba ya a nadie, confiado en el olvido en que lo tenía la gente; creyendo que al menos sus últimos días los pasaría tranquilo. "Al menos esto —pensó— conseguiré con estar viejo. Me dejarán en paz."

Se había dado a esta esperanza por entero. Por eso era que le costaba trabajo imaginar morir así, de repente, a estas alturas de su vida, después de tanto pelear para librarse de la muerte; de haberse pasado su mejor tiempo tirando de un lado para otro arrastrado por los sobresaltos y cuando su cuerpo había acabado por ser un puro pellejo correoso curtido por los malos días en que tuvo que andar escondiéndose de todos.

Por si acaso, ¿no había dejado hasta que se le fuera su mujer? Aquel día en que amaneció con la nueva de que su mujer se le había ido, ni siquiera le pasó por la cabeza la intención de salir a buscarla. Dejó que se fuera sin indagar para nada ni con quién ni para dónde, con tal de no bajar al pueblo. Dejó que se fuera como se le había ido todo lo demás, sin meter las manos. Ya lo único que le quedaba para cuidar era la vida, y ésta la conservaría como diera lugar. No podía dejar que lo mataran. No podía. Muchos menos ahora.

Pero para eso lo habían traído de allá, de Palo de Venado. No necesitaron amarrarlo para que los siguiera. Él anduvo solo, únicamente maniatado por el miedo. Ellos se dieron cuenta de que no podía correr con aquel cuerpo viejo, con aquellas piernas flacas como sicuas secas, acalambradas por el miedo de morir. Porque a eso iba. A morir. Se lo dijeron.

Desde entonces lo supo. Comenzó a sentir esa comezón en el estómago, que le llegaba de pronto siempre que veía de cerca la muerte y que le sacaba el ansia por los ojos, y que le hinchaba la boca con aquellos buches de agua agria que tenía que tragarse sin querer. Y esa cosa que le hacía los pies pesados mientras su cabeza se le ablandaba y el corazón le pegaba con todas sus fuerzas en las costillas. No, no podía acostumbrarse a la idea de que lo mataran.

Tenía que haber alguna esperanza. En algún lugar podría aún quedar alguna esperanza. Tal vez ellos se hubieran equivocado. Quizá buscaban a otro Juvencio Nava y no al Juvencio Nava que era él.

Caminó entre aquellos hombres en silencio, con los brazos caídos. La madrugada era oscura, sin estrellas. El viento soplaba despacio, se llevaba la tierra seca y traía más, llena de ese olor como de orines que tiene el polvo de los caminos.

Sus ojos, que se habían apeñuscado con los años, venían viendo la tierra, aquí, abajo de sus pies, a pesar de la oscuridad. Allí en la tierra estaba toda su vida. Sesenta años de vivir sobre de ella, de encerrarla entre sus manos, de haberla probado como se prueba el sabor de la carne. Se vino largo rato desmenuzándola con los ojos, saboreando cada pedazo como si fuera el último, sabiendo casi que sería el último.

Luego, como queriendo decir algo, miraba a los hombres que iban junto a él. Iba a decirles que lo soltaran, que lo dejaran que se fuera: "Yo no le he hecho daño a nadie, muchachos", iba a decirles, pero se quedaba callado. "Más adelantito se los diré", pensaba. Y sólo los veía. Podía hasta imaginar que eran sus amigos; pero no quería hacerlo. No lo eran. No sabía quiénes eran. Los veía a su lado ladeándose y agachándose de vez en cuando para ver por dónde seguía el camino.

Los había visto por primera vez al pardear de la tarde, en esa hora desteñida en que todo parece chamuscado. Habían atravesado los surcos pisando la milpa tierna. Y él había bajado a eso: a decirles que allí estaba comenzando a crecer la milpa. Pero ellos no se detuvieron.

Los había visto con tiempo. Siempre tuvo la suerte de ver con tiempo todo. Pudo haberse escondido, caminar unas cuantas horas por el cerro mientras ellos se iban y después volver a bajar. Al fin y al cabo la milpa no se lograría de ningún modo. Ya era tiempo de que hubieran venido las aguas y las aguas no aparecían y la milpa comenzaba a marchitarse. No tardaría en estar seca del todo.

Así que ni valía la pena de haber bajado; haberse metido entre aquellos hombres como en un agujero, para ya no volver a salir.

Y ahora seguía junto a ellos, aguantándose las ganas de decirles que lo soltaran. No les veía la cara; sólo veía los bultos que se repegaban o se separaban de él. De manera que cuando se puso a hablar, no supo si lo habían oído. Dijo:

—Yo nunca le he hecho daño a nadie —eso dijo. Pero nada cambió. Ninguno de los bultos pareció darse cuenta. Las caras no se volvieron a verlo. Siguieron igual, como si hubieran venido dormidos.

Entonces pensó que no tenía nada más que decir, que tendría que buscar la esperanza en algún otro lado. Dejó caer otra vez los brazos y entró en las primeras casas del pueblo en medio de aquellos cuatro hombres oscurecidos por el color negro de la noche.

—Mi coronel, aquí está el hombre.

Se habían detenido delante del boquete de la puerta. Él, con el sombrero en la mano, por respeto, esperando ver salir a alguien. Pero sólo salió la voz:

—¿Cuál hombre? —preguntaron.

—El de Palo de Venado, mi coronel. El que usted nos mandó a traer.

—Pregúntale que si ha vivido alguna vez en Alima —volvió a decir la voz de allá adentro.

—¡Ey, tú! ¿Que si has habitado en Alima? —repitió la pregunta el sargento que estaba frente a él.

—Sí. Díle al coronel que de allá mismo soy. Y que allí he vivido hasta hace poco.

—Pregúntale que si conoció a Guadalupe Terreros.

—Que dizque si conociste a Guadalupe Terreros.

—¿A don Lupe? Sí. Díle que sí lo conocí. Ya murió.

Entonces la voz de allá adentro cambió de tono:

—Ya sé que murió —dijo. Y siguió hablando como si platicara con alguien allá al otro lado de la pared de carrizos.

—Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta. Con nosotros, eso pasó.

"Luego supe que lo habían matado a machetazos, clavándole después una pica de buey en el estómago. Me contaron que duró más de dos días perdido y que, cuando lo encontraron, tirado en un arroyo, todavía estaba agonizando y pidiendo el encargo de que le cuidaran a su familia.

"Esto, con el tiempo parece olvidarse. Uno trata de olvidarlo. Lo que no se olvida es llegar a saber que el que hizo aquello está aún vivo, alimentando su alma podrida con la ilusión de la vida eterna. No podía perdonar a ése, aunque no lo conozco; pero el hecho de que se haya puesto en el lugar donde yo sé que está, me da ánimos para acabar con él. No puedo perdonarle que siga viviendo. No debía haber nacido nunca."

Desde acá, desde afuera, se oyó bien claro cuanto dijo. Después ordenó:

—¡Llévenselo y amárrenlo un rato, para que padezca, y luego fusílenlo!

—¡Mírame, coronel! —pidió él—. Ya no valgo nada. No tardaré en morirme solito, derrengado de viejo. ¡No me mates...!

—¡Llévenselo! —volvió a decir la voz de adentro.

—...Ya he pagado, coronel. He pagado muchas veces. Todo me lo quitaron. Me castigaron de muchos modos. Me he pasado cosa de cuarenta años escondido como un apestado, siempre con el pálpito de que en cualquier rato me matarían. No merezco morir así, coronel. Déjame que, al menos, el Señor me perdone. ¡No me mates! ¡Díles que no me maten!

Estaba allí, como si lo hubieran golpeado, sacudiendo su sombrero contra la tierra. Gritando.

En seguida la voz de allá adentro dijo:

—Amárrenlo y dénle algo de beber hasta que se emborrache para que no le duelan los tiros.

Ahora, por fin, se había apaciguado. Estaba allí arrinconado al pie del horcón. Había venido su hijo Justino y su hijo Justino se había ido y había vuelto y ahora otra vez venía.

Lo echó encima del burro. Lo apretaló bien apretado al aparejo para que no se fuese a caer por el camino. Le metió su cabeza dentro de un costal para que no diera mala impresión. Y luego le hizo pelos al burro y se fueron, arrebiatados, de prisa, para llegar a Palo de Venado todavía con tiempo para arreglar el velorio del difunto.

—Tu nuera y los nietos te extrañarán —iba diciéndole—. Te mirarán a la cara y creerán que no eres tú. Se les afigurará que te ha comido el coyote, cuando te vean con esa cara tan llena de boquetes por tanto tiro de gracia como te dieron.

JOSE EUSTASIO RIVERA

LA VORAGINE

SEGUNDA PARTE

—¡Oh selva, oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabellones de tus ramajes, a manera de inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje vivo a la hora de tus crepúsculos angustiosos. ¿Dónde estará la estrella querida que de tarde pasea las lomas? Aquellos celajes de oro y de múrice con que se viste el ángel de los ponientes, ¿por qué no tiemblan sobre tu dombo? ¡Cuántas veces suspiró mi alma adivinando al través de tus laberintos el reflejo del astro que empurpura las lejanías, hacia el lado de mi país, donde hay llanuras inolvidables y cumbres de corona blanca, desde cuyos picachos me vi a la altura de todas las cordilleras! ¿Sobre qué sitio erguirá la luna su apacible faro de plata? ¡Tú me robaste el ensueño del horizonte y sólo tienes para mis ojos la monotonía de tu cenit, por donde pasa el plácido albor, que jamás alumbra las hojarascas de tus senos húmedos!

Tú eres la catedral de la pesadumbre, donde dioses desconocidos hablan a media voz, en el idioma de los murmullos, prometiendo longevidad a los árboles imponentes, contemporáneos del paraíso, que eran ya decanos cuando las primeras tribus aparecieron y esperan impasibles el hundimiento de los siglos venturosos. Tus vegetales forman sobre la tierra la poderosa familia que no se traiciona nunca. El abrazo que no pueden darse tus ramazones lo llevan las enredaderas y los bejucos, y eres solitaria hasta en el dolor de la hoja que cae. Tus multísonas voces forman un solo eco al llorar por los troncos que se desploman, y en cada brecha los nuevos gérmenes apresuran sus gestaciones. Tú tienes la adustez de la fuerza cósmica y encarnas un misterio de la creación. No obstante, mi espíritu sólo se aviene con lo inestable, desde que soporta el peso de tu perpetuidad, y, más que a la encina de fornido gajo, aprendió a amar a la orquídea lánguida, porque es efímera como el hombre y marchitable como su ilusión.

Déjame huir, ¡oh selva!, de sus enfermizas penumbras, formadas con el hálito de todos los seres que agonizaron en el abandono de tu majestad. ¡Tú misma pareces un cementerio enorme donde te pudres y resucitas! ¡Quiero volver a las regiones donde el secreto no aterra a nadie, donde es imposible la esclavitud, donde la vista no tiene obstáculos y se encuentra el espíritu en la luz libre! Quiero el calor de los arenales, el espejeo de las canículas, la vibración de las pampas abiertas. ¡Déjame tornar a la tierra de donde vine, para desandar esta ruta de lágrimas y de sangre, que recorrí en nefando día, cuando al capricho de una mujer me arrastré por los montes y los desiertos, en busca de la Venganza, diosa implacable, que sólo sonríe sobre las tumbas!

. . . . . .

Por primera vez, en todo su horror, se ensanchó ante mí la selva inhumana. Arboles deformes sufren el cautiverio de las enredaderas advenedizas, que a grandes trechos los ayuntan con las palmeras y se descuelgan en curva elástica, semejantes a redes mal extendidas, que a fuerza de almacenar en años enteros hojarascas, chamizas,

frutas, se desfondan como un saco de podredumbre, vaciando en la yerba reptiles ciegos, salamandras mohosas, arañas peludas.

Por doquier el bejuco de *matapalo* —rastrero pulpo de las florestas— pega sus tentáculos a los troncos, acogotándolos y retorciéndolos, para ingertárselos y transfundírselos en metempsícosis dolorosas. Vomitan los *bachaqueros* sus trillones de hormigas devastadoras, que recortan el manto de la montaña y por anchas veredas vuelven al túnel, como abanderadas del exterminio, con sus gallardetes de hojas y tallos. El comején enferma los árboles cual una sífilis galopante, que solapa su lepra supliciatoria mientras va carcomiéndoles los tejidos y pulverizándoles la corteza, hasta derrocarlos, súbitamente, bajo su pesadumbre de ramas vivas.

Entretanto, la tierra cumple en su seno las interminables renovaciones. Al pie del coloso que se derrumba, el germen que brota; en medio de los miasmas, el polen que vuela; y por todas partes el hálito del fermento, los vapores calientes de la penumbra, el sopor de la muerte, el marasmo de la procreación.

¿Cuál es aquí la poesía de los retiros, dónde están las mariposas que parecen flores translúcidas, los pájaros mágicos, el arroyo cantor? ¡Pobre fantasía de los poetas que sólo conocen las soledades domesticadas!

Nada de ruiseñores enamorados, nada de jardín versallesco, nada de panoramas sentimentales. Aquí, los responsos de sapos hidrópicos, las malezas de cerros misántropos, los rebalses de caños podridos. Aquí la parásita afrodisíaca que llena el suelo de abejas muertas, la diversidad de flores inmundas que se contraen con sexuales palpitaciones y su olor pegajoso emborracha como una droga; la liana maligna, cuya peluza enceguece los animales; la *pringamosa,* que inflama la piel; la pepa del *curujú,* que parece irisado globo y sólo contiene ceniza cáustica; la uva purgante, el coroso amargo.

Aquí, de noche, voces desconocidas, pausas consternadoras, silencios fúnebres. Es la muerte, que pasa dando la vida. Oyese el golpe de la fruta que, al abatirse, hace la promesa de su semilla; el caer de la hoja, que llena el monte con vago suspiro, ofreciéndose como abono para las raíces del árbol paterno; el chasquido de la mandíbula, que devora con temor de ser devorada; el silbido de alerta, los ayes agónicos, el rumor del regüeldo. Y cuando el alba riega sobre los montes su gloria trágica, se inicia el clamoreo sobreviviente: el zumbido de la pava chillona, los retumbos del puerco salvaje, las risas del mono ridículo. ¡Todo por el júbilo breve de vivir unas horas más!

Esta selva sádica y virgen procura al ánimo la alucinación del peligro próximo. El vegetal es un ser sensible, cuya psicología desconocemos. En estas espesuras, cuando nos habla, sólo entiende su idioma el presentimiento. Bajo su poder, los nervios del hombre se convierten en haz de cuerdas, distendidas hacia el asalto, hacia la traición, hacia la asechanza. Los sentidos humanos equivocan sus facultades; el ojo siente, la espalda ve, la nariz explora, las piernas calculan y la sangre clama: ¡Huyamos! ¡Huyamos!

. . . . . .

CAPÍTULO XIII

LA EPOCA CONTEMPORANEA

EL ENSAYO, EL TEATRO Y LA POESIA

EL ENSAYO

El ensayo tiene sus antecedentes en los siglos XVIII y XIX, pero su tarea orientadora y su rigor estético y lógico se hacen evidentes con Justo Sierra y se reafirman en los jóvenes del Ateneo de la Juventud.

JUSTO SIERRA. JUSTO SIERRA (1848-1912) hereda de Altamirano la categoría de Maestro de la Juventud. Dentro del régimen porfirista, Sierra tuvo en sus manos la Instrucción pública y desde ahí desarrolla una importante obra cultural. Se aplica a los estudios de problemas históricos y sociales de la vida de México con originalidad y agudeza. En su famoso discurso en la inauguración de la Universidad, que él restablece en 1910, propone el retorno a las humanidades, señalando una discrepancia con el positivismo científico reinante y advierte que el conocimiento de lo nacional sólo se obtiene a través de lo universal. Con su estudio a las *Poesías* de Gutiérrez Nájera, indica los caminos de la crítica exclusivamente literaria. Justo Sierra, poeta, cuentista, novelista, ensayista y educador, escribió obras fundamentales que lo colocan entre los grandes pensadores de América: *Evolución política del pueblo mexicano, Juárez, su obra y su tiempo, Crítica y ensayos literarios,* reunidas con otras en sus *Obras completas* (1948-1949).

El positivismo tuvo en México larga permanencia gracias a sus nexos con el poder político. Sin embargo, por los años de 1908 se inicia una reacción contra esta doctrina oficial, emprendida por la labor crítica del Ateneo de la Juventud. Este grupo se rebela contra las limitaciones que se imponen al desarrollo de la personalidad humana y en especial contra la defectuosa educación impartida en las escuelas. Aunque el trabajo colectivo del Ateneo de la Juventud fue de pocos años (1909-1914), realiza en el terreno cultural una revolución semejante a la política o a la social. El espíritu que lo distingue es el filosófico, y la intención común, la moralización. Su labor de mayor trascendencia se orienta hacia la revisión y crítica de los valores intelectuales.

Si su influencia no tuvo mayores alcances se debió a la dispersión del grupo, a causa de la Revolución. Aunque los socios del Ateneo suman más de treinta, los que determinaron la fisonomía de la promoción son: ANTONIO CASO, PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, JOSÉ VASCONCELOS, ALFONSO REYES, JULIO TORRI, JESÚS T. ACEVEDO, ALFONSO CRAVIOTO, RICARDO GÓMEZ ROBELO y dos poetas de la generación anterior: LUIS G. URBINA y ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

ANTONIO CASO. ANTONIO CASO (1883-1946) es el más destacado filósofo mexicano; endereza una brillante campaña contra el positivismo; abre la puerta a las corrientes de la filosofía moderna y con su talento expositivo despierta el interés de la juven-

Antonio Caso

tud y promueve el intercambio de las ideas. La filosofía de Caso se resume en su libro capital: *La existencia como economía, como desinterés y como caridad* (1919).

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA (1884-1946), ilustre maestro dominicano de espíritu humanista, fue el orientador de aquella promoción desde 1906 en que llega a México por primera vez. Es ensayista y crítico ejemplar. Su temperamento formalista y sobrio incitó a sus compañeros a sustituir la improvisación por el rigor e impuso al grupo la dirección cultista que lo caracteriza. En sus libros: *Historia de la cultura en la América hispánica* (1947), *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1949) y *Obra crítica* (1960), se han recogido algunos de los estudios más valiosos de este escritor, como *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), que incluye el famoso trabajo sobre Ruiz de Alarcón, y una conferencia acerca de *La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México;* en ésta informa de las actividades del Ateneo y da un panorama de la vida cultural de ese tiempo.

ALFONSO REYES. ALFONSO REYES (1889-1959), como Henríquez Ureña, perfeccionó sus métodos y técnicas de crítica en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, bajo la dirección de Menéndez Pidal. Durante su servicio diplomático en Europa e Hispanoamérica no abandonó, antes mantuvo en ascenso, su carrera literaria. Reyes es el ensayista por antonomasia y sus escritos caen fundamentalmente en el campo literario. Por la variedad de sus intereses, por su curiosidad intelectual, por su imaginación e ingenio, Villaurrutia lo llamó "hombre de caminos". Desde su primer libro, *Cuestiones estéticas* (1911), quedan definidos los lineamientos constantes de su obra: el amor por las letras griegas; el interés por las españolas e inglesas; la admiración por Góngora, Goethe y Mallarmé y el estudio de las letras mexicanas. Al mismo tiempo que es el historiador del grupo del Ateneo, sintetiza todas las virtudes e intereses culturales del mismo. Poesía, ficción, ejercicios dramáticos y ensayos en los que caben todos los temas, forman la obra ejemplar de Reyes, madura desde su iniciación y paradigma acabado de la tarea del verdadero hombre de letras. Sus *Obras completas,* no publicadas aún en su totalidad, incluyen, entre las más notables: *Visión de Anáhuac* (1917), *Simpatías y diferencias* (1921-1926), *Capítulos de literatura española* (1939-1945), *La experiencia literaria* (1942), *Letras de la Nueva España* (1948), *El deslinde, prolegómenos a la teoría literaria* (1944), etc.

JULIO TORRI. JULIO TORRI (1889), autor de dos breves libros: *Ensayos y poemas* (1917) y *De fusilamientos* (1940), de un breviario: *La literatura española* (1952), así como de algunos otros estudios, manifiesta, en su obra de creación, su aguda experiencia intelectual, y en sus trabajos de crítica, una amplia y madura erudición, producto de sus años dedicados a la enseñanza universitaria.

Dependientes de la Generación del Ateneo se observan tres corrientes en el ensayo mexicano. Una, de carácter exclusivamente filosófico, que proviene de Caso y Vasconcelos y se continúa en los pensadores preocupados por la realidad mexicana y sus relaciones iberoamericanas y universales, como SAMUEL RAMOS, LEOPOLDO ZEA y su grupo Hiperión. La segunda, sería la del ensayo crítico histórico cercano a la didáctica, que se afirma con el ejemplo de Henríquez Ureña, y que ha ganado, a lo largo de 50 años, un notable enriquecimiento con estudios generales y monográficos de la literatura mexicana. Este grupo tiene entre sus representantes a GABRIEL Y ALFONSO MÉNDEZ PLANCARTE, CARLOS GONZÁLEZ PEÑA, JULIO JIMÉNEZ RUEDA, FRANCISCO GONZÁLEZ GUERRERO, ANTONIO CASTRO LEAL, ERMILO ABREU GÓMEZ, FRANCISCO MONTERDE, ANGEL MARÍA GARIBAY, OCTAVIANO VALDÉS, JOSÉ LUIS MARTÍNEZ, etc. En la tercera están comprendidos los ensayistas y críticos que interpretan, con libertad y original estilo, los datos que la erudición o la experiencia les proporcionan; tienen como

ejemplo cercano a Reyes y está formada por XAVIER VILLAURRUTIA, JAIME TORRES BODET, SALVADOR NOVO, OCTAVIO PAZ, FERNANDO BENÍTEZ y otros.

EL TEATRO

El teatro del siglo XX se caracteriza por buscar la renovación del género, aceptando las corrientes de mayor trascendencia universal para encontrar la orientación propia. Antes de la Revolución perdura la tendencia realista española y francesa del siglo anterior. De 1910 a 1927 se observa la aparición de personajes populares en la escena y el interés por la actualidad político-social. Por otra parte, no hay un gran cambio en los sistemas ni en los asuntos respecto a los del antiguo teatro español. El teatro nacionalista aparece propiamente en 1923. Se restablece la Sociedad de Autores Dramáticos que organizaba lecturas, traducciones y discusiones sobre obras teatrales; inicia sus actividades el grupo de los Siete Autores, de tendencia nacionalista, y después La Comedia Mexicana. Los autores más importantes de este tiempo son, después de Gamboa y Marcelino Dávalos, JOSÉ JOAQUÍN GAMBOA, ANTONIO MEDIZ BOLIO, CARLOS DÍAZ DUFOO, FRANCISCO MONTERDE, JULIO JIMÉNEZ RUEDA, VÍCTOR MANUEL DÍAZ BARROSO, CATALINA D'ERZELL, MARÍA LUISA OCAMPO, CARLOS NORIEGA HOPE, RICARDO PARADA LEÓN, AMALIA CASTILLO LEDÓN y ERMILO ABREU GÓMEZ.

En 1928 aparecen los primeros grupos experimentales, como el Teatro de Ulises, alrededor de la revista del mismo nombre, editada por Villaurrutia y Novo; preside ANTONIETA RIVAS MERCADO, y forman parte también, GILBERTO OWEN, CELESTINO GOROSTIZA, ENRIQUE JIMÉNEZ DOMÍNGUEZ, etc. Se proponen un teatro universal, cosmopolita, novedoso, tanto en su repertorio como en los medios que utiliza y los fines que persigue. El Teatro Orientación, de CELESTINO GOROSTIZA, recoge la herencia del grupo anterior, con el patrocinio del Estado. JULIO BRACHO, interesado en la dirección de escena, funda el Teatro de la Universidad y el grupo Escolares del Teatro. El Teatro Orientación da a conocer a los autores extranjeros que están fuera del teatro comercial y adiestra en la traducción y en la dirección a VILLAURRUTIA, GOROSTIZA, NOVO y LAZO. Estos, por 1933, alternan sus propias producciones con las de los autores extranjeros. En 1939 se incorpora al grupo RODOLFO USIGLI.

En 1932 aparece el Teatro de Ahora, de tendencia política y social, fundado por MAURICIO MAGDALENO y JUAN BUSTILLO ORO, y en 1943 se funda el Teatro de México, que no ofrece ninguna novedad especial.

La época más fructífera, después de la inauguración del Palacio de Bellas Artes en 1934, se inicia en 1947 bajo el patrocinio del Instituto Nacional de Bellas Artes. El estímulo que reciben las nuevas generaciones por parte del Estado y de la iniciativa privada, se advierte en la formación de diversos

grupos con orientaciones diferentes, que tiene como consecuencia, el auge del movimiento teatral en los últimos años. Después de autores tan importantes como VILLAURRUTIA, NOVO, GOROSTIZA y USIGLI, hay que considerar, entre los principales de la nueva generación, a EMILIO CARBALLIDO, LUIS G. BASURTO, RAFAEL SOLANA, SERGIO MAGAÑA, WILBERTO L. CANTÓN, LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ, HÉCTOR MENDOZA, JORGE IBARGÜENGOITIA y HÉCTOR AZAR.

LA POESÍA

RAMON LOPEZ VELARDE. RAMÓN LÓPEZ VELARDE (1888-1921), cercano en edad a los escritores de la Generación del Ateneo, inicia propiamente la poesía contemporánea. Pasa sus primeros años en la provincia: Jerez de Zacatecas, su pueblo natal, en Aguascalientes y en San Luis Potosí, donde se recibe de abogado. En 1914 se establece en la capital, desempeña puestos burocráticos y docentes y colabora en periódicos y revistas. Escribe prosa y verso. La aparición de este poeta después de la decadencia del Modernismo, llamó poderosamente la atención por tratarse de una poesía tan personal e íntima. Su primer libro, *La sangre devota* (1916), tiene la inspiración de la provincia y de "Fuensanta", su amada juvenil. *Zozobra* (1919) consigna sus experiencias de la ciudad y sus contradicciones espirituales, su lucha entre la carne y el espíritu, el pecado y la virtud. Su poema más popular, *La suave patria,* escrito en ocasión del primer centenario de la consumación de la Independencia, pertenece a su libro póstumo *El son del corazón* (1932). López Velarde es el poeta de la intimidad. Su angustia tiene proporciones dramáticas cuando se entrevé su amarga soledad, y su actitud ante el amor y la muerte. Su poesía, cercana en ciertos aspectos a Baudelaire, a Laforgue, y entre los hispanoamericanos a Lugones y a Herrera y Reissig, ha sido estudiada con interés por su originalidad innegable en su novedosa retórica y que, no obstante sus limitaciones, pudo crear un sorprendente mundo poético. Sus libros en prosa: *El minutero* (1923) y *El don de febrero* (1952), desarrollan o confirman las preocupaciones temáticas de la poesía.

LA GENERACION DE *CONTEMPORANEOS.* Este grupo de poetas recibe su nombre por la revista más importante que escribieron, *Contemporáneos* (1928-1931), y fue el heredero de la Generación del Ateneo. Aunque las corrientes de vanguardia se manifestaron antes por los estridentistas —réplica del ultraísmo y del futurismo europeos—, la obra de los "contemporáneos" es más importante por la personalidad de sus miembros, por la obra individual y colectiva que dejaron, por el interés que despertaron hacia todas las literaturas, especialmente la francesa, por la

conciencia que tuvieron de las responsabilidades del escritor y la necesidad de extremar el rigor en su formación intelectual. La misión de este grupo fue, según Villaurrutia, la de poner a México en circulación con lo universal.

CARLOS PELLICER. Carlos Pellicer (1899), poeta plástico de entonación elevada, de palabra sonora, ha cantado con alegría al aire, al fuego, a la tierra, al agua, a la muerte, en su *Poema elemental;* al trópico suntuoso, con sus frutos, flores y animales exóticos; sus ríos y montañas; sus rumores y soledades. Al mismo tiempo, ha cultivado la poesía amorosa en *Horas de junio;* la poesía de inspiración religiosa en *Práctica de vuelo,* demostrando que su obra poética es la más variada y de mayor resonancia lírica de la poesía contemporánea.

JOSE GOROSTIZA. José Gorostiza (1901), dedicado a la diplomacia y a la política, publicó *Canciones para cantar en las barcas,* en 1925, y *Muerte sin fin,* en 1939. Este último, de profundo contenido filosófico, es uno de los grandes poemas de la poesía mexicana, cercano al *Primero sueño* de Sor Juana Inés de la Cruz.

JAIME TORRES BODET. Jaime Torres Bodet (1902) es de los pocos mexicanos con renombre universal. Distinguido hombre de Estado, tiene una obra literaria variada y valiosa: novela, ensayo, autobiografía, discursos, poesía. Dueño de rica cultura, de condición reflexiva y de curiosidad intelectual, trata, en su poesía, de rescatar su propia voz y de interpretar los grandes dramas del ser humano. Entre sus libros en verso destacan *Cripta* (1937), *Fronteras* (1954) y *Sin tregua* (1957).

BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO. Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1949) señala, en su libro *Red* (1928), la madurez de su expresión poética. Preocupado por las experiencias oníricas, escribió su obra más característica, *Los sueños* (1933), aprovechando procedimientos surrealistas. En *Muerte de cielo azul* (1937) insiste en el tema del sueño, la anestesia y la muerte. *Sueño y poesía* (1952) recoge las últimas producciones del poeta. Escribe, además, relatos, ensayos y teatro, en los que a sus preferencias temáticas añade la indigenista.

XAVIER VILLAURRUTIA. Los temas de la poesía de Xavier Villaurrutia (1904-1950) son la muerte, el amor y la noche. Sus libros importantes, *Re-*

flejos (1926) y *Nostalgia de la muerte* (1946), contienen las conquistas del surrealismo. Su obra aspira a la perfección y es, en realidad, admirable por su rigor, originalidad e íntima soledad. Su culto a la muerte, la evolución de este concepto, le inspiró versos de extraordinaria pureza lírica y de lúcida conciencia de su permanente presencia. Villaurrutia reunió en *Textos y pretextos,* sus ensayos sobre diferentes tópicos, en los que se aprecia su fino sentido crítico. Su obra dramática y el impulso que dio al teatro en México merecen especial atención.

SALVADOR NOVO. SALVADOR NOVO (1904) fundó con Villaurrutia la revista literaria *Ulises* (1927-1928). Considerado por la crítica como uno de los mejores poetas mexicanos, en sus libros *Espejo* (1923), *XX poemas* (1925), *Nuevo amor* (1943), *Seamen Rhymes* (1945) ha dado expresión a su honda soledad y a su conmovida emoción amorosa. Sin embargo, la fase característica de este poeta es la de su afilada ironía, con que encubre su emoción. Se ha dedicado en los últimos años al ensayo, al periodismo, al teatro y a la traducción. Su prosa ágil, madura e intencionada, ha dado, como su poesía, ejemplos perdurables. En este grupo hay que considerar, además, a GILBERTO OWEN, OCTAVIO G. BARREDA, ELÍAS NANDINO, ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO y JORGE CUESTA.

La generación de *Taller,* revista fundada en 1938 por RAFAEL SOLANA, tiene entre sus representantes a OCTAVIO PAZ, NEFTALÍ BELTRÁN, ALBERTO QUINTERO ALVAREZ, EFRAÍN HUERTA, OCTAVIO NOVARO, CARMEN TOSCANO y VICENTE MAGDALENO. Frente a la posición esteticista de los "contemporáneos", ellos oponen su actitud revolucionaria, interesada por los problemas sociales. OCTAVIO PAZ (1914) es el poeta más eminente de este grupo, cuya virtud es la de "trasmutar sus experiencias poéticas individuales en experiencia total del mundo". Su obra lírica está reunida en *Libertad bajo palabra* (Obra poética, 1935-1958). La diversidad temática, la originalidad y la profundidad lírica, hacen de Paz el poeta más significativo del tiempo presente. Con perspicacia crítica y profundidad, ha escrito libros de ensayos sobre problemas de nuestra realidad, y asuntos literarios como *El arco y la lira* (1956), *El laberinto de la soledad* (1950) y *Las peras del olmo* (1957).

En la generación de *Tierra Nueva* (1940-1942) se distingue la poesía rigorosa de ALÍ CHUMACERO, cuya muestra de acabada madurez es *Palabras en reposo* (1956). En las últimas promociones se distingue la voz original y profunda de CONCHA URQUIZA y la angustiosa desolación de GUADALUPE AMOR. CARMEN TOSCANO, MARGARITA MICHELENA, EMMA GODOY, ROSARIO CASTELLANOS, MARGARITA PAZ PAREDES y DOLORES CASTRO completan el grupo de la poesía femenina. Entre los poetas más jóvenes se destacan con valor auténtico: RUBÉN BONIFAZ NUÑO, JAIME GARCÍA TERRÉS, MARCO ANTONIO MONTES DE OCA, JAIME SABINES.

NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA

LA POESIA

Chile cuenta entre los poetas contemporáneos con algunos de los más significativos. Entre ellos, Gabriela Mistral y Pablo Neruda.

1.—GABRIELA MISTRAL. LUCILA GODOY ALCAYAGA *(Chile, 1889-1957), más conocida por su seudónimo* GABRIELA MISTRAL, *fue maestra rural. Una de sus actividades constantes fue la enseñanza, cuyos frutos se cosecharon tanto en Chile como en México. Desempeñó importantes puestos en el servicio consular y en organismos internacionales. Recibió en 1945 el premio Nobel de Literatura. Dentro de la poesía aprendió las primeras lecciones de los modernistas, aunque después tomó su propio camino. El tema de su poesía es el amor.* Desolación *(1922) recoge las composiciones que hacen referencia a su primer amor y a su trágico final. Todas las gradaciones del sentimiento amoroso están expresadas en este libro. Al sublimar su dolor, canta al amor universal y en especial a los niños.* Tala *(1938) continúa la línea de* Desolación. *Su último libro es* Lagar *(1954). Su primera obra dio la tónica de su poesía: vigor y energía. Por eso sus predilecciones están en el Antiguo Testamento, en el Libro de Job, y en la novela rusa. Esta dureza externa corresponde a la profunda contextura moral de su poesía; ella va en busca de la intensidad de la expresión y en verdad que la alcanza con magnificencia.*

2.—PABLO NERUDA. NEFTALÍ R. REYES BASOALTO *(Chile, 1904), que emplea el seudónimo* PABLO NERUDA, *empezó muy joven su carrera literaria en Santiago. Su primer libro importante fue* Crepusculario *(1923), donde asoma el poeta rebelde frente a lo tradicional, el poeta atormentado y sensual, sensible a la belleza del paisaje. En 1924 publica* Veinte poemas de amor y una canción desesperada, *en que aparece más personal y menos retórico. En* Tentativa del hombre infinito *(1926) está manifiesto su afán por crearse un estilo propio y se marca el principio del surrealismo en su poesía.* Residencia en la tierra *(tres volúmenes: 1934-1935-1939) contiene, en la desolada visión de un mundo desintegrado y ruinoso, poesías novedosas, profundas y originales.* España en el corazón *(1937) describe con emocionada sinceridad la guerra civil española.* Canto general *(1950) muestra algunos de sus poemas fundamentales, en los que ha logrado profunda intensidad que hacen sentir su fuerza creadora. De los últimos libros son importantes* Odas elementales *(1954) y* Nuevas odas elementales, *acerca de asuntos sencillos y cotidianos. Es Neruda*

uno de los poetas que mayor influencia continental han ejercido y a ello contribuye su vigor, su audacia, su novedad y también su actitud política.

3.—CESAR VALLEJO. CÉSAR VALLEJO *(Perú, 1892-1938), heredero de los poetas modernistas hispanoamericanos, va interesándose cada vez más en los problemas de su región y de su tiempo. Este es el camino que va de su primer libro,* Los heraldos negros *(1918) a* Trilce *(1922). La preocupación fundamental del poeta es ahora la libertad; buscándola, se acercó a los excesos de la Vanguardia y muchas veces se perdió en tanteos poco felices. Pero hay en* Trilce, *además, la nota humana de solidaridad con el dolor de los hombres; sus reminiscencias infantiles; sus gritos de orfandad; su dolor seco y taciturno. En 1923 Vallejo se expatrió para siempre. Vivió en Francia, España y Rusia, en la amargura y la pobreza. Convencido de que la literatura revolucionaria había de ser "una forma viviente de la vida cotidiana", se puso al servicio de los intereses de la clase obrera. A partir de 1929 sus artículos y sus obras en prosa muestran su adhesión al marxismo. Su novela* Tungsteno *(1931) es una denuncia de injusticias sociales contra los indios enrolados para el trabajo de las minas. La guerra civil española (1936-1939) movió a muchos poetas —Rafael Alberti, Miguel Hernández, Nicolás Guillén, Pablo Neruda, etc.— a escribir poesía social. Vallejo se hizo solidario del sentimiento del pueblo agredido y clama por la humanización del individuo y del mundo entero en* Poemas humanos *(1939), de publicación póstuma, que resumen con profunda elocuencia el sentido social y humano de la poesía de Vallejo.*

LA PROSA.—EL ENSAYO

4.—MANUEL GONZALEZ PRADA. MANUEL GONZÁLEZ PRADA *(Perú, 1848-1918) puede colocarse entre los precursores del Modernismo porque maneja gran variedad de metros e imita y traduce con acierto poesías de muy diferentes lenguas; conoció a los parnasianos y simbolistas franceses en París, y aprovecha las novedades de forma y ritmo en sus nueve libros de poesías:* Minúsculas *(1901),* Exóticas *(1911), etc.; en otras poesías manifiesta su actitud crítica:* Presbiterianas *(1909),* Libertarias *(1938),* Baladas peruanas *(1935). El mayor valor de González Prada está en la revolución que encarnó en el orden de las ideas a partir de 1866. Aunque pertenece a una generación positivista, él se aparta de las corrientes ideológicas del siglo* XIX. *Es anticlerical y librepensador, y desarrolla una doctrina moral que se apoya en la libertad absoluta del individuo. Hombre de vasta cultura humanística y científica, conocedor de las lenguas modernas, se revela como ardiente polemista en su libro* Horas de lucha *(1908) y en varios volúmenes más, de publicación*

póstuma. Es un demoledor que lucha por la transformación total del orden vigente.

5.—JUAN MONTALVO. JUAN MONTALVO *(Ecuador, 1832-1889) se educó en los colegios y en la Universidad de Quito, pero muy joven partió a Europa con cargos diplomáticos. A causa de disturbios políticos en la iniciación de la dictadura de García Moreno, Montalvo se alejó a su provincia para dedicarse al estudio. Publicó un periódico,* El Cosmopolita, *que se hizo famoso por sus ideas y por su estilo, mientras su enemigo García Moreno publicaba* El Sudamericano, *a través del cual atacaba a Montalvo. A pesar de la decidida oposición del pueblo, García Moreno asume por segunda vez el poder, y Montalvo tiene que refugiarse en un pueblo de Colombia. Ahí escribió sus obras más célebres:* Los siete tratados *(1873), que son una suerte de ensayos libres, los* Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, *en que acometió una empresa difícil: imitar a Cervantes, y folletos de polémica política. Cuando cayó asesinado el dictador, en 1875, Montalvo afirmó: "Mi pluma lo mató". Pero la paz no llegaba, y mientras estuvo en el poder otro gobierno indeseable, Montalvo fue a Panamá y ahí redactó sus* Catilinarias *(1880-1881), discursos encendidos e ingeniosos que se han considerado como lo mejor de su producción. En 1881 Montalvo partió para siempre a Francia. Se dedicó a la publicación de sus obras y a redactar una revista,* El Espectador. *La prosa de Montalvo es una de las más ricas del siglo* XIX *en español, empeñada en la lucha contra la tiranía. El espíritu combativo de este ensayista y su fe en América, lo impulsaron a librar una batalla en la que, como dijo Unamuno: "Venció a la tiranía y no porque imitó a Cervantes; porque imitó a don Quijote."*

6.—JOSE ENRIQUE RODO. JOSÉ ENRIQUE RODÓ *(Uruguay, 1871-1917) manifestó su inclinación a las letras desde muy temprana edad, en la* Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales *(1895). Desde su primer artículo, "El que vendrá", empieza a significarse como uno de los más altos prosistas del Modernismo. En 1910 dio a conocer* Ariel, *que representa la culminación de Rodó. Está destinado a la juventud de América para defender la filosofía del idealismo y condenar el utilitarismo. Su doctrina descansa en el pensamiento de los grandes positivistas del siglo* XIX*: Comte, Spencer, Renan, Guyau. Defiende un idealismo que pueda conciliarse con la concepción científica del mundo. Se desprende de su ensayo que los pueblos de Hispanoamérica deben buscar su propia personalidad. Poco a poco se convirtió en el libro clásico de la cultura americana. La obra maestra de Rodó:* Los motivos de Proteo *(1909), es un "libro abierto sobre una perspectiva indefinida". En esta obra ejerce más conscientemente su misión de maestro, ayudando al des-*

cubrimiento de la vocación individual. En El mirador de Próspero *se reúnen artículos de crítica, biografía e historia literaria dispersos en otras publicaciones. Es aquí evidente su maestría en el ensayo biográfico; los conceptos de valor, la agudeza crítica, se coordinan con el buen gusto, en armoniosa y bella prosa. Una de las ideas permanentes de Rodó fue su inquietud por América, que él concibe como la "magna patria" de cada uno de nosotros.*

José Enrique Rodó

Rodó está considerado como el pensador de América que supo vincular los valores más altos de la cultura europea a las necesidades del mundo americano en formación. Sus últimas páginas fueron escritas sobre Palermo. La muerte lo sorprendió cuando por fin había conseguido hacer un viaje a Italia.

7.—JOSE ENRIQUE VARONA. (Cuba, 1849-1933). Interesado Varona en la independencia de Cuba, aprovecha la literatura como medio de oposición. Se interesa por la educación de su país y lleva a cabo la modernización de los sistemas en esa rama. Catedrático de la Universidad de La Habana, desempeña una fructífera obra de enseñanza. Cultiva la poesía y la crítica; se distingue, sin embargo, por sus conferencias sobre filosofía en 1880, lo que determina que el estudio de esta disciplina se convierta en ejercicio riguroso entre sus compatriotas. Sus trabajos se reúnen en tres volúmenes: Conferencias filosóficas *(1880-1888). Sus ensayos cortos están recogidos en* Desde mi Belvedere *(1907),* Mirando en torno *(1910) y* Violetas y ortigas *(1917). Su prosa límpida y ágil, consigue el equilibrio y la belleza.*

8.—JOSE CARLOS MARIATEGUI. (Perú, 1895-1930). Situado entre el modernismo y el postmodernismo, publica desde muy joven artículos y poemas en periódicos y revistas de Lima. Se orienta hacia el socialismo y, al volver de un viaje a Europa, se dedica a difundir las ideas socialistas y a

renovar la literatura peruana, a través de artículos y discursos. Funda una importante revista, Amauta. *Mariátegui es el primer ensayista del siglo* XX *que estudia al indio andino en sus relaciones económicas y sociales; es uno de los iniciadores del movimiento reivindicador de los derechos del indio. El más conocido y notable de sus libros es* Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana *(1928). La parte desarrollada con mayor amplitud, y que contiene una interpretación de mayor originalidad, corresponde al enjuiciamiento de las letras peruanas.*

9.—CARLOS VAZ FERREIRA. (Uruguay, n. 1873). Rector y maestro en la Universidad de Montevideo. Siguiendo el ejemplo de Rodó, escribe ensayos, pero es Vaz Ferreira el único que se ciñe a las disciplinas rigurosamente filosóficas, desarrollando, hasta sus últimos límites, la escuela empirista inglesa. Sus obras principales son: Lógica viva *(1916),* Moral para intelectuales *(1909),* Problemas de la libertad *(1907) y* Fermentario *(1938).*

EL TEATRO

10.—FLORENCIO SANCHEZ. FLORENCIO SÁNCHEZ *(Uruguay, 1875-1910). La influencia de los dramaturgos nórdicos, Ibsen, Strindberg, Hauptmann, Chejov, Tolstoi, se dejó sentir en la época de Sánchez, y modificó el sentido del teatro. La formación de Florencio Sánchez es argentina; su producción alcanza una veintena de obras encaminadas a atacar las injusticias sociales. La crítica ha colocado a este autor entre los poquísimos del teatro hispanoamericano que merecen reconocimiento universal. Su fama se asienta principalmente en su trilogía campesina:* M'hijo el dotor *(1903),* La Gringa *(1904) y* Barranca abajo *(1905). Florencio Sánchez significa el triunfo del realismo en el teatro argentino —que no excluye un simbolismo a veces demasiado evidente— sobre el sentimentalismo de los gauchos románticos.*

ANTOLOGIA

JUSTO SIERRA

DISCURSO EN EL ACTO DE LA INAUGURACION DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO, EL 22 DE SEPTIEMBRE DE 1910

Señor Presidente de la República, señoras, señores:

Dos conspicuos adoradores de la fuerza transmutada en derecho, el autor del *Imperio Germánico* y el autor de la *Vida Estrenua;* el que la concebía como instrumento de dominación, como el agente superior de lo que Nietzsche llama "La voluntad de potencia", y el que la preconiza como agente de civilización, esto es, de justicia, son quienes principalmente han logrado imbuir en el espíritu de todos los pueblos capaces de mirar lo porvenir, el anhelo profundo y el propósito tenaz de transformar todas sus actividades: la mental, como se transforma la luz; la sentimental, como se transforma el calor, y la física, como se transforma el movimiento en una energía sola, en una especie de electricidad moral que es propiamente la que integra al hombre, la que lo constituye en un valor, la que lo hace entrar como molécula consciente en las distintas evoluciones que determinan el sentido de la evolución humana en el torrente del perenne devenir...

Esta resolución de ser fuertes, que la antigüedad tradujo por resultados magníficos en grupos selectos y que entra ya en el terreno de las vastas realizaciones por nacionalidades enteras, muestra que el fondo de todo problema, ya social, ya político, tomando estos vocablos en sus más comprensivas acepciones, implica necesariamente un problema pedagógico, un problema de educación.

Porque ser fuertes, ya lo enunciamos, es, para los individuos, resumir su desenvolvimiento integral: físico, intelectual, ético y estético, en la determinación de un carácter. Claro es que el elemento esencial de un carácter está en la voluntad; hacerla evolucionar intensamente, por medio del cultivo físico, intelectual, moral, del niño al hombre, es el soberano papel de la escuela primaria, de la escuela por antonomasia; el carácter está formado cuando se ha impreso en la voluntad ese magnetismo misterioso, análogo al que llama a la brújula hacia el polo, el magnetismo del bien. Cultivar voluntades para cosechar egoísmos, sería la bancarrota de la pedagogía; precisa imantar de amor a los caracteres; precisa saturar al hombre de espíritu de sacrificio, para hacerle sentir el valor inmenso de la vida social, para convertirlo en un ser moral en toda la belleza serena de la expresión; navegar siempre en el derrotero de ese ideal, irlo realizando día a día, minuto a minuto; he aquí la divina misión del maestro.

La Universidad, me diréis, la Universidad no puede ser una educadora en el sentido integral de la palabra; la Universidad es una simple productora de ciencia, es una intelectualizadora; sólo sirve para formar cerebrales. Y sería, podría añadirse entonces, sería una desgracia que los grupos mexicanos ya iniciados en la cultura humana, escalonándose en gigantesca pirámide, con la ambición de poder contemplar mejor los astros y poder ser contemplados por un pueblo entero, como hicieron nuestros padres toltecas, rematase en la creación de un adoratorio en torno del cual se formase una casta de la ciencia, cada vez más alejada de su función

terrestre, cada vez más alejada del suelo que la sustenta, cada vez más indiferente a las pulsaciones de la realidad social turbia, heterogénea, consciente apenas, de donde toma su savia y en cuya cima más alta se encienda su mentalidad como una lámpara irradiando en la soledad del espacio...

Torno a decirlo: esto sería una desgracia; ya lo han dicho psico-sociólogos de primera importancia. No, no se concibe en los tiempos nuestros que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria; no, no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopia, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor.

Me la imagino así: un grupo de estudiantes de todas las edades sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión, y que, recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brotare, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber. El telescopio, el cielo nuestro, sumario de asterismos prodigiosos en cuyo negror, hecho de misterio y de infinito, fulguran a un tiempo el septentrión, inscribiendo eternamente el surco ártico en derredor de la estrella virginal del polo, y los diamantes siderales que clavan en el firmamento la Cruz austral; el microscopio, a los gérmenes que bullen invisibles en la retorta del mundo orgánico, que en el ciclo de sus transformaciones incesantes hacen de toda existencia un medio en que efectuar sus evoluciones, que se emboscan en nuestra fauna, en nuestra flora, en la atmósfera en que estamos sumergidos, en la corriente de agua que se desliza por el suelo, en la corriente de sangre que circula por nuestras venas, y que conspiran con tanto acierto como si fueran seres conscientes, para descomponer toda vida y extraer de la muerte nuevas formas de vida.

Toda ella se agotaría probablemente en nuestro planeta antes que la ciencia apurase la observación de cuantos fenómenos nos particularizan y la particularizasen a ella. Nuestro subsuelo, que por tantos capítulos justifica el epíteto de "nuevo" que se ha dado a nuestro mundo; las peculiaridades de la conformación de nuestro territorio constituido por una gigantesca herradura de cordilleras que, emergida del océano en plena zona tórrida, la transforma en templada y la lleva hasta la fría y la sube a buscar la diadema de nieve de sus volcanes en plena atmósfera polar, y allí, en esas altitudes, colmado el arco interno de la herradura por una rampla de altiplanicies que va muriendo hacia el norte, nos presenta el hecho, único quizá en la vida étnica de la tierra, de grandes grupos humanos organizándose y persistiendo en existir, y evolucionando y llegando a constituir grandes sociedades, y una nación resuelta a vivir, en una altitud en que, en otras regiones análogas del globo, o los grupos humanos no han logrado crecer, o no han logrado fijarse, o vegetan incapaces de llegar a formar naciones conscientes y progresivas.

Y lo que presenta un interés extraordinario es que, no sólo por esas condiciones el fenómeno social y, por consiguiente, el económico, el demográfico y el histórico tienen aquí formas *sui géneris,* sino los otros fenómenos, los que se producen más ostensiblemente dentro de la uniformidad fatal de las leyes de la naturaleza; el fenómeno físico, el químico, el biológico obedecen aquí a particularidades tan íntimamente relacionadas con las condiciones meteorológicas y barológicas de nuestro habitáculo, que puede afirmarse que constituyen, dentro del inmenso imperio del

conocimiento, una provincia no autonómica, porque toda la naturaleza cabe dentro de la cuadrícula soberana de la ciencia; pero sí distinta, pero sí característica.

Y si de la naturaleza pasamos al hombre, que, cierto, es un átomo, pero un átomo que no sólo refleja al universo, sino que piensa, ¡qué tropel de singularidades nos salen al encuentro! ¿Aquí habitó una raza sola? ¿Las diferencias, no estructurales, pero sí morfológicas de las lenguas habladas aquí, indican procedencias distintas en relación con una diversidad, no psicológica, pero sí de configuración y de aspecto de los habitantes de estas comarcas? Si no es un centro de creación este nuestro continente, ¿a dónde está la cepa primera de estos grupos?, ¿hay acaso una unidad latente de este grupo humano que corre, a lo largo de los meridianos, de un polo a otro? Estos hombres que construyeron pasmosos monumentos en medio de ciudades al parecer concebidas por un solo cerebro de gigante y realizadas por varias generaciones de vencidos o de esclavos de la pasión religiosa, servidores de una idea de dominación y orgullo, pero convencidos de que servían a un dios, también erigieron en sus cosmogonías y teogonías monumentos espirituales más grandes que los materiales; como que tocan por sus cimas, abigarradas al igual de las de sus teocalis, a los problemas eternos, esos en presencia de los cuales el hombre no es más que el hombre, en todos los climas y en todas las razas; es decir, una interrogación ante la noche. ¿Quiénes eran estos hombres, de dónde vinieron, en dónde están sus reliquias vivas en el fondo de este mar indígena sobre que ha pasado desde los tiempos prehistóricos el nivel de la superstición y de la servidumbre; pero que nos revela, de cuando en cuando, su formidable energía latente con individualidades cargadas de la electricidad espiritual del carácter y la inteligencia?

Y la historia del contacto de estas que nos parecen extrañas culturas aborígenes, con los más enérgicos representantes de la cultura cristiana, y la extinción de la cultura, aquí en tan múltiples formas desarrollada, como efecto de ese contacto hace cuatrocientos años comenzado y que no acaba de consumarse, y la persistencia del alma indígena copulada con el alma española, pero no identificada, pero no fundida, ni siquiera en la nueva raza, en la familia propiamente mexicana, nacida, como se ha dicho, del primer beso de Hernán Cortés y la Malintzin; y la necesidad de encontrar en una educación común la forma de esa unificación suprema de la patria; y todo esto estudiado en sus consecuencias, en las series de fenómenos que determinan nuestro estado social, ¡qué profusión de temas de estudio para nuestros obreros intelectuales, y qué riqueza para la ciencia humana podrá extraerse de esos filones, aún ocultos, de revelaciones que abarcan toda la rama del conocimiento de que el hombre es sujeto y objeto a la vez!

Realizando esta obra inmensa de cultura y de atracción de todas las energías de la República, aptas para la labor científica, es como nuestra institución universitaria merecerá el epíteto de *nacional* que el legislador le ha dado; a ella toca demostrar que nuestra personalidad tiene raíces indestructibles en nuestra naturaleza y en nuestra historia; que, participando de los elementos de otros pueblos americanos, nuestras modalidades son tales, que constituyen una entidad perfectamente distinta entre las otras y que el *tantum sui simile gentem* de Tácito puede aplicarse con justicia al pueblo mexicano.

Para que sea no sólo mexicana, sino humana esta labor, en que no debemos desperdiciar un solo día del siglo en que llegará a realizarse, la Universidad no podrá olvidar, a riesgo de consumir, sin renovarlo, el aceite de su lámpara, que le será necesario vivir en íntima conexión con el movimiento de la cultura general; que sus métodos, que sus investigaciones, que sus conclusiones no podrán adquirir valor definitivo mientras no hayan sido probados en la piedra de toque de la investiga-

ción científica que realiza nuestra época, principalmente por medio de las universidades. La ciencia avanza, proyectando hacia adelante su luz, que es el método, como una teoría inmaculada de verdades que va en busca de la verdad; debemos y queremos tomar nuestro lugar en esa divina procesión de antorchas.

La acción educadora de la Universidad resultará entonces de su acción científica; haciendo venir a ella grupos selectos de la intelectualidad mexicana y cultivando intensamente en ellos el amor puro de la verdad, el tesón de la labor cotidiana para encontrarla, la persuasión de que el interés de la ciencia y el interés de la patria deben sumarse en el alma de todo estudiante mexicano, creará tipos de caracteres destinados a coronar, a poner el sello a la obra magna de la educación popular que la escuela y la familia, la gran escuela del ejemplo, cimentan maravillosamente cuando obran de acuerdo. Emerson, citado por el conspicuo presidente de Columbia University, dice: "la cultura consiste en sugerir al hombre, en nombre de ciertos principios superiores, la idea de que hay en él una serie de afinidades que le sirven para moderar la violencia de notas maestras que disuenan en su gama, afinidades que nos son un auxilio contra nosotros mismos. La cultura restablece el equilibrio, pone al hombre en su lugar entre sus iguales y sus superiores, reanima en él el sentimiento exquisito de la simpatía y le advierte, a tiempo, del peligro de la soledad y de los impulsos antipáticos". Y esta sugestión de que habla el gran moralista norteamericano, esta sugestión de principios superiores, de ideas justas transmutables en sentimientos altruístas, es obra de todos los hombres que tienen voz en la historia, que adquieren voto decisivo en los problemas morales que agitan una sociedad; de estos hombres que, sin saberlo, desde su tumba o desde su escritorio, su taller, su campamento o su altar, son verdaderos educadores sociales: Víctor Hugo, Juárez, Abraham Lincoln, León Gambetta, Garibaldi, Kossut, Gladstone, León XIII, Emilio Castelar, Sarmiento, Bjoernson, Karl Marx, para hablar sólo de los vivos de ayer, influyen más y sugieren más a las democracias en formación de nuestros días, que todos los tratados de moral del mundo.

Esta educación difusa y penetrante del ejemplo y la palabra, que satura de ideas-fuerzas la atmósfera de la vida nacional durante un período de tiempo, toca a la Universidad concentrarla, sistematizarla y difundirla en acción; debe esforzarse en presentar encarnaciones fecundas de esos principios superiores de que Emerson habla; debe realizar la ingente labor de recibir en los umbrales de la escuela, en que el maestro ha logrado crear hábitos morales y físicos que orientan nuestros instintos hacia lo bueno, al niño que va a hacer de sus instintos los auxiliares constantes de su razón al franquear la etapa decisiva de la juventud y que va a adquirir hábitos mentales que lo encaminen hacia la verdad, que va a adquirir hábitos estéticos que lo hagan digno de apropiarse la exclamación de Agripa d'Aubigné:

¡Oh celeste beauté
Blanche fille du ciel, flambeau d'eternité!

Cuando el joven sea hombre, es preciso que la Universidad o lo lance a la lucha por la existencia en un campo social superior, o lo levante a las excelsitudes de la investigación científica; pero sin olvidar nunca que toda contemplación debe ser el preámbulo de la acción; que no es lícito al universitario pensar exclusivamente para sí mismo, y que, si se pueden olvidar en las puertas del laboratorio al espíritu y a la materia, como Claudio Bernard decía, no podremos moralmente olvidarnos nunca ni de la humanidad ni de la patria.

La Universidad entonces tendrá la potencia suficiente para coordinar las líneas directrices del carácter nacional, y delante de la naciente conciencia del pueblo mexicano mantendrá siempre alto, para que pueda proyectar sus rayos en todas las tinieblas, el faro del ideal, de un ideal de salud, de verdad, de bondad y de belleza; esa es la antorcha de vida de que habla el poeta latino, la que se transmiten en su carrera las generaciones.

. . . . . .

ALFONSO REYES

VISION DE ANAHUAC

CAPÍTULO II

. . . . . .

Se hallan en el mercado —dice— "todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra". Y después explica que algunas más, en punto a mantenimientos, vituallas, platería. Esta plaza principal está rodeada de portales, y es igual a dos de Salamanca. Discurren por ella diariamente —quiere hacernos creer— sesenta mil hombres cuando menos. Cada especie o mercaduría tiene su calle, sin que se consienta confusión. Todo se vende por cuenta y medida, pero no por peso. Y tampoco se tolera el fraude: por entre aquel torbellino, andan siempre disimulados unos celosos agentes, a quienes se ha visto romper las medidas falsas. Diez o doce jueces, bajo su solio, deciden los pleitos del mercado, sin ulterior trámite de alzada, en equidad y a vista del pueblo. A aquella gran plaza traían a tratar los esclavos, atados en unas varas largas y sujetos por el collar.

Allí venden —dice Cortés— joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño; huesos, caracoles y plumas; tal piedra labrada y por labrar; adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar. Venden también oro en grano y en polvo, guardado en cañutos de pluma que, con las semillas más generales, sirven de moneda. Hay calles para la caza, donde se encuentran todas las aves que congrega la variedad de los climas mexicanos, tales como perdices y codornices, gallinas, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas y pajaritos en cañuela; buharros y papagayos, halcones, águilas, cernícalos, gavilanes. De las aves de rapiña se venden también los plumones con cabeza, uñas y pico. Hay conejos, liebres, venados, gamos, tuzas, topos, lirones y perros pequeños que crían para comer castrados. Hay calle de herbolarios, donde se venden raíces y yerbas de salud, en cuyo conocimiento empírico se fundaba la medicina: más de mil doscientas hicieron conocer los indios al doctor Francisco Hernández, médico de cámara de Felipe II y Plinio de la Nueva España. Al lado, los boticarios ofrecen ungüentos, emplastos y jarabes medicinales. Hay casas de barbería, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde se come y bebe por precio. Mucha leña, astilla de ocote, carbón y braserillos de barro. Esteras para la cama, y otras, más finas, para el asiento o para esterar salas y cámaras. Verduras en cantidad, y sobre todo, cebolla, puerro, ajo, borraja, mastuerzo, berro, acedera, cardos y tagarninas. Los capulines y las ciruelas son las frutas que más se venden. Miel de abejas y cera de panal; miel de caña de maíz, tan untuosa y dulce como la de azúcar; miel de maguey, de que hacen también azúcares y vinos. Cortés, describiendo

estas mieles al Emperador Carlos V, le dice con encantadora sencillez: "¡mejores que el arrope!" Los hilados de algodón para colgaduras, tocas, manteles y pañizuelos le recuerdan la alcaicería de Granada. Asimismo hay mantas, abarcas, sogas, raíces dulces y reposterías, que sacan del henequén. Hay hojas vegetales de que hacen su papel. Hay cañutos de olores con liquidámbar, llenos de tabaco. Colores de todos los tintes y matices. Aceites de chía que unos comparan a mostaza y otros a zaragatona, con que hacen la pintura inatacable por el agua: aún conserva el indio el secreto de esos brillos de esmalte, lujo de sus jícaras y vasos de palo. Hay cueros de venado con pelo y sin él, grises y blancos, artificiosamente pintados; cueros de nutrias, tejones y gatos monteses, de ellos adobados y de ellos sin adobar. Vasijas, cántaros y jarros de toda forma y fábrica, pintados, vidriados y de singular barro y calidad. Maíz en grano y en pan, superior al de las Islas conocidas y Tierra Firme. Pescado fresco y salado, crudo y guisado. Huevos de gallinas y ánsares, tortillas de huevos de las otras aves.

El zumbar y ruido de la plaza —dice Bernal Díaz— asombra a los mismos que han estado en Constantinopla y en Roma. Es como un mareo de los sentidos, como un sueño de Breughel, donde las alegorías de la materia cobran un calor espiritual. En pintoresco atolondramiento, el conquistador va y viene por las calles de la feria, y conserva de sus recuerdos la emoción de un raro y palpitante caos: las formas se funden entre sí; estallan en cohete los colores; el apetito despierta al olor picante de las yerbas y las especias. Rueda, se desborda del azafate todo el paraíso de la fruta: globos de color, ampollas transparentes, racimos de lanzas, piñas escamosas y cogollos de hojas. En las bateas redondas de sardinas, giran los reflejos de plata y de azafrán, las orlas de aletas y colas en pincel; de una cuba sale la bestial cabeza del pescado, bigotudo y atónito. En las calles de la cetrería, los picos sedientos; las alas azules y guindas, abiertas como un laxo abanico; las patas crispadas que ofrecen una consistencia terrosa de raíces; el ojo, duro y redondo, del pájaro muerto. Más allá, las pilas de granos vegetales, negros, rojos, amarillos y blancos, todos relucientes y oleaginosos. Después, la venatería confusa, donde sobresalen, por entre colinas de lomos y flores de manos callosas, un cuerno, un hocico, una lengua colgante: fluye por el suelo un hilo rojo que se acercan a lamer los perros. A otro término, el jardín artificial de tapices y de tejidos; los juguetes de metal y de piedra, raros y monstruosos, sólo comprensibles —siempre— para el pueblo que los fabrica y juega con ellos; los mercaderes rifadores, los joyeros, los pellejeros, los alfareros, agrupados rigurosamente por gremios, como en las procesiones de Alsloot. Entre las vasijas morenas se pierden los senos de la vendedora. Sus brazos corren por entre el barro como en su elemento nativo: forman asas a los jarrones y culebrean por los cuellos rojizos. Hay, en la cintura de las tinajas, unos vivos de negro y oro que recuerdan el collar ceñido a su garganta. Las anchas ollas parecen haberse sentado, como la india, con las rodillas pegadas y los pies paralelos. El agua, rezumando, gorgoritea en los búcaros olorosos.

"Lo más lindo de la plaza —declara Gómara— está en las obras de oro y pluma, de que contrahacen cualquier cosa y color. Y son los indios tan oficiales desto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas, tan al propio que parece lo mismo que o está vivo o natural. Y acontéceles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma, y mirando a una parte y otra, al sol, a la sombra, a la vislumbre, por ver si dice mejor a pelo o contrapelo, o al través, de la haz o del envés; y, en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perfección. Tanto sufrimiento pocas naciones le tienen, mayormente donde hay cólera como en la nuestra.

"El oficio más primo y artificioso es platero; y así, sacan al mercado cosas bien labradas con piedra y hundidas con fuego: un plato ochavado, el un cuarto de oro y el otro de plata, no soldado, sino fundido y en la fundición pegado; una calderica que sacan con su asa, como acá una campana, pero suelta; un pesce con una escama de plata y otra de oro, aunque tengan muchas. Vacían un papagayo, que se le ande la lengua, que se le meneen la cabeza y las alas. Funden una mona, que juegue pies y cabeza y tenga en las manos un huso que parezca que hila, o una manzana que parezca que come. Y lo tuvieron a mucho nuestros españoles, y los plateros de acá no alcanzan el primor. Esmaltan asimismo, engastan y labran esmeraldas, turquesas y otras piedras, y agujeran perlas..."

Los juicios de Bernal Díaz no hacen ley en materia de arte, pero bien revelan el entusiasmo con que los conquistadores consideraron al artífice indio: "Tres indios hay en la ciudad de México —escribe— tan primos en su oficio de entalladores y pintores, que se dicen Marcos de Aquino y Juan de la Cruz y el Crespillo, que si fueran en tiempo de aquel antiguo y afamado Apeles y de Miguel Angel o Berruguete, que son de nuestros tiempos, les pusieran en el número dellos."

.....

JOSE ENRIQUE RODO

ARIEL

Aquella tarde, el viejo y venerado maestro, a quien solían llamar Próspero por alusión al sabio mago de "La Tempestad" shakesperiana, se despedía de sus jóvenes discípulos, pasado un año de tareas, congregándolos una vez más a su alrededor.

Ya habían llegado ellos a la amplia sala de estudio, en la que un gusto delicado y severo esmerábase por todas partes en honrar la noble presencia de los libros, fieles compañeros de Próspero. Dominaba en la sala —como numen de su ambiente sereno— un bronce primoroso que figuraba al Ariel de "La Tempestad". Junto a este bronce se sentaba habitualmente el maestro, y por ello le llamaban con el nombre del mago a quien sirve y favorece en el drama el fantástico personaje que había interpretado el escultor. Quizá en su enseñanza y su carácter había, para el nombre, una razón y un sentido más profundos.

Ariel, genio del aire, representa, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia — el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida.

La estatua, de real arte, reproducía al genio aéreo en el instante en que, libertado por la magia de Próspero, va a lanzarse a los aires para desvanecerse en un lampo. Desplegadas las alas; suelta y flotante la leve vestidura, que la caricia de la luz en el bronce damasquinaba de oro; erguida la amplia frente; entreabiertos los labios por serena sonrisa, todo en la actitud de Ariel acusaba admirablemente el gracioso arranque del vuelo; y con inspiración dichosa, el arte que había dado firmeza escultural a su imagen, había acertado a conservar en ella, al mismo tiempo, la apariencia seráfica y la levedad ideal.

Próspero acarició, meditando, la frente de la estatua; dispuso luego al grupo juvenil en torno suyo; y con su firme voz — voz "magistral" que tenía para fijar la idea e insinuarse en las profundidades del espíritu, bien la esclarecedora penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol, bien el toque impregnante del pincel en el lienzo o de la onda en la arena — comenzó a decir, frente a una atención afectuosa:

—Junto a la estatua que habéis visto presidir, cada tarde, nuestros coloquios de amigos, en los que he procurado despojar a la enseñanza de toda ingrata austeridad, voy a hablaros de nuevo, para que sea nuestra despedida como el sello estampado en un convenio de sentimientos y de ideas.

Invoco a Ariel como mi numen. Quisiera ahora para mi palabra la más suave y persuasiva unción que ella haya tenido jamás. Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación.

Anhelo colaborar en una página del programa que, al prepararos a respirar el aire libre de la acción, formularéis, sin duda, en la intimidad de vuestro espíritu, para ceñir a él vuestra personalidad moral y vuestro esfuerzo. Este programa propio —que algunas veces se formula y escribe; que se reserva otras para ser revelado en el mismo transcurso de la acción— no falta nunca en el espíritu de las agrupaciones y los pueblos que son algo más que muchedumbres. Si con relación a la escuela de la voluntad individual, pudo Goethe decir profundamente que sólo es digno de la libertad y la vida quien es capaz de conquistarlas día a día, por sí, con tanta más razón podría decirse que el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas.

Al conquistar los vuestros, debéis empezar por reconocer un primer objeto de fe, en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo con Renán: "La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la vida"...

. . . . . .

RAMON LOPEZ VELARDE

MI CORAZON SE AMERITA...

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Yo lo sacara al día como lengua de fuego
que se saca de un ínfimo purgatorio a la luz;
y al oírlo batir su cárcel, yo me anego
y me hundo en la ternura remordida de un padre
que siente, entre sus brazos, latir un hijo ciego.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Placer, amor, dolor... todo le es ultraje
y estimula su cruel carrera logarítmica,
sus ávidas mareas y su eterno oleaje.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Es la mitra y la válvula... Yo me lo arrancaría
para llevarlo en triunfo a conocer el día,
la estola de violetas en los hombros del alba,
el cíngulo morado de los atardeceres,
los astros, y el perímetro jovial de las mujeres.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Desde una cumbre enhiesta yo lo he de lanzar
como sangriento disco a la hoguera solar.
Así extirparé el cáncer de mi fatiga dura,
seré impasible por el este y el oeste,
asistiré con una sonrisa depravada
a las ineptitudes de la inepta cultura,
y habrá en mi corazón la llama que le preste
el incendio sinfónico de la esfera celeste.

CARLOS PELLICER

HORAS DE JUNIO

I

Vuelvo a ti, soledad, agua vacía,
agua de mis imágenes, tan muerta,
nube de mis palabras, tan desierta,
noche de la indecible poesía.

Por ti la misma sangre —tuya y mía—
corre al alma de nadie siempre abierta.
Por ti la angustia es sombra de la puerta
que no se abre de noche ni de día.

Sigo la infancia en tu prisión, y el juego
que alterna muertes y resurrecciones
de una imagen a otra vive ciego.

Claman el viento, el sol y el mar del viaje.
Yo devoro mis propios corazones
y juego con los ojos del paisaje.

II

Junio me dio la voz, la silenciosa
música de callar un sentimiento.
Junio se lleva ahora como el viento
la esperanza más dulce y espaciosa.

Yo saqué de mi voz la limpia rosa,
única rosa eterna del momento.
No la tomó el amor, la llevó el viento
y el alma inútilmente fue gozosa.

Al año de morir todos los días
los frutos de mi voz dijeron tanto
y tan calladamente, que unos días

vivieron a la sombra de aquel canto.
(Aquí la voz se quiebra y el espanto
de tanta soledad llena los días.)

JOSE GOROSTIZA

QUIÉN ME COMPRA UNA NARANJA

¿Quién me compra una naranja
para mi consolación?
Una naranja madura
en forma de corazón.

La sal del mar en los labios
¡ay de mí!
la sal del mar en las venas
y en los labios recogí.

Nadie me diera los suyos
para besar.
La blanda espiga de un beso
yo no la puedo segar.

Nadie pidiera mi sangre
para beber.
Yo mismo no sé si corre
o si deja de correr.

Como se pierden las barcas
¡ay de mí!
como se pierden las nubes
y las barcas, me perdí.

Y pues nadie me lo pide,
ya no tengo corazón.
¿Quién me compra una naranja
para mi consolación?

JAIME TORRES BODET

DEDALO

Enterrado vivo
en un infinito
dédalo de espejos
me oigo, me sigo,
me busco en el liso
muro del silencio.

Pero no me encuentro.

Palpo, escucho, miro.
Por todos los ecos
de este laberinto,
un acento mío
está pretendiendo
llegar a mi oído...

Pero no lo advierto.

Alguien está preso
aquí, en este frío
lúcido recinto,
dédalo de espejos...
Alguien, al que imito.
Si se va, me alejo.
Si regresa, vuelvo.
Si se duerme, sueño.
—"¿Eres tú" me digo...

Pero no contesto.

Perseguido, herido
por el mismo acento
—que no sé si es mío—
contra el eco mismo
del mismo recuerdo,
en este infinito
dédalo de espejos
enterrado vivo.

XAVIER VILLAURRUTIA

NOCTURNO DE LA ESTATUA

Soñar, soñar la noche, la calle, la escalera
y el grito de la estatua desdoblando la esquina.

Correr hacia la estatua y encontrar sólo el grito,
querer tocar el grito y sólo hallar el eco,
querer asir el eco y encontrar sólo el muro
y correr hacia el muro y tocar un espejo.
Hallar en el espejo la estatua asesinada,
sacarla de la sangre de su sombra,
vestirla en un cerrar de ojos,
acariciarla como a una hermana imprevista
y jugar con las fichas de sus dedos
y contar a su oreja cien veces cien cien veces
hasta oírla decir: "estoy muerta de sueño".

SONETO DE LA GRANADA

Es mi amor como el oscuro
panal de sombra encarnada
que la hermética granada
labra en su cóncavo muro.

Silenciosamente apuro
mi sed, mi sed no saciada,
y la guardo congelada
para un alivio futuro.

Acaso una boca ajena
a mi secreto dolor
encuentre mi sangre, plena,
y mi carne, dura y fría,
y en mi acre y dulce sabor
sacie su sed con la mía.

SALVADOR NOVO

BREVE ROMANCE DE AUSENCIA

Unico amor, ya tan mío
que va sazonando el Tiempo;
¡qué bien nos sabe la ausencia
cuando nos estorba el cuerpo!

Mis manos te han olvidado
pero mis ojos te vieron
y cuando es amargo el mundo
para mirarte los cierro.

No quiero encontrarte nunca,
que estás conmigo y no quiero
que despedace tu vida
lo que fabrica mi sueño.

Como un día me la diste
viva tu imagen poseo,
que a diario lavan mis ojos
con lágrimas tu recuerdo.

Otro se fue, que no tú,
amor que clama el silencio
si mis brazos y tu boca
con las palabras partieron.

Otro es éste, que no yo,
mudo, conforme y eterno
como este amor, ya tan mío
que irá conmigo muriendo.

OCTAVIO PAZ

VISITAS

A través de la noche urbana de piedra y sequía
entra el campo a mi cuarto.
Alarga brazos verdes con pulseras de pájaros,
con pulseras de hojas.
Lleva un río de la mano.
El cielo del campo también entra,
con su cesta de joyas acabadas de cortar.
Y el mar se sienta junto a mí,
extendiendo su cola blanquísima en el suelo.
Del silencio brota un árbol de música.
Del árbol cuelgan todas las palabras hermosas,
que brillan, maduran, caen.
En mi frente, cueva que habita un relámpago...
Pero todo se ha poblado de alas.
Dime, ¿es de veras el campo que viene de tan lejos
o eres tú, son los sueños que sueñas a mi lado?

GABRIELA MISTRAL

EL NIÑO SOLO

Como escuchase un llanto, me paré en el repecho
y me acerqué a la puerta del rancho del camino.
Un niño de ojos dulces me miró desde el lecho
¡y una ternura inmensa me embriagó como un vino!

La madre se tardó, curvada en el barbecho;
el niño, al despertar, buscó el pezón de rosa
y rompió en llanto... Yo lo estreché contra el pecho,
y una canción de cuna me subió, temblorosa...

Por la ventana abierta la luna nos miraba.
El niño ya dormía, y la canción bañaba,
como otro resplandor, mi pecho enriquecido...

Y cuando la mujer, trémula abrió la puerta,
me vería en el rostro tanta ventura cierta
¡que me dejó el infante en los brazos dormido!

PABLO NERUDA

ME GUSTAS, CUANDO CALLAS...

Me gustas cuando callas porque estás como ausente,
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca.

Como todas las cosas están llenas de mi alma
emerges de las cosas, llena del alma mía.
Mariposa de sueño, te pareces a mi alma,
y te pareces a la palabra melancolía.

Me gustas cuando callas y estás como distante.
Y estás como quejándote, mariposa en arrullo.
Y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza:
déjame que me calle con el silencio tuyo.

Déjame que te hable también con tu silencio
claro como una lámpara, simple como un anillo.
Eres como la noche, callada y constelada.
Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo.

Me gustas cuando callas porque estás como ausente.
Distante y dolorosa como si hubieras muerto.
Una palabra entonces, una sonrisa bastan.
Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto.

UN CANTO PARA BOLIVAR

Padre nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire
de toda nuestra extensa latitud silenciosa,
todo lleva tu nombre, padre, en nuestra morada:
tu apellido la caña levanta a la dulzura,
el estaño bolívar tiene un fulgor bolívar,
el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar,
la patata, el salitre, las sombras especiales,
las corrientes, las vetas de fosfórica piedra,
todo lo nuestro viene de tu vida apagada,
tu herencia fueron ríos, llanuras, campanarios,
tu herencia es el pan nuestro de cada día, padre.

Tu pequeño cadáver de capitán valiente
ha extendido en lo inmenso su metálica forma,
de pronto salen dedos tuyos entre la nieve
y el austral pescador saca a la luz de pronto
tu sonrisa, tu voz palpitando en las redes.

De qué color la rosa que junto a tu alma alcemos?
Roja será la rosa que recuerde tu paso.
Cómo serán las manos que toquen tu ceniza?
Rojas serán las manos que en tu ceniza nacen.
Y cómo es la semilla de tu corazón muerto?
Es roja la semilla de tu corazón vivo.

Por eso hoy la ronda de manos junto a ti.
Junto a mi mano hay otra y hay otra junto a ella,
y otra mano que tú no conociste entonces
viene también, Bolívar, a estrechar a la tuya
de Teruel, de Madrid, del Jarama, del Ebro,
de la cárcel, del aire, de los muertos de España
llega esta mano roja que es hija de la tuya.

Capitán, combatiente, donde una boca
grita libertad, donde un oído escucha,
donde un soldado rojo rompe una frente parda,
donde un laurel de libres brota, donde una nueva
bandera se adorna con la sangre de nuestra insigne aurora,
Bolívar, capitán, se divisa tu rostro.
Otra vez entre pólvora y humo tu espada está naciendo.
Otra vez tu bandera con sangre se ha bordado.

Los malvados atacan tu semilla de nuevo,
clavado en otra cruz está el hijo del hombre.

Pero hacia la esperanza nos conduce tu sombra,
el laurel y la luz de tu ejército rojo
a través de la noche de América con tu mirada mira.
Tus ojos que vigilan más allá de los mares,
más allá de los pueblos oprimidos y heridos,
más allá de las negras ciudades incendiadas,
tu voz nace de nuevo, tu mano otra vez nace;
tu ejército defiende las banderas sagradas:
la Libertad sacude las campanas sangrientas,
y un sonido terrible de dolores precede
la aurora enrojecida por la sangre del hombre.
Libertador, un mundo de paz nació en tus brazos.
La paz, el pan, el trigo de tu sangre nacieron,
de nuestra joven sangre venida de tu sangre
saldrán paz, pan y trigo para el mundo que haremos.

Yo conocí a Bolívar una mañana larga,
en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento,
Padre, le dije, eres o no eres o quién eres?
Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo:
"Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo".

CESAR VALLEJO

ME VIENE, HAY DIAS...

Me viene, hay días, una gana ubérrima, política,
de querer, de besar al cariño en sus dos rostros,
y me viene de lejos un querer
demostrativo otro querer amar, de grado o fuerza,
al que me odia, al que me rasga su papel al muchachito,
a la que llora por la que lloraba,
al rey del vino, al esclavo del agua,
al que ocultóse en su ira,
al que suda, al que pasa, al que sacude su persona en mi alma.
Y quiero, por lo tanto, acomodarle
al que me habla, su trenza; sus cabellos, al soldado;
su luz, al grande; su grandeza, al chico.
Quiero planchar directamente
un pañuelo al que no puede llorar
y, cuando estoy triste o me duele la dicha,
remendar a los niños y a los genios.

Quiero ayudar al bueno a ser un poquillo de malo
y me urge estar sentado

a la diestra del zurdo, y responder al mudo,
tratando de serle útil en
lo que puedo, y también quiero muchísimo
lavarle al cojo el pie,
y ayudarle a dormir al tuerto próximo.

Ah querer, éste, el mío, éste, el mundial,
interhumano y parroquial, proyecto!
Me viene al pelo,
desde el cimiento, desde la ingle pública,
y, viniendo de lejos, da ganas de besarle
la bufanda al cantor,
y al que sufre, besarle en su sartén,
al sordo, en su rumor eraneano, impávido;
al que me da lo que olvidé en mi seno,
en su Dante, en su Chaplin en sus hombros.

Quiero, para terminar,
cuando estoy al borde célebre de la violencia
o lleno de pecho el corazón, querría
ayudar a reír al que sonríe,
ponerle un pajarillo al malvado en plena nuca,
cuidar a los enfermos enfadándolos,
comprarle al vendedor,
ayudarle a matar al matador —cosa terrible—
y quisiera yo ser bueno conmigo
en todo.

PIEDRA NEGRA SOBRE UNA PIEDRA BLANCA

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París —y no me corro—
tal vez un jueves, como es hoy, de otoño.

Jueves será, porque hoy, jueves, que proso
estos versos, los húmeros me he puesto
a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto,
con todo mi camino, a verme solo.

César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada;
le daban duro con un palo y duro

también con una soga; son testigos
los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos...

FLORENCIO SANCHEZ

BARRANCA ABAJO

ACTO PRIMERO

Representa la escena un patio de estancia; a la derecha y parte de foro, frente de una casa antigua, pero de buen aspecto, galería sostenida por medio de columnas. Gran parral que cubre todo el patio; a la izquierda un zaguán. Una mesa, cuatro sillas de paja, un brasero con cuatro planchas, un sillón de hamaca, una vela, una tabla de planchar, una caja de fósforos, un banquito, varios papeles de estraza para hacer parches, una azucarera y un mate. Es de día.

Al levantarse el telón aparecen en escena Dolores sentada en el sillón con la cabeza atada con un pañuelo blanco; Prudencia y Rudecinda, planchando; Robustiana haciendo parchecitos con una vela.

ESCENA I

Robustiana, Dolores, Rudecinda y *Prudencia*

Dolores.—Póneme pronto, hija, esos parches.

Robustiana.—Paresé, en el aire no puedo hacerlo. *(Se acerca a la mesa, coloca los parches de papel sobre ella y les pone sebo de vela)* ¡Aquí, verás!

Rudecinda.—¡Eso es! ¡Lléname la mesa de sebo, si te parece! ¿No ves? Ya gotiaste encima el paño.

Robustiana.—¡Jesús! ¡Por una manchita!

Prudencia.—Una manchita que después con la plancha caliente ensucia toda la ropa... Ladiá esa vela...

Robustiana.—¡Viva, pues, la patrona!

Prudencia.—¡Sacá esa porquería de ahí. *(Da un manotón a la vela que va a caer sobre la enagua que plancha Rudecinda).*

Rudecinda.—¡Ay! ¡Bruta! ¡Cómo me has puesto la enagua!

Prudencia.—¡Oh! ¡Fue sin querer!

Robustiana.—¡Juá, juá, juá! *(Recoge la vela y trata de reanudar su tarea).*

Rudecinda.—¡A la miseria! ¡Tanto trabajo que me había dao plancharla! ¡Odiosa!... ¡Te había de refregar por el hocico!

Prudencia.—¡No hay cuidao!

Rudecinda.—¡No me diera Dios más trabajo!

Prudencia (Alejándose).—Pues hija, estaría todo el día ocupada.

Rudecinda.—¡Ah, sí! ¡Ah, sí! ¡Ya verás! ¡Zafada! ¡Sinvergüenza! *(La corre)*

Robustiana.—¡Juá, juá, juá! *(Al ver que no la alcanza)*

Rudecinda (Deteniéndose).—¿Y vos... gallina crespa, de qué te reís?

Robustiana.—¿Yo?... ¡De las cosquillas!

Rudecinda.—¡Pues tomá para que te rías todo el día! *(Le refriega las enaguas por la cara)* ¡Atrevida!

Robustiana.—¡Ah!... ¡madre! ¡Bruja del diablo!... *(Corre hasta la mesa y toma una plancha)* ¡Acercate ahora! ¡Acercate y verás como te plancho la trompa!

Prudencia.—¡Ya la tienes almidonada, che Robusta!

Rudecinda (A Prudencia).—Vos, relamida, que te pintás con el papel de los festones para lucirle al rubio...

Robustiana.—¡Juá, juá, juá! *(Cantando).*

Mañana por la mañana
se mueren todas las viejas...
y las llevan a enterrar
al...

Prudencia.—¡Angelitos pal cielo!

Dolores.—Por favor, mujeres, por favor. ¡Se me parte la cabeza! Parece que no tuvieran compasión de esta pobre madre dolorida. Robustiana. Preparame esos parchecitos... ¡Ay, mi Dios y la Virgen Santísima!...

Rudecinda.—Si te hicieras respetar un poco por los potros de tus hijas... no pasaría esto.

Robustiana.—Potro, pero no pa tu doma.

Dolores.—¡Hija mía, por favor!

Robustiana.—¡Oh! ¡Que se calle esa primero! ¡Es la que busca! *(Rudecinda rezongando limpia las manchas de sebo)* Ahí tiene su remedio, mamá. ¡Prontito que se enfría *(Colocándole los parches)* Aquí. ¿Ta caliente? Ahora el otro, ¡ajajá!

Dolores.—Gracias. Quiera Dios y María Santísima que me haga bien esto. *(Rudecinda rezonga fuerte).*

Robustiana (Por Rudecinda).—¡Juera! ¡Pasá juera canela! *(Prudencia arregla las planchas en el brasero).*

Dolores (A Robustiana).—Mirá, hijita mía. Si hay agua caliente, cebame un mate de hojas de naranjo. ¡Ay, Dios mío!

Robustiana.—Bueno. *(Antes de hacer mutis)* ¡Rudecinda! ¿Querés vos un matecito de toronjil? ¡Es bueno pa la ausencia!

Rudecinda.—¡Tomalo vos bacaray! *(A Prudencia)* ¡Ladiá el cuero!... *(Toma otra plancha, la refriega sobre una chancleta ensebada)* ¡Coloradas las planchas! ¡Uf! ¡Qué temeridad!... *(Pausa. Prudencia plancha tarareando. Rudecinda trabaja para enfriar la plancha, y misia Dolores suspira quejumbrosa).*

ESCENA II

Los mismos y don Zoilo

Aparece por la puerta del foro. Se levanta de la siesta. Avanza lentamente y se sienta en un banquito. Pasado un momento saca el cuchillo de la cintura y se pone a dibujar marcas en el suelo.

Dolores (Suspirando).—¡Ay, Jesús, María y José!

Rudecinda.—Mala cara trae el tiempo. Parece que viene tormenta del lado de la sierra.

Prudencia.—Che, Rudecinda, ¿se hizo la luna ya?

Rudecinda.—El almanaque la anuncia para hoy. Tal vez se haga con agua.

Prudencia.—Con tal que no llueva mucho...

Dolores.—¡Robusta! ¡Robusta! ¡Ay, Dios! *(Zoilo se levanta y va a sentarse a otro banquito)*

Rudecinda (Ahuecando la voz).—¡Güenas tardes!... dijo el muchacho cuando vino...

Prudencia.—Y lo pior jué que nadie le respondió. ¡Linda cosa!

Rudecinda.—Che Zoilo, ¿me encargaste el generito pal viso de mi vestido? *(Zoilo no responde)* ¡Zoilo!... ¡Eh!... ¡Zoilo!... ¿Tas sordo? Decí... ¿Encargaste el generito rosa? *(Zoilo se aleja y hace mutis lentamente por la derecha).*

ESCENA III

Los mismos, menos don Zoilo

Rudecinda.—No te hagás el desentendido, ¿eh? *(A Prudencia)* Capaz de no haberlo pedido. Pero malhaya que no suceda, porque se las he de cantar claro... Si se ha creído que debo aguntarle sus lunas, está muy equivocao...

Dolores.—En el papelito que mandó a la pulpería no iba apuntao.

Prudencia.—Yo lo puse...

Dolores.—Pero él me lo hizo sacar.

Rudecinda.—¿Qué?

Dolores.—Dice que bonitas estamos para andar con lujos... ¡Ay, mi Dios!

Rudecinda.—¿Ah, sí? Dejalo que venga y yo le voy a preguntar quien paga mis lujos... ¡Caramba! ¡Le han entrao las economías con lo ajeno!

. . . . . .

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

ANDERSON IMBERT, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana* (II tomos), 3ª ed., Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1961.

DIAZ-PLAJA, Guillermo, y MONTERDE, Francisco, *Historia de la literatura española e Historia de la literatura mexicana,* Edit. Porrúa, S. A., México, 1955.

GONZALEZ PEÑA, Carlos, *Historia de la literatura mexicana,* 7ª ed., corregida, Edit. Porrúa, S. A., México, 1960.

HENRIQUEZ UREÑA, Pedro, *Historia de la cultura en la América hispánica,* Col. Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1947.

JIMENEZ RUEDA, Julio, *Historia de la literatura mexicana,* 6ª ed., Eds. Botas, México, 1957.

SANCHEZ, Luis Alberto, *Nueva Historia de la Literatura Americana,* Editorial Americalee, Buenos Aires, 1944.

MENENDEZ Y PELAYO, Marcelino, *Antología de poetas hispanoamericanos* (IV tomos), Madrid, 1927.

PICON SALAS, Mariano, *De la Conquista a la Independencia,* Col. Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

REYES, Alfonso, *Letras de la Nueva España,* Col. Tierra Firme, Nº 40, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1948.

CAPÍTULO I.—LITERATURAS PREHISPANICAS

BARRERA VASQUEZ, Alfredo, y RENDON, Silvia. *El libro de los libros de Chilam Balam,* Traducción, estudio y notas de..., Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1948.

GARIBAY, Angel María, *Historia de la literatura náhuatl* (II tomos), Edit. Porrúa, S. A., México, 1953-1954.

— *Poesía indígena de la altiplanicie,* Selección, versión, introducción y notas de..., B.E.U., Nº 11, Eds. de la UNAM, México, 1940.

— *Epica náhuatl,* Selección, introducción y notas de..., B.E.U. Nº 51, Eds. de la UNAM, México, 1945.

LEON-PORTILLA, Miguel, *Visión de los vencidos,* Introducción, selección y notas de..., B.E.U., Nº 81, Eds. de la UNAM, México, 1959.

MEDIZ BOLIO, Antonio, *Libro de Chilam Balam de Chumayel,* Prólogo y traducción de..., B.E.U., Nº 21, Eds. de la UNAM, México, 1941.

MONTERDE, Francisco, *El libro del Consejo,* Prólogo de..., B.E.U., Nº 1, Eds. de la UNAM, México, 1939.

— *Anales de los Xahil,* Prólogo de..., Trad. y notas de Miguel Angel Asturias y J. M. González de Mendoza, B.E.U., Nº 61, Eds. de la UNAM, México, 1946.

RECINOS, Adrián, *Popol-Vuh. Las antiguas historias del Quiché,* Traducidas del texto original, con una introducción y notas, por..., Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1947.
YAÑEZ, Agustín, *Mitos indígenas,* Estudio preliminar, selección y notas de..., B.E.U., Nº 31, Eds. de la UNAM, México, 1942.

Capítulo II.—SIGLO XVI.—LOS CRONISTAS

ALVARADO TEZOZOMOC, Hernando, *Crónica mexicana,* Prólogo y selección de Mario Mariscal, B.E.U. Nº 41, Eds. de la UNAM, México, 1943.
CORTES, Hernán, *Cartas de relación,* Nota preliminar de Manuel Alcalá, Edit. Porrúa, S. A., México, 1960.
DIAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia de la Conquista de la Nueva España,* Edit. Porrúa, S. A., México, 1960.
JIMENEZ RUEDA, Julio, *Historia de la cultura en México. El virreinato,* Edit. Cultura, México, 1950.
SAHAGUN, Fray Bernardino de, *Historia de las cosas de la Nueva España* (III tomos), Edit. Nueva España, S. A., México, 1946.
— *Suma indiana,* Introducción y selección de Mauricio Magdaleno, B.E.U., Nº 42, Eds. de la UNAM, México, 1943.
YAÑEZ, Agustín, *Crónicas de la Conquista de México,* Introducción, selección y notas de..., B.E.U., Nº 2, Eds. de la UNAM, México, 1939.

Capítulo III.—SIGLO XVI.—LA POESIA Y LA PROSA

BALBUENA, Bernardo de, *Grandeza mexicana,* Prólogo de Francisco Monterde, B.E.U., Nº 23, Eds. de la UNAM, México, 1941.
CERVANTES DE SALAZAR, Francisco, *México en 1554,* Traducción de Joaquín García Icazbalceta, Notas preliminares de Julio Jiménez Rueda, B.E.U., Nº 3, Eds. de la UNAM, México, 1939.
ERCILLA, Alonso de, *La Araucana,* Emecé Editores, S. A., Buenos Aires, 1945.
MENDEZ PLANCARTE, Alfonso, *Poetas novohispanos* (1521-1621), Estudio, selección y notas de..., B.E.U., Nº 33, Eds. de la UNAM, México, 1942.
VEGA, Garcilaso de la, *Comentarios reales,* Col. Austral, México-Buenos Aires, 1946.

Capítulo IV.—EL TEATRO

MAGAÑA ESQUIVEL, Antonio, y LAMB, Ruth S., *Breve historia del teatro mexicano,* Manuales Studium Nº 8, Eds. de Andrea, México, 1958.
ROJAS GARCIDUEÑAS, José, *Autos y coloquios del siglo XVI,* Prólogo de..., B.E.U., Nº 4, Eds. de la UNAM. México, 1939.
— *El teatro de Nueva España en el siglo XVI,* Imp. de Luis Alvarez, Tacuba 52, México, 1935.
RUIZ DE ALARCON, Juan, *Obras completas* (II tomos), Edición, prólogo y notas de Agustín Millares Carlo, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1957 y 1959.

CAPÍTULO V.—EL SIGLO XVII.—EL BARROQUISMO

CRUZ, Sor Juana Inés de la, *Obras completas* (IV tomos), Edición, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1951-1957.

MENDEZ PLANCARTE, Alfonso, *Poetas novohispanos* (segundo siglo, 1621-1721), Estudio, selección y notas de..., B.E.U., Nos. 43 y 54, Eds. de la UNAM, México, 1944 y 1945.

SIGÜENZA Y GONGORA, Carlos de, *Triunfo parténico,* Prólogo de José Rojas Garcidueñas, Eds. Xóchitl, México, 1945.

CAPÍTULO VI.—EL SIGLO XVIII

CLAVIJERO, Francisco Javier, *Capítulos de Historia y disertaciones,* Prólogo y selección de Julio Jiménez Rueda, B.E.U., Nº 44, Eds. de la UNAM, México, 1944.

JIMENEZ RUEDA, Julio, *Letras mexicanas en el siglo XIX,* Col. Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

LANDIVAR, Rafael, *Por los campos de México,* Prólogo, versión y notas de Octaviano Valdés, B.E.U., Nº 34, Eds. de la UNAM, México, 1942.

MENDEZ PLANCARTE, Gabriel, *Humanistas del siglo XVIII,* Estudio y selección de..., B.E.U., Nº 24, Eds. de la UNAM, México, 1941.

CAPÍTULO VII.—SIGLO XIX.—EPOCA DE LA INDEPENDENCIA

ANTOLOGIA DEL CENTENARIO (II tomos), Imp. Manuel León Sánchez, México, 1910.

FERNANDEZ DE LIZARDI, J. Joaquín, *El Pensador Mexicano,* Estudio preliminar, selección y notas de Agustín Yáñez, B.E.U., Nº 15, Eds. de la UNAM, México, 1940.

VALDES, Octaviano, *Poesía neoclásica,* Selección e introducción de..., B.E.U., Nº 69, Eds. de la UNAM, México, 1946.

URBINA, Luis G., *La vida literaria de México,* Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, Col. de Escritores Mexicanos, Nº 27, Edit. Porrúa, S. A., México, 1946.

CAPÍTULO VIII.—SIGLO XIX.—EL ROMANTICISMO (1810-1880). LA POESIA

ALTAMIRANO, Ignacio M., *La literatura nacional* (III tomos), Edición y prólogo de José Luis Martínez, Col. de Escritores Mexicanos, Nos. 52, 53, 54, Edit. Porrúa, S. A., México, 1949.

ANTOLOGIA DEL CENTENARIO (II tomos), Imp. Manuel León Sánchez, México, 1910.

CALDERON, Fernando, *A ninguna de las tres,* Estudio preliminar de Francisco Monterde, B.E.U., Nº 47, Eds. de la UNAM, México, 1944.

DAUSTER, Frank, *Breve historia de la poesía mexicana,* Manuales Studium, Nº 4, Eds. de Andrea, México, 1956.
JIMENEZ RUEDA, Julio, *Letras mexicanas en el siglo XIX,* Col. Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México, 1944.
MARTINEZ, José Luis, *Poesía romántica,* Prólogo de..., Selección de Alí Chumacero, B.E.U., Nº 30, Eds. de la UNAM, México, 1941.
MILLAN, María del Carmen, *Poesía romántica mexicana,* Prólogo y selección de..., Col. Lira, Libro Mex. Editores, México, 1957.
PRIETO, Guillermo, *Memorias de mis tiempos* (II tomos), Ed. Patria, México.
URBINA, Luis G., *La vida literaria de México,* Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, Col. de Escritores Mexicanos, Nº 27, Edit. Porrúa, S. A., México, 1946.

Capítulo IX.—SIGLO XIX.—LA NOVELA ROMANTICA Y EL PERIODISMO

ALEGRIA, Fernando, *Breve historia de la novela hispanoamericana,* Manuales Studium Nº 10, Eds. de Andrea, México, 1959.
BAUTISTA MORALES, Juan, *El gallo pitagórico,* Estudio preliminar de Mauricio Magdaleno, B.E.U., Nº 16, Eds. de la UNAM, México, 1940.
BRUSHWOOD, John S., y ROJAS GARCIDUEÑAS, José, *Breve historia de la novela mexicana,* Manuales Studium Nº 9, Eds. de Andrea, México, 1959.
GONZALEZ, Manuel Pedro, *Trayectoria de la novela en México,* Eds. Botas, México, 1951.
MARTINEZ, José Luis, *La expresión nacional,* Letras mexicanas del siglo XIX, Imp. Universitaria, México, 1955.
WARNER, Ralph E., *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX,* Col. Clásicos y Modernos, Nº 9, Ant. Libr. Robredo, México, 1953.

Capítulo X.—LA NOVELA REALISTA

ALEGRIA, Fernando, *Breve historia de la novela hispanoamericana,* Manuales Studium Nº 10, Eds. de Andrea, México, 1959.
BRUSHWOOD, John S., y ROJAS GARCIDUEÑAS, José, *Breve historia de la novela mexicana,* Manuales Studium, Nº 9, Eds. de Andrea, México, 1959.
GONZALEZ, Manuel Pedro, *Trayectoria de la novela en México,* Eds. Botas, México, 1951.
MARTINEZ, José Luis, *La expresión nacional,* Letras mexicanas del siglo XIX, Imp. Universitaria, México, 1955.
NAVARRO, Joaquina, *La novela realista mexicana,* Cía. General de Ediciones, México, 1955.
WARNER, Ralph E., *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX,* Col. Clásicos y Modernos, Nº 9, Ant. Libr. Robredo, México, 1953.

Capítulo XI.—EL MODERNISMO

DARIO, Rubén, *Poesías completas,* Ed. Aguilar, Col. Joya, Madrid, 1952.
DIAZ MIRON, Salvador, *Poesías completas,* Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, Col. de Escritores Mexicanos, Nº 12, Edit. Porrúa, México, 1945.

GONZALEZ MARTINEZ, Enrique, *Poesías completas* (Premio Manuel Avila Camacho), Asociación de Libreros y Editores Mexicanos, México, 1944.
GUTIERREZ NAJERA, Manuel, *Poesías completas,* Edición y prólogo de Francisco González Guerrero, Col. de Escritores Mexicanos, Nos. 66 y 67, Edit. Porrúa, S. A., México, 1953.
HENRIQUEZ UREÑA, Max, *Breve historia del Modernismo,* Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1954.
NERVO, Amado, *Obras completas,* Edición, estudio y notas de Francisco González Guerrero y Alfonso Méndez Plancarte, tomos I y II, Eds. Aguilar, Madrid, 1952.
ONIS, Federico de, *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1882-1932), Madrid, 1934.
OTHON, Manuel José, *Obras completas,* Ed. preparada por Jesús Zavala, Edit. Nueva España, S. A., México, 1945.
SIERRA, Justo, "Poesías y estudio general sobre don Justo Sierra: su vida, sus ideas y su obra", por Agustín Yáñez, en *Obras completas del Maestro Justo Sierra,* t. I, UNAM, México, 1948.
TORRES RIOSECO, Arturo, *La gran literatura iberoamericana,* Emecé Editores, Buenos Aires, 1945.
URBINA, Luis G., *Poesías completas,* Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, Col. de Escritores Mexicanos, Nº 28, Edit. Porrúa, S. A., México, 1946.

Capítulo XII.—LA EPOCA CONTEMPORANEA.—LA NOVELA

CASTRO LEAL, Antonio, *La novela de la Revolución Mexicana,* Selección, introducción general, cronología histórica, prólogos, censo de personajes, índice de lugares, vocabulario y bibliografía por..., Eds. Aguilar (II tomos), Madrid-México-Buenos Aires, 1958.
GONZALEZ, Manuel Pedro, *Trayectoria de la novela en México,* Eds. Botas, México, 1951.
LEAL, Luis, *Breve historia del cuento mexicano,* Manuales Studium Nº 21, Eds. de Andrea, México, 1956.
MARTINEZ, José Luis, *Literatura mexicana siglo XX* (Primera parte), Ant. Libr. Robredo, México, 1949.

Capítulo XIII.—LA EPOCA CONTEMPORANEA.—EL ENSAYO, EL TEATRO Y LA POESIA

CASTRO LEAL, Antonio, *La poesía mexicana moderna,* Antología, estudio preliminar y notas de..., Letras Mexicanas Nº 12, Fondo de Cultura Económica, México, 1953.
CUESTA, Jorge, *Antología de la poesía mexicana moderna,* Contemporáneos, México, 1952.
LOPEZ VELARDE, Ramón, *Poesías completas y El minutero,* Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, Col. de Escritores Mexicanos, Nº 68, Edit. Porrúa, S. A., México, 1957.
MARTINEZ, José Luis, *Literatura mexicana siglo XX* (Primera parte), Ant. Libr. Robredo, México, 1949.

MEAD, Robert G., *Breve historia del ensayo hispanoamericano,* Manuales Studium Nº 3, Eds. de Andrea, México, 1956.

MONTERDE, Francisco; MAGAÑA ESQUIVEL, Antonio; GOROSTIZA, Celestino, *Teatro mexicano del siglo XX* (III tomos), Col. Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

INDICE DE AUTORES

INDICE DE AUTORES

(Los números indican las páginas)

A

Abad, Diego José, 108
Abreu Gómez, Ermilo, 273, 274, 275, 301, 302
Acevedo Escobedo, Antonio, 278
Acevedo, Jesús T., 300
Acosta, P. José de, 34
Acuña, Manuel, 147
Adoración de los Reyes Magos, La, 71
Aguilar y Marocho, Ignacio, 193
Alamán, Lucas, 192, 193
Aldama, José Agustín, 109
Almanza, Héctor Raúl, 276
Altamirano, Ignacio Manuel, 145, 190, 193
Alegre, Francisco Xavier, 107
Alegría, Ciro, 280
Alva Ixtlixóchitl, Fernando de, 14, 35, 52
Alvarado, José, 278
Alvarado Tezozomoc, Fernando de, 35
Alzate, Antonio, 110
Amor, Guadalupe, 305
Anales de los Xahil, 16
Anales históricos de la nación mexicana, 14
Ancona, Eligio, 189
Anda, José Guadalupe de, 154, 277
Andanzas de Ichazotlaloatzin en Chalco, 11
Antenor, 182
Anunciación de la Natividad de San Juan Bautista, La, 71
Anunciación de Nuestra Señora, La, 71
Arango y Escandón, Alejandro, 142
Arias Maldonado, 89
Arrazola, José, 51
Arreola, Juan José, 278
Arróniz, Marcos, 144
Asbaje y Ramírez de Santillana, Juana de, 89
Ascasubi, Hilario, 151
Auto del juicio final, 71, 72
Avellaneda, Gertrudis Gómez de, 151
Ayerra Santa María, Francisco de, 89
Azar, Héctor, 303
Azevedo, Francisco de, 73
Azuela, Mariano, 269, 270

B

Balbuena, Bernardo de, 48
Barazábal, Mariano, 114
Barreda, Octavio G., 305
Barrios, Eduardo, 251, 252
Bartolache, José Ignacio, 109, 191
Basurto, Luis G., 303
Belmonte Bermúdez, Luis de, 73
Beltrán, Neftalí, 305
Bello, Andrés, 115
Benavente, Fray Toribio de, 33, 71, 72
Benítez, Fernando, 278, 302
Beristáin de Souza, José Mariano, 126
Bernal, Rafael, 278
Bocanegra, Matías de, 73, 87
Bonifaz Nuño, Rubén, 305
Bracho, Julio, 302
Bramon, Francisco, 73
Bravo, 40
Buenrrostro, Alonso de, 72
Bustamante, Carlos Ma., 191
Bustamante, Octavio N., 277
Bustillo Oro, Juan, 302

C

Cabada, Juan de la, 278
Caída de nuestros primeros padres, La, 71
Calderón, Fernando, 139

Campo, Angel de, 115, 215
Campo, Estanislao del, 151
Campobello, Nelly, 270
Cantares mexicanos, 10, 13
Cantón, Wilberto, L., 303
Carballido, Emilio, 303
Carpio, Manuel, 141
Casal, Julián del, 234, 247
Casas, Fray Bartolomé de las, 33
Caso, Antonio, 300
Castellanos, Rosario, 275, 305
Castera, Pedro, 184
Castillo, Florencio M. del, 184, 193
Castillo Ledón, Amalia, 158, 302
Castro, Agustín, 108
Castorena y Ursúa, Juan Ignacio Ma., 191
Castro, Dolores, 305
Castro, Francisco de, 87
Castro, José Agustín de, 114
Castro Leal, Antonio, 301
Cavo, Andrés, 108
Cervantes de Salazar, Francisco, 35, 40, 51, 53
Cetina, Gutierre de, 50, 73
Ciclo de Moctezuma Ilhuicamina, 11
Ciclo de Moctezuma Xocoyotzin, 11
Clavijero, Francisco Javier, 107
Clearco Meonio, 150
Códice Aubin, 14, 35
Códice Florentino, 14
Códice Ramírez, 14
Conquista de Jerusalén, La, 71, 72
Contemporáneos, 303
Córdoba y Bocanegra, Fernando de, 51, 52
Córdoba, Fray Juan de, 40
Cortés, Hernán, 30
Cos, José Ma., 126
Couto, José Bernardo, 193
Cravioto, Alfonso, 273, 300
Cruz, Sor Juana Inés de la, 89
Cuéllar, José Tomás de, 183
Cuenca, Agustín F., 234
Cuesta, Jorge, 305
Cueva, Juan de la, 50, 73

CH

Chilam Balam, 16
Chumacero, Alí, 305

D

Darío, Rubén, 234, 248
Dávalos, Marcelino, 302
Dávila, Amparo, 278
Delgado, Rafael, 213
D'Erzell, Catalina, 302
Diálogos de la Virgen y San Gabriel, 72
Diario de México, 113
Díaz Barroso, Víctor Manuel, 302
Díaz Covarrubias, Juan, 144, 186, 190
Díaz de Gamarra, Benito, 109
Díaz del Castillo, Bernal, 31
Díaz Dufoo, Carlos, 302
Díaz Mirón, Salvador, 234, 237
Doctor Atl, 270
Dueñas, Guadalupe, 278
Durán, Fray Diego, 36

E

Echeverría, Aquileo J., 152
Echeverría, Esteban, 119, 217
Eguiara y Eguren, Juan José, 110
El Conquistador Anónimo, 31
El Duque Job, 234, 235
El Gallo Pitagórico, 192
Elguero, 193
El Nigromante, 142, 193
El Pensador Mexicano, 127
Ercilla y Zúñiga, Alonso de, 47, 56
Esteva, José Ma., 144
Estrada, Genaro, 273, 274

F

Fabri, Manuel, 108
Facundo, 183
Fernández de Oviedo, Gonzalo, 31
Fernández, Sergio, 277
Ferretis, Jorge, 270
Fidel, 143
Flores, Manuel Ma., 147
Fortún, 193
Frías, Heriberto, 215
Fuensalida, Fray Luis de, 72
Fuentes, Carlos, 276, 278

G

Gálvez, Manuel, 220
Gallegos, Rómulo, 279
Gamboa, Federico, 216
Gamboa, José Joaquín, 302
Galindo, Sergio, 276
Gante, Fray Pedro de, 37
García del Palacio, 40
García Farfán, 40
García Iglesias, Sara, 277
García Terrés, Jaime, 305
Garcilaso (El Inca), 37, 54
Garibay, Angel Ma., 301
Garibay, Ricardo, 278
Gilberti, Fray Maturino, 40
Godoy, Emma, 305
Godoy Alcayaga, Lucila, 306
Gómez Carrillo, Enrique, 252
Gómez Robelo, Ricardo, 300
González Bocanegra, Francisco, 144
González de Eslava, Fernán, 73
González Guerrero, Francisco, 321
González Martínez, Enrique, 243, 300
González Peña, Carlos, 216, 301
González Prada, Manuel, 252, 307
González Rojo, Enrique, 305
Gorostiza, Celestino, 302, 303
Gorostiza, José, 304
Gorostiza, Manuel Eduardo de, 129
Goytortua Santos, Jesús, 277
Guevara, Fray Miguel de, 52
Guevara y Bazoazábal, 108
Guevara, Juan de, 92
Güiraldes, Ricardo, 279
Gutiérrez Nájera, Manuel, 234, 235
Guzmán, Martín Luis, 269, 271

H

Henestrosa, Joaquín, 276
Henríquez Ureña, Pedro, 300
Heredia, José Ma. de, 137
Hernández, Efrén, 278
Hernández, José, 151
Hernández, Luisa Josefina, 277, 303
Herrera, Antonio de, 31
Herrera y Reissig, Julio, 234, 251
Hidalgo, Bartolomé, 151
Hidalgo, Miguel, 126
Historia de Tlaxcala, 7
Horta, Manuel, 273
Hortigoza, Pedro de, 51
Huehuetlatolli, 13
Huerta, Efraín, 305

I

Ibargüengoitia, Jorge, 303
Iglesias, José Ma., 192
Inclán, Luis G., 181
Ipandro Acaico, 150
Isaacs, Jorge, 219

J

Jaimes Freyre, Ricardo, 234, 250
Jicotencatl, 274
Jiménez Domínguez, Enrique, 302
Jiménez Rueda, Julio, 273, 274, 301, 302
Jorge Gram, 277
Juárez, Diego, 72
Junius, 234, 235

L

Lacunza, José Ma., 192
Lacunza, Juan M., 114
Lafragua, José Ma., 192
Lagunas, Fray Juan Bautista de, 37
Landívar, Rafael, 108
Larreta, Enrique, 252
Lasso de la Vega, Gabriel, 47
Lázaro P. Feel, 245
Lazo, 302
León Gama, Antonio, 109
Libro del Consejo, 15
Lienzo de Tlaxcala, 14
Lira, Miguel N., 275
Lizardi, José Joaquín Fernández de, 127
Lombardo de Caso, María, 277
López de Avilés, Juan, 89
López de Gómara, Francisco, 31
López Páez, Jorge, 277
López Portillo y Rojas, José, 212

López, Rafael, 245
López Rayón, Ramón, 126
López Velarde, Ramón, 303
López y Fuentes, Gregorio, 270, 274
Luazes, Joaquín Lorenzo, 151
Lugones, Leopoldo, 234, 250

M

Magaña, Sergio, 303
Magdaleno, Mauricio, 270, 275, 302
Magdaleno, Vicente, 305
Mancisidor, José, 270, 276
Maneiro, Juan Luis, 108
Manuscrito de Cantares, 10
Manuscrito de los Romances de los señores de la Nueva España, 10
Manuscrito de 1576, 14
Manuscrito de Tlaltelolco, 35
Mariátegui, José Carlos, 309
Mármol, José, 218
Márquez, Pedro José, 108
Martí, José, 234, 246
Martínez de Navarrete, Fray José Manuel, 112, 113
Martínez, José Luis, 301
Martínez Sotomayor, José, 155, 278
Mártir de Anglería, Pedro, 30
Mateos, Juan A., 186, 193
M. Can-Can, 234, 235
Meana, José, 277
Médiz Bolio, Antonio, 276, 302
Méndez Plancarte, Alfonso, 301
Méndez Plancarte, Gabriel, 301
Mendieta, Fray Jerónimo de, 34
Mendive, Rafael, 151
Mendoza, Héctor, 303
Menéndez, Miguel Angel, 274
Mexía, Diego, 51
Micrós, 115, 215
Michelena, Margarita, 305
Mier, Fray Servando Teresa de, 126
Mistral, Gabriela, 306
Mitre, Bartolomé, 218
Mociño, José Mariano, 109
Mojarro, Tomás, 278
Molina, Fray Alonso de, 37, 40
Mondragón, Magdalena, 276
Montalvo, Juan, 308
Monterde, Francisco, 273, 274, 301, 302
Montes de Oca, Marco Antonio, 305
Montes de Oca y Obregón, Ignacio, 150
Mora, José Ma. Luis, 192
Morales, Juan Bautista, 192, 193
Motolinía, 33, 71, 72
Munguía, Clemente de Jesús, 193
Muñoz Camargo, Diego, 14
Muñoz, Rafael F., 270, 271

N

Nandino, Elías, 305
Natividad de San Juan Bautista, La, 71
Neruda, Pablo, 306
Nervo, Amado, 234, 239
Netzahualcoyotl Perseguido, 11
Noriega Hope, Carlos, 302
Novaro, Octavio, 305
Novo, Salvador, 277, 302, 303, 305

O

Obregón, Baltasar de, 131
Ocampo, María Luisa, 158, 302
Ocampo, Melchor, 193
Ochoa, Anastasio Ma. de, 113, 114
Olavarría y Ferrari, Enrique de, 189
Ollántay, 18
Olmedo, José Joaquín de, 115
Olmos, Fray Andrés de, 37, 71, 72
Oña, Pedro de, 47
Orozco y Berra, Fernando, 184
Ortega, Francisco, 137
Ortiz de Montellano, Bernardo, 304
Ortiz, Luis Gonzaga, 149
Othón, Manuel José, 238
Owen, Gilberto, 277, 302, 305

P

Pagaza, Joaquín Arcadio, 150
Palafox y Mendoza, Juan de, 86
Palma, Ricardo, 220
Parada León, Ricardo, 302
Payno, Manuel, 179, 192
Paz, Ireneo, 189

Paz, Octavio, 302, 305
Paz Paredes, Margarita, 305
Pellicer, Carlos, 304
Peón Contreras, José, 148
Peralta Barnuevo, Pedro de, 93
Peregrinación de los Aztecas, 11
Pérez de Villagrá, Gaspar, 47
Pérez Ramírez, Juan, 73
Pesado, José Joaquín, 140, 193
Peza, Juan de Dios, 149
Pizarro, Nicolás, 190
Pláticas de los Ancianos, 13
Poema de Huitzilopochtli, 11
Poema de Ixtlilxóchitl, 10
Poema de Mixcoatl, 11
Poema de Quetzalcóatl, 10, 11
Popol-Vuh, 15
Poniatowska, Elena, 278
Pozas, Ricardo, 275
Prado, Pedro, 252
Prieto de Landázuri, Isabel, 144
Prieto, Guillermo, 143, 193
Puck, 234, 235
Puente, Ramón, 271

Q

Quintana Roo, Andrés, 126, 136
Quintero Alvarez, Alberto, 305
Quiroga, Horacio, 252

R

Rabasa, Emilio, 211
Rabinal-Achi, 17
Ramírez, David G., 277
Ramírez de Vargas, Alonso, 73
Ramírez, Ignacio, 142, 193
Ramos, Samuel, 301
Rebolledo, Efrén, 245
Recamier, 234, 235
Representación del fin del Mundo, 71
Revista Moderna, 245
Revueltas, José, 276, 278
Reyes, Alfonso, 300, 301
Reyes Basoalto, Neftalí R., 306
Reyles, Carlos, 251
Riancho, Gonzalo de, 72
Riva Palacio, Vicente, 187
Rivas Mercado, Antonieta, 302
Rivera, José Eustasio, 278
Rivera y Río, José, 190
Roa Bárcena, José Ma., 142, 182, 193
Robles, Fernando, 277
Rodó, José Enrique, 252, 308
Rodríguez Galván, Ignacio, 139
Rojas González, Francisco, 270, 275, 278
Rosa, Luis de la, 192
Rosas de Oquendo, Mateo, 52
Rosas Moreno, José, 149
Rubén Romero, José, 269, 272
Rubín, Ramón, 275
Ruiz de Alarcón, Juan, 73
Rulfo, Juan, 277, 278

S

Saavedra Guzmán, Antonio de, 47
Sabines, Jaime, 305
Sahagún, Fray Bernardino de, 33
Salazar de Alarcón, Eugenio, 50
Salazar y Torres, Agustín, 73, 87
Sánchez de la Barquera, 114, 126
Sánchez de Muñón, Sancho, 73
Sánchez de Tagle, Francisco M., 114, 136
Sánchez, Florencio, 252, 307
Sancho Polo, 12
Sandoiz, Alba, 277
Sandoval Zapata, Francisco, 89
Sandoval Zapata, Luis, 87
Santos Chocano, José, 234, 251
Sarmiento, Domingo F., 218
Sartorio, José Manuel, 113, 114
Segura, José Sebastián, 142
Segura y Argüelles, Vicente, 193
Sessé, Martín de, 109
Sierra, Justo, 234, 299
Sierra O'Reilly, Justo, 185
Sigüenza y Góngora, Carlos de, 88
Silva, José Asunción, 234, 248
Solana, Rafael, 276, 278, 303, 305
Solís, Antonio de, 31
Spota, Luis, 276
Suárez de Peralta, Juan, 31

T

Tablada, Juan José, 244, 245
Tagle, 193

Tapia, Andrés de, 31
Tario, Francisco, 278
Terrazas, Francisco de, 47, 51
Tezozomoc, 35
Tick Tack, 115, 215
Torquemada, Fray Juan de, 35
Torres Bodet, Jaime, 277, 302, 304
Torri, Julio, 300, 301
Toscano, Carmen, 305
Toussaint, Manuel, 273, 274
Tovar, Pantaleón, 144, 189
Trejo, Pedro de, 50
Triunfo de los Santos, El, 72

U

Un ingenio de la Corte, 179
Urbina, Luis G., 241, 300
Urquiza, Concha, 305
Urueta, José, 245
Usigli, Rodolfo, 302, 303

V

Valdés, Carlos, 278
Valdés, Octaviano, 301
Valencia, Guillermo, 250
Valle Arizpe, Artemio de, 273
Valle, Juan, 144
Vallejo, César, 307
Varona, José Enrique, 309
Vasconcelos, José, 269, 272, 300
Vaz Ferreira, Carlos, 309
Vega, Inca Garcilaso de la, 37, 54
Veinte Poemas Rituales, 10
Vela, Arqueles, 277, 278
Velázquez y Cárdenas de León, Joaquín, 109
Vera, Agustín, 270
Veracruz, Fray Alonso de la, 40
Veytia, Mariano, 109
Vicens, Josefina, 277
Vigil, José Ma., 193
Villalobos, Arias de, 72, 86
Villaurrutia, Jacobo de, 113
Villaurrutia, Xavier, 277, 302, 303, 304
Visión de los vencidos, 6
Visitación de la Santísima Virgen a Santa Isabel, La, 71

X

Ximénez, Fray Francisco de, 8

Y

Yáñez, Agustín, 270, 277

Z

Zarco, Francisco, 192, 193
Zea, Leopoldo, 301
Zenea, Juan Clemente, 151
Zumárraga, Fray Juan de, 24

INDICE DE MATERIAS

Pág.

ADVERTENCIA 7

CAPITULO I

LITERATURAS PREHISPANICAS

LITERATURA NÁHUATL. LITERATURA MAYA

Literatura náhuatl. — La poesía épica. — Poesía religiosa. — Poesía lírica. — Poesía dramática. — La prosa. — La prosa histórica 9
Literatura maya. — Popol-Vuh. — Libros de Chilam Balam. — Anales de los Xahil. — Teatro indígena. — Rabinal Achí 15
NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA. — *Literatura inca.* — El Ollántay 18
ANTOLOGÍA 19

CAPITULO II

EL SIGLO XVI

LOS CRONISTAS

Los cronistas. — Circunstancia histórica. — *Cartas de Relación* de Hernán Cortés. — Cronistas de Indias. — Cronistas peninsulares. — Cronistas testimoniales. — Historiadores religiosos. — Historiadores indios 29
Integración cultural. — La universidad. — La imprenta 36
ANTOLOGÍA 40

CAPITULO III

EL SIGLO XVI

LA POESÍA Y LA PROSA

La poesía y la prosa. — Bernardo de Balbuena. — La lírica. — La prosa. — *Diálogos latinos* 47
NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA. — El inca Garcilaso de la Vega. — Alonso de Ercilla 54
ANTOLOGÍA 57

CAPITULO IV

EL TEATRO

El teatro. — El teatro de evangelización. — El teatro culto. — González de Eslava. — Juan Pérez Ramírez. — Juan Ruiz de Alarcón 71
ANTOLOGÍA 76

CAPITULO V

SIGLO XVIII

EL BARROQUISMO

El barroquismo. — Arias de Villalobos. — Don Juan de Palafox y Mendoza. — Matías de Bocanegra. — Sandoval Zapata. — Francisco de Castro. — Agustín Salazar y Torres. — Carlos de Sigüenza y Góngora. — Sor Juana Inés de la Cruz 85
NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA. — Pedro de Peralta Barnuevo 93
ANTOLOGÍA 93

CAPITULO VI

SIGLO XVIII

LOS JESUITAS. LA ACTIVIDAD CIENTÍFICA. EL NEOCLASICISMO

Los jesuitas. — Francisco Javier Clavijero. — Francisco Xavier Alegre. — Diego José Abad. — Agustín Castro. — Rafael Landívar 105
La actividad científica. — Antonio Alzate. — Eguiara y Eguren 109
El neoclasicismo. — Martínez de Navarrete. — El *Diario de México.* — Anastasio Ma. de Ochoa. — José Manuel Sartorio. — José Agustín de Castro . . 110
NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA. — Poesía neoclásica. — José Joaquín de Olmedo. — Andrés Bello 114
ANTOLOGÍA 116

CAPITULO VII

SIGLO XIX

EPOCA DE LA INDEPENDENCIA

Epoca de la Independencia. — José Mariano Beristáin de Souza. — Fray Servando Teresa de Mier. — Fernández de Lizardi, periodista. — Fernández de Lizardi, novelista. — Manuel Eduardo de Gorostiza 125
ANTOLOGÍA 130

CAPITULO VIII

SIGLO XIX

El romanticismo (1810-1880). La poesía

El romanticismo (1810-1880). La poesía. — Sánchez de Tagle. — Quintana Roo. — Francisco Ortega. — José Ma. de Heredia. — La Academia de Letrán. — Fernando Calderón. — Ignacio Rodríguez Galván. — José Joaquín Pesado. — Manuel Carpio. — Arango y Escandón. — Segura. — Roa Bárcena. — Ignacio Ramírez. — Guillermo Prieto. — El Liceo Hidalgo. — Ignacio M. Altamirano. — Manuel M. Flores. — Manuel Acuña. — José Peón Contreras. — Luis G. Ortiz. — José Rosas Moreno. — Juan de Dios Peza. — Joaquín Arcadio Pagaza. — Ignacio Montes de Oca y Obregón. — El corrido 135
NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA. — Poesía gauchesca. — José Hernández. — Poesía romántica. — Aquileo J. Echeverría 151
ANTOLOGÍA 152

CAPITULO IX

SIGLO XIX

La novela romántica y el periodismo

La novela romántica y el periodismo. — El costumbrismo. — Manuel Payno. — Luis G. Inclán. — José Ma. Roa Bárcena. — José Tomás de Cuéllar . . . 179
La novela sentimental. — Fernando Orozco y Berra. — Florencio M. del Castillo. — Pedro Castera 184
La novela histórica. — Justo Sierra O'Reilly. — Juan Díaz Covarrubias. —Juan A. Mateos. — Vicente Riva Palacio. — Eligio Ancona. — Ireneo Paz y Enrique de Olavarría y Ferrari 185
La novela social. — Pantaleón Tovar. — José Rivera y Río y Juan Díaz Covarrubias. — Nicolás Pizarro. — Ignacio M. Altamirano 189
El periodismo. — Juan Bautista Morales. — Francisco Zarco 191
ANTOLOGÍA 194

CAPITULO X

LA NOVELA REALISTA

La novela realista. — Emilio Rabasa. — José López Portillo y Rojas. — Rafael Delgado. — Angel de Campo. — Heriberto Frías. — Federico Gamboa. — Carlos González Peña 211
NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA. — *El romanticismo. La novela.* — Esteban Echeverría. — Domingo F. Sarmiento. — Bartolomé Mitre. — José Mármol. — Jorge Isaacs. — El romanticismo peruano. — Ricardo Palma. —

Manuel Gálvez 217
ANTOLOGÍA 221

CAPITULO XI

EL MODERNISMO

El modernismo. — Justo Sierra. — Manuel Gutiérrez Nájera. — Salvador Díaz Mirón. — Manuel José Othón. — Amado Nervo. — Luis G. Urbina. Enrique González y Martínez. — José Juan Tablada. — La *Revista Moderna* 233
NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA. — *La poesía modernista.* — José Martí. — Julián del Casal. — José Asunción Silva. — Rubén Darío. — Leopoldo Lugones. — Ricardo Jaimes Freyre. — Guillermo Valencia. —Julio Herrera y Reissig. — José Santos Chocano. — *La novela modernista.* — Enrique Larreta. — Eduardo Barrios 246
ANTOLOGÍA 253

CAPITULO XII

LA EPOCA CONTEMPORANEA

LA NOVELA

La novela. — Mariano Azuela. — Martín Luis Guzmán. — Rafael F. Muñoz. — José Vasconcelos. — José Rubén Romero. — Artemio de Valle Arizpe. — Gregorio López y Fuentes. — Miguel Angel Menéndez. — Mauricio Magdaleno. — La novela social. — La novela cristera. — La novela de la provincia. — El cuento 269
NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA. — *La novela hispanoamericana contemporánea.* — José Eustasio Rivera. — Rómulo Gallegos. — Ricardo Güiraldes. — Ciro Alegría 278
ANTOLOGÍA 280

CAPITULO XIII

LA EPOCA CONTEMPORANEA

EL ENSAYO, EL TEATRO Y LA POESÍA

El ensayo. — Justo Sierra. — Antonio Caso. — Pedro Henríquez Ureña. — Alfonso Reyes. — Julio Torri 299
El teatro 302
La poesía. — Ramón López Velarde. — La generación de *Contemporáneos.* — Carlos Pellicer. — José Gorostiza. —Jaime Torres Bodet. — Bernardo Ortiz de Montellano. — Xavier Villaurrutia. — Salvador Novo 303

NOTAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA. — *La poesía.* — Gabriela Mistral. — Pablo Neruda. — César Vallejo. — *La prosa. El ensayo.* — Manuel González Prado. — Juan Montalvo. — José Enrique Rodó. — José Enrique Varona. — José Carlos Mariátegui. — Carlos Vaz Ferreira. — *El teatro.* — Florencio Sánchez 306
ANTOLOGÍA 311

BIBLIOGRAFÍA 331

INDICE DE AUTORES 339

Se acabó de imprimir este libro el día 30 de abril de 1962, en los Talleres EDIMEX, S. DE R. L., calle Andrómaco, 1. México, D. F. La edición consta de 5,000 ejemplares.